



*Y ahora no sé cómo...*

# ENCONTRAR *Te*

N. S. Luna

**Y AHORA NO SE COMO ENCONTRARTE**

## **Sinopsis:**

Mirco es un jugador de fútbol profesional, lindo, exitoso, del que podría decirse que nunca ha tenido problemas para conquistar mujeres.

Sin embargo, viene de sufrir varias decepciones amorosas.

Una ex, a quien perdonó mucho y una amiga de la que cree, sigue enamorado, después de tantos años. Aun cuando ella está felizmente casada y ha formado su familia, su recuerdo lo atormenta y no lo deja avanzar.

Está seguro de que ella fue su gran amor, y de que nunca más volverá a estar enamorado.

Por lo menos hasta que conoce a Nadia.

Una chica divertida, con una personalidad única y un carácter tan particular, que lo tendrá cautivado.

¿Podrá olvidarse de su antiguo amor? ¿Tendrá Mirco un final feliz como el de Jamie y Vale?

## Capítulo 1

La alarma había sonado hacía un rato, y aún era de noche afuera.

Tomando aire con fuerza, se dio impulso para levantarse. Tenía un día largo y pesado por enfrentar. Si se apuraba podía tener el gimnasio del club para él solo por lo menos por algunas horas. Necesitaba descargar energías.

Se dio una ducha rápida y tras desayunar lo que parecía un jugo verdoso que preparaba uno de sus compañeros de equipo salió con una toalla al cuello para empezar su entrenamiento.

Sin querer pensar en nada más que sus ejercicios se puso los auriculares del iPod, y escuchando música se transportó por completo. Trotaba en la cinta, sintiendo como cada músculo de su cuerpo se despertaba y entraba en calor. Su potencia iba en aumento, y así también su determinación. Tocó en los controles para ir más rápido y así lo hizo.

Con la remera pegada totalmente al cuerpo, se daba cuenta de que estaba haciendo exactamente lo que se había propuesto.

No podía sacársela de la cabeza. Cada canción, cada película, cada maldita publicidad, y ahí estaba su cara. Siempre presente en todas partes.

A veces pensaba que su destino iba a ser seguir solo y quedarse soltero.

Y no se estaba quejando. No, para nada. Se estaba divirtiendo. Él tenía buen gusto para las mujeres, y se podía decir que siempre estaba muy bien acompañado.

Pero no importaba lo divina que la chica fuera, al poco tiempo empezaba a sentirse vacío.

Con nadie se sentía como con ella.

Y lo que más le dolía, y también lo que no le permitía seguir adelante, es que no podía odiarla. Ni siquiera resentirse, porque no se lo merecía.

Hacía años que habían cerrado ese capítulo y no habían vuelto a hablar del tema, aunque lo estuviera matando por dentro.

Por un breve periodo de tiempo, pensó que a ella también le pasaba lo mismo.

Siempre estaban juntos, y compartían todo. En esos días, hasta habían convivido en su departamento. Había querido mantenerse alejado, pero ella se lo ponía muy difícil. Estaba confundida, dolida, y tenía el corazón roto por otro hombre, pero a él no le importaba.

Se conformaba con lo que ella quisiera darle.  
Si eran esos días nada más, habrían valido la pena.  
Y realmente lo hicieron.

Cuando estaba con la guardia baja, se sorprendía recordando sus besos, o su manera de reír. Se enojaba con él mismo, y sacudiendo la cabeza trataba de pensar en otras cosas. Era ridículo.

Había tenido que presenciar como ella volvía a los brazos de quien la había lastimado, confiaba de nuevo y ahí estaba él, siempre para hacerle de hombro cuando esa persona la volvía a decepcionar. Una y otra vez. Incondicional.

Si, eso era.

La amaba, y por eso había elegido hacer a un lado sus propios sentimientos. Aceptó que ella amara a otro y que eso por más que pasara lo que pasara, nunca cambiaría.

Y ahí estaba otra vez en su mente.

Se sacó el iPod de un tirón y salió al aire libre antes de empezar el entrenamiento con los demás jugadores.

Esa noche habían ido a comer al mismo lugar al que iban en esa época de la temporada. La gente ahí los conocía y estaban cómodos.

Uno de sus compañeros, Diego, lo miró y conociéndolo como solo dos compañeros de equipo se conocen después de años de jugar juntos, le dijo.

—¿Esta noche salimos? – levantó el vaso con cerveza para incitarlo a brindar.

El asintió.

—No tendríamos que salir hoy en realidad. Mañana nos tenemos que levantar...

Su amigo lo interrumpió.

—Necesito salir, y por la cara que tenés, a vos tampoco te vendría mal. – le pegó un empujón amistoso. —No me discutas.

Mientras se reían, se levantaron y se despidieron del resto diciendo que se irían a dormir antes. Algunos que más los conocían, se rieron suponiendo a donde iban realmente.

Estaban en la barra de un boliche. El boliche de moda. Y ya iban por la tercera cerveza.

Bueno, a la mierda con el entrenamiento del día siguiente, pensó.

Entre risas y cargadas habían bailado con varias mujeres que al verlos se les habían acercado. Había una que le había llamado más la atención que las otras.

Sonrió de manera irónica. Podía imaginarse por qué le gustaba tanto. La chica era alta, flaca, rubia platinada y tenía los ojos azules claritos.

Se había pasado como media hora contándole algo supuestamente muy interesante de cómo era para ella super difícil encontrar trabajos como actriz.

El pensó que hubiera sido un poco más fácil si estudiaba actuación, en vez de meterse en problemas mediáticos con la vedette de turno, pero no lo dijo. No tenía sentido, la estaba pasando bien, y la chica tenía unas piernas preciosas.

El sabía perfectamente que a veces no había que pensar tanto las cosas. Y este era exactamente el caso.

Ella había empezado a contarle como es que había llegado a un programa de chimentos por publicar una foto con poca ropa en las redes sociales, y ya no pudo aguantarla más. La cantidad de pavadas que salían por su boca eran increíbles.

Sin escucharla, la miró de arriba abajo, avaluando seriamente si valía la pena la tortura y casi inmediatamente su cuerpo solo se lo respondió. Todo debajo del cinturón le decía: ¡Si! Vale la pena.

Tal vez fueran las ganas que tenía, o simplemente para que cerrara la boca... Se acercó, la tomó por el rostro y la besó.

Al instante ella lo rodeó con los brazos y apretándose más a su cuerpo le devolvió el beso con el mismo entusiasmo.

Bueno, después de todo, quería acostarse temprano esa noche, era hora de ponerse en marcha. Le habló al oído sugiriéndole ir a otro lugar y ella asintió ansiosa. Pidió un momento para ir al baño antes y se perdió en la multitud.

Los minutos fueron pasando y no había novedades de la rubia. Suspiró malhumorado y mirando el reloj empezó a debatirse entre quedarse y esperarla, o irse a dormir. La buscó entre la gente y nada.

Estaba distraído cuando sintió como alguien se chocaba con su cuerpo y

le volcaba absolutamente todo el contenido de un vaso de Fernet en la camisa.

—¡La puta madre! – gritó sabiendo que esa mancha no saldría con nada.

Miró a quien había sido, y la culpable era una chica un poco más baja que él, con el cabello dorado, unos ojos verdes grandes, llenos de miedo y pecas por todos lados. Estaba roja de la vergüenza.

—Perdón. – se tapó el rostro. —Perdoname.

Trató de estrujarse antes de que se le mojara el pantalón también pero fue inútil. Estaba empapado y olía a alcohol.

Miró de nuevo a la chica y se sintió un poco mal por haber gritado. Estaba nerviosa, y parecía afligida por lo que había hecho. Después de todo había sido un accidente.

—Todo bien, ya fue. – le sonrió tratando de no ser un hijo de puta. — Dicen que el Fernet no mancha, decora. ¿No?

Ella se rió nerviosa sin saber donde poner sus manos. Eso le hizo gracia. Era torpe, pero graciosa. Sin dudas se la veía tímida, y había algo más... Sus labios eran de un rosado fuerte natural que no había visto nunca. No era maquillaje, al menos no lo parecía. Y se le formaban dos hoyuelitos en las mejillas por debajo de los ojos que la hacían parecer una niña pequeña.

Justo estaba por hacerle otro comentario para que se sintiera mejor, cuando una pareja que estaba cerca de ella bailando, la empujó y terminó casi sentada en el piso del boliche.

Rápidamente se levantó, sin que él tuviera oportunidad de ayudarla, acomodándose la ropa y mirando para cualquier lado menos a sus ojos.

—¿Estas bien? – le dijo sujetándola por el brazo.

—Si. Perfecta. – estaba roja como un tomate. —Chau. – empezó a caminar a toda velocidad entre la gente.

—Ey, esperá. – la sujetó por la mano frenándola. Apenas sus manos habían hecho contacto, ella lo había mirado. Tenía los ojos de un color transparente verdoso que nunca había visto. Eran como gemas, que brillaban en medio de un hermoso rostro aniñado y acalorado. —Soy Mirco, no me dijiste tu nombre.

Ella sonrió apenas y le contestó.

—Nadia. – y después de decirlo desapareció entre las luces que se prendían y se apagaban camino a la salida, mientras él se quedaba mirando con una sonrisa.

¿Quién era?

La rubia con la que había bailado, apareció y tomándolo por el brazo se acercó a su oído y le dijo.

—¿Vamos?

El, tratando de volver a la realidad, sacudió la cabeza y asintió listo para buscar un taxi.

Al otro día, obviamente estaba en pésimas condiciones. Apenas si podía abrir los ojos. Malhumorado y con la cabeza a punto de estallar, le había llamado un taxi a la rubia para que se fuera de una vez. ¿Jazmín era su nombre? ¿O era Violeta? Era el nombre de una flor, de eso estaba seguro.

Mucho no le interesaba. No pensaba volver a llamarla. Y dudaba que eso la afectara.

Las cosas eran como eran.

Habían pasado una noche increíble, y eso no podía negarlo... pero ahí estaba ese sentimiento. Ese vacío.

En cuanto su entrenador lo vio llegar al vestuario, puso mala cara.

—¿Me estás jodiendo? – le había dicho. —Mirá la cara que tenés... – negó con la cabeza. —Vos y tu amigo van a correr como nunca hoy... – dijo señalando a Diego, que se sujetaba la cabeza entre las manos sentado en uno de los bancos. —Hasta que no los vea llorar, no van a dejar de correr. – se dio vuelta para dirigirse al resto del equipo y darles indicaciones.

Mierda.

La luz del sol era un infierno para sus ojos. El campo de juego parecía moverse con el calor que irradiaba. Su cabeza iba a explotar.

—¡Vamos! – gritó el entrenador y a él no le quedó remedio que empezar a trotar.

Las sienas le latían y se estaba mareando... Genial.

Corrió todo lo que pudo, hasta empezar a notar que le temblaban las manos. Se estaba deshidratando a toda velocidad. Nunca más tomaría antes de un entrenamiento.

Se lo repitió como un mantra, mientras seguía dando vueltas en círculos alrededor de la cancha.

Un ruido lo distrajo.



Su amigo Diego, estaba a un costado, con las manos en las rodillas retorciéndose mientras eliminaba de su cuerpo hasta la primera papilla.

La sola visión de esa escena, lo destruyó.

Se fue corriendo a otro costado, y asqueado por lo que veía y las arcadas que escuchaba de sus compañeros, vomitó con violencia. Mierda.

Con los ojos llorosos vio que alguien se le acercaba.

Su coach.

Mierda.

—Se van los dos al vestuario. ¡No los quiero ver hasta mañana! — gritó enojado.

Tambaleándose, los dos se dirigieron a los vestuarios.

—Nunca más. — dijo Diego entre jadeos, todavía mareado.

—Te voy a matar a trompadas. — dijo apretando los ojos. —Te dije que no teníamos que salir...

—No te obligué a nada. — se encogió de hombros el otro. —Olvidate que jugamos el próximo partido.

Mirco se rió negando con la cabeza.

—Me siento tan mal, que no me importa. — y se recostó en uno de los bancos mientras todo le daba vueltas.

—Obvio que no importa... — lo miró el otro con una sonrisa cómplice. — ¿Cómo se llamaba? ¿Laura? ¿Gabriela?

—No me acuerdo... — dijo entre risas.

—¿Beth? ¿Carola?... ¿Sara? — siguió arriesgando el otro. Los dos rieron.

—Todas me suenan. — se rascó la cabeza confundido. Habían sido unos meses interesantes... y Diego sabía de todas y cada una de sus conquistas. — Creo que era el nombre de una flor...

—¿Florencia? — él se encogió de hombros.

—¿Y vos? — miró a su compañero que tenía en ese momento una sonrisa grabada en el rostro.

—Nadia. — dijo seguro. Ese nombre sí recordaba.

Se sentó derecho de golpe mareándose, alarmado.

—¿Rubia? ¿Ojos verdes? — preguntó sintiendo como inexplicablemente su corazón iba a toda carrera.

—Sí. — asintió el otro con una sonrisa boba. —Unas piernas flaquísimas... y unas tetas... — cerró los ojos gesticulando exageradamente y

le dieron ganas de golpearlo.

—¿Pecas? – preguntó entre dientes.

—¿Ah? – abrió los ojos mirándolo.

—Que si tenía pecas. – respondió poniendo los ojos en blanco.

—Eh... creo que si. – se rascó la nuca. —No me fijé tanto. – y se rió. —  
¿La conoces? No me digas que... ¿También estuviste con ella? – quiso saber entornando los ojos.

Parpadeó rápidamente.

—¿Eh? N-no, no. – tartamudeó. —Me la crucé...

—¿Viste lo que era? – preguntó Diego llevándose las manos al pecho imitando el tamaño de su escote.

—No me fijé tanto. – dijo imitando lo que su amigo había dicho antes.

Este se rió y negando con la cabeza, fue a ordenar sus cosas para marcharse.

¿Se trataba de la misma Nadia? Se preguntó mientras lo seguía camino a su departamento. ¿Cuáles eran las probabilidades?

Suspiró ofuscado sin entender por qué le molestaba tanto.

Tal vez porque en vez de haberse ido con la supuesta actriz cuyo nombre ni recordaba, le hubiera gustado pasar la noche con esta otra chica... que se había ido con su amigo. Soltó el aire con fuerza.

Si no hubiera tomado tanto, y hubiera sido más lúcido no la hubiera dejado escapar tan fácilmente.

Ahora ya era bastante tarde.

Seguramente no la volvería a ver.

Y si la veía, daba lo mismo... tenía códigos con su amigo. No podría tocarle un pelo.

¿Pero qué estaba pensando? ¿Qué más daba?

Esa tarde se la pasó acostado tratando de reponerse del mareo y la resaca que todavía tenía. Maldita sea. No volvería a tomar de esa manera.

Su celular vibró con la llegada de un mensaje.

*“Esta noche salimos”*. Mateo.

Se rió.

Mateo era un compañero de trabajo de su amiga Valentina. Amiga. Solo una amiga, recordó.

Después de que ellos se conocieran y se unieran para acompañarla en un momento en que los había necesitado, habían quedado siendo ellos también buenos amigos.

Estaba casado con Anabel, casualmente otra amiga de Valentina.

Y era un modelo exitoso que le gustaba salir tanto o más que a él.

Aunque con Ana embarazada, ahora salía cada vez menos. No podía negarse... seguramente habría estado esperando esta oportunidad de pasar una noche de amigos, desde hacía mucho.

Se llevó las manos a la frente.

Si, podía salir... Si no tomaba nada, podía salir.

Contestó rápidamente.

*“Salimos tranqui, mañana entreno”*. – a los pocos segundos tenía una respuesta.

*“¿Tranqui? ¿Me estás jodiendo? Hace 5 meses que no asomo la nariz, morocho”*. – sonrió ante ese apodo. Se le habría pegado de su amiga...

*“¿Y qué pasó? ¿Por fin te dieron permiso?”* – se rió solo imaginándose la cara del modelo.

Inmediatamente tuvo su respuesta y rió más fuerte al ver la cantidad de insultos que se había ganado.

*“Ok. En casa a las 12. De acá vemos... ¿Lo llamás a Nico?”* – sugirió pensando en el hermano de Valentina, quien además se había hecho muy amigo de los dos. Y no iba a ser la primera vez que salían juntos.

*“No va a poder ser. Cortó con Flor, y se fue unas semanas a Córdoba”*. – abrió grande los ojos. No se esperaba eso.

Hacía años que ellos salían. ¿Por qué habrían terminado su relación? Y lo más curioso... ¿Por qué su amiga Flor no le había contado?

Negó con la cabeza apesadumbrado. Estaría muy triste para hablar del tema. Ella lo adoraba.

Después tendría que llamarla y quedar para comer o algo. Le vendría bien distraerse un poco. Tal vez podía hacer algo para ayudar a que esos dos solucionaran sus problemas.

Se querían mucho, pero eran muy testarudos y orgullosos.

Entre una cosa y otra, se hizo de noche, y su amigo Mateo le tocó el timbre.

Para su sorpresa no había ido solo.

El marido de su amiga Valentina, *Jamie*, lo acompañaba y había traído bebidas.

No eran amigos, pero con los años, habían logrado llevarse mejor.

Todavía le molestaba la soberbia con la que lo miraba... Como sabiendo que había ganado. El se había quedado con la chica. El tenía el corazón de Vale... y había sido así desde el primer momento en que se habían visto.

Apretó las mandíbulas, y después los saludó, esforzándose especialmente por ser simpático.

—No soy el único al que le dieron permiso hoy. – bromeó Mateo y Jamie puso los ojos en blanco.

—Te juro que diría algo para molestarte, pero ya cuando nazca el bebé vas a saber lo que es... – dijo riéndose.

—En serio... – se rió el otro. —¿Cómo hacés? Encima tenés dos.

A estas alturas de su vida, casi todos sus amigos y conocidos habían formado una familia.

Hasta el estúpido de Diego tenía una hija. Se había separado, pero de todas maneras.

Jamie sonrió y se encogió de hombros.

—Son hermosos. Ava y Simón son lo más lindo que tengo. – si empezaba a llorar lo golpearía, pensó Mirco distraído mirando fijo la pared. —Además Vale es una excelente mamá...

—Tiene mucha paciencia la rubia. – dijo pensando en todas las veces que lo había perdonado aunque no se lo mereciera.

Jamie asintió y tomó de su vaso pensativo.

Mateo cambió de tema notando que la temperatura en la habitación había bajado unos cuantos grados.

—Bueno, vamos de una vez que tampoco puedo estar hasta tan tarde... La gorda se enoja. – dijo haciendo referencia a su muy embarazada esposa.

Los tres rieron y después de terminarse los tragos que ya habían preparado, partieron a un bar a distraerse.

Llegaron y se sentaron en una de las mesas más cercanas a la barra. A los tres les parecía que era lo más conveniente.

El ya había tomado una copa en su casa, y había decidido que era más que suficiente.

No podía repetir el comportamiento irresponsable y poco profesional de ese día a la mañana.

Pero apenas empezaron a hablar de pañales, embarazos, bebés, y sus matrimonios, le dieron unas ganas terribles de ahogarse en un vaso de... de lo que fuera...

Conversaban y se quejaban de cosas que para él, eran geniales. Siempre había soñado con tener una familia. Y ellos ahí, lo tenían todo. No podía seguir escuchándolos.

Se levantó diciendo que iría a buscar una cerveza y se perdió entre la gente que bailaba.

Las luces parpadeantes, le recordaban que aún no estaba del todo recuperado de la noche anterior. Entrecerró los ojos y siguió caminando.

A la mierda con todo.

Se fue decidido a la barra y se compró algo fuerte.

Estaba justamente tomando, cuando alguien le tocó el hombro.

Se dio vuelta y se encontró con una morocha de pelo cortito que lo miraba con una sonrisa coqueta.

—Hola, Mir. – le dio un beso en la mejilla. —¿Te acordás de mí?

Puta madre.

Odiaba esa pregunta.

Sonrió acercándose más y le dijo al oído.

—Obvio que me acuerdo. ¿Cómo estás? – por favor que dijera su nombre así lo recordaba.

La chica, por suerte era puras sonrisas, y después de un rato de hablar de cualquier cosa, lo había tomado de la mano para bailar con él.

Con el ruido de la música ya no tenían que charlar tanto, y no se sentía en el compromiso de nada. Si le volvía a preguntar, se escaparía con alguna excusa.

Varios tragos después, ya habían bailado y tonteado lo suficiente como para dar el siguiente paso. La miró.

No quería.

¿Qué le ocurría?

La chica era preciosa y era evidente que estaba interesada.

Pero era más fuerte que él. Quería salir huyendo de ahí. Y eso hizo.

La tomó por la nuca de manera seductora y rozando la boca en su oído le dijo.

—Me voy a buscar a un amigo, ya vuelvo. — ella sonrió al sentirlo tan cerca, y asintió.

Aprovechando que se había distraído, se perdió entre la multitud.

Podía marcharse a su casa y dejarlo por esa noche... o podía volver a la mesa en donde estaban Jamie y Mateo y seguir escuchándolos.

Puso los ojos en blanco.

Se iba a su casa.

Justo cuando estaba por llegar a la puerta, la vio.

Comprando un trago en la barra.

Nadia.

Mientras esperaba que le sirvieran lo que había pedido, bailaba de manera sexy con una chica, que se imaginó, sería su amiga.

Era todavía más linda de lo que recordaba.

Tenía un vestido cortito y ajustado color ciruela que dejaba ver como se contoneaban sus caderas al ritmo de la música.

Bueno, tal vez todavía no tenía que irse...

## Capítulo 2

¿Realmente estaba ahí? O estaba tan borracho que... Tal vez solo era una chica parecida...

Pero entonces levantó la cabeza y girando hacia un costado lo miró.

Era ella.

Se quedó congelado en el lugar mientras le clavaba la mirada y muy de a poco, divertida, le sonreía.

Levantó una mano y lo saludó. Lo había reconocido. ¿Sabría que era un jugador famoso o lo había conocido de aquella noche? Era tan difícil encontrar a alguien que a esta altura no supiera de él. Haber estado en tres clubes de fútbol tan populares, y para colmo todo el revuelo mediático de supuestamente haber salido con la esposa de un modelo.

Tragó con fuerza.

Vale.

Ella había sido la última persona que había conocido como en las viejas épocas, cuando era uno más.

Y por eso es que todo había sido tan genuino desde el primer momento.

Sacudió la cabeza y se borró esos pensamientos de un plumazo.

Imitando lo que ella hacía, movió su mano y la saludó también. Con los pies todavía fijos en el piso, vio como ella se acercaba hacia donde estaba.

Parecía más relajada esta noche. ¿A qué se debería?

—Hola. — dijo mostrando los dientes en una hermosa sonrisa. — ¿Marcos?

—Mirco. — la corrigió entre risas. Estaba totalmente borracha. Y gracias a Dios, no sabía quien era, ni que era “famoso”. Odiaba esa palabra...

—Casi. — contestó asintiendo. — ¿Ya te ibas? — preguntando al verlo tan cerca de la puerta.

Dudó por un momento y después negó con la cabeza.

—Nah... todavía no. — respondió y ella sonriendo le hizo señas para que la siga.

Fueron al medio del boliche en donde todo el mundo bailaba amontonado y lo tomó de la mano.

Ese leve contacto alcanzó para que su pulso se disparara. Ella lo estaba sacando a bailar. Era lo más normal, en el lugar que estaban, era obvio... pero

de todas maneras tocar su mano hacía que sintiera una corriente en todo el cuerpo.

Siguiendo la música, apoyó la otra mano en su cintura acercándola y bailó como más le gustaba. Ella apenas podía seguirlo. Estaba borracha y al verla moverse, parecía que no estuviera escuchando la música, o que no fuera del todo consciente de lo que pasaba a su alrededor. No seguía el ritmo, solo se movía.

Se acercó a su oído y le dijo.

—¿Pudiste sacar la mancha de tu camisa? – él sonrió.

—No. – ella lo miró mordiendo los labios.

—Perdón... parece que tengo mejor equilibrio cuando estoy borracha. – dijo y se rió a carcajadas.

—Todo bien, no pasa nada. – dijo riéndose también. —¿Estás borracha? – preguntó inocente.

Ella se encogió de hombros sonriendo.

—Eso dijo mi amiga. – señaló a una chica de la barra que ahora estaba charlando con un chico alto y rapado. —¿Vos estás borracho? – preguntó mirándolo con los ojos entornados.

El negó con la cabeza, y mientras seguían con esa charla incoherente, bailaban cada vez más juntos.

—Bailas bien. – le dijo separándose apenas para mirarlo mejor.

El sonrió de lado y levantó una ceja.

—Gracias. Me gusta bailar... siempre me gustó bailar... – contestó algo avergonzado. ¿Qué decía?

La chica asintió y de repente frenándose, señaló hacia arriba y sonrió.

—Me encanta esta canción. – dijo con un grito y soltándose de él, comenzó a ...hubiera dicho “bailar”, pero no era exactamente lo que estaba haciendo...

Sonaba reggaetón. ¿Esa música le gustaba? Se rió mientras ella sacudía su delgadísima figura concentradísima en la letra de la canción.

Unas chicas que estaban cerca la miraban y también se reían. Se juntaron y a su lado, empezaron a imitar lo que ella hacía. Nadia las miró, y entusiasmada al verlas, bailó todavía con más desenfreno.

El se había reído, pero ahora estaba algo molesto. Se estaban burlando de ella.



La tomó de la cintura, y se acercó para bailar solos, así esas idiotas la dejaban tranquila, pero ella se soltó.

Levantó los brazos al aire y bailó como si no le importara absolutamente nada.

En algún momento, y al ver que no estaban logrando el objetivo de humillarla como pretendían, si no más bien todo lo contrario, las chicas se fueron.

Cuando estuvieron solos, ella le habló al oído entre risas.

—No me molesta que se rían de cómo bailo. — se encogió de hombros todavía sonriente al ver que él estaba un poco serio.

—Son unas estúpidas. — dijo mirando hacia donde se habían ido.

Ella se rió haciendo la cabeza hacia atrás.

—Se están divirtiendo. — se mordió los labios y pegando su cara a la de él, siguió diciendo. —Yo también me estoy divirtiendo. — lo tomó de una mano y lo hizo dar una vueltita mientras seguía con sus pasos de baile alocados. — Cada uno se divierte como puede. ¿No?

El sonrió negando con la cabeza sin entender de que estaba hablando. Si se hubieran estado riendo de él, seguramente hubiera reaccionado de otra manera. Esta chica era rara. Y no lo decía solamente por lo descoordinados de sus movimientos, si no por todo en general.

Había algo en ella... que lo estaba atrapando cada vez más.

Esa sonrisa era irresistible.

Y su actitud lo dejaba sin palabras.

—De chica bailaba clásico. — dijo distraída.

El se quedó mirándola por un segundo y después estalló en carcajadas. Ella al verlo, se contagió y también se rió.

—Te digo en serio. — dijo tomando aire y empujándole el hombro despacio.

—Dejame que dude. — le dijo descreído, levantando una ceja a lo que ella se cruzó de brazos y se mordió los labios para no reírse.

Se miró y después dijo.

—No estoy vestida para mostrarte lo que puedo hacer. — dijo encogiéndose de hombros. —La próxima, ya vas a ver. — dijo señalándolo.

—Como digas. — contestó sonriendo mientras levantando las manos en señal de tregua, contento de haber escuchado que habría una próxima vez.

Se quedó mirándola y no pudo evitar, decirle.

—Tenés unos ojos hermosos. — ella sonrió y bajó apenas la cabeza. Sus mejillas se habían teñido de rosado. El tragó con fuerza. No podía creer que había dicho semejante pavada.

Era la típica frase de levante en un boliche. Tan gastada, que parecía un chiste.

Nadia levantó nuevamente la mirada, y sonrió dejándolo en cortocircuito. ¿Quién era esta chica, por favor? Su corazón se disparó violento, y sin aguantarse, la tomó por la cintura pegándose a ella.

Olvidándose de todo, se acercó a su boca, y la besó. Fue un momento que le pareció eterno, pero en la realidad, había sido menos de un segundo. Se arriesgaba a que lo rechazara, que lo insultara, que se marchara, pero de todas maneras iba a valer la pena.

La adrenalina se apoderó de su cuerpo y tomó sus labios con fuerza, suspirando. Se sentía increíble. Ella lo había tomado por el cuello acercándolo más, y respondía a su beso de manera apasionada. Frenaron para tomar aire y se miraron muy de cerca.

Dios, era bellísima.

Impulsivamente volvió a besar sus labios acariciándola desde su cintura a la espalda, abrazándose a ella. Quería llevársela de ahí ahora mismo.

La chica lo seguía besando, mientras pasaba los dedos por su cabello poniéndole la piel de gallina. La mordió suavemente abriendo apenas los ojos para mirarla.

Ella sonrió y también lo mordió.

Se acercó a su oído y le dijo seductora.

—Vamos a mi casa. — la miró sin poder creerlo. ¿Lo estaba invitando?

—Vamos. — le respondió sin poder esperar.

Pero justo cuando se encaminaban a la puerta ella se frenó en seco abriendo los ojos de par en par.

Como si acabara de ver un fantasma, lo miró a él y de nuevo hacia delante. Se tapó la boca y soltándose de su mano salió corriendo perdiéndose entre la gente.

Confundido miró hacia donde ella había estado mirando y no encontró nada fuera de lo común. ¿Habría visto a algún conocido? ¿Se habría acordado de algo importante?

Levantó la mirada para ver si la veía entre las personas, pero nada. Era imposible. El maldito lugar estaba repleto.

Entonces sintió que lo llamaban.

Jamie.

—Ey. – dijo llamándole la atención. —Nosotros nos vamos... estamos cansados. – detrás de él, estaba Mateo que miraba algo en su celular.

Mirco volvió a mirar entre la multitud.

—Vayan... yo me quedo un rato más. – dijo ansioso.

—Ok. Nos vemos. – se saludaron con un apretón de manos y un medio abrazo, a los que prestó poca atención porque estaba demasiado preocupado buscando a Nadia.

Recorrió el lugar tres veces y nada. Se paseaba entre la gente, pidiendo permiso, bancándose empujones, y apretones... pero no le importaba.

No había señales de la chica.

¿Dónde se había metido?

Maldijo.

Quería irse con ella... ¿Dónde estaba?

Volvió a buscarla por última vez, y al no encontrarla, se fue.

En el taxi camino a su casa, se dio cuenta de que ni siquiera tenía su teléfono, ni Facebook. Se tapó la cara con las manos.

*Que boludo*, pensó.

No sabía ni su apellido.

¿Cuántas Nadias podía haber en Buenos Aires? Miles.

¿Qué le había pasado que se había ido de esa manera?

Maldijo en todos los idiomas mientras llegaba a su casa, se daba una ducha, se acostaba e intentaba dormirse.

Al otro día, plenamente consciente de que se sentía terrible por haber salido, directamente evitó el entrenamiento. De todas maneras el entrenador estaba enojado con él. Si lo veía con esa pinta, sería peor.

Aprovechó para dormir todo lo que quería, y a la tarde, cuando ya se sentía como una persona otra vez, se levantó y se preparó algo para comer.

Tenía varios mensajes en el celular.

La mayoría de sus compañeros, contándole que su coach estaba muy molesto con él por haber faltado. Puso los ojos en blanco.

Otros eran de Jamie y Mateo, que en una conversación en grupo de Whatsapp comentaban detalles de la noche anterior. Contestó desganado mientras le entraba otro mensaje.

Esta vez era de su amiga Valentina.

No podía evitar, aun después de tanto tiempo, ponerse un poco nervioso cada vez que ella le escribía.

*“Mir, esta noche nos juntamos en lo de Flor. Cortó con Nico y necesita que estemos con ella.”*

Tenía partido al día siguiente... pero qué importaba. Iba a mirarlo desde el banco de suplentes de todas formas.

Respondió que si, pero se volvería temprano para estar por lo menos descansado.

Una vez que ya había hecho sus planes, tomó aire y se dispuso a llamar al DT del plantel. Soportaría un par de retos, insultos y amenazas mientras se preparaba para ir a lo de su amiga.

Llegó un poco tarde, pero sus amigas no se molestaron. Habían estado charlando y ahora se sentaban a cenar.

Vale estaba preciosa. Con el tiempo se estaba haciendo inmune a su belleza, pero no podía negarla. Estaba entusiasmada contándoles como era su vida como mamá y la cantidad de maravillas que sus hijos hacían a diario. Sonrió. En ella, esos temas no le parecían molestos para nada. Bromeaba contando como esta noche le tocaba a Jamie cuidar de los pequeños mientras ella salía, y preguntaba animada cuando saldrían a bailar ellos tres como en las viejas épocas.

Les contó los planes que tenía para el cumpleaños de Simón, su hijo menor que cumpliría 2 años en unos meses, y esperaba que todos estuvieran ahí con ella para acompañarla.

Les mostró fotos y videos que habían hecho, y se habían pasado casi toda la cena entre risas. Tanto el niño como su hermana, Ava, eran la viva imagen de sus padres. Podían protagonizar alguna publicidad de ropa para chicos perfectamente. No le sorprendía que lo hicieran tarde o temprano, ya que sus progenitores trabajaban en moda.

Su amiga Flor, era otra cosa.

Sonreía, y decía alguna cosa cada tanto, pero se la notaba decaída. Habían acordado con Vale no sacarle el tema, y distraerla, pero no parecía

estar dando mucho resultado.

Sus enormes ojos marrones estaban tristes, y le dolía verla así. Ella era siempre tan alegre...

Habían servido unos tragos como para la sobremesa, y ahora más distendida ella los miró y explotó.

—Bueno, supongo que quieren saber que pasó. – dijo bajando la mirada, jugando con el borde del vaso que tenía en las manos.

—No tenés que decirnos nada, Flor. – dijo Vale acariciándole el brazo.

El le sonrió estando de acuerdo con lo que acababa de decir su amiga.

—Necesito sacármelo del pecho. – dijo con la voz quebrada. —Nico me estaba engañando con una compañera del trabajo.

—¿Qué? – gritó Vale. —Lo voy a matar. ¿Estás segura? El no es capaz de...

—No digas nada, Val. – la frenó la otra. —Olvidate un rato de que es tu hermano, por favor.

La chica asintió y Flor siguió hablando.

—Me mintió un par de veces diciéndome que se quedaba hasta tarde en la oficina, y en realidad estaba con ella. – dijo asintiendo resignada. —Me terminé enterando por casualidad. – rió amargamente. —Tenemos el mismo modelo de celular, y un día pensando que era el mío, agarré el de él y leí un mensaje que esta chica le mandaba.

Vale se tapó la boca, y tomó aire con fuerza.

—Le decía que esa noche se iba a dormir pensando en él...Y agregaba esto. – les pasó el celular para que vieran.

Levantó las cejas sorprendido. La chica le había mandado una foto en ropa interior al novio de su amiga.

—Vos sos más linda. – dijo él conociendo a Flor.

Ella sonrió y le guiñó un ojo a modo de agradecimiento. Pero su mirada seguía triste. No podía verla así...

—Que zorra... – opinó Vale entre dientes. —Le arrancaría los pelos...

Ella negó divertida.

—Nico se quedó callado cuando le mostré el teléfono. No sabía que decirme. – dijo recordando. —No le dejé decir nada tampoco. Lo eché de casa, en donde íbamos a dormir esa noche y no le hablo desde esa vez.

Escucharon los detalles en silencio mientras ella se terminaba de

descargar.

Entre una cosa y otra, habían terminado la botella de vino, y estaban abriendo otra. Lo necesitaban.

Más entonados, cambiaron de tema para charlar de cómo lo había regañado su entrenador, y las chicas le habían dado ánimos, diciéndole que no prestara atención y que él era el mejor jugador de fútbol del mundo.

Se rieron hasta ya no poder más y a eso de las dos de la mañana se les ocurrió poner un poco de música.

Esto le recordaba muchísimo a las previas que hacían en casa de su amiga cuando estaban por salir a bailar. Había sido la época en que Vale se había peleado con Jamie y ellos se habían acercado.

Sacudió la cabeza tratando de olvidarse y sacó a bailar a sus dos amigas mientras de fondo sonaba la peor cumbia que existía.

Las sujetaba por la cintura y las hacía dar vueltas sonriendo.

Vale como siempre, sabía exactamente lo que hacía. Su cadera y su cintura eran hipnóticos. Resultaba tan fácil seguirle el ritmo. Ella lo guiaba con una sensualidad que siempre le había gustado.

Se rió recordando como había bailado con una chica que no era tan talentosa. Nadia y sus movimientos extraños en la pista de baile.

Flor, al verlo tan divertido, sonrió y lo sujetó por el cuello siguiendo sus movimientos.

Vale, que se había levantado temprano para llevar a Ava al jardín y porque el alcohol le había pegado más fuerte por falta de costumbre, se fue a sentar en el sillón, agotada.

El siguió bailando con su otra amiga, mientras esta lo abrazaba. Se había dado cuenta de que ya no se movía como que antes. Estaba quieta y su respiración era entrecortada y suspiraba. Se estaba angustiando. Por más que quisieran distraer un rato, estaba sufriendo.

—Tranquila, morocha. — le dijo al oído. —Va a estar todo bien.

Ella se abrazó más fuerte, y tomó aire por la nariz. Por como se movía su pecho, podía adivinar que estaba llorando.

—Nico fue mi primer amor... fue mi único amor. — dijo entre sollozos. —Todavía lo es. — odiaba que estuviera tan triste. —Me duele.

Respondió a su abrazo y se quedó ahí, poniéndole el hombro,

conteniéndola, sin decirle nada.

Nico le caía bien. De hecho, le tenía mucho cariño, pero en este momento, quería darle un buen golpe.

Vale ya se había dormido y no se enteraba de nada. Tal vez por eso, Flor se había dejado ir y se desahogaba con él.

Horas después, se sentía un poco mejor. Acostaron a Vale en una de las camas y la taparon entre risas. Avisaron a Jamie y éste también se rió por el poco aguante que tenía su mujer.

Flor lo acompañó hasta abajo en donde esperó que pasara un taxi que lo llevara a su casa.

—Gracias, morocho. – dijo sinceramente.

—De nada, morocha. – le sonrió. —A la hora que necesites, ya sabés.

Ella asintió y emocionada sus ojos se pusieron rojos. No quería hacerla llorar otra vez... Ya estaba mejor.

Entonces, le cambió de tema.

—Te diría que vayas mañana a la cancha, pero va a ser al pedo. – se encogió de hombros. —Voy a estar los 90 minutos sentado.

La chica se rió.

—Mañana a esa hora voy a estar durmiendo. – se acomodó el cabello mientras pensaba con la mirada perdida. —Si quieren a la noche podemos hacer algo. Salgo con las chicas, si querés vení. Vale no creo que se prenda.

Los dos se rieron.

—No creo. – repitió. —Nos juntamos en casa de Diego, pero cualquier cosa nos prendemos en la salida. – se encogió de hombros.

Ella levantó su pulgar y tras despedirse rápidamente, cada uno partió a su casa.

Estaba haciendo un esfuerzo y se notaba. No era una de esas personas que les gustara encerrarse a llorar, y a revolcarse en el dolor desconsoladamente. Todo lo contrario. Le daba bronca sentirse así, y quería seguir adelante.

Aunque siempre había momentos como el de recién. Frunció el ceño. No iba a buscar a su ex para golpearlo solo porque era el hermano de su otra amiga.

Como había predicho, al día siguiente en el partido, no había entrado ni

cinco minutos a la cancha.

Su entrenador le lanzaba cada tanto miradas envenenadas. Para empeorar la situación estaban perdiendo 2 a 1.

Odiaba estar en el banco.

Se moría por entrar.

Estaba sentado, pero sus pies se movían nerviosos, y no podía parar de gesticular con los brazos y las manos desesperadamente. *Que tortura*, pensó.

No sabía si era porque lo mataba la ansiedad, pero le daba la impresión de que todos estaban jugando pésimamente mal.

Su amigo Diego, no había acertado a ninguno de sus intentos al arco. Era para matarlo.

Finalmente el partido finalizó y la charla técnica posterior a cargo de su DT no había sido mucho mejor. Bajando la cabeza, había tenido que tolerar otro reto. Se lo merecía después de todo. Reconocía sus culpas. Se hacía cargo.

Ofuscados, fueron a casa de su compañero. Iba a ser un festejo por ganar, pero ya que habían perdido, iba a ser para ahogar las penas.

Lo que se suponía que tenía que ser una fiesta privada para el equipo, en poco tiempo se convirtió en un descontrol en donde no había faltado nadie.

Reconocía de hecho, a varias figuras mediáticas que aparecían a diario en programas de televisión.

Estaba lleno de vedettes y “modelos”.

Negó con la cabeza.

Odiaba ese ambiente. Todo era tan falso... de cartón. Había tanta hipocresía que lo enfermaba.

Y como para cerrar lo que había sido un verdadero día de mierda, vio otro rostro que reconoció, entrando al departamento.

Nadia.

Estaba hermosa.

Con su remerita ajustada y la minifalda de color violeta... a juego con sus zapatos de taco alto, era pura sonrisas. Pero no eran para él.

Diego se le acercó apenas la vio y la abrazó por la cadera apretándola a su cuerpo mientras la besaba.

Y esa, era su señal para empezar a tomar.

Dicho y hecho.



Un rato después apenas podía ponerse de pie.

Había charlado con una chica y había bailado con otras, mientras mezclaba todo lo que tenía a mano. Mañana se sentiría muy mal... pero ya habría tiempo para pensar en eso.

No podía ver a la parejita besándose por ahí. Le daba bronca y ganas de golpear algo. No sabía que su amigo seguía en contacto con la chica. Evidentemente sí. Seguro tenía su teléfono... Mierda. El la había besado, pensando que había sido una conquista de una sola noche como tantas otras tan comunes de Diego.

Había roto los códigos aquella noche.

Y los estaba rompiendo ahora también mientras le miraba las piernas con deseo.

¿Por qué tenía tanta mala suerte con las mujeres? ¿Por qué las que le gustaban preferían estar con otro?

Sacudió la cabeza y siguió tomando para olvidarse de todo.

Lo peor de todo es que ella lo había visto un par de veces, y ni siquiera lo había saludado. ¿Qué le pasaba? ¿Sería para que su amigo no se diera cuenta? O tal vez tenía que ver con su huida esa noche antes de que pasara algo más...

A la mierda con ella... a la mierda con todos.

Tomó de su vaso y se fue a buscar otro.

Ya ni siquiera podía caminar en línea recta.

Se le estaba moviendo todo y se sentía por demás atontado. Su cabeza era un lío y no estaba seguro de nada.

Estaba bailando con una chica rubia muy bonita, cuando le llegó un mensaje.

*“Salimos, pero me quiero ir. ¿Estás por ahí morocjo? Necesito que alguien me busque.. mesien to mal.”*

Flor lo necesitaba.

Se enderezó y después de mandarle varios mensajes preguntándole donde estaba, se fue. Se le hacía difícil tipear lo que tenía en la cabeza. El maldito mensaje se enviaba por sí solo con un montón de letras incoherentes.

El taxi lo dejó en la puerta de un boliche y se bajó buscándola casi a tropezones.

Estaba en la puerta, con su teléfono en la mano. Se movía hacia los costados tratando de apoyarse en la pared. Mierda. Estaba borracha. Menos mal que le había escrito, si no vaya a saber dónde terminaba.

Bueno, él no estaba más fresco... pero de todas formas.

—Ey. — la llamó.

Ella lo miró y sonrió al reconocerlo.

Maldijo por lo bajo.

Se había ido con un vestido mínimo. Odiaba que se vistiera tan provocativa para salir. Los hombres se le tiraban de cabeza, y él cuando salían juntos, se encargaba de espantárselos.

Saber que estaba de novia, lo dejaba tranquilo. Con Nico a su lado, estaba a salvo. Pero ahora era diferente.

La recorrió de nuevo con la mirada.

Si.

Por más que le molestara su atuendo, le quedaba impecable.

Ella se acercó y lo abrazó por un rato.

—¿Qué pasó, morocha? Estás muy borracha. — dijo enredándose con las palabras.

—Bueeno. — se rió ella. — Vos estás re bien ¿No? — se separó para mirarla y también se rió.

Negó con la cabeza sintiéndola liviana.

—Gracias por venir. — le dijo sinceramente, y luego, de la nada, lo besó en los labios.

Fue apenas un piquito amistoso, pero tuvo efectos bastante inesperados.

—De nada... — dijo con la voz ronca.

Se miraron por un segundo, y después como atraídos por un imán se volvieron a besar.

Esta vez, un beso más largo, y más profundo.

No tenía sentido, y no había explicación para lo que estaba sucediendo, pero no podían evitarlo.

La tomó con fuerza de la cintura y ella, suspiró y lo sujetó por el cuello.

Estaban actuando por enojo, por despecho, por celos... por dolor... por el estado de ebriedad que cargaban... y no importaba.

No importaba nada.



### Capítulo 3

Llegaron a su casa, que quedaba más cerca, entre besos y tropezones por el alcohol, entraron a la habitación.

Agitado se separó para mirarla.

—¿Qué estamos haciendo? – le preguntó en un lapsus de cordura. Era su amiga. Era Flor. ¿Se habían vuelto locos?

—Sh.. – lo hizo callar ella, y tiró de su remera hasta quitársela.

Sintió dos manos pasando por su pecho, por su espalda y cerró los ojos. Se sentía demasiado bien como para frenar.

Retrocedió unos pasos, y se sacó el vestido quedando en ropa interior.

Y fue así, como su último rastro de voluntad y autocontrol se había ido de paseo. Ya no había vuelta atrás.

La acercó a su cuerpo, y buscando su boca, nuevamente la besó.

Ella lo arrastró a la cama y terminó de desvestirlos entre jadeos.

Sintiendo como se estremecía cada vez que la tocaba, sonrió y besándola en el cuello, se colocó por encima... La escuchó gemir mientras se retorció y gruñó.

Sin ser capaz de seguir aguantando, buscó en la mesa de noche protección, y casi temblando de deseo, se hundió en ella muy despacio.

Flor sonrió y mordiéndose el labio, movió la cadera encontrándolo de a poco.

El entraba y salía lentamente, mirándola.

—Esto es muy fuerte. – dijo ella.

—¿Te estoy haciendo mal? – preguntó preocupado.

—No. – se rió. —Es muy fuerte estar haciéndolo con mi mejor amigo.

El también se rió cerrando los ojos.

—Gracias por lo de mejor amigo. – dijo aumentando la velocidad.

—De nada, morocho. – dijo con la voz entrecortada por las embestidas.

—Esto está mal... Estamos haciendo cualquiera – comentó sintiendo que su cuerpo se tensaba violentamente y se apretó más cerca, escuchándola gemir.

—Mañana nos vamos a arrepentir. – dijo ella mientras apretaba sus piernas y se arqueaba sintiéndose cerca.

Le mordió el cuello, concentrado en lo bien que se estaba sintiendo.

También estaba cerca. Muy cerca.

—Bueno, mañana vemos. – dijo entre jadeos dándose impulso, escuchándola como gemía dejándose ir y lo abrazaba por la espalda.

No tardó en seguirla poco después, todavía con la cabeza confundida a causa de la bebida... y por lo absurdo de la situación.

Flor tenía razón, había sido fuerte.

Horas, minutos o segundos después, habían caído prácticamente inconscientes en un sueño pesado y profundo, totalmente agotados.

Se despertó porque el celular le estaba sonando a todo volumen.

Lo tomó y se fijó quien llamaba.

Vale.

*Que raro*, pensó.

—Hola, rubia. – dijo con la voz tan ronca que él mismo se asustó.

—¿Qué te pasó? – preguntó alarmada.

—Salí anoche. Noche larga. – dijo llevándose la mano a la frente. —  
¿Qué hora es? – preguntó con los ojos cerrados.

—Las tres de la tarde. – se rió su amiga.

—Uh... – dijo entre risas.

A su lado, Flor se despertó escuchándolo hablar. Gimió apretándose los ojos y se tapó la cara con la sábana. Si se sentía la mitad de mal de lo que sentía él, pobre.

—¿Estás con alguien? – preguntó Vale escuchándola. —No te quiero molestar, Mir. Solamente preguntarte si sabés algo de Flor... – abrió los ojos de golpe. —Teníamos que vernos al mediodía y no me contesta el celular.

—Si... está acá conmigo. – dijo cerrando los ojos de nuevo. A su lado, Flor se había sentado en la cama y lo golpeaba con la almohada gesticulando mientras intentaba decirle algo.

El la miró y tapó el teléfono para que Vale no escuchara.

—No va a ser la primera vez que te quedas a dormir, shh. – le susurró. —  
Callate. – le dijo.

—Ahh... que suerte. – dijo la chica soltando el aire mucho más tranquila.  
—¿Salieron? ¿Tan buena estuvo la fiesta que todavía duermen?

El suspiró recordando.

—Estábamos en fiestas separadas, y la rescaté a la salida de un

boliche... – contestó. —Y me la traje a dormir conmigo.

Flor lo miraba entornando los ojos y él sonreía sabiendo que la estaba poniendo nerviosa.

—¿Estaba muy borracha? Me preocupa... – comentó Vale sin hacer caso a la doble intención de sus palabras, porque sinceramente no era raro que se quedaran a dormir en la casa del otro después de una noche de fiesta.

—Para algo están los “mejores amigos”. – dijo aguantándose la risa mientras le guiñaba el ojo a Flor que ahora sí, quería matarlo.

—Sos el mejor amigo del mundo, Mir. – estuvo de acuerdo Vale. — Decile que se cuide, y vos también cuidate morocho... últimamente estás saliendo mucho.

—No te hagas problema, rubia... – dijo aguantando la risa. —Obvio que nos cuidamos.

Flor lo miró envenenada y le dio una patada de lleno en el muslo.

—Ahh... – dijo quejándose entre carcajadas.

—¿Qué pasó? – preguntó Vale en el teléfono.

—Me golpeé el dedo chiquito del pie. – le devolvió la patada. —Te dejo porque voy a ver si cocino algo... tengo hambre. – estampándole la almohada en la cara a su amiga, agregó. —Dice Flor que almuerzan otro día mejor, no se siente bien.

—Dale, Mir. – se despidió su amiga. —Un beso.

—Un beso. – cortó el teléfono dejándolo en la mesa de luz.

—Sos un idiota. – le dijo cruzándose de brazos.

El se rió mientras intentaba abrazarla, aunque solo recibía golpes.

—No le voy a contar nada a nadie, te lo juro. – le dijo ahora más calmado.

—Ok. – asintió ella creyéndole. —¿Qué estamos haciendo, Mir? Esto es un error.

Asintió pensativo.

—Es divertido, pero sí. Es un error. – la chica tenía razón.

—Es divertido, es fácil... y cómodo. – dijo suspirando. —Pero está mal.

—Fue algo de una vez, y ya está. No le demos más vueltas. – concluyó. —Vos estás mal por tu ex, yo... por otras cosas... habíamos tomado mucho y pasó.

—Hecho. – dijo Flor.

Se quedaron callados mirando el techo de la habitación, recostados mientras pensaban.

—A menos que, pensemos la forma en que esto no sea un error... – comentó al pasar.

—Amigos con derecho a roce. – dijo ella como si estuviera probando cómo sonaban esas palabras en su boca.

—Por mi parte, no me voy a confundir. Valoro demasiado tu amistad, morocha. – la miró.

—Yo también. – contestó ella. —Amistad y sexo... nada más.

El asintió y volvió a mirar al techo. Eso era lo bueno de Flor. Pensaban parecido, no se iban a confundir y ninguno iba a salir lastimado. Sabían perfectamente lo que estaban haciendo.

—Como tu amigo, te digo que es mejor que a Vale no le digamos nada. – ella asintió seria. —Y te digo que dejes de ponerte esos vestidos tan cortos cuando salís con tus amigas. – Flor se rió. No era la primera vez que se lo decía.

—No es tan corto... además me queda divino. – dijo golpeándolo con la almohada otra vez.

—Y ahora hablándote no como tu amigo, si no como tu... “roce” – hizo comillas con los dedos. —Te digo que te quedaba muy lindo el vestido... – girando su espalda hasta enfrentarla, se colocó sobre ella y le habló cerca de la boca. —Y que la pasé muy bien anoche...

Ella sonrió levantando una ceja y le hizo lugar entre sus piernas.

—Sigo pensando que esto es muy fuerte... – él se rió y asintió.

Y así fue como empezó una amistad especial con quien menos se hubiera imaginado, de la manera más rara y más “fuerte” como ellos la calificaban.

A diferencia de sus otras relaciones, en esta quedaba clarísimo para ambos de que se trataba.

Todo era normal entre ellos, como siempre había sido. Con las mismas bromas, las mismas conversaciones, todo... Salvo que ahora, cada tanto, se mandaban un mensaje y quedaban en la casa de alguno para pasar un par de horas en la cama.

Al otro día, cada uno hacía su vida como si nada.

Habían pasado un par de semanas, y en el club estaba todo mal. Su entrenador lo había puesto unos minutos en el último partido, pero todavía no aflojaba. Lo tenía entre cejas, y en cada entrenamiento se las cobraba.

Había tenido que soportar otra fiesta con los chicos del plantel en la que también había estado Nadia.

Esta vez se había dicho que no la dejaría pasar así como así.

Estaban en casa de otro de sus compañeros, y estaban como no, todos muy borrachos. Diego bailaba con otras chicas y cada tanto iba a donde la chica que él tanto miraba, y le robaba algún beso...

Idiota.

Vio que ella, algo aburrida se iba a la cocina. Seguramente iría en busca de algo para tomar. El, vio la oportunidad y se mandó.

La siguió y se la encontró buscando algo en la heladera.

Estaban solos.

La miró y ella se sobresaltó.

No tenía escapatoria. Iba a tener que decirle algo.

—Hola. – la saludó con un beso rápido y casual en la mejilla.

—Hola. – dijo sonriendo y mirando a la puerta como si quisiera salir corriendo de allí.

Levantó las cejas curioso. ¿Qué le pasaba?

—¿Te molestó algo de lo que hice... o... – empezó a decir él.

Ella negó con la cabeza y lo interrumpió.

—Nos va a ver tu amigo, y prefiero que no... – dejó la frase incompleta mientras se iba.

—No sabía que estabas saliendo con él. – la provocó interponiéndose en su camino.

Ella se rió y evitó su mirada.

—No estamos saliendo. – se apuró a aclarar.

—¿Entonces? – susurró casi en su oído. —Pensé que querías irte conmigo la otra noche.

La escuchó suspirar, y le encantó.

Sujetó su cintura apenas con una caricia.

No se había imaginado las cosas. Existía una atracción entre ellos, y era poderosa. Sintió que apoyaba una mano en su hombro y lo separó para mirarlo a los ojos.



—Mirco, tu amigo... – le recordó, aunque con la voz alterada.

Asintió y la soltó, pero sin alejarse.

—Nos va a ver... – completó la frase que ella no había terminado de decir. —La próxima vez... – dijo y sin poder evitarlo, besó raudamente sus labios.

Apenas un breve beso robado, que los dejó a los dos respirando con dificultad mientras se separaban.

Se quedó clavado en el lugar, incapaz de moverse todavía mientras ella se iba.

Justo cuando llegó a la puerta, lo llamó.

—Mirco. – él la miró y ella se señaló los pies.

Se paró en puntas y colocando sus brazos en pose, giró sobre su cuerpo dos veces levantando una pierna. Había sido un movimiento rápido y sin esfuerzo que lo dejó con la boca abierta. Ni siquiera se había despeinado. Sonrió y guiñándole un ojo, le dijo.

—Te dije... – y encogiéndose de hombros, se fue.

Aunque ya no lo veía, porque se había quedado solo en la cocina, sonrió.

Era rara. Muy rara.

Y absolutamente hermosa.

Sacudió la cabeza y se fue de la fiesta, de mejor humor que unas horas antes.

Pasaron un par de días y no volvieron a coincidir. Y eso que no se había perdido fiesta, ni juntada con los chicos, ni salida a boliches o a bares que sus compañeros y conocidos organizaban.

No sabía nada de ella... Y tal vez por eso le generaba esa intriga. Se pasaba el tiempo pensando en donde poder verla, pero nada.

Un día, sacó el tema con su amigo en el vestuario cuidándose para no quedar en evidencia, con tacto llevándolo sin que se diera cuenta, con inteligencia... Muy disimuladamente.

—¿No te da más bola Nadia, o qué pasó? – bueno, no *tan* disimuladamente.

Diego lo miró por un minuto algo extrañado, pero luego se rió y contestó.

—Ni yo la volví a llamar, ni me llamó ella tampoco nunca más. – se encogió de hombros. —No está buscando algo serio... vos ya sabés como son

estas cosas.

Asintió mecánicamente mientras trataba de descifrar que le hacía sentir esta nueva información.

—¿Te gusta la mina, no? – preguntó su amigo sorprendiéndolo.

—¿Ah? – se hizo el distraído.

El otro se rió.

—Si te gusta, dale para adelante, eh. – se encogió de hombros. —Yo no busco nada serio con ella... así que no tengo problema.

Disimuló lo más que pudo y se fue a entrenar con una sonrisa de oreja a oreja.

No había podido dejar de pensar en ella.

Días después Flor lo había llamado para comer en su casa y eso había hecho.

Naturalmente, después de cenar habían terminado como siempre, en la cama. Los encuentros cada vez eran más normales para él, y estaba contento de que no hubiera habido consecuencias.

No se habían equivocado. Funcionaba.

La pasaban muy bien los dos, y no había incomodidades, ni romanticismo... Había confianza. Amistad... y claro, también mucha pasión.

Era lo que necesitaban.

Y lo que más le gustaba, era que después, todo era normal.

Se quedaron mirando una película. Era tarde, y no tenía ganas de volver a su casa, así que su amiga lo había invitado a quedarse.

Estaba muy cansado, y su mente daba vueltas con todo lo que últimamente venía pensando, pero... no se lo estaba imaginando. La protagonista tenía el cabello dorado, unos rulos delicados y hermosos ojos verdes. No era parecida. ¿O si lo era?

Sacudió la cabeza. Ya la veía en todas partes.

—¿Todo bien? – pregunto Flor, que lo había notado raro.

—Ehm... si. – contestó no muy convencido.

—Contame. – se dio vuelta, puso pausa al DVD y lo miró. —Hace días que estás así.

El suspiró y se desacomodó el cabello corto con los dedos.

—Conocí una chica... – su amiga sonrió y emocionada aplaudió

seguramente esperando que le contara todos los detalles.

El también sonrió. Siempre había tenido muchas amigas mujeres, y estaba acostumbrado. Se sentía como en un pijama party[1].

—No te entusiasmes tanto, morocha. No es así. — la interrumpió. —La vi un par de veces... y más allá de un beso o dos, no pasó nada.

—Pero te gusta... — levantó una ceja.

—Si. — tomó aire. —Estaba con Diego. A veces salen juntos, aunque ninguno de los dos quiere nada serio.

Ella asintió entendiendo.

—Y a vos te parece que no está bien que te guste la chica de tu amigo... — adivinó.

—Al principio era así, pero ahora que sé como son las cosas, no sé. — miró a un punto fijo, de manera pensativa. —Es muy rara.

—¿Rara? — preguntó Flor.

—Si, rara. — sonrió sin querer. —Es o muy tímida, o muy desinhibida... — se le vino a la mente su manera de bailar. —Es muy graciosa. — su amiga escuchaba y sonreía cuando él lo hacía. —Estoy seguro de que ella se siente atraída por mí... pero no sé que le pasa... es rara. — se encogió de hombros repitiendo lo que ya había dicho.

—Mmm... es probable que piense que si hace algo, va a crear problemas entre Diego y vos. — le explicó.

—No, entre ellos está todo bien. No están saliendo, pueden hacer la suya... — se rascó la cabeza. —Además la noche que casi pasa algo más, Diego no estaba. — la miró desconcertado. —Te juro... me estaba besando, y me que fuéramos a su casa... y de repente, puso cara de asustada y salió corriendo. No la ví más esa vez, y eso que la busqué. Desapareció.

—Capaz estaba muy borracha, y se arrepintió. — él asintió.

—No sé. Me gustaría volver a verla y preguntarle qué le pasa. — dijo pensando en ella. —Yo sentí algo en ese beso, Flor... No me lo puedo estar imaginando todo.

—Deberíamos salir al boliche en donde te la encontraste y buscarla. — dijo decidida. —Va a tener que volver... Y entonces la encaras.

—Es que ya fui varias veces y nada... — respondió.

—Vamos a ir hasta que vaya... — se plantó su amiga.

El sonrió y asintió. No era tan mala idea. Y además es lo que venía

haciendo hasta el momento. No perdía nada.

—Ok, eso vamos a hacer. — la miró por un momento dudando si sacarle el tema, pero al verla más recuperada, le preguntó. —¿Vos como estás? ¿Tuviste noticias de Nico?

Puso los ojos en blanco y se dejó caer a la cama con un suspiro.

—Si... vino a casa... — se tapó la cara. —Me rogó que le diera otra oportunidad... que no era como yo pensaba. Que él nunca me había engañado y bla, bla.

—¿Y vos que le dijiste? — preguntó.

—Yo le dije que se podía ir a la mierda, obvio. — dijo enojada, pero después se mordió los labios y lo miró. —Pero me puso esos ojitos de nene bueno y no pude aguantarme...

—Morocha... — la regañó. —Me habías dicho que me ibas a llamar antes de mandarte una cagada... — negó con la cabeza. —No te podés aguantar, están juntos y después estás tres días llorando. No es sano, no te hace bien. — le dijo con voz más suave.

—Si, ya sé, ya sé. — contestó tapándose con la almohada. —Ese pendejo me puede, Mir.

—Entonces dejá de hacerte la boluda, y seguí tus propios consejos. Encaralo. — dijo citándola. —Le preguntas y que te cuente qué es lo que realmente pasó con esta mina.

—Me va a mentir. — dijo cruzándose de brazos.

—Vos vas a saber si creerle o no. — contestó pasando el brazo por encima de sus hombros y abrazándola.

—Todavía no estoy lista para escucharlo. — comentó al borde de las lágrimas.

El asintió y le besó la frente. Odiaba verla así...

Para animarla, cambió de tema.

—Mañana a la noche entonces me acompañas al boliche. ¿No? — ella rió. —No voy a ir solo, me sentiría un pelotudo.

—Obvio que te acompaño. — le besó la mejilla. —Vamos a encontrar a tu chica rara.

El se rió y la empujó despacio amistosamente, haciendo como que le daba lo mismo. Pero por dentro, el corazón le latía a toda velocidad, mientras pensaba en la posibilidad de volver a ver a Nadia.



## Capítulo 4

Con el paso de los días, se había reintegrado al plantel, y su relación con el coach, ya no estaba tan tirante.

La verdad es que se había esforzado más de lo normal por hacer buena letra, y estaba pasando por una buena racha, en donde todo lo que intentaba en la cancha, le salía.

Ya había jugado dos partidos y habían ganado. De hecho, él había hecho la mayoría de los goles que habían marcado la diferencia.

Ese domingo, jugaban de locales, y estaba tan relajado que la había invitado a Flor para que lo presenciara.

Sus planes eran después ir a su casa, prepararse y salir al boliche para festejar, y para seguir buscando a Nadia.

Movió la cabeza para los costados, flexionando los músculos del cuello y se subió las medias al salir al campo de juego. Con un rápido trote en el lugar, entró en calor con el resto de los jugadores, y cuando pudo, miró a la tribuna para saludar a su amiga guiñándole un ojo.

El juego empezó.

El equipo contrario no tardó en hacerles un gol. Maldijo.

Intercambió indicaciones con sus compañeros entre gritos y volvieron a jugar.

Estaba en el área, le habían hecho un buen pase, pero a la hora de definir, lanzó la pelota fuera.

Volvió a maldecir con fuerza y se secó el sudor de la frente, enojado.

Los hinchas alentaban, y les daban ánimos, pero él quería romper algo.

Corrió hasta que pudo recuperar el balón, y esta vez en lugar de patear al arco, miró a Diego quien lo recibió y abrió la jugada para patear él.

¡Gol!

Festearon entre gritos, y golpes amistosos mientras se le desataba el nudo que se le había formado en el estómago. Entre ese sentimiento de revancha, podía ver como los del equipo contrario se atacaban con insultos entre ellos.

Levantó la mirada para buscar a su amiga entre el público de las plateas más bajas, pero se quedó helado cuando fueron otros los ojos que lo encontraron.

Nadia.

Sentada, aplaudiendo y festejando el gol, ahora lo miraba.

Le sonrió abiertamente, y lo saludó levantando una mano.

El miró a su alrededor. Diego estaba de espaldas hablando con el arquero. Si, el saludo iba dirigido a él. A Mirco.

Levantó su mano y le devolvió el saludo de manera aparatosa.

En lo que restó del partido, no había podido patear ni una sola vez. Directamente no lo intentaba. Lo marcaban, lo empujaban, le quitaban la pelota de manera vergonzosa. En algunas jugadas incluso se había salvado de milagro de una lesión. Estaba distraído, y sabía que eso era lo peor que podía pasarle.

Por suerte, el réferi dio por terminado el encuentro y quedaron empatados.

Sentía las piernas como si fueran de cemento.

Se apuró a entrar al vestuario y casi tropezando se dejó caer a uno de los bancos. Tenía un calambre. No era la primera vez que le pasaba, pero era sumamente doloroso.

Después de unos rápidos masajes, se duchó y se preparó para salir.

¿Lo estaría esperando afuera?

¿Lo había ido a ver a él? ¿O a Diego?

Distraído guardó las cosas en su bolso de mano y no vio a su compañero que lo miraba curioso.

—¿En dónde estás? – le dijo moviendo una de sus manos en frente de su rostro.

—Estaba pensando en ...cosas. – dijo sin darle mucha importancia mientras se peinaba el cabello húmedo frente al espejo.

Su amigo se paró a su lado y lo miró sonriendo.

—¿Es por la morocha esa que te vino a ver? – él lo miró frunciendo el ceño, sabiendo que se refería a Flor. —¡Que pedazo de mujer! Debe ser modelo, ¿No?

Apretando la mandíbula, le contestó.

—Si, es modelo. Y es mi amiga. – lo señaló de manera amenazante. — Ojo.

El otro levantó las manos riéndose. Ya que estaban hablando del tema, le preguntó.

—Y a vos te vino a ver alguien también... ¿No? – evaluó su reacción.

—¿A mí? ¿Quién? – preguntó Diego confundido.

—¿No viste que estaba Nadia en la tribuna? – no tenía idea.

Negó con la cabeza.

—No sabía que venía. – se encogió de hombros. —De todas maneras ahora me voy a la casa de mi ex, Vanessa. – sonrió.

—¿Volviste con tu ex? – entonces Nadia no había ido a verlo.

—Estamos en eso... no sé. – sonrió Diego. —Si Nadia te pregunta por mí, inventale algo. – dijo encogiendo los hombros, quitándole importancia. — O llévatela por ahí... que se yo. – le guiñó un ojo.

—Dale. – contestó él con ganas pegarle una trompada por rechazarla de esa manera.

Su amigo se fue y se quedó pensando.

Bueno, aunque se enojara por lo idiota que había sido su compañero, y le molestara la actitud que éste había tenido con la chica que no podía sacarse de la cabeza, funcionaba a su favor.

Ojalá estuviera a la salida.

Se apuró en salir también para ver si tenía la suerte de encontrársela.

Flor lo encontró en la puerta de entrada, entre abrazos felicitaciones. Aprovechó que la tenía cerca y le dijo al oído.

—¿Te acordas de la chica que te dije? ¿Nadia? – ella asintió. —Vino a ver el partido.

Como si tuviera un resorte, se separó de él y le hizo mala cara.

—Me hubieras dicho antes de que te abrazara. – le murmuró. —¿Dónde está? ¿Cuál es? – miró entre la gente desesperadamente.

—No seas tan disimulada, por favor. – dijo irónicamente, mientras contenía la risa. —No está por acá. No la veo. – miró para todos lados. Estaba lleno. Entre la prensa, los fanáticos y los hinchas, no se podía ni caminar. Y obviamente no había ni rastros de la chica. Otra vez había desaparecido.

Se habían quedado un rato más, pero no.

Se había marchado.

Su amiga lo vio de mal humor y se apuró en cambiarle de tema. Esa noche tenían planes, y nada iba a arruinarlos. Seguramente la vería en el boliche. O al menos eso era lo que no paraba de repetirle.



Una vez en su casa, se bañó, se vistió y se puso a cocinar.

Flor estaba alisándose el cabello, o pintándose las uñas mientras ponía música y bailaba. Sonrió.

La podía escuchar tarareando las canciones muy a su manera. Sacó de la heladera unas cervezas y empezó a tomar.

No la vio entrar, pero sintió como lo tomaba de la cintura y le hacía soltar lo que tenía en las manos para ponerse a bailar también. Se rió y la hizo girar para después acercarla a su cuerpo y la sujetó con fuerza, bailando más cerca.

Ella se reía a carcajadas siguiéndole el ritmo, moviendo las caderas.

El vestido que llevaba puesto le ajustaba demasiado y los pechos se le movían de manera tentadora. Levantó las cejas y miró a otra dirección. Siempre había bailado con su amiga, como con Vale, y jamás se había fijado en esas cosas.

Flor, que no se daba cuenta, seguía bailando riendo y rozándose con él como si nada...

Apretó los labios y la hizo dar otra vueltita para no mirarla. Pero fue mil veces peor. Se apoyó contra él, con todo el trasero, y ya no pudo seguir disimulando lo mucho que le afectaba la situación.

Tal vez le hubiera dado algo de vergüenza, de no ser por que se trataba de su mejor amiga. Que cuando se giró para mirarlo tenía una sonrisa cómplice en los labios. El le respondió con una mirada de disculpas y más risas.

—Es por culpa de tu vestido. — bromeó mientras ella se reía también mirándole la entrepierna.

—Si querés me lo saco... — dijo alzando una ceja.

Rió.

—Ohh... — negó con la cabeza. —No empecemos. — señaló a su espalda.  
—La comida ya está lista.

Ella asintió.

—Además esta noche sos de Nadia. — le acomodó la camisa guiñándole un ojo.

Suspiró.

—Ni siquiera sé si la voy a volver a ver... — sacó dos platos y cubiertos

para poner la mesa.

Flor, puso mala cara y lo ayudó ubicando lo que él sacaba.

—No seas pesimista. – tomó de una de las botellas de cerveza. —Y si no la encuentras, volvemos y me seguís contando que problema tenes con mi vestido.

El se rió y se puso a comer sacudiendo la cabeza ante las ocurrencias de su amiga.

Le gustaba verla así. Muy de a poco se había recuperado de su ruptura con el hermano de Vale, y volvía a ser ella.

Cuando estuvieron listos, y ya se habían cansado de tomar y hacer previa, se fueron al boliche.

Como siempre, estaba que reventaba de gente, y la música se escuchaba una calle antes. Era una locura.

Fueron a la barra y tras un par de chupitos, que según su amiga, eran para tomar valor, se pusieron de acuerdo. El le había dicho que aspecto tenía la chica que buscaban, y qué tenía que hacer si la veía. Iban a mandarse unos mensajes al celular y si no, se encontrarían de nuevo en ese mismo punto en donde estaban parados ahora.

Su amiga asintió muy seria y le entraron ganas de reírse. Era adorable. Se estaba tomando la situación como toda una misión. Acercó la boca a su oído y le dijo.

—Gracias, morocha linda. – le dio un beso corto. —Sos la mejor amiga que alguien puede tener.

Ella se separó apenas para sonreírle y le contestó.

—Para eso estamos, morocho. – otro beso y se fue.

Tomó aire, y como otras veces había hecho, se puso a recorrer el lugar buscando a Nadia.

Cada vez había más gente llenando el lugar, que al verlo solo y dando vueltas se quedaban mirándolo. Para ser sinceros, nunca le había importado demasiado la opinión de los demás, y esa no era la excepción. Siguió con lo que estaba haciendo como si nadie más existiera.

Estaba poniéndose de mal humor.

¿Por qué estaría en el boliche? No había ido las ultimas veces. Tal vez incluso para no verlo. Se mordió los labios pensativo.

Había algo demasiado extraño en la forma que siempre se escapaba.

Extraño hasta para ser ella.

Todo era una locura.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué no se olvidaba de ella? ¿Por qué no conocía a alguien y se dejaba de insistir con esta chica rara de ojos verdes? ¿Qué era lo que lo tenía tan cautivado?

Hubiera sido más fácil llevarse a cualquiera de las que ahora lo estaban mirando no muy disimuladamente y a otra cosa.

Hasta hubiera sido lógico, buscar a Flor, llevársela al departamento y sacarle ese pequeño vestido a tirones, como quería hacer unas horas antes.

Sacudió la cabeza.

No tenía lógica. El seguía buscándola.

Cerca de las 3 de la mañana le había parecido verla, pero no. Le tocó el hombro a una chica de cabello dorado que resultó ser muy bonita cuando le vio el rostro. Pero no era Nadia.

Ya cansado, se fue a la barra y le escribió a su amiga para ver en que andaba. Se pidió una cerveza y empezó a jugar con el celular en la mano mientras la esperaba. ¿Dónde se había metido?

Si se iba con alguien, tenía que avisarle. En eso habían quedado. Resopló.

Justo cuando estaba por salir a buscarla, se topó con los ojos verdes que lo dejaban sin aliento. Era ella y estaba ahí. A menos de diez metros de él.

Nadia.

Lo miró nerviosa y dándose vuelta caminó hacia la salida. Otra vez huía. No entendía por qué, pero esta noche se iba a sacar la duda. Hizo dos pasos, pero entonces su mundo se vino abajo.

Flor estaba en un rincón, hecha un mar de lágrimas. Sujetaba su teléfono con fuerza con una mano, y con la otra un vaso. Mierda.

Moría por ir a buscar a la chica y hablar con ella... A eso había ido, maldita sea. Pero ahora, en esas circunstancias, no podía fallarle a su amiga.

Ni siquiera lo dudó.

La tomó por un brazo y la abrazó cariñosamente. Estaba borracha, y lloraba desconsoladamente.

—Ey, morocha. — le acarició el cabello. —¿Qué pasó?

—Vamos, Mir. Necesito irme ya. — le rogó desesperada. El asintió y

sujetándola para que no se cayera, la llevó a su casa.

La había desvestido medio dormida, y le había puesto una de sus remeras para que estuviera cómoda. Cada tanto abría los ojos y hablaba sin sentido. Había dicho algo de una chica, algo de que ya no la quería más... de que Nico ya no la quería. ¿Se lo habría encontrado en el boliche?

Le parecía raro, porque él se lo había recorrido de principio a fin y no lo había visto.

No entendía nada, pero de todas formas asentía y le seguía la corriente.

Solo se había limitado a decirle que todo estaba bien, y que descansara tranquila... que él estaba ahí y la cuidaba. La tapó y se abrazó conteniéndola hasta que por fin se durmió del todo.

Horas después, lo despertó la luz de día y algo más.

Flor estaba sentada sobre él y le besaba el cuello lentamente. Sonrió y la tomó por la cadera. Era una muy buena manera de comenzar el día.

Pero a medida que iban pasando los segundos y se despabilaba, se acordó de la noche anterior. Se separó apenas de ella y le sujetó el rostro entre las dos manos.

—Ey. ¿Estás bien, morocha? — preguntó preocupado.

—Shh. — contestó. — Ahora no, te necesito... — se movió de manera sugerente sobre él, arrancándole un suspiro.

Sin decir más, tiró del ruedo de la camiseta que le había puesto esa noche y se la sacó por la cabeza de un tirón.

Podía notar en su respiración agitada que realmente lo necesitaba. Gruñó. Sus cuerpos ya se conocían bien, y no pasó mucho tiempo hasta que él la necesitó de la misma manera.

Dejándose llevar por la urgencia que los dos sentían, se giró y la recostó sobre la cama apretándose más mientras ella le clavaba las uñas en la parte baja de la espalda entre jadeos.

Los dos tenían problemas, estaban tristes, enojados o frustrados, y parecía que al menos por unas horas, podían dejar todo eso de lado y desahogarse.

Toda esa energía que venían acumulando, se descargaba en el otro de manera explosiva y para eso estaban. Eran su propia contención. Y se sentía bien. Muy bien.



## Capítulo 5

Cerca de las 5 de la tarde se despertaron por segunda vez, después de haber pasado todo el día en la cama. Estaba agotado.

De no ser porque ya no podía aguantar el hambre, se hubiera quedado ahí, tapado hasta la cabeza.

Se levantó en ropa interior arrastrando los pies, mientras se sostenía la frente... como si así pudiera contener el dolor de cabeza que sentía.

Con un ojo abierto y el otro cerrado, se fijó en la heladera. Mierda. No había nada. Suspiró. En toda la cocina, no había nada.

Volvió a la habitación tratando de no despertar a su amiga y se puso el primer pantalón que encontró. Se estaba prendiendo la camisa cuando la luz del velador lo dejó medio ciego. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y su cabeza se lo agradecía.

—¿A dónde vas? – preguntó Flor con la voz ronca de alguien que lleva durmiendo por horas.

Pudo notar que había cierta inquietud en su mirada. No quería estar sola.

Se acercó hasta donde estaba y se sentó a su lado.

—Me voy a comprar comida. – ella asintió y se refregó los ojos.

Le acomodó el cabello con una caricia y preguntó preocupado.

—¿Qué te pasó anoche, morocha? ¿Por qué estabas así? – apenas lo dijo se arrepintió... Los ojos se le habían llenado de lágrimas y le temblaba el mentón. No quería que se pusiera mal otra vez.

Ella tomó aire por la nariz, y controlándose le contestó.

—Estaba un poco borracha... – él levantó las cejas. —Ok, muy borracha... – se corrigió poniendo los ojos en blanco. —Y no tuve mejor idea que llamar a Nico. – su voz se rompió y se tapó la cara con las manos mientras lloraba.

Cerró los ojos maldiciendo.

—¿Por qué no me buscaste?... o me mandabas un mensaje y yo... – ella lo interrumpió.

—Necesitaba escucharlo. – dijo avergonzada. El asintió. Sabía como se sentía.

—Y... ¿Qué te dijo que te puso así? – ella se rió amargamente.

—Nada, porque no me atendió él. – la miró sin entender. —Me atendió

una chica...

—Morocha... – dijo abrazándola.

—No me digas nada. No quiero hablar más del tema. Nico no existe más. – concluyó con un gesto decidido. —Mañana mismo me voy de viaje al sur por dos meses... por una campaña. – suspiró. —Y me va a venir perfecto.

Apretó la mandíbula. No estaba de acuerdo. No podía borrar todo de un plumazo, necesitaba enfrentar sus problemas, aceptar que le dolía, no escaparse. Pero se quedó callado, solo porque no quería ponerla mal.

Asintió y le dio un beso en la frente, al que ella agradeció con un fuerte abrazo.

Se dispuso a salir, buscando dinero y las llaves cuando escuchó que Flor le gritaba desde la habitación.

—¿Puedo usar tu notebook?

—Dale. – contestó. —La contraseña es...

—Lio Messi. – dijo su amiga entre risas adelantándose.

—Hey! – se quejó.

—Es la contraseña que usas para todo, morocho. – resopló.

—No desde hoy. – dijo entre dientes mientras se iba.

\*\* (Flor) \*\*

Después de chequear el perfil de Facebook de su ex, Nico, de principio a fin, no pudo encontrar a ninguna chica con la que estuviera saliendo.

¿Quién le había atendido el teléfono? Ni siquiera recordaba como sonaba su voz.

Se frenó, sentándose más derecha, y se dedicó a seguir adelante.

Sacó pasajes para viajar, y habló con su agente para ponerse de acuerdo. Dos meses en Bariloche. Justo lo que necesitaba.

Miró el portarretratos que estaba al lado del monitor y sonrió. En él, había un collage de fotos de todos sus amigos. Vale, Mica, Jamie con Ava y Simón, Mateo, Ana, Mirco y ella. Suspiró. Pasó uno de sus dedos como si estuviera acariciando a su morocho.

Iba a extrañarlo esos meses.

Sintió algo parecido al vértigo en el estómago.

Todo este tiempo había podido salir adelante, o casi, gracias a él. ¿Cómo

haría estando lejos? Lo iba a necesitar con locura.

Cerró los ojos y reprimió un sollozo. Había sido una amiga muy floja la noche anterior. Se suponía que estaban buscando a la chica que lo tenía loco, y en vez de eso, había hecho cualquiera.

Entonces, y con ganas de reivindicarse, se le ocurrió una idea.

No se enojaría... No. Seguramente si le conseguía lo que estaba buscando, no se enojaría.

Se encogió de hombros y entró a su cuenta de Facebook. Se rió. La misma contraseña. *¿En serio, Mir?*, pensó.

Fue hasta donde estaba la lista de contactos. ...*Acá está.*

—Diego... mmm...que horrible pelo tenés... — entró al perfil del amigo y vio en sus contactos también. —¿Cuántas Nadias puede conocer este chico? — miró y la lista se reducía a tres.

Una de ellas era una niña pequeña, seguramente un familiar. Otra, no era Argentina... y solo quedaba una.

Mierda.

La conocía.

Esa chica era la ex amiga de Vale. La que la había traicionado con David, su ex novio.

—¡Putá madre! — dijo con un grito.

Bueno, no tenía por qué ser la misma Nadia que había conquistado a su amigo. Se rascó la frente nerviosa. Rubia, pecas, ojos verdes. Mierda.

No, no sacaría conclusiones apresuradas.

Pero solo por las dudas, revisó su biografía de pie a cabeza.

Tenía muy poco material público. Apenas algunos datos y las fotografías de unas vacaciones. Era bastante bonita... El traje de baño le quedaba bien, reconoció.

Y entonces, se mandó la peor que se podría haber mandando.

Puso “Me Gusta” a la foto más sexy que la mostraba en la playa con una bikini negra.

—¡NOOOOOOOOOOOOOO! — gritó tomándose el rostro con las dos manos.

Ahora la chica vería que a “Mirco García, -a quien no tenía agregado como amigo- le había gustado su foto semidesnuda”. Y ya era muy tarde. Ya no podía sacárselo, porque eso también lo vería y sería mil veces peor.



—¡La que me parióoooo! – se golpeó la frente con una palma.

Salió rápidamente de la cuenta como si así pudiera solucionar algo y apagó la computadora también. El corazón le iba a toda velocidad.

De todas las cagadas que podía mandarse, esa era una de las peores.

Respiró hondo.

Bueno, todavía cabía la posibilidad de que no fuera la misma Nadia, y al verlo, solo lo tomara como que algún hombre le había gustado su foto. Nada para alarmarse, algo de todos los días.

Pero si se trataba de la misma chica, estaba jodida.

Había hecho quedar a su amigo como un acosador... como un patético acosador que la había buscado y en vez de agregarla como cualquier persona normal haría.... Se había puesto a mirar fotos de ella en pelotas.

Apretó los ojos y maldijo.

Se mordió el labio y cuando estaba a punto de prender la computadora otra vez y sacar ese maldito “Me gusta”, escuchó la puerta. Soltó todo de manera culpable, y en lo que quedó de la tarde y la noche, trató de no pensar más en el tema.

Rogó que la chica no entrara seguido a su cuenta, eso sí.

\*\*\*\*

Al día siguiente, había ayudado a Flor a llevar las valijas al aeropuerto, y de paso la despedía. Iban a ser dos meses largos sin ella. Ya se habían acostumbrado tanto al otro, que resultaba duro separarse.

La abrazó por un rato mientras le recordaba que tenía que escribirle y llamarlo cada día. Ella reía y le dejaba besos en el cuello, algo que siempre hacía.

—Te voy a extrañar, morocha. – dijo suspirando.

—No me hagas llorar, por favor te lo pido. – contestó sonriente, aunque con los ojos un poco brillantes.

El sonrió, y tomándola del rostro la besó.

No solían hacerlo en público, pero le pareció que la despedida lo ameritaba.

Para ser sinceros, se habían estado despidiendo por horas la noche anterior, de todas las maneras que se habían imaginado, pero aun así.

Ella tomó aire y respondió a su beso de manera desesperada. Sujetándolo por la cintura, pegándose todo lo que pudo a él.

Se separaron todavía agitados por la intensidad del momento y se rieron con ganas.

—Más te vale que aproveches este tiempo para buscar a tu chica rara... — lo señaló. —Porque cuando vuelva quiero que estés de novio y todo.

El se hizo el ofendido.

—¿Ya te cansaste de ser mi amiga con derecho a roce, morocha? — preguntó levantando una ceja.

Ella se rió de esa manera tan suya, a carcajadas.

—Ante todo soy tu amiga. — su voz se quebró y sus ojos reflejaban mucha ternura. —Y te quiero ver feliz.

La garganta se le apretó en un nudo y tuvo que hacer un esfuerzo enorme por contener su emoción. Si él se ponía a llorar, ella se pondría peor.

Para disimularlo, la abrazó con fuerza.

—Sos mi amiga, morocha. Mi mejor amiga. — la miró nuevamente a los ojos. —También te quiero ver feliz.

Ella asintió con los ojos rojos, y un leve temblor en el mentón.

—Te quiero morocho, cuidate mucho. — dijo antes de tomar sus cosas y partir.

—Vos también cuidate. — la tomó de la mano, y acercándola de nuevo hacia él, la volvió a besar. —Te quiero.

Se sonrieron y se separaron.

Sabía que esa despedida había significado mucho más que el simple viaje de su amiga al sur. Era un cierre a esa historia que había empezado entre ellos. A esa etapa.

Ya cuando volviera, nada sería igual.

No tenía sentido que lo fuera.

Ella pretendía pasar de página y seguir adelante... y él necesitaba encontrar a Nadia.

*Sea como sea, pensó.*

Apenas llegó a su casa, ya la extrañaba. Le dio gracia pensar que habían estado viéndose por semanas, y habían logrado mantenerlo en secreto de alguna manera... siendo que esos pocos días que estuvo al lado de Vale habían quedado publicados en los medios de todo el país.

Todavía al día de hoy, le seguían preguntando por ella. Sin saber lo

mucho que le había dolido. Sin conocer la verdad de la situación.

Malhumorado, se dispuso a ordenar el lío que era su departamento tras la marcha de su amiga, y encendió la computadora para poner algo de música.

Calvin Harris.

Se encogió de hombros.

Estaba bien para escuchar mientras hacía limpieza.

Como cada vez que se sentaba en el escritorio, chequeó su correo y las redes sociales. También le gustaba entrar a los sitios de deporte y estar actualizado en cuanto partido se jugaba.

Aburrido, entró a Facebook, recordando que tenía que cambiar la contraseña ahora que Flor sabía que usaba esa misma para todo.

Fotos de Vale con Ava en lo que parecía un cumpleaños... y el pequeño Simón en brazos de su papá todo sonriente. Rió con amargura. Eran el retrato de la familia perfecta para quien los viera... Aunque unos pocos sabían realmente todo lo que había tenido que pasar para que ahora estuvieran ahí.

Tenía varias notificaciones, nada demasiado interesante... Un par de solicitudes. Todas mujeres. Se rió sacudiendo la cabeza. Estaba por minimizar la pestaña, cuando vio que a alguien le había gustado su foto de perfil.

Abrió y miró curioso.

Su pulso se disparó. ¿Esa era...

**A Nadia Rojas le gusta esto.**

Quien lo miraba desde las notificaciones era su chica rara. La que tanto había estado buscando. Era ella.

Una vez que superó la sorpresa, le envió una solicitud de amistad y se quedó esperando a que la aceptara mientras miraba fijo el mundito celeste.

**Nadia aceptó tu solicitud de amistad.**

**Escribe en la biografía de Nadia.**

Estaba conectada. Era evidente que estaba ahí... sentada en su computadora, o con el celular en la mano.

Hizo sonar su cuello y abrió una conversación privada con ella.

**Mirco:** Hola

Y otra vez le tocaba esperar a que respondiera.

## Capítulo 6

Un par de minutos después de mirar a la pantalla de manera insistente como si no quisiera perderse su respuesta, vio que ella de hecho, estaba escribiendo una.

Su corazón se aceleró y se sintió un adolescente.

Puso los ojos en blanco.

Le daba igual. ¡Ella le estaba escribiendo!

**Nadia:** Hola. ¿Cómo estás?

¿Qué se suponía que tenía que responder? ¿Bien? Ok, vamos con “bien”, se dijo.

**Mirco:** Bien. ¿Vos?

Movió los pies de manera impaciente. En realidad lo que quería preguntar de todo. Quería saber cómo había llegado hasta su perfil de Facebook, por qué después de haber desaparecido de la tierra, por fin se ponía en contacto. Lo había buscado.

**Nadia:** Bien. Sos quién creo que sos. ¿No?

**Mirco:** Jajaja A quien le vaciaste un vaso de Fernet en la camisa... y al que besaste y después dejaste plantado... dos veces. El mismo.

**Nadia:** Jajaja ya me disculpé.

**Mirco:** Estas disculpada.

**Nadia:** Te vi en el partido. Felicitaciones!

Sonrió como un tonto a la pantalla y escribió rápido una respuesta.

**Mirco:** Gracias. Pensé que te iba a ver a la salida. Te busqué...

**Nadia:** Me tenía que ir, no podía quedarme. Además no quería que Diego me viera.

**Mirco:** O sea que fuiste a verme a mí...

Ella estaba tipeando una respuesta... y tardaba.

**Nadia:** ¿Le dijiste a alguien que me conocías?

Frunció el ceño confundido. Si, le había dicho a su amiga Flor. Pero, ¿A qué venía esa pregunta? Entonces pensó en Diego. Claro, ella preguntaba si él

sabía. Si le había contado de las dos oportunidades en las que se habían besado...

**Mirco:** No le voy a contar a nadie, si no querés.

**Nadia:** Gracias.

Pasaron a hablar de cualquier cosa, evadiendo tal vez a propósito lo que era obvio que querían discutir. Pero fue mejor. Se enteró de que era de Córdoba, cosa que le llamaba la atención porque no tenía tonada cordobesa. Se lo comentó, y ella le dijo que se debía a que había vivido unos años en Buenos Aires cuando era más chica, y de nuevo antes de terminar el colegio secundario, para finalmente volverse a mudar hacía unos años.

Le contó que había tenido la oportunidad de bailar y enseñar danza clásica, pero no la aprovechó. Era más joven y lo único que quería era divertirse.

No se arrepentía.

Había sido un alivio.

Aparentemente no estaba dispuesta a someterse a los sacrificios que ese estilo de vida le demandaban, y tampoco iba con ella la manera estructurada en la que ese mundo funcionaba.

Así estaba mejor.

Le hubiera gustado seguir charlando todo el día, pero ella tenía que irse. Se saludaron y quedaron en conectarse en otro momento. Con un suspiro, cerró la computadora y se quedó pensando.

Lo desconcertaba.

No quería darle demasiadas vueltas al asunto, pero se sentía curioso.

Por momentos escapaba, y después lo buscaba para charlar.

¿Qué pretendía? No quería que nadie se enterara de lo que había sucedía, pero tampoco terminaba de alejarse del todo.

Era tímida...

Se sonrojaba y se ponía tan nerviosa a veces... y otras, como esa, no tenía problema para, de la nada, buscarlo en Facebook y ponerle "Me gusta" en su foto de perfil.

Ojalá le hubiera sacado el número de celular.

Ojalá pudiera verla y sacarse la duda.

Ojalá pudiera verla todas las veces que quería...solo porque si.

Y ahora mismo, era lo único que quería.

Obviamente, esas conversaciones se volvieron una costumbre.

No sabía como era para ella, pero él se pasaba el día esperando que fuera la hora en la que se conectaban para hablar. Hasta algunas veces, se ponía algo nervioso y se imaginaba las cosas que le iba a decir.

Se sentía un poco boludo, pero lo aceptaba. La chica le gustaba.

Habían charlado de todo.

El le contaba de su familia, de sus gustos, de lo que había hecho en el día... se habían pasado videos de canciones que les gustaban, y links con películas que seguramente le iban a gustar al otro.

Ahora casi no podía escuchar una canción de One Direction sin pensar en ella. Se daba golpes en la frente al darse cuenta de que al escucharlas tan seguido se había aprendido alguna de sus letras. Nadia adoraba “Night Changes”.

Los temas eran tan jodidamente pegadizos...

No estaban tan mal.

Jamás lo admitiría.

Sus gustos eran tan variados, que iban desde el pop hasta el rock nacional, o el internacional. Y eso además de llenarlo de curiosidad, lo fascinaba.

El, por su parte, le había hecho gustar Daft Punk. De hecho, le había contado que había descargado alguno de sus discos.

Se recomendaban libros. Ella le recomendaba en realidad. Todas esas novelas románticas que adoraba y de las que era adicta. ¿Desde cuándo le gustaba tanto leer? Desde ahora.

La había contado de casi todos los que había leído, y ella le había hecho conocer las cincuenta sombras de un libro que todavía no podía terminar. Nada en contra de la literatura erótica. De hecho, Megan Maxwell, otra de las autoras que Nadia seguía, le gustaba. Era divertida. Pero esta otra historia se le hacía demasiado fantasiosa. Muy alejada de la realidad. No se podía enganchar con los personajes. No soportaba al protagonista masculino. Le parecía una persona soberbia y violenta. El no trataba así a las mujeres. Y ni siquiera estaba pensando en el BDSM.

Le resultaba chocante.

Cuando le contó a ella como se sentía, le había parecido de lo más gracioso.

**Nadia:** Debes ser la única persona que le dio tantas vueltas al asunto. Pero creo que tienes razón. En el fondo, lo entiendo como una historia de amor. Como La Bella y la Bestia. Él termina cambiando por ella. Me parece que no terminas de entenderlo.

**Mirco:** Bueno, ya me contaste el final...

**Nadia:** jajaja.

**Mirco:** Entiendo lo del cuarto rojo... y que tenga gustos raros... pero de ahí a decirle lo que tiene que comer, cuanto tiene que dormir... que la tenga vigilada.. ¿Cómo alguien se puede enamorar de una persona tan controladora, que pretende tener un esclavo más que un amante? Alguien como él, que se siente tan superior a ella, y necesita tenerla sumisa, obediente... comiendo de su mano.

Ella no respondió enseguida, cosa que le llamó la atención. Seguían pasando los minutos, y veía que ella escribía, pero no enviaba la respuesta.

**Nadia:** Uno no elige de quien enamorarse.

Mmm... ¿Estaba hablando todavía de Anastasia, la protagonista del libro, o estaba hablando de ella misma?

No era el momento de preguntar. Tal vez más adelante. Y tendría que terminar los libros, para entenderla mejor que era lo que le gustaba de esa novela.

Cambiaron de tema, y rápidamente volvieron a la normalidad.

Se reía de sus ocurrencias. Había descubierto que tenía un excelente sentido del humor.

Por más que su día hubiera apestado, ahí estaban esos momentos en los que podían conversar de cualquier cosa, y olvidarse de todo.

Sin querer se habían vuelto parte de la vida del otro, y sin necesidad de verse físicamente, se habían vuelto cercanos. ¿Amigos? No, no quería ni pensar en esa palabra de mierda. Ya había encarado así una relación de la que pretendía más, y así le había ido.

Haría todo distinto.

Para olvidarse de lo que esta chica le hacía en la cabeza, se dedicó plenamente a su entrenamiento. Estaba concentrado, y su coach estaba hasta sorprendido por su rendimiento. Satisfecho, le atribuía su mejora a su buena capacidad para dirigirlo. Él no le discutía, pero sabía que no era así.

Estaba motivado, porque era lo que lo mantenía cuerdo.

Siempre lo había sido.

El fútbol siempre había sido la razón de su vida. Aun en los momentos más difíciles, era lo único constante, y lo único capaz de hacerlo pisar tierra firme.

Tan entusiasmado estaba su entrenador, que el siguiente partido, lo hizo entrar como titular desde el minuto cero.

Había recuperado su confianza.

Aprovechándolo, puso lo mejor de sí.

Y casi lo había logrado.

Era uno de los mejores juegos que había tenido, hasta que...

Cada vez que lo recordaba, se le ponían los pelos de punta y el estómago le daba un vuelco.

El tenía la pelota. Había podido esquivar a dos del equipo contrario que querían marcarlo, y con un par de movimientos, se había hecho camino al arco.

Todo había sucedido rápidamente.

Uno de los jugadores a los que había evadido, se había vuelto, y con la intención de quitarle la pelota, lo cruzo en la carrera, impactando con toda la fuerza del pie contra su pantorrilla.

Pero eso no había sido lo grave.

Enseguida lo sintió y lo supo. Algo andaba muy mal.

Recordó vagamente que tras el choque, los dos rodaron en el piso y por unos segundos se sostenían entre gritos de dolor. Pararon el partido, y una camilla se lo llevó.

Había reprimido de su mente lo demás, no valía la pena.

Ni siquiera había querido hablar del tema con sus amigos, familia, ni conocidos.

Seis meses sin jugar.

Ese había sido el veredicto del doctor, tras decirle que había sufrido la rotura de ligamentos... Iba a requerir rehabilitación, y unos días de reposo absoluto.

Mierda.

Y más mierda.

No había hecho caso a su celular, y por nada del mundo había entrado a



internet. Lo único que pasaban era el momento de su lesión una y otra vez. No quería verlo.

Todos lo acosaban con preguntas, o peor, querían consolarlo, y odiaba eso.

Ni siquiera había entrado a ver si Nadia le había escrito. Ya tenía suficiente con la lástima y la compasión de todo el mundo... si ella se mostraba de esa manera con él, sería un golpe todavía más duro que el de su pierna.

Si, era orgulloso.

Y esto lo estaba destrozando.

Se había desconectado casi de todo y de todos. Su humor era terrible. Insoportable. Sabía que en poco tiempo, aquellos que querían ponerse en contacto con él, desistirían. No los culpaba.

Los días pasaron, y la ausencia de Flor se le hacía cada vez más notable. Se llamaban, se escribían, pero no era lo mismo. Le habían sacado todo, y se sentía solo.

Muy solo.

Su amigo Diego había vuelto oficialmente con su ex Vanessa, la mamá de su hija Chloe, y por lo visto estaban mejor que antes. Mateo tenía trabajo, y en su tiempo libre, estaba encima de Anabel. Se quejaba de lo insoportable que se había puesto con el embarazo, pero él sabía que era todo mentira. Estaba encantado con ese bebé, y esa futura mamá. Se le notaba en la mirada, y ya cada vez se le había más difícil disimular lo emocionado que estaba.

Y Vale, estaba como siempre ocupadísima.

Siempre que lo llamaba, estaba interrumpiendo alguna actividad. Su amiga no paraba un minuto.

Habían aceptado una producción bastante ambiciosa, como siempre... y no tenía tiempo para nada. Jamie, su esposo, se repartía entre los viajes a Nueva York que obligadamente tenía que realizar una vez al mes, y los niños.

Ava, su hija mayor, tenía 5 años, ya iba al jardín, y era todo un personaje. Vivía entre adultos. La mimaban y hacía amigos en donde fuera, porque siempre había sido muy dulce y cariñosa. En la productora, la amaban. Las modelos estaban todo el día charlando con ella, disfrazándola, y jugando a desfilas. Se divertía como loca. Ya decía que de grande quería modelar.

Sus padres sonreían y compartían alguna mirada cómplice siguiéndole la corriente.

Y Simón, el pequeño, era un calco de su padre. No hacía falta ser adivino, para darse cuenta de que cuando fuera grande, sería guapo y encantador. Sería un desastre con las chicas.

Cada vez que lo veía, jugaban juntos a la pelota y le encantaba. Tal vez había esperanzas y no terminaba como Jamie...

Tal vez terminaba jugando al fútbol en algún club conocido...

Ojalá que no. No le deseaba lo que estaba sufriendo él, a nadie en este mundo. Nunca había tenido una lesión.

La próxima vez que lo viera, lo haría jugar a otra cosa... algo seguro. Al golf. ¿Era seguro? No tenía ni la menor idea.

Como sea, él los amaba con todo su corazón. Eran los únicos en este planeta que siempre lo hacían sonreír.

Cada vez que tenía oportunidad los sacaba a pasear, a los jueguitos, o a tomar un helado.

Era el “tío Mirco”, y le encantaba.

Pensando en como había conocido a su mamá, y lo que habían pasado, nunca se hubiera imaginado que terminaría siendo de esa manera, pero ahora, después de unos años, era feliz.

Sus sobrinos postizos le alegraban el día.

Tenía el departamento lleno de dibujos que ellos le hacían y de juguetes y otras cosas de niños que había comprado para cuando iban a visitarlo.

Ser niño, se había convertido en una de sus actividades preferidas.

Aunque eso le recordara que se moría por formar su propia familia.

Esa tarde, justamente, su amiga Vale lo llamó mortificada por tener que pedirle un favor. Sonrió. Para él estaba lejos de ser un sacrificio.

—Solamente sería ir a buscarlo. No sé a quien pedirle, Mir. Ya me cuesta demasiado dejarlo en la guardería siento tan chiquito, como para encima pensar en un transporte. — decía su amiga angustiada.

—No tengo problema, rubia. Ya te dije. Es más, ya que estoy, les puedo hacer de comer y se pueden quedar los dos hasta la hora que quieras...ya que Sonya no está. — Sonya era la sobrina de Gerard el asistente de Jamie, y quien

cuidaba de los niños. Estaba estudiando, y en este semestre se le hacía difícil coincidir.

—Morocho no te puedo pedir eso. – dijo nerviosa. —Vos tenés tu vida.

—Vale – le dijo serio. —Ya no tengo una vida. El futbol es mi vida, y no puedo jugar. Me estarías haciendo un favor vos a mí. – la convenció. —Estar con ellos por lo menos me distrae.

—Te vas a volver loco a los dos días. – la conocía, y sabía que en es momento se estaba mordiendo el labio preocupada.

—Sabes que no. – se rió. —La pasan genial con su tío Mirco.

—¡Ellos seguro! – se rió también. —Pero vos vas a terminar internado. – se siguió riendo, hasta que dijo. —Gracias, Mir. De verdad no te pediría si no fuera porque es muy necesario.

—Tranquila, rubia. – sonrió.

—Te debo una.

—Ok, anótalo por ahí. – dijo por si eso la dejaba más tranquila.

Se despidieron como siempre y quedaron en verse esa tarde para acordar los detalles.

Para ir a buscar a Simón, tenía que tener varios datos de él, como su nombre completo, DNI, teléfono, y firma. Eran requisitos de la guardería y le parecía bien.

Se sentía tranquilo de que su sobrino estaba seguro en ese lugar, después de todo.

A las cinco en punto, Vale fue acompañada de sus hijos y entre los juegos y distracciones de siempre, se iba haciendo de noche. Después de insistirle, su amiga había accedido a quedarse a comer.

Había preparado algo sencillo, pero que sabía que Ava amaba. Sus famosas milanesas con puré.

Tenía tanto tiempo libre, que estaba aprendiendo a cocinar mejor, y ya disponía de un par de recetas bastante elaboradas de las que presumir más adelante. Pero hoy, con ese plato clásico y tradicional iba a ser un éxito.

Seguramente Flor se le reiría... Ahora iba de “amo de casa”.

La habían pasado genial.

Los chicos estaban felices de que iban a pasar tiempo con él, y ya estaban haciendo planes. Entre los dos, se peleaban por tener su atención, y eso lo

enterneecía.

Una de las pocas cosas que no tenía vergüenza de expresar.

Los niños en general eran su debilidad, pero estos dos en particular lo podían.

Su amiga, ahora mucho más tranquila, le dio sus horarios y acordaron que él buscaría al pequeño, mientras la más grande iría después justo a la hora de comer. La llevaba la madre de una compañera, que vivía cerca de su casa. Almorzarían ahí, y luego Jamie los buscaría cerca de las tres de la tarde.

Le pasó una lista de las cosas que comían, y las que no. Se suponía que después de comer también tenían que dormir la siesta.

El ya sabía todo, pero la dejó hablar para su tranquilidad.

Una vez que ya no tuvo más que decirle, lo abrazó con fuerza y le agradeció. El se rió y le devolvió el abrazo con cariño.

Haría lo que fuera por esos dos chicos.

Y también por su mamá.

Bueno, ahora sus días no pintaban tan mal.

## Capítulo 7

Estaba haciendo tiempo para ir a buscar a Simón a la guardería y no tenía nada que hacer.

Sabía que estaba esquivando algo desde hacía días, pero tocaba..

Respiró profundo y se sentó en la computadora.

Con mala cara, entró a Facebook y tratando de no ver más de lo necesario, entró a la casilla de mensajes.

Mierda.

Estaba llena.

No le importaba, no los pensaba leer. Solo había una conversación que le interesaba. Y ahí estaba.

Tenía 5 mensajes instantáneos de Nadia.

El pulso se le disparó y como si no hubiera estado días sin conectarse, se apuró en abrirlos.

**Nadia:** No te quise molestar antes, pero hace días que no te conectas... y quería saber si estabas bien.

Al otro día, a la misma hora.

**Nadia:** Todo bien? Hoy tuve un día muy pesado... tenía ganas de charlar con alguien. Necesitaba distraerme un rato.

Ese mismo día un poco más tarde.

**Nadia:** Tengo trabajo nuevo. El que te había contado antes, tuve que dejarlo porque me quedaba demasiado lejos y me tenía que levantar muy temprano. Después cuando te conectes te cuento más.

Y dos días después.

**Nadia te ha enviado un sticker.**

Le había mandado una carita confundida. O eso interpretaba él.

**Nadia:** O no...

Después de eso ya no le había vuelto a escribir.

Mierda.

Había estado tan concentrado en auto-compadecerse que ni se le había cruzado por la cabeza que su comportamiento podía ofender o molestar a alguien más.

Habían sido varios días... y ellos siempre hablaban.

Se mordió el labio con fuerza. La había cagado. En grande.

Desesperado miró el reloj. No tenía mucho tiempo. De todas formas empezó a teclear.

**Mirco:** ¡Perdón! Mil disculpas, Nadia. No me sentía bien, y sinceramente no me había conectado a internet porque ...no podía. No estaba listo. Te habrás enterado lo que me pasó... – hasta escribirlo lo enfurecía. – Apenas te conectes saludame, y hablamos. Nos ponemos al día. No, mejor que eso. Nos veamos en persona. Te quiero pedir disculpas en persona. Por favor, hermosa. Me siento un idiota. Quiero saber de vos. De tus días, de tu nuevo trabajo... Extraño nuestras charlas.

Suspiró y se dio cuenta de que no era lo único que extrañaba.

**Mirco:** Te extraño.

Abrió los ojos de golpe.

¿Había sido mucho?

¿Y si se lo tomaba a mal?

Ya se lo había enviado.

Se quedó esperando a que lo leyera todo lo que pudo, pero se hizo la hora de buscar al pequeño de su amiga y se tuvo que ir.

Había escogido ir a pie. De paso, ejercitaba los músculos. La guardería quedaba a pocas cuadras y él ya se sentía prácticamente recuperado. Es cierto que a veces le daba un poco de miedo apoyar la pierna herida, y casi por reflejo rengueaba, pero trataba de no hacerlo. Tenía que superarlo de una vez. Todavía tenía discusiones con su entrenador y con el doctor del plantel. El se sentía listo para volver a la cancha, pero nadie iba a permitirlo antes de tiempo.

Según le habían dicho, se arriesgaba a que la lesión empeorara, y tuvieran que operarlo, o algo peor. Como no poder volver a jugar. Y ni siquiera podía pensar en aquello.

La salida de la guardería era un caos. Había autos estacionados en doble fila y tantos otros tocando bocina. En la vereda se habían amontonado padres, abuelos, tíos, hermanos de los pequeños y no se podía ni respirar.

Consciente de que había más gente antes que él, esperó paciente a que se despejara la puerta.

Sonrió y saludó a quienes lo reconocían, y aceptó que muchos le dijeran

lo mucho que lo sentían por él. Ante todo, era educado.

Apenas pudo, se escurrió entre la multitud y llegó a la mesa de portería.

—Hola, soy Mirco García. Vengo a buscar a Simón. – dijo a la señora que ahora lo miraba curiosa sobre sus anteojos de ver de cerca.

—Su DNI. – contestó sin más.

El se lo dio obediente y aguardó.

Varios minutos después, la mujer asintió con mala cara y le hizo señas hacia delante.

—Al final del pasillo. – él asintió y dio las gracias, contento de marcharse. No sabía si él le había caído mal, o era así de simpática con todo el mundo.

El lugar era agradable. Estaba lleno de dibujos y personajes conocidos de la tele, que él después de ver junto a sus sobrinitos, conocía a la perfección.

Se escuchaba música infantil, y había niñitos pequeños dando vueltas alegres por todas partes. Lo miraban como si fuera un gigante. El solo les sonreía y saludaba con la mano haciéndolos reír.

Cuando llegó al final del pasillo, había una puerta celeste que no estaba cerrada.

Se asomó para ver un grupo de diez niños de más o menos dos años, correteando y cantando. Estaban jugando a algún juego.

Todos vestían un pequeño pintorcito celeste con cuellito azul, que se le antojó lo más tierno que había visto en su vida.

Una niña le golpeó la pierna y le sonrió contenta. Era morena y bajita, con hermosos ojos marrones. Olía extraño. Para ser sincero, todo ese lugar olía terrible. Sabía que algunos compañeritos de su sobrino todavía usaban pañal, y sospechaba que alguien necesitaba un cambio. Urgente.

—Hola, hermosa. – le dijo.

—Cami. – se presentó.

—Mirco. – dijo él y la pequeña se rió como si le hubiera contado un chiste. El también se rió, no podía evitarlo.

Se quedó mirando el lugar y sus ojos rápidamente identificaron a la maestra.

Estaba de espaldas bailando con otros niñitos. También vestía como ellos, solo que su versión de pintorcito era solo un chaleco. Era bastante alta,

y tenía el cabello sujeto en un rodete tirante, como el de las bailarinas. Se fue dando vuelta y se quedó callada de repente con los ojos como platos.

El tardó unos segundos en reaccionar. Y cuando lo hizo, se rió. Una risa corta y nerviosa. No puede ser.

¿Nadia?

—¿Mirco? – dijo muy bajito, pero pudo leerlo en sus labios.

Se había quedado congelada en el lugar, y sus pequeños alumnos empezaban a reclamar su atención. La chica parecía estar en shock.

—¡Seño Nany! – gritaba Cami, la nena que había charlado con él.

—¿Seño Nany? – imitó preguntando también de lo más confundido.

Como volviendo a la realidad, pestañeó y alzó a la niña que le dijo algo al oído.

Ninguno podía dejar de mirar en los ojos del otro... pero tampoco le contestaba.

¿Incómodo?

No, lo siguiente.

—Hola... Vengo a buscar a Simón. – dijo sosteniéndole la mirada.

El color se había ido de sus mejillas y lucía casi asustada. Le recordó a aquella vez que se conocieron. Desde esa vez, nunca más le había parecido tan tímida. Pero tampoco la iba a juzgar, él mismo se sentía un poco tímido.

Todavía no podía creer que esto estuviera sucediendo. De verdad.

¿Qué tan pequeño podía ser el mundo?

El niño al escuchar su nombre salió corriendo a su encuentro y le abrazó las piernas.

Mirco se agachó y lo abrazó como siempre hacía.

—Hola, petiso. – Simón lo miró sonriente. Feliz de verlo.

Bueno, al menos alguien se alegraba de verlo, pensó con sarcasmo.

—No sabía que... – empezó a decir, y ella lo interrumpió.

—Este es mi nuevo trabajo. – se rió nerviosa. —Bueno, no se si leíste eso, te lo mandé hace unos días. – ahora él la interrumpía.

—Ya sé, ya sé. Perdón. – se apuró a decir. —Estuve en cualquiera, perdoname...

—Todo bien. – miró el piso rápidamente y todavía nerviosa, preguntó. — ¿Cómo estás?



El suspiró.

—Mejor. – asintió y pensativo le preguntó. —¿A qué hora salis? Si quieres podemos vernos después, te puedo venir a buscar y charlamos...

—Eh... – se miró las manos y un poco más nerviosa si es que eso a esa altura era posible, dijo. —Salgo tarde. – fue tan tajante en su respuesta, que le había quedado claro que no quería verlo después.

Ouch.

—¿Otro día? – no es que no entendiera la indirecta, pero tenía que probar. Tenía que insistir. Se sentía un tonto, pero se lo bancó.

—Mmm... – se mordió el labio y miró para cualquier lado menos a sus ojos.

¿Era porque había desaparecido? ¿Porque no le había contestado los mensajes, tal vez? Había pasado un tiempo... pero todas esas veces que habían hablado por chat, congeniaban tan bien... Más que bien.

Simón tiró de su agarre llamando su atención.

—Tío Mirco, vamos. – le pidió.

El asintió.

—¿Tío? – preguntó ahora curiosa.

—Es el hijo de una amiga. – sonrió mientras se trepaba al pequeño a los hombros listo para irse.

Nadia abrió los ojos y la boca mirándolos. Primero a él, después a Simón, y luego a él otra vez.

Disimuladamente fue a donde estaban los otros niños y se agachó para juntar unos crayones que estaban tirados por el piso.

No le había contestado y se daba cuenta de que lo sabía. Estaba evitándolo.

—De ahora en más voy a venir siempre yo a esta hora. Ya avisé y dejé mis datos. – siguió diciendo, pero claramente no obtendría una respuesta.

Aceptando su rechazo, tomó aire y se encaminó a lo largo del pasillo, hasta la salida.

—Mirco... – lo llamó.

Se dio vuelta cerca de la puerta y vio que se acercaba casi corriendo.

—Perdoname. – se acomodó un mechón de cabello que se le soltaba del recogido. —Me sorprendiste... No... No te esperaba. Hablamos a la noche.

Más confundido que antes, le sonrió y le contestó asintiendo apenas.

Ella le devolvió la sonrisa y algo sonrojada volvió a la salita corriendo todavía más rápido.

Entornó los ojos cuando casi se lleva por delante unos cochecitos que estaban en su camino, y se controló todo lo que pudo por no reírse al ver lo abochornada que parecía.

Ahí estaba su chica rara.

Después de todo ese tiempo.

Negó con la cabeza y se llevó a Simón a almorzar en su casa de mejor humor.

## Capítulo 8

Más tarde, mientras cocinaba sonó el portero.

Una madre de una compañerita de Ava se encargaría de llevarla, y seguramente era ella.

—Te quedas quietito que voy a abrir la puerta. — le pidió a Simón, que estaba concentradísimo pintando con fibrones y apenas lo escuchó.

Mierda.

¿Era con fibrones que no tenía que jugar?

El primer día que los cuidaba y ya se estaba metiendo en problemas. Vale se iba a enojar.

Abrió el portón de abajo y se quedó cerca de la puerta hasta que escuchó el timbre.

Cuando abrió, se encontró primero con los ojos de su hermosa sobrinita Ava, con su uniforme de colegio y su sonrisa enorme.

—Hola, tío. — dijo abrazándolo del cuello cuando se agachó a saludarla.

—Hola, preciosa. — la nena, le sonrió y se despidió de la mujer parada en la puerta para entrar y buscar a su hermanito.

—Hola, soy Ruth. — dijo llamando su atención por un segundo.

—Mirco. — se presentó.

Era totalmente inapropiado, pero de todas maneras se permitió mirar a la señora de arriba abajo. Wow.

¿Todas las madres de esa escuela eran así?

Rubia, peinada de peluquería, figura despampanante y vestida con ropa de diseñador. ¿Cuántos años tendría? Muy difícil de descifrar, así que ni lo intentó.

—Un gusto. — dijo pestañeando. — En realidad nos conocimos el año pasado en el acto de los chicos. Yo soy la mamá de Lurdes.

Asintió incómodo.

Ni la más mínima idea de lo que le hablaba, pero le siguió la corriente.

—Claro, Lurdes. — Ruth se rió y se mordió el labio de manera coqueta. Tenía una boca muy bonita... ¿Estaría casada? ¿Separada?

*Nooo, señora. Ni se le ocurra. Usted es la mamá de una compañerita de Ava. Pensó. Respirá profundo, Mirco.*

*Vale me corta las pelotas. Me las corta.*

—Un gusto, Ruth. Muchas gracias por traer a Ava. — no quería ser grosero. —Tengo la comida en el horno y están los dos solos allá en la cocina, así que mejor los voy a ver... — señaló hacia adentro. Era una excusa creíble después de todo.

—Claro, Mirco. No te entretengo más. — contestó con una sonrisa radiante. —Nos vemos mañana. Sin decir nada más, se acercó a él y tomándolo por sorpresa le dio un beso en la mejilla.

El perfume que llevaba puesto en seguida saturó el aire que respiraba. Se alejó como pudo de su agarre, y con la mejor versión de sonrisa que podía ofrecerle la guío hasta afuera y cerró la puerta.

Dios.

Esa mujer olía a problemas.

Ava y Simón habían terminado de comer. Les había preparado pastas con salsa, y ahora, después de que había limpiado la mesa, el piso y parte de la pared, se arrepentía.

Tomó nota mental para sí mismo: no más salsa. Nunca más.

Negó con la cabeza. ¿Cómo hacía Vale para mantenerlos limpios todo el tiempo?

Ahora parecían más calmados.

El pequeño se había quedado dormido en uno de los sillones de la sala y la niña veía la tele.

Se le acercó y hablando bajito para que su hermano no se despertara, le preguntó.

—¿No tenés sueño? Podes dormir la siesta hasta que venga tu papá a buscarlos. — sugirió.

—No. — contestó tranquila con una sonrisa.

—¿Segura, segura? — insistió.

—Segura. Quiero ver la tele. — dio vuelta la cabeza y dio por terminada la charla decidida.

Su amiga le había dicho que ambos debían dormir por lo menos un rato, pero sinceramente no veía la manera de discutir con la niña.

—Ok. — dijo derrotado.

Se sentó en otro de los sillones y la acompañó.

La cabeza no paraba de darle vueltas. Todavía le duraba la sorpresa de haberse encontrado a Nadia en la guardería de Simón. “Seño Nany” le habían dicho. Trató de hacer memoria, pensar en alguna vez en la que ella le hubiera dicho a que se dedicaba... pero no. No le venía a la mente. ¿Cómo puede ser que no lo supiera?

Y ahora, la vería todos los días.

¿Era algo bueno? Okey, parecía muy nerviosa, e incómoda... pero él también lo había estado. Tal vez ni siquiera quería volver a verlo, y ahí estaba, el destino... reuniéndolos cuando menos se lo esperaban.

No.

Ella lo buscó en Facebook.

Si no quisiera saber nada de él, ¿Por qué iba a hacer algo así? Era algo bueno. Sonrió. La vería todos los días. Tanto la había buscado, y ahora sabía donde encontrarla perfectamente.

Sacudió la cabeza molesto.

¿Desde cuando le daba tantas vueltas a las cosas?

Había pasado demasiado tiempo con su amiga Flor, y ya empezaba a pensar como ella.

Esa noche después de hablar con Nadia, la llamaría para ver cómo le estaban yendo las cosas en el sur.

La puerta de abajo interrumpió sus pensamientos.

Jamie venía a buscar a los chicos.

Como siempre, el intercambio entre ellos, había sido tirante y seco. Un “hola”, “como estas”, “bien” por puro compromiso, y nada más. Por lo general, cuando Vale estaba presente, solían decir algunas palabras más, pero ahora no era necesario.

Los chicos, en cambio, se habían abrazado a él para despedirse ante la mirada impaciente de su padre.

Los dos hombres estaban incómodos con la presencia del otro, y lo sabían. Cuanto menos tuvieran que estar en el mismo lugar, mejor.

Tenía que reconocerle, eso sí... que era un buen padre. Tanto Simón como Ava se habían alegrado al verlo y habían corrido a su encuentro. Tenía paciencia. Nunca se lo hubiera esperado de él, pero era así.

Sabía por su amiga, que el gran cambio en su forma de ser y de sus

hábitos pasados... se los debía a esos dos niños. Habían sido ellos y su esposa, lo que lo habían sacado de toda esa mierda. Tenía que darle algo de crédito por eso, aunque le pesara.

Ni una sola recaída en cinco años.

Una vez solo, se puso a ordenar el departamento.

A la mitad de la tarea se frenó a pensar por qué es que siquiera se molestaba. Al día siguiente tendría el mismo lío. Resopló, pero siguió ordenando de todas maneras.

Antes de cenar, se conectó impaciente.

Nadia siempre entraba a Facebook a esa hora, pero hoy, no estaba. Miró su reloj... el tiempo seguía pasando.

Se estaba poniendo cada vez más ansioso, así que optó por hacer algo para distraerse. Abrió el Skype y buscó entre sus contactos.

Flor.

Estaba en línea y lo atendió casi de inmediato.

—¡Morocha! ¿Cómo estás? – preguntó apenas la vio. Se la veía sonriente y producida. Tal vez estaba por salir o venía de alguna sesión de fotos.

—Hola, Mir. – le dedicó una de sus sonrisas dulces en las que se le marcaban hoyuelitos en las mejillas y le encantó. Estaba bien. Podía verlo. — Estoy bien, por salir con amigas ahora...

—Veo. – dijo mirándola con atención. —Estas linda. – le comentó sonriendo.

—Gracias. – ella bajó un poco la mirada y se acomodó el cabello detrás de la oreja. Eso era nuevo, pensó. —¿Vos? ¿Todo bien? – le cambió de tema, algo incómoda.

Confundido por la reacción de su amiga, se rascó la nuca y disimuló como pudo.

—Yo estoy bien... Pasando el tiempo, aunque me muero por jugar al fútbol.

—¿Todavía no puedes volver a entrenar? – preguntó.

—No. – dijo con un suspiro. —Pero bueno, me conviene hacer lo que me dicen para recuperarme lo antes posible.

—Si, morocho. Lo que más importa es que te pongas bien. – dijo con una

sonrisa dulce que él no pudo evitar devolver.

—¿Cuándo vuelves? Te extraño. – dijo sinceramente.

Ella parpadeó un par de veces antes de contestar.

—Yo también te extraño. – comentó mirando la pantalla.

Ninguno dijo nada.

Esto era raro.

Si.

Muy raro.

Dio las gracias a las amigas de la chica que en ese momento, entraban haciendo escandalo, diciéndole que era hora de irse de fiesta.

No le dio tiempo de nada más y aprovechó para saludarla.

—Anda, Flor. Después hablamos, un beso. – sonrió y vio como ella era arrastrada por sus amigas y se despedía con la mano mientras otra cortaba la conexión.

¿Qué había sido eso?

Se preguntó confundido, pero entonces una notificación de Facebook lo distrajo del todo, poniéndole fin a ese tema haciéndole casi olvidar de todo.

Nadia.

**Nadia:** Hola!

Se alegró de que ella hubiera iniciado la conversación, porque de repente se sentía nervioso. ¿Por qué le seguía pasando? Recuperándose apenas, tratando de parecer despreocupado, incluso gracioso, dijo.

**Mirco:** Señor Nany!

**Nadia:** Ja-ja. Muy gracioso.

El sonrió.

**Nadia:** Entonces... ese es mi nuevo trabajo. Así es, soy la Señor Nany.

**Mirco:** ¿Por qué nunca me dijiste a qué te dedicabas? Es gracioso en realidad... terminaste siendo la señora de mi sobrino.

El mundo definitivamente era muy pequeño, pensó.

**Nadia:** Nunca salió el tema. Ahora lo sabes... Antes trabajaba en una guardería que me quedaba a una hora de viaje. Y aunque no parezca tanto, era una hora menos de sueño, y de todo. Me pasaba el día viajando. Te quedaste muy callado cuando me viste... ¿Te sorprendí?

Callado no era la palabra que él hubiera elegido.

**Mirco:** Si, me sorprendí. No pensaba verte, por lo general siempre me cuesta mucho encontrarte.

Mierda. Pensó en cómo arreglar lo que había dicho sin tener que quedar como un acosador. Falló.

**Mirco:** O sea, no es que te estoy buscando siempre... Nunca. Nunca te busco. Ni siquiera tengo tu teléfono.

¿Qué carajo?

**Nadia:** Ok...

**Mirco:** No lo quise decir así. Si te busco. Nos encontramos un par de veces... de casualidad.

Se había hecho un lío. Lo volvió a intentar.

**Mirco:** No sabía cómo hacer para... encontrarte si quería verte. Si quería verte.

Maldijo en voz alta.

**Mirco:** Quiero verte.

Se golpeó contra el teclado.

**Mirco:** No ahora, alguna vez. Algún día.

*Por favor que alguien me mate*, pensó mientras se tapaba la cara con las dos manos.

**Nadia:** Mirco?

**Mirco:** Decime.

**Nadia:** Anotá.

Y a continuación, su número celular. Oh Dios. Era un estúpido, pensó.

**Mirco:** Gracias.

**Mirco:** Nadia?

**Nadia:** Decime.

**Mirco:** Te juro que no siempre soy tan...

**Mirco:** No sé que me pasó. Pedirle el número a una chica, nunca me había costado tanto.

Reconoció con honestidad. Tal vez, demasiada.

**Nadia:** Me imagino jaja. Diego me contó un par de cosas.

¡¡NOOOO!! Iba a matar a su amigo por falta de códigos.



Aunque pensándolo mejor, él no era el más indicado para opinar del tema.

¿Qué le habría contado? Uf...

**Mirco:** “Si te lo contaron es mentira... si me viste, me obligaron”. Te juro. – dijo en broma, esperando que ella se lo tomara así también. Aunque estaba genuinamente preocupado por lo que su compañero pudiera haberle contado. Sabía muchas cosas de él.

**Nadia:** Jajajaja. No era nada que te hiciera quedar mal, todo lo contrario. Sentía nauseas.

**Nadia:** Seguramente estes repasando cada cosa que tu amigo sabe y puede haberme dicho justo ahora... jajajaja. Me quedaría charlando, pero es tarde y mañana tengo que estar temprano en la guardería. Un beso, nos vemos.

**Mirco:** Seguramente yo no pueda dormir tan bien jajaja. Nos vemos, señor Nany. Un beso.

**Nadia ha enviado un sticker.**

Una carita guiñando un ojo.

Si él no estaba haciendo un buen trabajo en quedar como un completo idiota, su amigo acababa de darle una mano enorme.

¿Qué era lo peor que podría haberle dicho?

Oh por Dios. Pensar así no ayudaba.

Con la cabeza dando vueltas se recostó e hizo lo posible por descansar aunque fuera unas horas.

## Capítulo 9

Se levantó ansioso como hacía mucho tiempo no le pasaba. Se había bañado, se había peinado, y había pensado y calculado su atuendo para ese día con más detenimiento del que admitiría si alguien alguna vez le preguntaba.

Si, era cuidadoso con su aspecto. Y más todavía si estaba por ver a la chica que le gustaba.

Reconocía que se sentía como si tuviera 15 años, pero no le importaba.

Tenía un mensaje en Facebook, pero al ver que no era de ella, lo había ignorado. Ya lo leería después. Salió con tiempo a la guardería, sin pensar que cuanto más temprano llegara, más era el tiempo que tenía que pasar en la puerta rodeado de gente que lo conocía y lo saludaba, le pedía fotos y le hacía preguntas de todo tipo.

Mierda.

Puso buena cara y aguantó todo lo mejor que pudo.

El colegio de Ava, no era como esta guardería. El lo había conocido en un acto el año anterior, y era diferente. Era una escuela privada de alta categoría, bilingüe, con un uniforme riguroso que iba desde la enseñanza inicial hasta nivel secundario.

Sabía porque su amiga le había contado, que Jamie los había inscripto desde que estaban en la panza y de todas maneras habían tenido que hacer malabares y contar con varias referencias para poder ser admitidos.

El pequeño entraría el año siguiente al jardín en ese mismo lugar, así que tenía al menos un año de descanso.

Y no es que no reconociera que la educación de ese super colegio no iba a ser lo mejor para sus sobrinos, pero le molestaba el ambiente tan estirado al que los exponían. ¿Serían así ellos en el futuro?

No, conociendo a Vale, no. Pensó.

Pero es que solo bastaba ver como eran los padres de los niños que asistían. Se estremeció al recordar a Ruth.

No quería que Ava se transformara en eso. Por Dios.

Teniendo en cuenta que la alternativa hubiera sido una escuela en Londres, tenía que conformarse con que al menos iba a tenerlos cerca para mimarlos y poderlos malcriar como decía su amiga.

Esta guardería era distinta.

Se respiraba un aire distinto.

Seguro, no les enseñaban 20 idiomas, ni tenían un edificio elegante rodeado de parque y pinos, pero era de lo más agradable. Según había leído en un folleto mientras esperaba a que se hiciera la hora, el establecimiento tenía una orientación artística.

Motivaba y estimulaba a los niños con música, baile y diferentes expresiones del arte. Todo era colores, juegos y alegría. La gente que había conocido hasta el momento era simpática. Salvo la portera. La portera era especial. Pero todos los demás le gustaban.

Le gustaba de verdad.

Y mientras se encaminaba a la salita del pequeño, vio el motivo principal por el que le gustaba la guardería Puerto Azul.

La seño Nany. Sonrió al recordar como la llamaban sus alumnos y se quedó en la puerta hasta ser visto. No quería llamar demasiado la atención. Había otros padres en el lugar, y su intención era ser lo más disimulado posible.

Nadia estaba sonriendo y tenía a uno de los niños en brazos mientras los hacía callar, hasta que como si pudiera ser capaz de sentir su presencia, levantó la cabeza y lo miró.

Sin saber que hacer, sonrió y haciendo un gesto con la mano, la saludó.

Ella sonrió también y le devolvió el saludo. Hasta ese momento por lo menos, había sido un mejor recibimiento que el día anterior, pensó.

Se acercó hasta donde estaba y le dijo.

—Hola. – otra sonrisa. Esto iba mejor de lo que se había imaginado.

—Hola. – contestó él. Estaba a punto de decir algo más, pero ella se apuró en hablar.

—Tienen que ordenar lo que tiraron y ya se los pueden llevar. – con otra sonrisa se fue a donde estaban los chicos.

No le hablaba solo a él.

Ni se había dado cuenta de que mientras todo eso sucedía, otros padres se habían parado a su lado, esperando también para poder retirar a sus hijos.

—Es la seño nueva. – escuchó decir.

—Es más simpática que la anterior. – contestó otra señora. —Me parece que todos los papás se van a ofrecer a buscar a los chicos de ahora en más.

La otra señora se rió.

El frunció el ceño y se fijó que, efectivamente, sacando a las dos mujeres chismosas que tenía al lado, todos los demás padres eran hombres.

—¿Será casada? Parece muy jovencita...

—No creo. — dijo la otra entre dientes. —Pero no le van a faltar candidatos. Fijate el papá de Cami. Es tan buenmozo.

Señalaron con la cabeza, sutilmente al hombre que estaba apoyado en una de las esquinas mirando a Nadia con cara de idiota.

—Se separó en el verano.

—Si, me enteré. Se casaron muy jóvenes, por eso no duró. ¿Cuántos años puede tener él? ¿27?

—Tiene 30.

—Parece menos... — dijo la otra apreciándolo con más atención.

No podía seguir escuchando esa charla. Se adelantó disimuladamente, mientras apretaba con fuerza las mandíbulas.

Todo el buen humor con el que se había levantado, había desaparecido por completo. Para colmo de males, Nadia ni siquiera parecía notar su presencia.

Estaba de espaldas, haciendo una ronda con los niños y haciéndoles señas para cantar una canción.

—Van a buscar todos los crayones que están en las mesas y me los van a dar para guardarlos. — dijo ante la mirada atenta de sus pequeños alumnos. Tenía una forma de decir las cosas que hacía que todos se giraran a verla, pero a la vez transmitía tanta dulzura... todas las maestras jardineras tenían eso, pensó.

—Nos vamos del jardín y lo dejamos como lo encontramos. — siguió diciendo con una sonrisa. —*A guardar a guardar, cada cosa en su lugar* — y ahora cantaba.

No pudo evitar sonreír. Todos los nenes empezaron a entonar con ella la misma frase una y otra vez. Y no es solo una forma de decir. La letra iba hasta ahí, y se repetía infinitamente o aparentemente hasta que estuviera todo en su lugar porque no parecían tener intenciones de parar en ningún momento.

Su sobrino se reía y cantaba a los gritos.

Tomo nota mentalmente de que esa sería una buena táctica para que lo ayudaran antes de irse de su casa y le dejaran menos desastre. Parecía fácil.

A ella le hacían caso.

Miró de nuevo a Nadia, y ella sonreía y los hacía reír a todos. Hasta se estaban divirtiendo. Los estaba poniendo a ordenar, y la estaban pasando genial. Por un breve segundo, ella levantó la mirada y lo vió.

Sacudió la cabeza impresionado. ¿Cómo hacía?

En unos minutos la sala estaba perfecta.

Para terminar, los hizo pararse en fila y cantar otra canción. Esta era para decirle al jardín: chau, nos vemos... hasta mañana. Con una manito, con la otra manito, chau a los amiguitos y un montón de cosas más. Bueno, iba ser imposible acordarse de esa. Se iba a tener que conformar con la de ordenar.

Nadia volvió a mirarlo, y esta vez le sonrió. No una sonrisa tímida. La misma que le dedicaba a los más chiquitos. Una sonrisa enorme, relajada y llena de ...alegría. Los ojos verdes le brillaban en contraste con las mejillas algo sonrojadas y estaba preciosa. Ahí, de pie entre todos esos pequeños, se dio cuenta de que ella era diferente a todas las mujeres que había conocido.

Nunca ninguna le había hecho sentir eso...

Era hermosa, si. Pero además, era dulce.

Cuando la canción terminó todos corrieron a abrazarla. Ella se despidió de cada uno llenándoles las mejillas de besitos y dándoles un abrazo.

La adoraban.

Y él solo podía mirarla con la boca abierta embobado, apenas recordando como respirar y con ganas de correr y abrazarla también. Le dio gracia ese pensamiento, y tuvo que reprimir la risa al imaginarse entre los nenes esperando su turno.

Simón se prendió del cuello de la seño Nany y le dio un beso “con ruido” como decía su hermanita. De esos que solamente reservaba para su mamá. Nunca lo había visto así con nadie más. Sonrió sorprendido. El petiso era divino, pero no era tan cariñoso como Ava.

La seño Nany despertaba eso en muchos. Pensó en el padre de Cami, que estaba ahí con cara de bobo y tensó la mandíbula.

Vio que Simón se acercaba y con él, la seño. Sonrió cuando sus miradas se encontraron, y para qué mentir, el estómago se le hizo mil nudos.

Ella, sin mostrar el mismo nerviosismo, lo miró y después de saludarlo como a cualquiera de los padres con los que ya había hablado, le dijo.

—Se portó muy bien. — despeinó a su sobrino con una caricia y le sonrió.  
—Estuvo jugando y corriendo toda la mañana.

—Ojalá que duerma siesta, entonces. — contestó con una sonrisa. —  
¿Estas cansado, petiso? — se dirigió a Simón.

—Siii. — dijo haciendo un gesto exagerado con los brazos que los hizo reír.

—Chau, bonito. Portate bien. Nos vemos mañana. — le dio un beso en la cabeza y después le habló a él nuevamente. —Nos vemos, Mirco.

—Más... tarde hablamos... — empezó a decir, pero a medida que hablaba, ella abría más los ojos y negaba con la cabeza y lo hacía callar. —... O no... —dijo sin entender.

Sin contestarle, se giró para tratar con otro de los padres y su pequeño.

Estaba confuso, pero no pudo dedicarle mucho tiempo a pensar en qué había pasado, porque el pequeño, hijo de su amiga, tiraba de su mano para que se fueran de una vez.

Cuando llegó prendió la tele en el canal de los dibujitos y después de asegurarse de que no dejaba nada peligroso a mano, se puso a cocinar.

Sintió que el celular vibraba en su bolsillo y lo sacó distraído.

**Nadia:** Perdón. En el jardín tenemos que hacer de cuenta que no nos conocemos. Me traería problemas. Espero que no te enojés :(

Sonrió.

**Mirco:** Entiendo perfectamente, bonita. Ningún problema. Me encantaron tus canciones, las voy a poner en práctica, te cuento. Para ver si el enano me ayuda a ordenar después de jugar.

Le respondió a los segundos.

**Nadia:** Es un santo, seguro te hace caso. Dale un beso enorme de parte mía.

El contestó.

**Mirco:** ¿Y para mí no hay beso?

**Nadia:** Si te portas bien, puede ser...

No pudo evitarlo y se rió, pensando una respuesta rápidamente.

**Mirco:** Siempre me porto bien ;)

**Nadia:** No es lo que me contó tu amigo...

Oh.

Maldijo.

**Mirco:** ¡¡¡No le creas nada!!!

**Nadia:** Jajaja es chiste, Mir. Te mando un beso a vos también.

El nudo que tenía en la panza, se le desató y ató unas veinte veces. Le encantaba que le dijera así. Nunca le había gustado tanto que le dijeran así, de hecho.

**Mirco:** Uno más grande para vos. Aunque me hagas sufrir a veces...

No le volvió a contestar, así que supuso que estaba trabajando todavía. Salía en un par de horas, y estaría ocupada.

Sonrió sin poder disimular su buen humor por ese breve intercambio de mensajes. No era mucho, pero algo era.

A la hora pactada, Ruth llevó a Ava para almorzar.

De ese intercambio no se alegraba tanto.

—Hola, Mirco. ¿Cómo estas? – le había dicho después de besarlo en cada mejilla, tomándolo por sorpresa y haciendo que en el segundo beso, se lo dieran casi en la boca.

Faltó poco.

—Hola Ruth. Muy bien. ¿Vos? – contestó mientras ponía distancia.

—Perfecta. – sonrió, pasándose la lengua sobre el labio inferior. — Mmm... –dijo con un suspiro. —¿Qué rico! ¿Estás cocinando?

Tomó aire y asintió.

—Si, estaba preparando algo... – no quiso dar más detalles porque realmente lo que menos quería era seguir dándole conversación. Además no quería que se le ocurriera invitarse a comer. La creía capaz.

—Yo también sé cocinar. Me encantan los hombres que saben hacerlo... – comentó como si nada, mirándolo fijo de arriba abajo. Había una clara doble intención en sus palabras.

Todas las alarmas sonaban en su cabeza. Dios. ¿Qué le pasaba a esa mujer?

El se rió despreocupado, sin tomárselo en serio y haciéndose el distraído le dijo.

—Si, pero nunca tengo tiempo de cocinar. Lo mío es el fútbol.

—Mmm... hombres que hacen deporte... – dijo con una risita coqueta.

El levantó las cejas y se rió algo más nervioso.

Maldita mujer.

—¿Su esposo hace deporte también? – preguntó entre dientes.

Ella lanzó la cabeza hacia atrás en una enorme y sensual carcajada.

—Ay no, corazón. Soy separada. – le tocó el brazo disimuladamente. —Y mi ex lo más cerca que estuvo de hacer deportes era ver el partido todos los domingos desde el sillón con una cerveza en la mano.

*Pobre hombre*, pensó. Aun así, merecía un par de alas y un lugar privilegiado en el cielo.

—Igual que mi papá. – se rió simpático. —Fanático de Racing.

Ella no supo que más decir y con una excusa se fue permitiéndole soltar todo el aire de los pulmones y cerrar la puerta hasta con traba.

Ese día le había ido un poco mejor con la comida. Había preparado unas empanadas, y salvo por que había tenido que desarmar una y darle el relleno a Simón con una cuchara para que la comiera, era sin dudas una receta que tenía que anotar como apta para niños. No había salsa en las paredes, ni en el piso.

Había sido un éxito.

Ahora estaban, como siempre haciendo la sobremesa frente al televisor de la sala, hipnotizados con los dibujitos.

Simón dio dos cabeceadas y por fin se rindió durmiéndose profundamente en uno de los sillones.

Se encargó de sacarle las zapatillas y acomodarle los almohadones para que apoyara más cómodo la cabeza.

Cuando terminó sintió un par de ojos que lo miraban atentos.

—¿Vas a tener hijos, tío? – preguntó Ava, curiosa.

El le sonrió.

—Supongo, algún día. – contestó en susurros para no despertar a su hermano.

—Podrías tener uno y así jugaría con nosotros cuando venimos a visitarte. – dijo pensando.

—¿Te aburrirte ya de jugar conmigo? – le contestó haciendo un puchero.

La niña se rió y negó con la cabeza.

—No... pero así cuando nosotros nos vamos, no te quedas tan solo acá en tu casa.

Un golpe en su pierna herida no le hubiera dolido tanto como aquello. Si una pequeña de casi seis años se daba cuenta de lo solo que se sentía... ya la



situación era preocupante. Le hubiera encantado tener alguien con quien compartir su vida.

Tragándose el nudo de emociones que se formaba en su garganta, puso su mejor sonrisa y le dijo.

—No estoy solo, bonita. – la niña sonrió. —Tengo un montón de amigos que me visitan. Tu mamá es mi amiga también.

—Y la tía Flor. – agregó Ava.

El sonrió recordándola.

—Y la tía Flor, claro.

Ya más conforme y aparentemente tranquila con su respuesta, siguió mirando los dibujitos y no hablaron más del tema. Pero a él le quedó el mal sabor de esa conversación por horas.

Jamie los fue a buscar más tarde. Justo en el momento en el que él intentaba que juntaran sus cosas y ordenaran.

—La seño les canta una canción para que ordenen en la guardería de Simón. – le contó al esposo de su amiga.

—“¿A guardar, a guardar, cada cosa en su lugar?” – dijo Jamie levantando una ceja. —No pierdas el tiempo, solo funciona en el jardín. – se rió entre dientes. —En casa contamos hasta tres... suelen hacernos caso. – dijo pensativo.

—No me imagino a Vale cantándoles como la seño del jardín. – se rió.

El otro también se rió.

—Te sorprenderías... – se encogió de hombros con otra risa y lo ayudó a limpiar lo que quedaba.

Suspiró y se imaginó a su amiga y a su esposo cantándole a los niños, desesperados con la casa hecha un lío. Nadie que hubiera conocido a ese modelo se lo imaginaría... pero viéndolo ahora, arrastrado en el piso entre tantos crayones y vistiendo las Barbies que Ava había desparramado momentos antes, se podía hacer la idea perfectamente.

Momentos después, todo quedó impecable y se fueron.

Y él se quedó... solo.

## Capítulo 10

### Nadia:

Su jornada de trabajo había sido larguísima, pero curiosamente no estaba cansada. Había algo en hacer lo que a ella la apasionaba, que la mantenía siempre con energías y ganas de seguir.

De todas maneras, no veía las horas de llegar a su casa y encontrarse con quien más la hacía feliz.

Abrió la puerta apurada y sus ojos se encontraron con los de la persona que más amaba en el mundo.

—¡¡Mami!! – corrió la pequeña a abrazarse con ella.

Todos los días sin excepción la recibía de la misma manera. Como si no se hubieran visto por años... y en realidad solo habían sido un par de horas.

—Hola, mi amor.– dijo mientras la abrazaba y la llenaba de besos.

—Hoy se portó muy bien. – le comentó Caro. —Ella solita preparó todas sus cosas para su clase de danza.

*Uf. Eso.* Pensó ella.

Por mucho que se hubiera querido alejar del mundo de la danza clásica, su hija se había empeñado en seguir sus pasos. Tenía casi seis años, y ya tenía claro que quería ser una bailarina. Llevaba dos años practicando cada día con una disciplina que ella misma nunca había alcanzado. La pequeña se lo tomaba muy en serio.

A veces le hacía gracia pensar que parecía de mucha más edad.

Era responsable y aplicada. Sumamente estructurada para una nena que tenía que estar preocupada por las muñecas y las princesas todavía. Ella ya leía y escribía perfectamente. Era la abanderada estando tan solo en primer grado. Su padre seguro hubiera estado muy orgulloso...

Si es que le hubiera importado un mínimo la pequeña Agostina.

Hacía un año que no sabían nada de él.

Al principio se había mostrado interesado. La había acompañado en parte del embarazo y hasta había ido a las visitas médicas sin quejarse. Pero todo empezó a ir mal cuando se mudaron juntos.

La convivencia se había tornado insoportable. El había empezado a tomar, y amenazaba con dejar su empleo si ella no hacía lo que él quería.

Ella, embarazada de siete meses, no estaba en condiciones de buscarse un

trabajo, y tampoco podía volver a casa de sus padres. No tenía muchas opciones.

Pero un día todo se salió de control.

Había vuelto tardísimo y con ganas de pelear.

Ella estaba sensible y entre lágrimas le había pedido, hasta rogado que no levantara la voz, porque los vecinos hacía tiempo que se quejaban de su comportamiento.

El le gritó y se fue dando un portazo.

A los pocos minutos, regresó. Llorando también, pidiéndole disculpas. Prometiéndole que no se volvería a repetir. Le sujetó el rostro con las dos manos y le dijo que la quería mientras la besaba.

Por más que no le hacía nada de gracia, y era de lo que menos tenía ganas en ese momento, se lo llevó de la mano a la habitación y se recostó con él dejándose besar.

Cualquier cosa para mantenerlo calmo.

Pero claro, después de un rato, pareció darse cuenta de que ella no estaba tan implicada como él en el asunto y se puso violento.

—¿Ya no me querés? – le gritaba sujetándola del pelo y dándole tirones.  
—¿Ya no te gustó? – la tomó de la barbilla y la aplastó contra el colchón. Siguió insultándola hasta cansarse. Pensó que iba a ahorcarla por la fuerza que estaba ejerciendo.

Si hubiera apretado más abajo, en su garganta, ahora estaría muerta.

Tal vez fue todo lo que venía acumulando de esos meses, o el instinto por proteger a su hija que todavía no había nacido, pero sacó fuerza de donde no tenía y lo empujó de una patada.

Por suerte para ella, cuando se cayó de la cama, se estampó la cabeza contra la mesa de noche y quedó casi desmayado, sin posibilidad de reacción.

Aprovechando, juntó la ropa que tenía a mano, su dinero y salió corriendo a buscar un taxi para escapar.

Se fue a refugiar en los brazos de una conocida, Carola.

Apenas sabía algo de ella, pero siempre parecía tener la solución para todos los problemas, cosa que le encantaba de Caro. Sin necesidad de hablar mucho del tema, habían hecho dos mochilas y habían tomado el primer micro a la capital del país.

Entre las dos, habían salido adelante económicamente, y se habían hecho

compañía por meses.

Agostina nació un día de tormenta, cuando menos la esperaba y se podía decir que les había cambiado la vida para siempre.

Con el tiempo, David, el papá de la pequeña, volvió a aparecer, super arrepentido como tantas veces y había querido ser parte de sus vidas. Pero ella no accedió.

Visitaba a la nena cada tanto, hasta que un buen día dejó de hacerlo.

Se enteró por amigos en común de que se había ido a trabajar al exterior. Estaba en Venezuela. Genial, pensó. Cuanto más lejos lo tuviera, mejor estaría su hija.

Y así había sido.

Cuando Agos cumplió cuatro años, él volvió y pretendió visitarla todos los fines de semana. Cosa que a Nadia no le gustaba ni un poco. No quería que la nena se ilusionara ahora que tenía edad de recordar las cosas y ser consciente para después extrañarlo. Pero tampoco podía negársela.

Quiso hablarlo con él, pero siempre trató el tema con evasivas. No conocía sus planes, y no iba a compartirlos con ella.

Maldita sea.

Si algo le había gustado de David era su estabilidad. Y ahora parecía que no sabía ni donde estaba parado.

¿Cómo iba a dejar a la pequeña en sus manos? ¿Cómo iba a permitir que formara parte de su vida?

Era tan injusto.

Todo el mundo había tratado de convencerla, pero finalmente, aceptó que la viera un par de veces.

Un buen día, dándole la razón a todo aquel que se lo había dicho, él se fue. Dejando a Agostina otra vez. Sin más explicaciones que un “me voy”.

De eso ya habían pasado casi dos años, pero todavía le daba bronca recordarlo. Ni siquiera le escribía para saber de ella, nunca había llamado. Tenía que guardárselo y no decir nada en frente de la nena que cada tanto le preguntaba por su padre. Y ella, tenía que interceder... hacer de mediadora. Decirle que estaba muy ocupado. Maldita mierda. Ojala se le pudiera el... – pero respiraba profundo y trataba de hacer las paces con esa realidad a la que iba a tener que acostumbrarse para poder ser un pilar fuerte y sostener a su preciosa hija. Lejos de ese desgraciado... rodeada de amor y solo amor.

Pero no todo había sido malo.

Durante todos esos años viviendo en Buenos Aires había hecho muchos amigos. Había terminado sus estudios, y había comprado una pequeña casita en donde vivían Caro, Agos y ella. Eran muy felices.

Tenían una rutina y una vida sana que combinaba amigos, estudios, clases de danza, juegos, paseos y salidas.

¿Quién necesitaba un hombre con todo eso?

Y no es que fueran dos monjas... no. Les gustaba la compañía masculina, claro. Y en esos años, habían tenido un par. Pero tenían como regla, no traerlos a la casa.

Salían, tenían citas, pero no se involucraban en la vida de Agustina. Eso era sagrado para ellas. No había discusión.

Justamente ahora, estaba pensando en que quizá era momento de volver a salir con alguien. Había conocido un chico. Diego. Jugador de fútbol, lindo, pero... Simplemente no habían congeniado. En parte porque él era un mujeriego, y además de lo agradable que le resultaba verlo sin la camiseta puesta, no había nada más.

Definitivamente no era un hombre con el que tener conversaciones profundas. Sonrió al pensarlo. Conversaciones y punto.

Y además, estaba el hecho de que había conocido a uno de sus amigos y la volvía loca. También jugador, del mismo equipo. Se llamaba Mirco, y tenía los ojos marrones más bonitos... y una sonrisa que la derretía entera.

Pero era... complicado.

El conocía a su ex amiga, Valentina, con quien había dejado de hablarse. No podía creer como al principio no se había dado cuenta de quién era. Fue el verlo con Jamie, el marido de Vale, una noche en un boliche, que todo en su cabeza encajó. Obviamente salió huyendo, sin mirar atrás.

Lo primero que hizo cuando llegó a su casa fue investigar, y resulta que sí. Ese chico, de hecho había salido con su ex amiga.

Mierda.

No podía repetir su historia.

Ya había cerrado esa etapa de su vida. Quería ser una persona mejor. Se arrepentía profundamente por lo que le había hecho... Habían sido como hermanas toda la vida, para terminar así. Lo había hecho todo mal.

Era cierto que ella ahora estaba felizmente casada, y que seguramente no

sería lo mismo que con David,... pero... no estaba segura.

Todo le parecía demasiado complicado. Y no quería más dramas.

Y aun más, cuando se mezclaba también con su trabajo. Lo veía en la guardería, donde él iba a buscar a su sobrino, el hijo de Vale, por supuesto. Porque su vida, era así de irónica.

No debía involucrarse.

Pero es que le gustaba tanto...

Cada vez que se veían volaban chispas... Ella esperaba a diario el momento para charlar con él en el chat. Cada día le gustaba más.

Necesitaba tomar distancia y conocer a alguien nuevo.

—Le dije a Celia que viniera esta noche. — dijo su amiga refiriéndose a la señora que cuidaba a Agostina cuando ellas no estaban.

—¿Salimos? — preguntó confundida tratando de recordar si tenían planes.

—Obvio. Tenemos que festejar lo de tu nuevo trabajo. Con esto de mis exámenes finales no tuvimos tiempo. — explicó tranquila.

Caro estaba terminando sus estudios gastronómicos para convertirse en chef y además estudiaba inglés y francés. Su sueño era abrir su propio restaurante en Puerto Madero. Y conociéndola, no tenía dudas de que lo lograría.

—Dale, pero volvemos temprano. — la otra puso los ojos en blanco, pero no le hizo caso.

—Ahora me cambio y después de llevarla a danza, te paso a buscar para que nos compremos algo lindo para ponernos.

Ella asintió, y mientras iba desatándose el pelo, sacándose el pintorcito, con otra mano alcanzaba el plato de comida y lo metía al microondas. Estaba acostumbrada a hacer de todo a la vez.

Agos estaba en su clase de danza, y ella tenía siempre ese ratito del día para desconectar de todo. Prendió la tele y los ojos se le fueron cerrando de a poquito.

Justo cuando se estaba por dormir, sonó el timbre. Seguramente era Celia.

Se puso sus pantuflas de gatitos, y mientras se aplastaba los rulos con la mano abrió la puerta. No, no era Celia.

Se quedó helada. No podía creerlo.

\*\*\*\*

Sin darse cuenta de lo cansado que estaba, se quedó dormido en el sillón del living y se despertó horas después por el sonido de su celular.

Tenía un mensaje de Diego, que decía que esa noche tenían que salir. Puso los ojos en blanco. Sabía que tenía que recuperarse tranquilo, y que si en el club se enteraban de que él había salido en el periodo en donde teóricamente tenía carpeta médica, podía ser motivo de despido.

Entonces le llegó otro mensaje.

**Nadia:** Esta noche no me conecto, Mir. Tengo visitas.

Suspiró contrariado. Tenía ganas de charlar con ella, pero bueno. Era jueves a la noche, claro que tenía planes. El se buscaría también algo que hacer.

¿Quién la visitaría? ¿Alguna amiga de Córdoba? ¿Algún amigo? Levantó una ceja.

**Mirco:** Bueno, hermosa. No hay problema. ¡Que la pases bien!

Escribió lo último con los dientes apretados y de paso, se guardó las ganas que tenía de preguntarle con quién estaba.

Sin pensárselo más, respondió a Diego y organizó una salida para esa misma noche.

Su amigo, no tardó en sugerir su casa como previa para luego salir a bailar y tomar hasta tarde. Le había dicho que iba a ir con amigas, así que algo le decía que iba a ser una de esas noches.

No estaba muy entusiasmado con la idea.

A decir verdad, no tenía ganas de estar con ninguna mujer. Quería estar solo con Nadia. Era estúpido, porque ni siquiera podía estar con ella, pero no le interesaba otra.

Y se entusiasmó menos, cuando llegó Diego y vio quien lo acompañaba.

Su novia, Vanessa y otra chica más. Pelirroja. Muy bonita, sí. Pero la conocía, ya habían estado juntos.

¿Esto era una cita doble o algo así?

Miró a su amigo entornando los ojos.

—¿Te acordás de Pamela? — dijo salvándolo, sabiendo que no había chance de que él solo recordara su nombre.

—Claro, hola. — la saludó con un beso en la mejilla, mientras ella lo sostenía un rato de más por la cintura.

Mierda.

Haciendo uso de toda su simpatía, sirvió los tragos, puso música y se distrajo por unas horas entre chistes y conversaciones relajadas en grupo. Por nada del mundo se quedaría solo con la chica.

Era una bailarina, que en el verano participaba de algunas de las obras de teatro de cartelera. Quería ser famosa a toda costa. No dudaba que ahora estaba ahí con ellos, por eso. Seguro quisiera estar con él otra vez por eso. Puro interés. Lo miraba a los ojos y veía signos de pesos.

Cuando ya no pudieron hacer más tiempo, partieron al boliche de moda en donde apenas los vieron, los dejaron pasar. El lugar estaba lleno y hacía un calor insoportable.

Bailaron un buen rato, pero como ya se imaginaba, Diego y Vanessa se fueron por su cuenta para estar solos y él se quedó con Pamela colgada al cuello. Literalmente. La chica había tomado tres tragos, pero con lo poco que pesaba, seguramente ya estaba más que borracha.

Le sonrió y haciéndose el distraído buscó una excusa para desaparecer.

—Me muero de calor, voy a buscar algo para tomar. ¿Te traigo? – ella asintió coqueta y le sonrió.

Era su oportunidad y la aprovechó.

Se hizo humo entre la multitud. Si tenía suerte, no volvería a encontrarla. En la barra, pidió el mismo trago que pedía siempre, pero sin energizante. Pretendía estar solo un rato y volver a su casa para dormir.

Pero entonces la vio. Nadia.

Estaba charlando con una chica de cabello corto, que reconoció como la amiga que salía siempre con ella. Estaba a punto de acercarse para hablarle, pero algo lo frenó.

No estaban solas.

Estaban con alguien. Rubio. ¿De dónde lo conocía? El chico se acercó a Nadia y sujetándola del rostro la besó. Apretó los puños enojado.

Fue cuando terminó de darse vuelta que lo reconoció.

David. El ex de su amiga Valentina.

Se quedó en blanco.



## Capítulo 11

Todos los recuerdos de sus charlas con Vale volvieron a su cabeza de un golpe. Todo lo que su amiga había sufrido. Odiaba a ese idiota con todas sus fuerzas.

Ella era una persona hermosa, y había sido engañada de manera horrible por este imbécil y su ex mejor amiga. ¿Qué clase de gente era esa? Si había alguien que no merecía algo así, era Valentina. Ella menos que cualquier persona en este mundo.

Ya habían pasado años, pero él se enojaba como si hubiera sido ayer.

La había tratado tan mal. Le había dicho cosas terribles, que la habían lastimado. Le había hecho sentir que no valía.

Por Dios, ¡Qué locura! ¿Cómo podía dudar de lo maravillosa que era? Lo quería matar. Lo hubiera hecho. Quería golpearlo al menos. Sentía que se lo debía.

No podía creer lo que estaba viendo.

No sabía tampoco qué hacer.

¿Sabía Nadia con quien estaba?

Después se acordó de su mensaje más temprano. Estaba con visitas. ¿El era la visita que Nadia estaba esperando? ¿Lo conocía de antes o lo había conocido ahora? No entendía nada.

No quería entender tampoco. Todo le parecía una locura. Y se enojó.

Se enojó con esa chica, que estaba ahí besando al idiota que había herido a su amiga, en vez de estar con él.

Era ridículo, pero se sentía traicionado de una manera que ni siquiera podía explicar.

Salió del boliche soltando maldiciones con la cabeza hecha un lío. Se subió al primer taxi que vio y se marchó.

\*\*\*\*

La tenía sujeta del rostro y por más que hacía fuerza para separarse, no podía.

Reaccionando mal, le dio un empujón con tanta violencia que al no esperárselo, logró que él la soltara por un instante. Lo suficiente para que ella,

ahora libre le pudiera encajar una cachetada con toda la mano.

—¿Qué te piensas que estas haciendo, David? – le dijo enojada mientras se llevaba una mano a los labios. Le dolían.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? – contestó con una mano en su mejilla golpeada. —Pensé que me querías. Nosotros tenemos que estar juntos.

—Te quería, David. – contestó cansada. ¿Qué sentido tenía pelear con él? Estaba borracho. —Pero ya no estamos juntos. Se terminó. Yo vine a vivir acá, empecé de nuevo. No podés volver y pretender... nada.

Se alejó un poco y buscó con la mirada a su amiga, pero no la encontró. Se había ido a buscar los abrigos para marcharse.

—Tenemos que estar juntos... – se quejó tapándose el rostro con las manos. —Nadie me conoce como vos... no quiero estar con nadie. Somos una familia.

—Agos y yo somos una familia. – dijo mirándolo enojada. —Vos no sos nada mío.

—Es mi hija, Nadia. No tenés derecho a alejarme de ella. – empezó a decir.

—¡Yo no te alejé, idiota! – le gritó pegándose a su cara todo lo que pudo. —Vos te fuiste. La dejaste varias veces. ¿Querés hablar de tus derechos y obligaciones? Te recomiendo que dejes de tomar y te busques un abogado. Y uno en serio, no como vos.

Soltando espuma por la boca, se alejó molesta taconeando por el lugar. Estaba indignada, pero orgullosa. Ya no iba a permitir que la maltratara. Nunca más.

¿Qué se había pensado?

Esa tarde cuando se apareció de nuevo con el cuento de querer visitar a su hija ahora que casualmente estaba en el país, ella no le había contestado. Solo le había dicho que tenía que pensarlo.

Pero después de lo que acababa de suceder, no señor.

Iban a tener que recurrir a la ley. La había seguido al boliche. Estaba tan enfermo que se había quedado fuera de su casa hasta la noche cuando ella y su amiga habían salido.

Y todo para armarle semejante escena.

Estaba enfurecida. Deliraba si pensaba que lo iba a dejar acercarse a Agustina así como si no hubiera pasado nada. No estaba bien de la cabeza.

Mierda.

Suspiró con fuerza.

¿De dónde iba a sacar un abogado? No conocía a ninguno. Y David estaba rodeado de ellos. Hasta un familiar juez tenía. Mierda, y más mierda.

No podía seguir allí. Miró a su alrededor tratando de encontrar a Caro, y como no la vio, le escribió un mensaje rápido.

*“Te espero afuera. David es un idiota, me quiero ir ya.”*

La respuesta llegó en dos segundos.

*“Ya salgo.”*

\*\*\*\*

No durmió ni dos horas esa noche.

Cada vez que cerraba los ojos, podía ver a Nadia besando a David.

¿Lo conocería? ¿Y si se habían conocido esa misma noche? Seguramente. No había manera de quisiera estar con él, si sabía cómo era. No alguien como ella. Maldijo.

Su amiga Valentina, había estado años de novia.

Seguramente se trataba de algo de una sola noche. Cosa que no lo hacía sentir mucho mejor. Pero prefería.

Tal vez la tenía engañada.

Le habría hecho pensar que era educado y con buenas intenciones y buenos valores. Hasta romántico. Conocía a ese tipo de personajes. Carismáticos, seductores... mentirosos. Ella no debía creerle una sola palabra.

Más allá de que le molestara verla con otra persona, lo enfermaba que fuera justamente él.

Quizá debería avisarle. Contarle lo que su amiga había pasado para que supiera con quien estaba tratando.

Se refregó el rostro con las dos manos violentamente. Se estaba haciendo la cabeza. Había sido un beso. Nada más. Solo un beso.

¿Solo un beso?

¿Y si se habían ido juntos?

Se metió a la ducha para dejar de pensar. Ese día tenía cita con el médico antes de ir a buscar a Simón. No quería seguir pensando, porque era peor.

Caminó todo el trayecto a la guardería con ganas de patearle la cabeza a alguien. El doctor lo había encontrado recuperado, pero todavía faltaba mucho para que le dieran el alta. Tenía que seguir con el reposo y con la rehabilitación que empezaba esa misma tarde.

No necesitaba eso para estar bien. Necesitaba jugar al fútbol. Estaba perdiendo el ritmo, ya se sentía como si estuviera totalmente fuera de estado. No entendían. Ni su entrenador, ni nadie.

Era lo único que lo hacía sentir vivo. Se desahogaba. Todos le hablaban de paciencia y hacer las cosas bien. ¿Qué sabían? Ya odiaba sus caras. Se sentía impotente... Iban a ser seis meses muy largos. No aguantaría. Se moría por patear una pelota. Y por eso, una cabeza, le hubiera venido bien.

Estaba furioso.

Respiró un par de veces para tranquilizarse y para cuando quiso darse cuenta, estaba en la puerta de la guardería. Ni siquiera se había dado cuenta de cómo había llegado, pero ya estaba ahí.

Se mordió el labio inferior con fuerza.

Tenía que enfrentarse a Nadia. Solo fue un beso, se repitió dos o tres veces antes de pasar por la puerta.

¿Debía advertirle lo que sabía? ¿Dejarlo pasar? ¿Actuar como si nada? Mierda. ¿Por qué se acordó de eso justo ahora? Idiota David. Lo odiaba.

En esa estaba cuando vio que el padre de una de las compañeritas de Simón, se acercó a la salita, y antes de saludar, se peinó el cabello con los dedos y se acomodó la corbata. Si, era el padre de Cami. Del que tanto hablaban las otras madres. Idiota. Lo odiaba también.

Lo miró y levantó una ceja. Su humor no hizo otra cosa que empeorar.

Tenía la cabeza hecha un lío, cuando la vio.

Ella como siempre, era toda sonrisas y no supo explicar por qué, pero eso lo enojó más.

No tenía por qué contarle ni avisarle nada. Ella era grande, sabía lo que hacía. No era su problema. ¿Qué lograba haciéndolo?

Nada. Ya había aprendido la lección con Vale. Si ella quería, iba a estar con quien quisiera... tal vez ganándose una palmada en la espalda y un “gracias, sos muy buen amigo”. Para después salir corriendo a los brazos del otro.

El siempre era el bueno. Estaba harto.

*Basta de ser tan boludo, pensó.*

—Hola. – se le acercó y lo saludó simpática, dedicándole, si es que era posible, una sonrisa aun más grande.

No podía dejar de pensar en ese beso. Mierda.

Respiró profundo, y contestó entre dientes.

—Hola. – no era propio de él, pero estaba bastante seguro de que le había ladrado, no hablado.

Se había quedado con ganas de charlar con ella el día anterior. Nunca podía juntarse cuando él se lo proponía... pero claro... podía salir a bailar. Con David. ¡David! Su cabeza iba a mil por hora. Como si al tenerla al frente, todo lo que venía pensando y sintiendo se intensificara.

Sabía que no tenía derecho a reclamarle nada, porque no eran *nada*, pero de todas formas no estaba siendo racional. Tenía bronca. Todo le salía mal.

Al ver que él, no solo no le devolvía el gesto, si no que respondía de manera seca y cortante, dejó de sonreír. Parecía confundida, y hasta tal vez dolida.

—Simón necesita traer una muda de ropa la semana que viene porque vamos a jugar con tierra en el vivero. – le comentó en un tono más profesional.

El solo asintió con la cabeza y desvió la mirada para buscar a su sobrino y largarse de una vez. Tenía que calmarse.

—Nos vemos, bonito. – dijo Nadia despidiéndose del pequeño que se abrazó a sus piernas antes de ir con su tío y abrazarlo también.

Mirco lo alzó y sin saludarla, se marchó.

A medida que iba caminando y charlando como si nada con el niño, empezó a sentirse mal. Había sido un maleducado. Un desubicado. Mierda. Lo único que le faltaba.

Se sentía culpable.

Estaba siendo ridículo además. Ella tenía derecho de estar con quien quisiera...

*Oh Dios...* Había quedado muy mal con ella. Se frenó varias veces en plena calle, debatiéndose el volver sobre sus pasos para disculparse por ser tan estúpido. Pero después se arrepentía y seguía caminando. ¿Qué podía explicarle que lo hiciera quedar mejor? Nada.

Tan distraído estaba cuando entró al departamento, que no notó la enorme valija que había hacia un costado.

—Petiso, anda a sacarte ya esas zapatillas y te ponés las de jugar que tu mamá me mata. – le dijo al niño cuando llegaron.

Este salió corriendo hacia su cuarto a buscar el otro par, mientras él, miraba el celular pensando en una excusa creíble que pudiera salvar su situación con Nadia.

Entonces escuchó varias cosas a la vez.

Un grito. Fuerte, agudo.

Seguido por otro . Corrió a la habitación y casi se murió.

—¡¡¡Tía Flor!!! – gritó el niño señalándola emocionado.

Había caído sin avisar.

Y hubiera sido una linda sorpresa si él hubiera estado solo, porque su amiga estaba en su cama, totalmente desnuda... Bueno, ahora haciéndose un enredo para taparse desesperadamente con las colchas.

—La tía Flor no tiene ropas. – comentó Simón lo más tranquilo.

## Capítulo 12

Obligándose a reaccionar de una vez, le tapó los ojos al niño y lo envió de nuevo a la sala diciéndole.

—Dejemos que la tía se cambie, que vino de viaje y quiere descansar. — sentía que los ojos se le saldrían de las órbitas.

—¿¿Qué carajo?? — leyó en los labios de su amiga, que no había querido decirlo en voz alta para que Simón no escuchara. Estaba pálida y tenía como él, los ojos como platos.

Cuando se aseguró de que estaban solos, dijo rápidamente.

—Lo estoy cuidando todos los días a la salida de la guardería, en un rato viene Ava. ¿Qué haces? ¿Por qué no me dijiste que venías? — susurró desesperado.

—La puta que me parió. — dijo buscando su ropa a toda velocidad. —Te avisé. Te mandé un mensaje por Facebook hace dos días... — lo miró también desesperada. —Pensé que estabas solo.

El mensaje que no había leído. Mierda. Cerró los ojos.

—No lo leí, perdón morocha. — contestó disculpándose.

—Ahora ya es tarde para arrepentimientos. — dijo conteniendo la risa. — Andá con el nene, Mir. Lo único que nos falta es que le diga a alguien después.

—Nah. — hizo un gesto con la mano, despreocupado. —Es chiquito, no entiende nada.

Pero por las dudas, se fue a la sala y le prendió los dibujitos. Una distracción para que olvidara lo que acababa de suceder.

Como todos los días, se puso a cocinar, y no se habló más del tema.

Flor, había salido de la habitación momentos después, y se unió al niño mirando tele. Podía escuchar que charlaban de vez en cuando, y reían. Sonrió.

Tenía que aceptar que se había dado un susto de muerte, pero había sido efectivo para cambiarle el humor de un golpe. Se rió sacudiendo la cabeza recordando la cara que había puesto la morocha.

Si en lugar de él, la hubiera encontrado su otra sobrina, Ava, estarían en un problema mucho mayor porque la nena además de hablar perfectamente, entendía mucho más de lo que todo el mundo creía.

—¿Le puedo dar algo rico que le traje del viaje? — preguntó su amiga desde el living.

El se asomó y negó con la cabeza.

—Apenas venga tu hermana comemos, petiso. – le avisó. —De postre, si querés.

—Ohhh... – se quejó malhumorado, lo que los hizo reír.

Ya estaba terminando de preparar las croquetas cuando vio que su amiga se acercaba a la cocina y lo miraba.

—Hice unas de pollo y otras de berenjena, a ver si un descuido se las comen, y de paso les hace bien. – le comentó en voz baja. —Me contó Vale que odian las verduras.

Ella se rió.

—No sé que hacés que no tenés mil hijos, Mir. – le dijo con una sonrisa. —Te imagino y creo que te encantaría.

—Obvio que me encantaría. – suspiró. —Quiero formar mi familia y todo eso... Con Coty de hecho llegamos a hablarlo...

—No la querías. – dijo pensativa. —Hubiera sido un error.

—Si la quería. – le discutió. —No estaba enamorado.

—Bueno, es un paso muy grande para dar con alguien que no amas. – lo ayudó a hacer el puré mientras charlaban.

—Si, supongo. – asintió estando de acuerdo. —Siempre quise formar una familia... pero lo veo difícil...

—Ya vas a encontrar a la chica para vos. – lo animó. —Tu chica rara, capaz. – sonrió.

El le devolvió la sonrisa, pero después se acordó del beso y frunció el ceño. No quería pensar más en eso.

—¿Y vos, morocha? ¿Querés tener hijos? – preguntó.

Ella abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—Ni loca. – señaló la sala. —Son hermosos... siempre y cuando no sean míos, Mir. – volvió a negar con la cabeza de manera frenética. —Ni cuando estábamos bien con Nico pensábamos en eso. Ninguno quería. Yo sigo sin querer.

—¿Ni en un futuro? – ella negó de nuevo. —¿Si encontras el chico que es para vos? – preguntó repitiendo lo que ella le había dicho.

—No. No es para mí. – se encogió de hombros. —Y estoy bastante segura de que el único chico que es para mí, es un estúpido que yo conozco,



hermano de mi mejor amiga que me engañó. ¡Agh! – se quejó. —Sigo sin imaginarme rehaciendo mi vida con nadie que no sea él. Soy patética.

Dejó lo que tenía en las manos, y la envolvió con los brazos.

—No sos patética, estas enamorada morocha. – dijo acariciándole el cabello.

—Quiero que se me pase de una vez. – contestó frustrada contra su pecho. —Hice de todo por olvidarme de él.

—Me consta. – ella se rió. —Tiempo, creeme que es cuestión de tiempo.

Ella levantó la mirada y asintió. Tenía los ojos tristes, y no pudo evitar abrazarla con más fuerza y apoyarle los labios en la frente, dejándole un besito.

Ojalá pudiera decirle que no le costaría y que sería fácil o poco doloroso, pero no iba a mentirle. Le había llevado años superar a Vale. Y le había dolido cada día.

El timbre sonó haciendo que se soltaran de golpe. Atendió distraído. Traían a Ava.

Puso los ojos en blanco. Ruth.

Justo lo que le faltaba a ese día.

Abrió la puerta con una sonrisa, preparado para lidiar con la mujer.

—Hola, tío. – saludó su sobrina con cariño, hasta que vio detrás de él. — ¡¡¡Tía Flor!!! – y se olvidó de él por completo mientras corría a encontrarse con su amiga y se colgaba de ella para abrazarla.

—Hola, mi amorrr. – la saludó ella. El sonrió. Lo querían mucho, pero era obvio quien era su favorita. El siempre bromeaba, y decía que eso se debía a que la morocha nunca los retaba. Los mimaba y los dejaba salirse con la suya la mayoría de las veces.

Era la que les hacía regalos, y era cómplice de sus travesuras siempre que podía.

—Hola, Mir. – dijo Ruth llamando su atención de repente. Estaba parada en la puerta desde hacía unos minutos y había presenciado la escena curiosa.

—Hola, Ruth. – contestó él educado. —¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. – se acomodó el cabello de manera coqueta y se aclaró la voz. Casi parecía tímida. —Emocionada porque este fin de semana estoy libre. – levantó las cejas de manera sugerente.

Oh, por eso era que estaba así. ¿Lo invitaría a salir?

Esperaba que no. Iba a ser incómodo tener que rechazarla y después tener que seguir viéndola. Mierda.

—¿Libre? – preguntó haciéndose el confundido.

—Este fin de semana Lurdes se va con el papá al campo. – suspiró emocionada. —Hacía bastante que quería unos días para mí.

El asintió sin saber que decir.

—Y se me ocurre que salir a comer sería lindo, a lo mejor ir al cine. – las no tan indirectas lo estaban acorralando. Quería salir con él, pero además quería ser invitada.

Apretó los labios con fuerza sabiendo que iba a tener que decir algo rápido. No quería ofenderla, ni lastimarla, pero no tenía ningún interés romántico con ella, y tampoco lo tendría si no fuera la madre de una compañera de Ava. Cosa que claramente agravaba la situación. Si, era hermosa, y le parecía super sexy. Pero tenía escrita en la frente la palabra “problemas”.

Justo cuando estaba por abrir la boca, Flor llegó hasta su lado y se abrazó a su cintura como si nada.

—Hola, soy Flor. – dijo mirándola con simpatía mientras distraídamente se pegaba a él y le acariciaba el pecho para que la viera.

Ruth abrió los ojos grandes. Había entendido el mensaje perfectamente. Luego de la sorpresa, su gesto fue de decepción, y aunque parecía dolida, también lucía resignada. No tenía nada que hacer.

Sin ofender a la señora que estaba muy bien para su edad, Flor era una modelo profesional preciosa, unos diez años más joven y aunque estaba a cara lavada y vestida con una camiseta de él y unos shorts de jean, se veía como a punto de salir en la portada de una revista.

No hizo falta que hablaran.

—Soy Ruth, mucho gusto. – la saludó con una sonrisa triste. —La mamá de Lurdes. – volvió a sonreírles y apurada se despidió. —Así que me voy a disfrutar de mis días libres. Chau, nos vemos el lunes.

Cerraron la puerta y su amiga le habló al oído mirándolo seria.

—Vale te va a colgar de las pelotas, Mir. – negó la cabeza. —Es una mamá del colegio... te va a matar.

El se la llevó a la cocina de nuevo, en donde podían hablar sin que los escucharan.

—No hice nada con Ruth. – susurró. —Es siempre así... aunque ahora capaz empieza a cambiar. – la miró con una sonrisa. —Gracias.

Ella se mordió el labio inferior conteniendo la risa.

—Te encanta... – dijo sacudiendo la cabeza pensativa.

—¿Quién? ¿Ella? – se rió. —Ni siquiera me gusta... tanto.

—No, ella no. – se rió también. —Te encanta que todas se mueran por vos. Todas caen... – lo tomó de la barbilla y le movió el rostro hacia los lados. —Creído.

—Vos no sos la más indicada para decir nada. – le dijo levantando una ceja y acercándose a su rostro para hablarle aun más bajo —Vos también caíste un poquito.

Se quedaron mirándose un segundo mientras se sonreían.

—Un poquito. – contestó ella. —¿Y vos? ¿Cuánto tardaste en caer también?

El se rió y asintió reconociéndolo.

—Un segundo. – los dos se rieron.

—Tío... – los interrumpió Ava entrando a la cocina. Apenas la escucharon se separaron de un salto. —¿Cuándo comemos?

—Ahora. – contestó después de aclararse la garganta.

Durante el almuerzo, se sintió raro.

Los hermanitos, estaban como siempre viendo los dibujos, haciéndose bromas, a veces peleándose, y escuchando a Flor mientras les contaba cosas divertidas. Algo se sentía mal.

Notaba rara a su amiga, y lo inquietaba.

Y algo había cambiado en él también.

Pensaba que cuando ella volviera del sur, ya no estarían juntos. Que volverían a ser amigos como antes. Pero después de habérsela encontrado desnuda en su cama, y después de ese momento en la cocina, le daba la impresión de que había algo más.

Y se sentía atraído por ella, claro. Era hombre, hubiera sido imposible no hacerlo. Además de eso la quería.

Pero había algo en su mirada, lo preocupaba.

La sobremesa fue más entretenida que de costumbre. Ninguno se durmió,

obviamente. Estaban demasiado entusiasmados por tener a su tía con ellos, y no paraban de hablarle, mostrarle, y contarle cosas llamando su atención. Ella había traído a todos chocolate en rama del sur y estaban encantados.

Se había esforzado bastante en que no ensuciaran, pero había sido en vano. Su sillón estaba lleno de huellas de dedos por todas partes. Flor, por lo menos tenía la decencia de hacerse la arrepentida y pedirle muchas disculpas.

Pero ella no tendría que limpiarlo todo después.

Sonó el timbre y suspirando se levantó para abrir al papá de los niños.

Entró y los saludó con una sonrisa.

—Flor, no sabía que volvías hoy. – la abrazó. —Vale te esperaba la semana que viene.

—Si... quise darle una sorpresa y visitarla antes. – sonrió nerviosa, tal vez recordando la sorpresa que si le había dado a su amigo.

Justo en ese momento, Simón se acercó a Jamie y le dijo.

—La tía vino hoy, y estaba sin ropas. – la miró con un gesto de lo más inocente. —Estaba cansada, se fue a dormir en la pieza del tío, en su cama.

Su padre lo miró y apretó los labios con fuerza, para después mirarlos a ellos.

—Ah... si. – quiso explicar ella, roja como un tomate. —Me estaba cambiando porque todavía no fui a casa, petiso. Y estaba cansada por el vuelo.

Jamie levantó las cejas, sin dudas tratando de ocultar la diversión que esto le causaba. Maldito.

—La seño me dijo que el lunes tiene que llevar una muda de ropa para poder ensuciarse. – dijo para pasar a otro tema rápidamente.

—Buenísimo. – contestó sonriendo. —Gracias por avisar.

Se despidieron momentos después, dejándolos a él y a Flor solos y abochornados.

—Perdón, Mir. – le dijo tapándose la cara. —No sé en qué estaba pensando... espero que no diga nada en su casa, porque Vale... – él la interrumpió.

—No te hagas problema, morocha. – la tranquilizó. —Vos me avisaste, y yo no leí tu mensaje... – se encogió de hombros.

Ella asintió.

—¿Por qué no lo leíste? – le preguntó.

El bajó la mirada. No quería que sonara mal, pero la verdad era que al ver que no era un mensaje de Nadia, no le había importado quien lo mandara. No iba a lastimarla, así que dijo.

—Últimamente tengo la cabeza en cualquier lado. – se sentó. —El médico me dijo que todavía no puedo entrenar, y hoy empiezo rehabilitación.

Ella se sentó con él y lo tomó de la mano.

—No sabía nada. – su mirada se tornó comprensiva. —Pero es para que te pongas bien, Mir. Es lo mejor para vos. – le sonrió. —Ya vas a ver que dentro de nada, vas a estar jugando de nuevo al fútbol.

—Eso espero. – dijo cerrando los ojos.

—¿A qué hora tenés turno? – él miró el reloj.

—En quince minuto. – se levantó del sillón. —Debería prepararme ya.

Ella asintió y se mordió el labio.

—Esta noche podemos salir... – sugirió. —Así te distraes.

—Ehm... sí. – contestó sin pensar y se fue a dar otro baño y ponerse ropa cómoda.

Flor se quedó pensativa mientras lo veía partir.

## Capítulo 13

La sesión con el kinesiólogo había sido mucho mejor de lo que imaginaba. Se había sentido cómodo, y Javier, como se llamaba el especialista, era optimista con su recuperación.

Se iban a llevar bien, podía notarlo.

Según le había comentado, estaba convencido de que estaría totalmente recuperado con tiempo de sobra para volver a entrenar.

Se sentía un poco cansado, pero eso no le había impedido en lo absoluto planear su noche con Flor.

La idea era tomar, divertirse, bailar y festejar hasta que se hiciera de día.

Demasiado malhumor y mala energía venía torturándolo. Era momento de olvidarse de todo.

Esa semana quedaba atrás con toda la mierda.

Su amiga estaba de vuelta, y se divertiría. No importaba nada más.

Ya iban por la tercera cerveza y la música sonaba en todo el departamento.

—¿Supiste algo de Vale? — preguntó su amiga preocupada de que su marido le hubiera hecho algún comentario indiscreto.

—No. — se rió. —Pero Jamie si me escribió... me dijo que la próxima seamos más cuidadosos y que no le piensa decir nada a tu amiga, pero que tarde o temprano se va a tener que enterar. — la miró poniendo los ojos en blanco. —Y quiere que nosotros mismos le digamos.

—Yo no le pienso decir. — dijo negando con la cabeza y levantando los brazos.

—Ah que lindo... — se rió. —Muy buena amiga sos. — le tiró con un almohadón.

—¡Ey! — se aplastó el cabello con las manos. —Me despeinas.

—Da lo mismo que le digamos, Flor. — dijo mientras seguía tomando. — Esto no es nada. — los señaló a los dos. —Dos amigos... que se tenían un poco de ganas. Nada más. — explicó tranquilo con la explicación.

—Nada más. — repitió ella con la mirada perdida mientras vaciaba su vaso.

Tomaron lo que les quedaba y se tomaron un taxi al boliche de esa noche.

Estaba lleno de gente, como siempre. Se tambalearon entre la multitud

camino a la barra, haciendo el mejor esfuerzo por ver lo que tenían delante iluminados de a momentos por luces intermitentes de colores.

Algunas caras conocidas, otras no tanto pero nada parecía importar. Todos la estaban pasando genial.

Su amiga lo desafió a una ronda de shots de tequila y no se pudo negar.

Levantaron los vasitos al mismo tiempo y entre carcajadas se lo tomaron. Hubo un segundo y un tercero. ¿Quién había ganado? No sabían.

Se pusieron a bailar y de a poco se relajó.

Ya era tarde para pensar en que alguien del equipo o el cuerpo técnico podía verlo de fiesta. Desconectó su mente y por un momento cerró los ojos.

Estaba lejos de todos los problemas.

Flor lo tenía tomado de la cintura mientras bailaban y se sentía muy bien.

La música tenía una cadencia... latina. Aunque no podía estar seguro porque tenía la cabeza tan confusa que no podía notar la letra de la canción, ni el idioma. El solo se movía.

Su amiga se pegó más, tal vez apoyándose para no desmoronarse. Había tomado la misma cantidad que él, y pesaba la mitad. Debía estar destrozada.

Sintió sus labios en su cuello y abrió los ojos.

Ok. No estaba listo para esto.

Se separó apenas para mirarla, pero ella bajó la cabeza. Estaba un poco confundido. Necesitaba tomar aire. Respiró profundo y buscó la salida al patio.

Fue cuando la vio. Nadia.

Lo miró, después miró a Flor y levantó apenas las cejas. Como un suspiro, salió despedida entre la gente perdiéndose.

—Mierda. – dijo sin poder contenerse.

—¿Qué pasa? – preguntó Flor haciendo foco en su rostro.

—Nadia... está acá. – miró por todos lados desesperado. —Nos vio... tengo que encontrarla.

—¿Qué tiene que te haya visto? – dijo arrastrando las palabras.

—Que va a pensar que estoy con vos, morocha. – la sujetó por los hombros.

—¿Te podes quedar sola un rato? – ella asintió aparentemente de

acuerdo, pero sus ojos no decían lo mismo.

—¿Segura? – la miró entornando los ojos. Sentía que algo estaba mal, pero no se daba cuenta qué.

—Anda, Mir. – contestó haciéndole seña de que se fuera.

El asintió y salió corriendo.

Después de recorrer dos veces el lugar, la encontró charlando con su amiga en una de las barras. Estaba preciosa. Sus enormes rizos rubios peinados hacia un costado y un pequeño y ajustado vestido color rojo. Se le secó la boca. Sus ojos verdes, enmarcados por unas enormes pestañas negras, lo encandilaban. Se quedó admirándola un segundo antes de ser capaz de moverse.

Ella dio vuelta la cabeza y se quedó helada cuando lo vio. Abrió la boca y se preparó para huir, pero él la frenó.

Estaba harto de que saliera corriendo siempre. Eso se terminaba hoy mismo. Si no estaba interesada, iba a tener que decírselo de una vez y ya.

De repente, toda la bronca que venía juntando y había logrado calmar momentos antes, volvía irritándolo.

Se paró frente a ella y se cruzó de brazos.

Si, así de borracho estaba.

—No te escapes. – le dijo levantando una ceja.

—No me escapo. – contestó ella con los ojos muy abiertos.

—Hola. ¿No? – esperó mirándola fijo.

—Hola. – dijo con voz bajita antes de acomodarse el cabello detrás de la oreja algo nerviosa.

Se paró incómodo y retrocedió un paso. Se estaba comportando como un idiota... no quería intimidarla. Pero estaba tan enojado... y no sabía ni por qué.

—Me tendrías que haber dicho si salías con alguien. – le reprochó sin sentido.

Lo miró confundida frunciendo el ceño.

—No estoy saliendo con nadie. – dijo ahora más segura.

—Te vi anoche. – se acercó a su oído. —El tipo con el que te estabas besando...

Ella levantó la cabeza como entendiendo, y cuando estaba por hablar, él



la interrumpió. Aparentemente esta noche, su boca no tenía ningún filtro.

—Ese tipo... es de lo peor. – levantó los hombros. —No sé si recién lo conoces, o si hace mucho que salen, pero te sugiero... – hizo una pausa sintiéndose tonto. ¿Quién era él para sugerirle cosas? — Es... es un hijo de puta. – trastabilló apenas pero después se apoyó en la barra para recuperar su equilibrio.

—Ya sé. – dijo apretando los labios.

¿Qué? Esa no es la respuesta que estaba esperando.

—¿Ya sabes? – torció la cabeza.

—Si, sé lo que es. No estoy saliendo con él. – parecía contrariada. —Ni siquiera quería besarlo. Me agarró por la fuerza... después lo empujé y le pegué una cachetada. – su voz sonaba cada vez más dura. Mierda. Se había enojado. —¿Eso no lo viste? – desafió.

El negó con la cabeza callado.

—Creeme que no quiero tener nada que ver con él. – ahora se cruzó de brazos ella también.

Se quedó mirándola un rato. Sus mejillas se habían sonrojado apenas y sus ojos verdes lanzaban fuego. *Que linda...* pensó.

—Perdón por lo de esta mañana. – dijo bajando apenas la mirada. —Y por lo de recién. Te diría que es porque estoy borracho pero... – se mordió los labios. —Anoche, cuando te vi con ese tipo...

Ella negó con la cabeza, haciendo un gesto de que estaba todo bien.

—No estoy saliendo con nadie. – él asintió.

—Entonces... lo conoces. – quiso saber.

\*\*\*\*

—No quiero hablar de él. – le dijo mirándolo con una sonrisa. —Pero gracias por el consejo. – ojalá se lo hubiera dado antes... Unos seis años antes, pensó.

Todavía no podía creer que los hubiera visto. Aun queriendo estar lejos del idiota de David, seguía arruinándolo todo a su paso.

Tenía claro que no podía esperar nada de esto que le pasaba con Mirco... pero tampoco quería que creyera que estaba con su ex.

Se había enojado tanto esa mañana. ¿Estaría molesto porque lo conocía... y lo odiaba? O.. ¿Estaría celoso? El pensamiento la hizo sonreír involuntariamente.

—De nada. — le contestó. —Estas muy sonriente... — la observó. —Pensé que... — dudó. —Bueno... ¿La verdad? Pensé que me ibas a mandar a la mierda. — se rieron.

Ella negó con la cabeza y se mordió el labio. Dios. Le gustaba su risa. Tenía ganas de comerle la boca a besos.

\*\*\*\*

Se quedó mirándola. Y ahí estaba. Esa sonrisa dulce que lo enloquecía. Su corazón se agitó. Hacía tiempo que no se sentía así...

—Vamos a bailar. — le dijo tirando de su mano para que lo acompañara.

Lo siguió mientras él hacía el enorme esfuerzo de caminar en línea recta.

Frenándola, le puso las manos en la cintura y se pegó a ella. Sonriendo se empezaron a mover.

Esta vez, ella no se soltó, ni hizo pasos alocados. Trató de imitarlo lentamente, mientras él, no podía dejar de mirarla. Eran casi de la misma estatura, sus cuerpos se encajaban y encontraban perfectamente en el ritmo de la música. Se le secó la boca.

Sus brazos lo envolvían por el cuello enviando electricidad a toda su piel. Como si necesitara sujetarse de algo, pasó sus manos por su pequeña cintura hasta sus caderas atrayéndolas. Un escalofrío lo estremeció de deseo.

Hacía mucho que no se sentía así...

Sin pensarlo, cerró los ojos y se abandonó como hacía mucho que no hacía y se dejó llevar por la canción, por la sensación de tenerla cerca, por su perfume y todo lo demás desapareció.

—Me gusta bailar con vos. — le dijo al oído con esa voz tan dulce que ahora con los ojos cerrados, parecía venir de todas partes, estar en todas partes.

—A mi me gustas vos. — respondió abrazándose más, metiendo la cabeza en el hueco de su cuello. No la veía, pero de alguna manera sabía que sonreía.

Por un buen rato no dijeron más.

Estaban perdidos en el otro. Sintíendose bien de cerca, sin importar nada más.

Le impresionó darse cuenta de que aun cuando bailaba con Vale, no sentía estas cosas. ¿Cómo podría explicarlo? Era una mezcla de emoción, adrenalina, y a la vez... placidez. Con su amiga siempre se sintió extraño... en los brazos de esta chica rara, pertenecía.

—¿Viniste solo? – le preguntó de repente.

El frunció el ceño como volviendo a la realidad, tuvo que hacer un esfuerzo para recordar cómo había llegado ahí. Ah, si. Flor. ¿Dónde estaría? Se preguntó vagamente.

—Ehm... no. – la miró. —Vine con una amiga.

Ella levantó apenas las cejas. Un gesto casi imperceptible que cualquiera hubiera pasado por alto, pero no él. Que llevaba mirando esos ojos con tanta intensidad... los veía hasta cuando dormía.

—Una amiga... – no quería que pensara nada extraño, así que se apuró a aclarar.

—Solamente una amiga. Florencia, se llama. – miró entre la gente como buscándola. —Pero probablemente ya se fue. Viajó hoy y estaba cansada.

Ella asintió pensativa hasta que después dijo.

—Yo también debería irme ya. – bajó la mirada y se separó de él.

—¿Por qué? – el alcohol lo tenía atontado, y las ideas que ya de por sí estaban muy confusas en su cabeza lo estaban mareando más aún. —No te entiendo... me das un beso, salís corriendo, me buscas en Facebook, no querés que salgamos, me decís que no estás con Diego, ni con David, que te gusta bailar conmigo... me parece a mí que está todo bien, y después... – hizo un gesto torpe con la mano. —Te volves a ir. – negó cansado.

Ella lo miraba como si acabaran de salirle dos cabezas.

—Te dije que no salgo con nadie... Me gusta estar con vos, que charlemos, pero soy la seño de tu sobrino. – dijo como si con eso explicara todo. —No estoy buscando una relación. – eso lo hizo retroceder un poco.

¿El si estaba buscando una? Si. Con ella, si. ¿Sería tan malo tener algo casual si es lo único que podía tener con ella? No. No tuvo ni que pensárselo. Solo quería tenerla cerca.

—Me gustas, Nadia. – le confesó sin tantas vueltas. —Si no te interesa una relación, no me importa. Podemos hacer las cosas a tu manera. – ella abrió la boca para discutirle. —O es que... ¿No te gusto?

Abrió los ojos como si estuviera asustada.

—Si. – respondió muy bajito. —Pero no se puede. – fue tan tajante, que no sabía que contestarle. —Y ahora me voy.

—Yo te llevo. – dijo frenándola. —Buscamos un taxi en la puerta y te acompaño. Es tarde.

Ella asintió.

—Esperá un segundo. — se dispuso a llamar a su amiga, cuando vio que tenía un mensaje de ella.

*“Morochó, me fui. Estoy cansada y no tengo ganas de fiesta hoy. Cuando vuelvas a tu casa charlamos.”*

Le mandó un *Ok* sin distraerse más, y se llevó a Nadia hasta la puerta, tomada de la cintura.

—Yo debería estar llevándote a vos. — se rió mirándola. —¿Podés caminar?

El se rió también de su estado. Hacía bastante que no se emborrachaba así. Daba asco.

—Me parece que yo no tengo más equilibrio cuando estoy borracho. — le dijo al oído, haciendo alusión a lo que ella le había dicho una vez.

Los dos se rieron al recordarlo.

Era aun más bella cuando se reía. Quería volver a besarla como esa noche...

Una vez en el asiento trasero del taxi, el silencio fue inmenso.

Ella miraba por la ventanilla cada vez que la descubría mirándolo. Su perfil a contraluz era algo que podría mirar por horas. Sus pestañas se arqueaban en un abanico enmarcando esos preciosos ojos verdes... tenía la nariz recta y llena de pequeñas pequitas. Totalmente adorable. Ahora, su boca... su boca no tenía nada de adorable. Era rosada, apetitosa y sensual... sabía lo que se sentía su tacto, su sabor. Solo con verla se ponía a mil.

Se acomodó en el asiento.

Podía sentir el latido de su corazón en la garganta. Y para hablar claramente, también en otras partes de su cuerpo. Era ahora o nunca, se dijo. Se inclinó y la tomó por el rostro.

En un primer momento, ella cerró los ojos, casi tan entregada como él, pero justo cuando estaba por rozarla, se hizo para atrás.

—No, Mirco. — negó con la cabeza y le puso una mano sobre el pecho. — No se puede. Creeme. — miró por la ventanilla y le dijo algo al conductor.

El rechazo fue como un golpe en el estómago que lo dejó fuera de juego. No quería ni podía responder. Solo se quedó sentado ahí como un bobo mientras ella se volvía para mirarlo.

En sus ojos se podía leer indecisión, y algo más que no supo descifrar.

Dudó y luego de un par de segundo eternos, en los que él fue apenas consciente de que el taxi se había detenido, ella se acercó acortando el espacio que los separaba y le dio un beso en la mejilla. Un beso lento, suave, que hizo que cerrara los ojos y suspirara.

—No es que no quiera. – le dijo al oído. —Pero no puede ser. – le dio otro beso, igual de letal. —Seamos amigos.

Y con esa última frase, se bajó del vehículo y entró a su casa casi corriendo.

Estaba en shock.

El aire se le había quedado atrapado en los pulmones y no podía ni pestañear.

¿Había escuchado bien?

¿Amigos?

Tenía ganas de reír y de insultar al mismo tiempo. Parecía ser una broma del destino. O de su suerte. Miró hacia arriba lleno de frustración y se golpeó la frente con la palma de la mano.

Hasta allí había llegado su buen humor.

Minutos después entraba al departamento casi pateando los muebles a su paso. Lo único que quería hacer era darse una ducha para aclarar su mente y dormir tres días, que era, con seguridad, lo que le iba a durar la resaca.

Pero la imagen de su amiga sentada en el sillón de la sala con los ojos llorosos, lo frenó en seco. Parecía enormemente angustiada.

Lo había estado esperando.

—¿Podemos hablar? – preguntó muy bajito.

El asintió y se acercó a ella sentándose a su lado.

La conocía lo suficiente como para saber que no era nada bueno lo que estaba por escuchar. Y mirándola, podía adivinar que no le gustaría para nada lo que le iba a decir. Genial. Su noche no hacía otra cosa que mejorar.

## Capítulo 14

Se miraron por un minuto en silencio, mientras Flor se secaba las lágrimas de las mejillas y suspiraba.

El presentimiento que tenía, le retorcía el estómago, y ya no sabía si era a causa de la cantidad de tragos que había bebido esa noche o qué, pero en breve se pondría muy enfermo.

—¿Viste a Nadia? – preguntó mirándose las manos.

—Ehm... sí. Un rato, la llevé a su casa.

—¿Venís de su casa? – ¿Por qué no quería responder esa pregunta?

Frunció el ceño y se la quedó mirando. Había algo que no encajaba... algo que estaba muy mal.

—La acerqué con el taxi... – se rascó la nuca nervioso. —No entré a su casa.

Asintió y se levantó.

Sin decir nada más sacó una botella de vino de la heladera y sirvió dos copas. Como si nada, prendió el equipo de música y se volvió a sentar a su lado. Con un gesto le alcanzó su copa, pero él la rechazó porque no podía ni con una gota más de alcohol en su sistema. Ella se encogió de hombros y se las bebió a las dos.

Sonaba una canción lenta de Tove Lo que le gustaba. No recordaba el nombre, pero hacía días que la escuchaba. Se distrajo por un momento en la letra que hablaba de amigos, amantes, extraños... y no se dio cuenta cuando ella fue a sentarse sobre su regazo. Olía a licor, y a CH de Carolina Herrera... su perfume favorito.

Hipnotizado por el olor familiar, y algo borracho de paso, cerró los ojos y se dejó llevar solo un segundo.

Sus manos instintivamente fueron a su cintura, mientras ella besaba su cuello lentamente con la respiración agitada.

Mmm... algo estaba mal.

No podía seguir.

Se frenó y la tomó por las muñecas.

—Esperá, Flor. – dijo con los ojos todavía cerrados.

—Ya no quiero seguir hablando. — le susurró. —No quiero ni pensar. En nada. — sus besos fueron subiendo hasta su mandíbula y de allí a su boca.

Si no la detenía en ese momento, después sería imposible hasta para él parar. Volvió a separarse, con cuidado de no hacer ningún movimiento demasiado brusco que pudiera lastimarla.

—Flor, no. — ella lo miró sorprendida. Bajó la mirada y así, de la nada empezó a llorar.

*Oh, Dios, no.*

—Mierda. — dijo por lo bajo. —¿Qué te pasa, morocha? No llores por favor. — ¿Estaría así porque la había frenado? —Perdoname... pero no puedo.

—No quiero hablar. — se tapó la cara.

—Perdón... — le insistió. —Sos preciosa, sabés que no es que no quiera, o no tenga ganas... o no me guste. — le acarició el cabello. —Pero no puedo... no podemos seguir con esto. Me pasan cosas con alguien más, y...

—Entendí. — dijo de golpe, callándolo y se paró lejos.

—Flor... — alargó la mano para que volviera a sentarse. Al ver que no le hacía caso, se dio cuenta que esto era lo que venía temiendo. Eso era lo que estaba tan mal.

—No querés estar más conmigo, y no te gusto. — no eran preguntas... asentía enojada mientras daba vueltas por la sala. Estaba borracha, se notaba... Esto no iba a terminar bien. —Te cansaste de mí. — se encogió de hombros. —Todos se cansan... — le pareció escuchar, aunque lo dijo muy bajo.

—¿Qué decís, morocha? — no tenía sentido. —Sabes que no es eso... Si me gustas y además de eso, te quiero muchísimo...

—Te gusto... ¿Te gusto? — lo miró inclinando la cabeza. —Porque a mí si me gustas vos, Mir. Mucho.

Se quedó helado. Y así fue como se le pasó la borrachera de golpe, y estuvo más alerta que en toda su vida. No sabía que decir ni que hacer. ¿Qué carajo?

—No Flor... — dijo con un hilo de voz. —Estás diciendo cualquier cosa...

—Me gustas, te gusto... nos queremos, nos conocemos. — enumeró. — Sabemos lo que le gusta al otro y lo que no... estamos tan bien... Mir, es tan fácil con vos. Somos tan parecidos.

—¿Fácil? — la frenó antes de que se pusiera a llorar otra vez. —Morocha,

que sea fácil no quiere decir que sea lo mejor. Es lo más cómodo, porque somos amigos... pero no estamos enamorados.

—Me gustaría estar enamorada de vos, morocho. — contestó y se sentó de nuevo a su lado. —¿Por qué no me puedo enamorar de vos y vos de mí? — se tapó los ojos cansada.

—Porque no podemos elegir. — la abrazó por los hombros acercándola. —Pero te juro que si pudiera, te elegiría a vos.

—Y yo a vos. — lo miró con una sonrisa resignada.

—Pero sabés que no se puede. — ella bajó rápido la mirada. —Tenés que hablar con Nico de una vez. Es por eso que no podés avanzar. Necesitas tener esa charla para dejarlo ir.

—No quiero olvidarme de él. — sollozó. —No quiero volver a enamorarme... no quiero.

Vio que la estaba por interrumpir y se apuró en decir.

—Pero no puedo volver a estar con él... ni tampoco puedo quedarme acá y verlo rehacer su vida. — sabía lo que estaba por decirle. —Me voy a vivir al sur.

—Te estás equivocando... — ella apoyó la mano en sus labios haciéndolo callar.

—Ni me lo digas. No me digas más. No quiero escucharlo. — la abrazó y se quedó callado como ella quería aunque por dentro gritaba. Era un error. El lo sabía.

Estaba huyendo. Iba a ser peor. Era tan testaruda a veces, que daban ganas de gritarle. Pero después se enroscaba como un gatito llorando contra su pecho y no podía. Simplemente no podía. La adoraba. Y la conocía.

Sabía que todo ese intento antes por querer besarlo y estar con él, era otra de sus maneras para evitar sus problemas. Otra forma de escaparse.

Necesitaba hablar con Nico y aclarar las cosas. De lo contrario, en unas semanas estaría igual, pero a kilómetros de distancia lejos de él para contenerla.

Estaría con sus amigas modelos. Y por lo poco que las conocía, no le parecía lo más conveniente. Menos en su estado. Bastaba solo con verla esa noche, y la cantidad de alcohol que había tomado. Se pondría en peligro.

Sería un desastre.

No, no la dejaría.



Haría lo posible por mantenerla a su lado.

Se movió con violencia, otra vez parándose, pero esta vez no para separarse de él, si no para correr al baño.

El la siguió y con mucho cuidado le sostuvo el pelo mientras eliminaba de su cuerpo hasta la última gota de lo que había tomado esa noche.

—Si antes no querías estar conmigo, ahora... — dijo haciéndose la graciosa mientras él le ponía una toalla húmeda en la frente.

—Te he visto en situaciones peores, morocha... — se rió. —Y eso no me frenó antes.

—Yo también he visto cosas, no te olvides. — contestó riendo.

—De algunas no me puedo acordar ni aunque quiera.

Se rieron un rato recordando algunas de sus peores anécdotas juntos. Es que los dos sabían casi todo del otro. No había ningún tipo de secreto entre ellos. Había pasado demasiado tiempo, demasiadas cosas y era muy intensa su amistad.

—Te voy a extrañar, amigo. — balbuceó con los ojos cerrados, al borde del sueño recostada sobre su hombro.

—Y yo a vos. — *mucho*, pensó.

Abrió los ojos después del mediodía odiando al mundo. Le explotaba la cabeza y todo le daba vueltas. Jodida resaca. Siempre haciéndolo jurar que nunca más tomaría. Ya estaba grande para estas cosas. Mierda.

Se giró con el cuerpo, tratando de no moverse muy a prisa y palpó el lado derecho de la cama. Estaba vacía.

Muy de a poco, se aventuró a ponerse de pie y pasearse por la casa. Estaba solo. Flor se había ido.

Maldijo apretando las mandíbulas.

Justo cuando estaba buscando su celular para llamarla, encontró una nota.

*“Sos lo que más voy a extrañar de Buenos Aires, morocho. Te quiero más que a mi misma... y eso es mucho jaja. No podía despedirme de vos. No me da el corazón. No hubiera podido...”*

*No intentes frenarme. Necesito esto. Flor”*

Maldijo otra vez, esta vez en voz alta.

Tenía que hacer algo. No podía quedarse de brazos cruzados.

Ignorando como le palpitaba todo del cuello para arriba, se vistió con lo

primero que encontró y salió corriendo a dónde sabía que tendría que haber ido desde el primer momento.

El chico abrió la puerta y se quedó mirándolo extrañado.

Tiempo atrás solían salir todo el tiempo juntos, y nunca faltaba una excusa para pasar el rato o ver partidos de fútbol en la tele. Pero desde que había cortado con su amiga, Nico se había borrado del planeta.

Aunque sabía que se había estado un tiempo en Córdoba, tenía trabajo, así que seguramente ya estaba de regreso. Y así fue.

—¿Es Flor? ¿Está bien? – preguntó asustado dos segundos después de que él entrara en el departamento.

—Está bien, pero vengo a hablar de ella. – lo miró serio. Todavía no sabía bien si golpearlo por el daño que le había hecho o pedirle que la convenza de quedarse. —Pero antes necesito saber tu versión de los hechos.

—¿Mi versión? – lo miró confundido. —Entonces ella todavía cree que yo la engañé... – aseguró rendido.

—Si. – contestó con gesto serio.

—Bueno, no fue así. – le hizo señas para que se sentara en la sala. — Nunca pasó nada con mi compañera...

El se limitó a mirarlo con una ceja levantada.

—Éramos solamente amigos. – Nico suspiró y se tapó la cara. —Pero a ella le pasaban otras cosas... y yo me hice el distraído y le seguí el juego.

Mirco negó enojado.

—¿Cómo le pudiste hacer eso a Flor? – se paró de repente, viendo todo rojo.

—No hice nada. Nunca pensé hacer nada... todo se quedó en un par de mensajes, un histérico... nada más. – se encogió de hombros. —Creo que me hacía sentir bien la atención... a donde íbamos siempre había veinte hombres mirando a Flor... y por primera vez me miraban a mí... que sé yo...

No pudo seguir escuchando estupideces. Casi sin darse cuenta, le pegó un rechazazo que lo dejó sentado de nuevo en el sillón.

Nico se agarró la nariz con un gesto de dolor, pero no le devolvió el golpe ni intentó pelear. Eso hizo que su ira fuera disolviéndose de a poco.

—Me lo merezco. – dijo el otro sinceramente con tanto arrepentimiento en la mirada, que lo hizo sentir un poco culpable por lo que acababa de hacer.

—La lastimaste... mucho. — comentó ahora más tranquilo.

—Ya sé. — sus ojos se pusieron rojos, casi como su nariz que empezaba a hincharse. Por suerte no se la había roto, porque si no, no sabría que decirle a su hermana. —Fui un idiota, y me hago cargo. Pero tenés que creerme, nunca la hubiera engañado. Ni siquiera me dan ganas de estar con nadie que no sea ella. La voy a seguir queriendo siempre...

—No soy yo el que te tiene que creer. — se mordió el labio. —Aunque te ahorra un par de golpes. — le sonrió para alivianar el ambiente. —¿Entonces no estuviste ni estás con esta chica?

Nico negó con la cabeza.

—Desde que conocí a Flor, no puedo ni acercarme a otra. Esto fue una boludez. — hizo un gesto quitándole importancia. —Nunca tendría que haberle respondido los mensajes... y cuando empezó a ponerse pesada la mandé a la mierda.

—Sos muy boludo a veces, pendejo. — le dijo. —Ella piensa que la engañabas. Encima una noche te llamó y esta chica le atendió.

—No. — se rio.

—¿No, qué? — frunció el ceño. —¿De qué te reís?

—No era Rocío. — al ver que no entendía, aclaró. —Rocío se llama mi compañera. No era ella la que atendió, era Vale. Nada más que Flor estaba muy borracha para darse cuenta. — se rió tapándose los ojos. —Fue una noche que no aguantaba más y me fui a la casa de mi hermana y le lloré por horas porque me dolía hasta el cuerpo. Me quedé dormido abrazado a ella como cuando éramos chicos...

—Y ahí llamó Flor... — ahora entendía.

—Nunca me dejó explicarle nada. — comentó cansado. —Pero voy a seguir intentándolo... no me importa nada.

—Te vas a tener que apurar. — dijo pensativo.

—¿Por? — preguntó Nico.

—Porque se está por ir a vivir al sur.

—¿Qué?

Lo que siguió fue media hora de gritos desesperados, y el chico caminando de rincón a rincón en ese pequeño departamento que en el pasado había sido de su amiga Valentina.

—Me tenés que ayudar... — le dijo con la mirada perdida mientras

recogía las llaves del auto. —Me va a escuchar... y vamos a volver a estar juntos. — parecía estar teniendo un ataque de nervios. Nunca lo había visto así. Vio que se volvía al mueble que tenía a sus espaldas y sacaba algo de un cajón y lo guardaba en su bolsillo.

—Dejá que yo maneje. — sugirió tomando las llaves.

—Si, mejor. — contestó distraído. —Una cosa antes... vos sos amigo de ella.

El asintió.

—Y estuviste a su lado estos meses... — tensó la mandíbula.

Volvió a asentir.

—No sabes si... — mierda. Tenía un mal presentimiento de hacia donde se dirigía la conversación. —Si ella estuvo con alguien... ¿No?

—Ah... — dijo pasándose la mano por el cabello.

—Yo sabía. — Nico bajó la cabeza. —Contame, por favor... ¿Ya se olvidó de mí? ¿Está de novia o saliendo con él?

—No, no... — no podía verse, pero sabía que tenía los ojos como dos platos y la boca seca. La voz apenas le salía. —No está con nadie... pero probablemente te tendría que contar un par de cosas. — su tono de voz se hacía cada vez más agudo.

—Contame. — Dios, el chico no tenía idea. Quería salir corriendo de ahí.

Tomó aire y se lanzó.

—Flor me contó lo que había pasado entre ustedes, y necesitaba distraerse... — hasta ahí todo era normal y el hermano de su amiga asentía tranquilo. —Y una noche salió y estaba muy borracha. — la mandíbula de Nico se tensó otra vez. —Yo también había salido, había tomado... la fui a buscar. — se tapó la cara con las manos. ¿No podía imaginarse el resto y hacérselo más fácil?

—¿Y ella estaba con alguien? ¿Ahí la viste con alguien? — todavía no entendía.

—No, Nico. — lo miró significativamente. —La llevé a mi casa.

El chico abrió los ojos de golpe.

—Ustedes... — Mirco asintió entrecerrando los ojos, y listo para escaparse por la ventana si era necesario. —¿Fue una noche o...? — él sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Fueron unas semanas... varias. — miraba al muchacho preocupado

porque estaba pálido. Le había sentado horrible.

—Ahora me siento más idiota. – retrocedió lentamente y se volvió a sentar en el sillón. —¿A qué iría a buscarla? Ya no tiene sentido.

—No... no es así, Nico. – le quiso explicar. —Somos amigos nada más. Ella está enamorada de vos y siempre fue así.

—¿Siempre te llevas tan bien con tus amigas? – preguntó con ironía... y después se rió. —Ah, cierto. Mi hermana.

Apretó los labios en una línea fina. No le convenía reírse.

—Es distinto. Muy distinto. – se apuró en explicarle. —Con Flor fue más por hacernos compañía, que por otra cosa,...te juro que...

Pero no lo dejó terminar de hablar. Apenas había hecho una pausa para respirar, que sintió como el puño de Nico le sacudía la cabeza hacia un costado. Ok. Se lo esperaba.

—Creo que ya me siento mejor para manejar. – le arrebató las llaves de las manos y le hizo señas para que lo siguiera.

No iban a decirse nada más.

Ya con ese intercambio, habían quedado a mano.

Era raro, pero ahora los dos estaban más relajados.

Ahora lo más importante era frenar a Flor.

Camino al aeropuerto, llamó a Vale. Cuantos más fueran para hacerla entrar en razón, más fácil sería. Si él y Nico no podían, seguramente tendría que escuchar a su mejor amiga.

## Capítulo 15

—Deberían haberme llamado ayer. — les dijo enojada apenas los vio. — No entiendo por qué no me dijeron antes que se iba. — frunció el ceño y los miró. —¿Qué les pasó en la cara a ustedes dos?

Seguramente tenían alguna marca de las trompadas que acababan de darse, pero no pareció interesarles en absoluto.

—Es largo de explicar, rubia. — contestó tratando de tranquilizarla. — Ahora ya estamos acá... y tenemos que hablar con ella.

—¿Y vos? — miró a su hermano. —¿Recién ahora se te ocurre explicarle como son las cosas?

—Vale, sabés que quise hablar con ella mil veces.

—Sos un idiota. — lo hizo callar. —Y si ella se va por tu culpa, te juro que estás de vuelta en Córdoba en cinco minutos... de la patada en el culo que te voy a dar.

Nico puso los ojos en blanco, y la ignoró caminando de un lado al otro buscando entre la gente.

Flor se bajó de un taxi cargada con una valija y dos bolsos, para sorpresa de todos, acompañada.

Uno de los modelos con los que había tenido una historia varios años atrás. El chico no tenía valijas, así que probablemente solo estuviera ahí para ayudarla... pero de todas maneras, su presencia no fue bien recibida.

El hermano de su amiga se puso rojo y empezó a maldecir por lo bajo. Aunque aun así, se adelantó a los demás y fue a su encuentro.

La cara de su amiga apenas lo vio, era un poema.

—¿Qué hacés acá? — preguntó molesta.

—Flor, me tenés que escuchar, por favor. — le rogó. —Te pido dos minutos.

—Ni dos segundos, Nicolás. — contestó ella echando chispas por los ojos. Después se dirigió a su amigo llena de reproche. —No puedo creer que les hayas dicho.

—No me dejaste otra, morocha. — se encogió de hombros, para nada arrepentido.

—Flor. — insistió Nico. —No puedo dejar que te vayas así. Si me das un

segundo... te juro que es un segundo.

Miró desconcertada a los que la rodeaban, aparentemente considerándolo.

Vale aprovechó su indecisión y se acercó a ella.

—Amiga, dame dos segundos a mí. — la sujetó de la mano y se la llevó lejos de los demás para que no escucharan.

El tiempo seguía pasando, y cada vez se acercaba más la hora del vuelo. Se empezaron a poner nerviosos.

El chico se cubrió el rostro con las manos en señal de exasperación.

—La rubia es la persona en la que más confía... — lo tranquilizó.

—Mi hermana está muy enojada por todo lo que pasó. No me queda claro qué es lo que le puede llegar a decir. — se encogió de hombros. — Probablemente le de la razón, y le diga que le conviene irse lejos.

Resopló pegándole en la nuca con toda la palma de la mano, lo que hizo que sonriera apenas.

Las dos seguían ahí, charlando, sentadas cerca de una ventana. Las miró pensativo.

Si su amiga se iba, todo cambiaría totalmente. Bueno, todo había cambiado años atrás. Pero de alguna manera, lo más importante seguía allí. Eran ellos tres.

Sus dos personas favoritas en el mundo.

Sus dos mejores amigas.

Y cuando pensó en el significado de esa palabra, no pudo evitar recordar lo que Nadia le había dicho.

¿Realmente querría ser su amiga? ¿Sólo eso? Pensó que si él no aceptaba, podía ser el final de las charlas en el chat por las noches, las sonrisas a la mañana cuando fuera a buscar a Simón... significaría no poder bailar más con ella, sentirla cerca... ¿Estaba dispuesto a renunciar a todo eso?

La respuesta parecía simple, pero no estaba feliz con la pregunta. No quería conformarse. No sin saber por lo menos cual era la razón. No se creía ni por un minuto que era por su trabajo.

Escondía algo.

Recordó ese maldito beso en el boliche... con David. ¿Y si esa era la

razón? El estómago se le contrajo.

Seguro, le había dicho que ella no quería besarlo... pero había algo extraño en cómo lo decía. No quería ni pensar en esa posibilidad, porque lo enfermaba.

Por suerte, en ese instante, vio como Flor y Vale volvían a acercarse a donde estaban ellos. Los ojos de las dos estaban algo rojos y húmedos. Se les notaba que habían estado llorando, pero también que ahora parecían mucho mejor, más tranquilas.

Después de horas, respiraba con un poco de alivio.

—Tenés dos minutos. — dijo la morocha muy seria mirando a su ex.

—Gracias. — suspiró. El también se veía aliviado, pero ella le frunció el ceño y se cruzó de brazos impaciente. —Te quiero explicar... yo nunca te engañé. Fueron esos mensajes que viste, nada más. Nunca hubiera hecho nada...

Flor puso los ojos en blanco.

—Sé que no me crees. — sacó el celular y le mostró. —Acá está la charla entera, leela.

Ella se adelantó unos pasos y le sacó el teléfono de las manos. Segundos después, leía atenta mientras Nico seguía hablando.

—Flor, nunca estaría con nadie que no fueras vos. Nunca. — tomó aire incómodo. —Sabes que te quiero.

La vio levantar la mirada apenas de la pantalla, disimuladamente.

—Desde que te vi, no existe nadie más. — parecía angustiado, pero totalmente sincero.

Había dolor en su mirada, pero también amor.

*Dios.*

No estaba acostumbrado a este tipo de escenas. Estaba poniéndolos incómodos a todos. Por lo menos a él.

Pobre chico.

Tenía que reconocerle el valor con el que lo hacía. Eso sí.

—Eso no va a cambiar nunca. — le prometió. Ahora Flor lo miraba a los ojos muy callada. —Siempre le huí a las relaciones, toda la vida... pero con vos es distinto. Y no voy a dejarte ir... haría cualquier cosa, lo que me



pidieras para estar a tu lado.

La voz se le quebró al final de la frase.

Y entonces, cuando parecía que su amiga estaba a punto de aflojar y perdonarlo, hizo algo que los dejó a todos con la boca abierta.

Se sacó algo del bolsillo y se arrodilló a los pies de la morocha.

*Mierda, pendejo.* Pensó él.

—Te quiero Flor. — abrió la cajita. Si, había un anillo ahí. —Y aunque dijimos que no éramos de los que se casan, me encantaría casarme con vos.

Toda la gente del aeropuerto frenó lo que hacía para mirarlos. No quería imaginarse como estaban Flor y Nico, porque él, sentía toda la espalda cubierta en sudor. Era el peor momento para hacer una cosa así. ¿En qué estaba pensando el chico? Tendría que agradecer que lo perdonara y le siguiera hablando... pero ¿Pedirle matrimonio? Ahora si que había arruinado todo.

Miró a su amiga Vale y estaba tan impresionada como él. Pálida, de hecho. No sabía nada.

Flor se tapó la boca y lo miró aterrada.

—¿Me estás jodiendo? — le susurró. El chico negó con la cabeza, todavía arrodillado.

El tiempo se había congelado. Nadie decía nada. Parecía que estaban pasando horas, aunque posiblemente hubieran sido solo segundos, pero era una tortura.

Para sorpresa de todos, Flor miró a Nico y empezó a reírse. Poderosas carcajadas que no tardó en contagiárselas a su ex que la miraba desde abajo riendo también.

Todo sucedió muy rápido. Ella, todavía a las risotadas asintió con la cabeza, abrazándose al chico en el piso, y él, en el mismo estado, le puso el anillo en el dedo y la besó.

*Par de locos.*

La gente no entendía nada, y sonreían o aplaudían ante la escena ridícula que estaban presenciando. Había que conocerlos muy bien para saber que ese tipo de cosas, era muy propia de ellos... y que no hubieran podido comprometerse de otra manera.

El momento de tensión iba pasando de a poco y después de bromas,

felicitaciones, lágrimas y muchos abrazos, la feliz pareja se tomó un taxi de vuelta al departamento que antes compartían.

Flor no se iba de Buenos Aires, y por si fuera poco, se casaba.

Con Vale, todavía no daban crédito a lo que había sucedido. Se quedaron para tomar un café y conversar. Hacían mucho que no lo hacían, y les pareció la ocasión perfecta.

—¿Cómo va la recuperación de tu pierna? – le preguntó mientras tomaba de su taza.

—Lenta. – suspiró. —Pero supongo que mejor de lo que esperaban, así que tengo que tener mucha paciencia.

—¿Te duele? – en su gesto había preocupación y angustia.

Sonrió. Nadie le había preguntado eso. ¿Cómo era posible? Algo tan básico, y solo ella pensaba así.

—No, no me duele. – vio que se relajaba visiblemente e intentaba cambiar de tema.

Podían pasar los años, pero ella seguía siendo la chica e la que se había enamorado tiempo atrás. Y charlar con ella siempre era igual. Como si nada hubiera sucedido.

Ya no sentía que el corazón se le rompía cada vez que la miraba, y ya no estaban ahí los nervios cada vez que le hablaba, ni la esperanza de que algún día se arrepintiera de la decisión que había tomado. Solo había amistad. Amor, del más genuino... pero no romántico.

—¿Y vos? ¿Cómo estás? – quiso saber él.

Ella sonrió y se acomodó el pelo. Esa era una de las razones por las que ya no podía odiar al modelito. Vale era feliz. Y mucho se lo debía solo a él. Bueno, no podía odiarlo *tanto*.

—Bien. – se mordió los labios. —Llena de trabajo, pero estoy muy entusiasmada con un proyecto para una revista... – le contó. Se perdía en los detalles de lo que su amiga le contaba, pero él sonreía. Le encantaba verla así. ¿Qué importaba la razón? Además él no entendía nada del mundo de la moda.

—¿Y no piensas tomarte vacaciones, rubia? – se rió. —Vas a explotar.

—Si, de hecho, estoy así de ocupada porque estoy pensando seriamente en tomarme unos meses de licencia. – lo miró con los ojitos brillantes y una sonrisa enorme. —Con Jamie estábamos pensando en tener otro bebé.

—¿En serio? – se lo esperaba. —Me alegro, rubia... Simón y Ava se van a volver locos.

—No les vamos a decir todavía... – dijo pensativa. —Ya hace dos meses que lo estamos buscando y puede pasar en cualquier momento.

—Acá tenés un niño con mucha experiencia a tu disposición. – se rieron.

—El mejor. – agregó ella.

Un rato después, Vale dijo que se le estaba haciendo tarde y decidieron marcharse. Estaban saliendo de la cafetería cuando un grito los frenó.

—¡Mir! – se dio vuelta al escuchar la voz de su ex, Coty. —Hola Vale. – los saludó.

La relación había terminado unos años atrás, de tan buena manera, que habían podido mantenerse en contacto y cada tanto, se podían juntar a charlar. El la había querido mucho, no podía negarlo, y parte de ese cariño todavía seguía ahí cada vez que la veía.

—Coty. – contestó sonriendo mientras la abrazaba con fuerza. —¿Cómo estás?

—Cansada, pero tengo que viajar si o si. – se rió. —Estoy trabajando para el mismo productor que Flor en el sur, y me estoy yendo ahora. ¿Cómo está la pierna? ¿Mejor? – unos días atrás había recibido su llamada y estaba al tanto de lo ocurrido. —Tenés que cuidarte... – lo regañó. —No como con la lesión del hombro.

El puso los ojos en blanco recordando esa vieja lesión que se había curado mal, porque no había hecho caso a lo que los médicos, y ella, que era en ese entonces su novia, le habían dicho.

—Estoy portándome bien. – le aseguró.

—Ahora no tengo tiempo, porque mi vuelo sale en veinte minutos, pero cuando llegue te llamo, y nos ponemos al día. – él asintió. —¿Viniste a despedirte de Flor?

Frunció el ceño confundido. ¿Cómo sabía?

—Me contó anoche que se iba, y me imaginé que habías venido... – le guiñó un ojo. Mierda. ¿Cuánto sabía ella de lo que había pasado con Flor? Y casi como respondiendo a esa pregunta, le dijo. —Ahora que están saliendo, era obvio.

Podía sentir la mirada de Vale, como si se tratara de dos rayos láser

fulminándolo desde su lado. No le salía ni el aire. Y aunque hubiera querido hacerla callar, era Coty. No había manera una vez que había empezado a hablar.

—Me los encontré en un boliche hace un tiempo, pero no quise interrumpirlos... se los ve bien juntos. – le sonrió. —Me alegro por ustedes, de verdad. Hacen muy linda pareja. No puedo decir que me sorprendió verlos... siempre hubo buena onda...

—Ah... – dijo. —¿Y vos? ¿Cómo está Rodrigo? – preguntó para cambiar de tema. Rodrigo era un modelo conocido, que había hecho algunos trabajos para novelas como actor también.

—Mejor que nunca. – contestó sonriendo y suspirando. —Nos fuimos a vivir juntos. – miró su reloj y se alarmó. —Pero después te cuento más, porque si no llego tarde.

Les dio un beso a los dos y salió corriendo.

Se quedó muy quieto sin decir nada, esperando. Su amiga lo rodeó hasta pararse frente a él con los ojos abiertos llenos de incredulidad y acusación.

Bueno, hasta ahí había llegado su secreto, pensó.

—¿Mirco? – dijo obligándolo a mirarla.

De a poco se volvió a donde estaba su amiga y le sonrió en un intento de hacerse el inocente.

Vale soltó el aire irritada.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ...¿Por qué...– gritaba fuera de si.

El le hizo un gesto para que se tranquilizara y bajara la voz y le contestó.

—Fue algo que no significó nada... – le quitó importancia. —Seguimos siendo amigos.

—Pero no entiendo... – lo miró seria. —¿Cómo pasó?

El levantó las cejas y la miró como diciendo “¿Cómo pensas que pasó?”

—Bueno, me imagino... – dijo ella. —Pero ustedes dos... es tan raro. – arrugó la nariz y él se rió.

—Al principio, si. – se encogió de hombros. —Los dos sabíamos lo que hacíamos, Vale. Nos queremos mucho, ella es hermosa, nos gustamos... pasó. Pero ante todo es mi amiga, y eso nunca va a cambiar.

Ella asintió concentrada en sus palabras. Sabía que recuerdos acababa de traer a su mente. Era como estar hablando de ellos dos. Como estar explicando

lo que había pasado con ellos tiempo atrás.

Solo que en aquel caso, uno de los dos sentía mucho más por el otro, y todo se había complicado.

Memorias de esos días trajeron un inevitable sensación de angustia a su estómago y sonrió triste. Ya no dolía como antes.

Vio que ella reflejaba su gesto, tal vez sintiéndose mal por él. Hacía mucho que no lo hablaban, pero ella solía sentirse muy culpable de que las cosas entre ellos se hubieran dado de esa manera. Y la verdad es que no tenía nada de culpa.

Por más que había sufrido, era así como tenían que suceder las cosas. Ella estaba donde tenía que estar y con quien tenía que estar.

Y él...

Estaba tratando de encontrar su camino.

Pensando en eso, le cambió de tema para animarla.

—Además estoy conociendo a alguien. — ella sonrió emocionada. — Todavía no hay mucho para contar, pero lo único que te puedo decir es que a vos te caería muy bien.

Pensó en Nadia y a pesar de todo, sonrió sin poder evitarlo. Ahora que estaba al lado de su amiga, se hacían más patentes sus errores del pasado.

Siguieron camino a la salida para tomarse un taxi.

—¿Si? — dijo alegre. — Seguro, si a vos te gusta.

El se rió.

De repente se acordó de algo, y quiso saber.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Flor para convencerla? — su amiga sonrió con melancolía antes de contestar.

—Le dije que si se iba sin escuchar a Nico y sin decir lo que quería decir, se iba a estar escapando. — se encogió de hombros. — Y probablemente sería una carga que tendría de por vida. Necesitaba hacer las paces con todo esto. Le hice acordar de lo que pasé por culpa de Riley con Jamie.

El asintió entendiendo.

—Enfrenté lo que tanto me dolía, y lo fui a buscar. Tenía que confiar en lo que sentía... aunque quedarme acá o irme a Córdoba hubiera sido lo más fácil. Si pienso en todo el tiempo que perdí por creerle a otras personas, o por dejarme llevar por mi orgullo... — suspiró. — Tendría que haber hablado con él desde el primer momento, Mir.

El se quedó boquiabierto. Algo de lo que le había dicho, lo descolocó. Vale, ajena a lo que su amigo estaba pensando, siguió hablando.

—Apenas tenga media hora esta semana nos juntamos y me contas. Podemos cenar, o algo.

—Hecho. – contestó él estando de acuerdo aunque algo distraído.

Llegaron a casa de Vale y se despidió de ella con un abrazo y una promesa de verse pronto. El taxi siguió camino a su casa, pero sin saber por qué, pidió que frenara.

No quería ir a su casa aun. Tenía algo que hacer.

Sin pararse a pensarlo, por temor a arrepentirse y dio otra dirección.

No pensaba dejar las cosas como estaban.

## Capítulo 16

**\*\*(Vale)\*\***

Llegó a su casa tarde. Todavía impresionada por el día que había tenido. Era demasiada información para asimilar.

Su hermano pequeño se había comprometido con su mejor amiga, Flor. Quien había tenido... un romance con su mejor amigo. No podía creerlo.

Se desprendió el abrigo y se sacó los tacones apenas cruzó la puerta. Caminó por el pasillo y escuchó que Jamie estaba con Simón mientras lo cambiaba para irse a dormir.

Sonrió. Ava ya estaba en pijama y como sospechaba, estaba mirando los dibujitos. Ella pensaba que ver tele a esa hora perjudicaba su descanso, pero como nena mimada que era, su papá se lo permitía.

Pasó por la habitación de los dos y los llenó de besos.

Aun después de años, le costaba irse de casa sabiendo que tenía que separarse de ellos. Ya no sufría como antes, y la verdad es que en ocasiones significaba un descanso, pero desde que había empezado a trabajar tanto... eran menos las horas que podía permitirse para compartirlos con sus hijos. Y aunque fueran minutos, los valoraba como oro.

Jamie apenas la vio llegar, la recibió con un beso y esa sonrisa que hacía que el pulso se le disparara. Parecía cansado.

Los negocios de la agencia iban cada vez mejor, pero eso también significaba que el trabajo era interminable. Lo sintió tomar aire mientras le acariciaba el cuello con la punta de la nariz.

—Te extrañé, Barbie. — le susurró haciendo vibrar toda su piel.

Sus ojos se cerraron cuando empezó a llenarla de besos y notó que la respiración de su esposo se alteraba.

Si había algo que no cambiaba con el tiempo, o que en todo caso parecía crecer, era la atracción que sentían el uno por el otro.

A lo largo de esos cinco años, habían tenido problemas, peleas y algunas pequeñas crisis. No podía decir que todo había sido perfecto, porque no hubiera sido cierto. Pero habían salido adelante, porque se querían como a nada en el mundo.

Solo dos pequeñas excepciones, llamadas Ava y Simón.

Pero aun así, con todo, los momentos lindos, opacaban todo reduciendo lo otro, a tonteras. Jamie era un padre excelente, y un esposo cariñoso, considerado y como siempre había sido con ella, muy apasionado.

No podían pasar varios días sin tocarse, esa era la verdad.

Cuando él se iba de viaje, ella se sentía miserable, y los reencuentros eran siempre... maravillosos.

Recorrió con su espalda ancha con las manos atrayéndolo más y suspiró.

—Yo también te extrañé, mi amor. — contestó ella casi jadeando.

La miró levantando una ceja y su media sonrisa matadora. Nunca dejaba de sorprenderse de su belleza. Los años parecían estar haciéndolo todavía más guapo. Algunas marcas todavía lo contrataban para campañas publicitarias. Sus labios rellenos, sus ojos azules y su nariz recta y perfecta, la dejaba sin aliento.

—¿Mucho me extrañaste? — preguntó seductor, desprendiéndole el vestido muy lentamente.

Ella le devolvió la sonrisa de manera coqueta, imitando sus acciones empezó a desprender su camisa a toda prisa.

Estaba a punto de besarlo en su lugar favorito, el cuello. Ahí, al lado de su tatuaje en forma de estrella, pero lo que vio la hizo estallar en carcajadas.

Al lado del tatuaje, había rayones de colores, que bordeaban la estrella y empezaban a formarse diferentes figuras.

El, recordando también se rió y levantó la cabeza para verse en el espejo que tenía en frente.

—Simón estaba jugando con los marcadores más temprano. — se rió. — Ava dijo que era un aburrido y me tenía que tatuar de colores como el tío Mateo. — la miró levantando una ceja, incapaz de ocultar la diversión. —Y se ofrecieron a ayudarme.

Sacudió la cabeza muerta de la risa.

—Bueno, te bañas y sale. — dijo mordiéndose los labios. —No fue tan divertido cuando lo hicieron en las paredes blancas de mi estudio.

El cerró los ojos haciendo memoria. Habían tenido que pintar de nuevo varias paredes del departamento.

—A Mirco le rayaron la mesa. — le contó.

—Ayer cuando fui a buscarlos, le habían hecho un lío. — se rió algo culpable. —La verdad es que los tiene que querer mucho para bancárselo. —



dijo mirándola pensativo. —En realidad, te quiere mucho a vos.

—Y a ellos también. — contestó rápidamente. Si. Su amigo amaba a sus hijos y los consentía como si fuera su verdadero tío. Sonrió y algo le vino a la mente. Se separó apenas y sobresaltada le dijo. —¿A que no sabés lo que me enteré hoy?

Lo miró haciéndose la misteriosa, y él entornó los ojos curioso sin decir nada. Ella se cruzó de brazos.

—Ah... tengo que adivinar. — se rascó el mentón en donde hacía unos meses lucía orgullosa una barba tupida y prolijamente cuidada. —Elie está embarazada. — dijo, refiriéndose a una de las modelos de su staff con la que Vale había hecho un par de sesiones últimamente.

—¡No! — contestó frunciendo el ceño.

—¿Segura? — insistió. — Porque parece. Hace un tiempo que está... — hizo señas, pero al ver como cambiaba la expresión en la cara de su mujer, se calló. La ponía enferma que hiciera ese tipo de comentarios sobre el peso de las modelos. Estaba acostumbrado a la moda europea, pero realmente...

—Elie está perfecta. — dijo entre dientes de forma tal que no se atrevió a discutirsele.

—Ok. — siguió pensando. —¿Sonya está embarazada? — preguntó refiriéndose a la sobrina de Gerard, quien antes cuidaba a los niños.

—No. — contestó malhumorada.

El la señaló esperanzado, pero ella se apuró en aclarar.

—No hay ninguna embarazada... — y se cruzó de brazos cansada del juego. Suspiró y le contó sin más rodeos. — Resulta que mientras Flor estaba separada de mi hermano, se había estado viendo con alguien más. — levantó una ceja. — Con Mirco.

Jamie abrió los ojos por unos instantes, aparentemente sorprendido, pero después resopló.

—No creo... — puso los ojos en blanco. —¿Cómo te enteraste? — ella no contestó. — Porque si te contó Simón, ya sabés como son los chicos, que exageran... y... dicen cualquier cosa. — soltó una risa nerviosa. — A mí también me dijo que Flor estaba en la casa de Mirco. Pero es que ellos son muy amigos... y seguro estaba en su cama porque estaba cansada por el viaje y eso...

Ella ahogó un grito y se tapó la boca.

—Vos sabías. — Jamie apretó los labios en una línea. —Vos sabías y no me contaste. — lo señaló. —No me contó Simón... Me contó Coty.

—Bueno, una chismosa como ella... — empezó a decir, pero ella lo hizo callar con una mirada. —Ok. Si, sabía.

Vale negó con la cabeza.

—Esto te va a costar muy caro, Ken. — lo amenazó.

—Apenas me enteré le dije a tu amigo que te contara... — se excusó. — Sabía que te ibas a enojar.

—Ahora no me pongas esa carita, porque no va a funcionar. — le advirtió mordiéndose los labios —Mañana vas vos a buscar a mis viejos del aeropuerto.

Jamie resopló.

—De todas formas iba a tener que ir. — dijo haciendo pucheros y ella se rió asintiendo. —Ok, ok. — se volvió a acercar y la tomó de la cintura. —¿Se te ocurre otra cosa que pueda hacerte pasar el enojo? — le susurró al oído.

Ella cerró los ojos y lo rodeó con los brazos, enredando los dedos en su cabello.

Aunque hubiera querido mostrarse enojada o por lo menos molesta por un rato más, sabía que con los besos y las caricias de su marido, no podría.

Se besaron como si fuera la primera vez que lo hacían, entre jadeos ansiosos, descubriéndose. Adorando el cuerpo del otro, tocándose y disfrutándose.

Después de todos esos años, ese sentimiento que los había atraído sin remedio aquella noche más de seis años atrás, seguía ahí.

\*\*\*\*

Mirco se bajó del taxi decidido, pero a medida que se iba acercando a la puerta de la casa de Nadia, esa confianza empezaba a disminuir.

Respiró hondo.

Bueno, ya estaba ahí de todas formas.

Era de noche, pero aun no tan tarde, así que al ver las luces prendidas, tocó el timbre.

Esperó paciente mientras pasaban los segundos.

Nada. No atendían.

¿Estaría durmiendo?

Se dio vuelta preparado para irse, cuando escuchó un ruido a sus

espaldas. La puerta entreabierta y una pequeña carita se asomaba.

Mierda. Se había equivocado. Miró la numeración y el nombre de la calle.

No, estaba seguro que Nadia había entrado en este sitio una noche atrás cuando se bajó del taxi.

—Hola. – dijo mirando a la niña que lo miraba de arriba abajo. Como respuesta solo obtuvo un pequeño asentimiento de su cabeza. Le hizo gracia, parecía un gesto tan adulto. —Estoy buscando a Nadia. ¿Es tu hermana o sos hermana de Caro? – preguntó haciendo referencia a la chica con la que Nadia vivía.

La niña negó con la cabeza. No pensaba hablarle, claramente.

—Está bien. – sonrió. —Puedo volver en otro momento.

La nena seguía con su vista fija en él, mientras se alejaba.

Casi cuando terminó de bajar los tres escalones hasta la vereda, escuchó por primera vez su voz.

—¡Mamá! – se alarmó. ¿Y si se había fijado mal el número? —Un hombre te busca. – la escuchó decir. ¿Qué?

Se dio vuelta a toda velocidad para ver a una Nadia con los ojos abiertos de par en par, sosteniendo por los hombros a la pequeña que lo miraba frunciendo los labios, con una expresión irritada.

Cuando pudo reaccionar, ella se agachó y le habló a la niña. Claro, los enormes ojos verdes y el cabello rubio de la pequeña. ¿Cómo no se había dado cuenta? Eran idénticas.

—Andá con Caro, Agos. – para su sorpresa, le hizo caso al instante dejándolos solos, sin protestar. Tendría la misma edad que su sobrina Ava, apenas un poco más, calculaba por la estatura. Pero daba la impresión de ser más grande por sus actitudes.

Nadia cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a donde él estaba parado. Estaba tan impactado al principio que no notó como estaba vestida. Ahora que la tenía cerca, y pudo verla, la boca se le secó.

Llevaba una calza ajustada negra y un sweater por encima que dejaba un hombro descubierto, en donde se podía ver el bretel de un corpiño negro de encaje. Se notaba que no esperaba visitas, pero estaba preciosa. Su piel parecía delicada y suave. Se preguntó que se sentiría tocarla...

Sacudió la cabeza al ver que ella estaba con el ceño fruncido. Le había

hablado, y él no la había escuchado por quedarse mirando como un tonto.

—¿Qué? – preguntó tras aclararse la garganta.

—Te preguntaba... qué haces acá. – había sonado brusca.

—Quería verte y hablar con vos. – ella se dio vuelta rápidamente como nerviosa y miró la puerta cerrada de su casa antes de contestarle.

—Ok, vamos a caminar. – además de alterada, parecía desconcertada.

Una cuadra después ninguno había abierto la boca.

Tomando la iniciativa dijo.

—Es muy bonita. – ella lo miró. —¿Agostina se llama?

—Si. – respondió sin dejar de mirarlo. —Te tendría que haber dicho. Perdón.

El negó con la cabeza.

—Apenas nos conocemos, no tenías por qué... – dijo a las apuradas. — Te entiendo. Aunque si, me hubiera gustado que me contaras... y... – era incapaz de terminar las frases. ¿Qué tenía esa chica que siempre tenía este efecto en él? Se volvía un estúpido que no paraba de tartamudear.

—No suelo contarlo a cualquiera. – le aclaró porque se dio cuenta de lo mal que había sonado. —Cuando salgo o conozco a alguien...

El asintió. Tenía amigas que eran mamás solteras y sabía que no era fácil. Y que por lo general se requería de mucha confianza para que sus hijos conocieran a esa persona con la que empezaban a salir. Cuidaban mucho a sus niños, y los mantenían alejados de sus vidas amorosas. A menos que fuera algo que iba en serio.

Ahora entendía más a Nadia. Empezaban a tener sentido todas esas veces en las que se había ido sin dejar rastro. O su negativa a encontrarse cuando él la invitaba. El que no estuviera buscando nada serio, ahora parecía aun más coherente.

Hasta se sintió un poco culpable por aparecerse así, impulsivamente sin avisarle, en su casa. ¿Qué habría pensado la pequeña? La había puesto en una situación difícil, y se arrepentía.

Se maldijo en silencio mientras seguía caminando a su lado.

—Quería contarte. – dijo contrariada. —Me caíste bien, Mirco... y también me gustas. – dijo haciendo alusión a lo que él le había dicho la noche anterior. —Pero ahora entiendes por qué no se pudo...

El la miró entornando los ojos. Sus mejillas se habían sonrojado apenas, y sus pecas resaltaban bajo el verde intenso de esos ojos. Estaba hablando en pasado.

—Hay cosas que no entiendo. – confesó. —“No se pudo”, decís... No vas salir conmigo. Ya lo das por hecho. ¿Eso es lo que me estás diciendo? – su tono de voz subió apenas. —No te interesa que nos conozcamos... No te interesa nada. Aunque te caigo bien y te gusto. – se cruzo de brazos. —¿Por qué?

Finalmente estaban teniendo la charla que había pensado tener más temprano cuando llegó a la puerta de su casa.

—Es ...complicado. – dijo nerviosa. —Tengo una hija, Mirco.

El frunció el ceño.

—¿Y...? – ella hizo gestos con los brazos como si eso lo explicara todo. —Nadia, eso no cambia nada para mí.

Y aturdido, se dio cuenta cuánta verdad había en esas palabras.

Se movió acortando la distancia que los separaba y la tomó por los hombros.

—Me gustas, de verdad. – afirmó en un tono bajo pero firme. Ella tomó aire con violencia y él no pudo evitar fijar la vista en sus labios rosados.

Podía ver como se alteraba su respiración, y sus ojos se cerraban ante su cercanía. ¿Por qué se resistía tanto? Ella también se sentía como él.

Se sintió frustrado y molesto. No estaba acostumbrado a no tener lo que quería. A la chica que le gustaba.

La bronca que había sentido todos esos días terminó de subirle la temperatura y movió sus manos hasta tomarla del rostro, hasta que la besó.

Como nunca se habían besado hasta entonces. Moviendo los labios con fuerza, apoderándose de ella, haciéndola temblar. Enroscándose con necesidad, como si fuera a escaparse de un momento a otro. Así se sentía.

Quería retenerla a su lado. Unidos en un beso que no se terminara nunca.

Notó como ella se sujetaba a su espalda abrazándolo y sonrió. Una sensación de triunfo y profunda felicidad lo inundó. No sabía ni dónde estaba parado.

Ella le estaba devolviendo el beso con la misma pasión, alternando suaves jadeos y delicadas caricias de su lengua. Se sentía como si fuera la primera vez que realmente se besaban.

No, se quedaba corto. Se sentía como si fuera la primera vez que besaba y punto.

Había algo en ese beso que le había abierto los ojos, algo que le decía que todo acababa de cambiar y ya no sería lo mismo. Ya no había vuelta atrás. Ahora si o si tenía que intentarlo. Esperaría. La esperaría.

Se separó apenas y murmuró sobre sus labios.

—No quiero ser solamente tu amigo. — la voz le había salido ronca y llena de deseo. —Puedo tener mucha paciencia y esperarte, pero por favor, la cortemos con eso de “amigos”. — dijo entre dientes.

Ella se rió.

—Así no se besan los amigos. — él sonrió y volvió a buscar su boca para besarla.

—Algunos amigos se besan, pero no así. — estuvo de acuerdo. —Nunca así.

Nadia se abrazó a su cuello acercándolo más para seguir besándolo.

*Nunca así* se repitió para sí mismo.

Su pulso se había disparado y se sentía tan raro. Si bien no hubiera dudado en continuar ese beso y dejarse llevar... ese no era el fin. Como lo había sido con el resto de chicas que había besado en su vida. No quería solo llevarla a la cama. Quería mucho más.

La abrazó de la cintura y apoyó la nariz en la suya mirándola.

Estaba metiéndose en un lío, y seguramente saldría lastimado. Pero ya no había nada que pudiera hacerse.

Ella le sonrió y se le nubló la mente.

Era demasiado tarde.

\*\*\*\*

Momentos después la acompañó de vuelta a la puerta de su casa en donde se despidieron con un beso largo y profundo.

La respiración de Mirco era pesada y ella tampoco podía disimularlo mucho mejor. Lo que sentía era intenso. Tal vez nunca lo había sentido antes, ni siquiera con David.

Quería quedarse así, solamente besándolo.

Pero ver las luces aun encendidas, la trajo de nuevo a la realidad, y se separó de él haciendo un esfuerzo inhumano.

—Tengo que entrar. – le dijo. El asintió sin discutirle y tras sonreírle la tomó por las mejillas y la volvió a besar. Un beso corto, pero brusco, que los hizo jadear.

—Nos vemos en la escuela, señor Nany. – ella se rió.

—Nos vemos. – se mordió los labios para obligarse a ponerle fin a sus besos o no iban a poder separarse nunca más.

Se sonrieron por última vez cuando ella dio vuelta la llave, y entró.

Vio por la ventana, entre las cortinas semi-cerradas, que él se iba con la sonrisa todavía intacta en esos labios tan deliciosos con los que la besaba tan bien...

Suspiró y se tapó la cara con las manos. Estaba metida en un buen lío.

Le estaba haciendo creer a Mirco que Agostina era la razón por la cual no les convenía empezar algo, pero la verdad, es que era por su pasado. *Por Vale*, pensó.

Un frío le recorrió la espalda.

Cuando todo se supiera, explotaría, barriendo a su paso su corazón. Otra vez.

Posiblemente hasta podría quedarse sin trabajo. Y de verdad lo necesitaba.

Se pasó la punta de los dedos por sus labios y cerró los ojos.

¿Qué estaba haciendo?

\*\*\*\*

## Capítulo 17

Pasaron algunos días, y entre ellos se había establecido una nueva rutina.

Se veían en la escuela mientras él retiraba a Simón, y aunque no podían charlar mucho, ni decir nada que pudiera hacer que otros sospecharan algo, las miradas que se dedicaban, eran más que elocuentes.

Volaban chispas cada vez que estaban cerca, no podían evitarlo.

Desde esa noche en la puerta de su casa no se habían vuelto a besar, ni a acercarse demasiado, pero eso que se había encendido, seguía ahí. Latente. Y parecía potenciarse por la distancia que tenían que mantener.

A veces tenía que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no tomarla de los brazos y besarla, hasta calmar eso que sentía cuando la veía y lo atraía como nada. Tenía que recordarse varias veces a donde se encontraban, y que si no eran cuidadosos, ella podía perder su trabajo.

Lo peor de todo, y lo que hacía que le costara diez veces más, era ver en sus ojos la misma necesidad. Se daba cuenta de que a ella también le pasaban cosas, y eso se lo hacía aun más complicado.

Se estaban resistiendo, y esa tensión explotaría, tal vez en el momento menos esperado.

Por la tarde, lograba distenderse por unas horas con sus sobrinos, que lo volvían absolutamente loco. Se podía decir que estaban de a poco logrando una armonía y casi le hacían caso. Casi.

Las conversaciones que tenía con Ava, eran geniales. La niña después de la charla que mantuvieron algunos días atrás, estaba decidida a conseguirle una novia. Había estado preguntando a cuanta mujer conocía, si estaba casada o no, y les había contado a todas que tenía un tío soltero.

Rogó no tener que ir a su escuela por un buen tiempo, porque se imaginaba que la pequeña no tendría problema, por su inocencia, de señalarlo con un dedo y empezar a presentarle las mamás de sus compañeros.

Por suerte, la pequeña tenía algo de criterio aun para su corta edad. Y ella misma, sin la ayuda de él, había descartado a Ruth. No le caía bien. Decía que usaba un perfume horrible y gritaba mucho. El se rió, estando de acuerdo, de las ocurrencias de la niña.

El pequeño Simón se quedaba mirando a su hermana mayor con la boca abierta. Casi siempre trataba de copiarle, usaba sus palabras, e imitaba sus



gestos hasta hacerla enloquecer. No le tenía paciencia al niño, y no entendía que no era con la intención de molestarla, si no que esa actitud, era pura admiración por su hermana. Era su modelo a seguir.

Vale siempre decía que era un peligro, y que se iba a volver tan inquieto y revoltoso como Ava.

A él le parecía graciosísimo. Llenaban su vida de alegría y se notaba demasiado cuando su padre iba a buscarlos, y en menos de un segundo, su departamento se sumía en el silencio, haciendo que ya los extrañara.

Por lo menos, ahora tenía las sesiones de rehabilitación, que lo dejaban algo cansado, y en donde tenía contacto con su kinesiólogo y los otros pacientes. Si no, estaba solo. Sus compañeros de equipo lo visitaban cuando no estaban entrenando, pero la temporada estaba a pleno y casi no tenían tiempo.

De todas formas, el escucharlos hablar de los partidos en los que él no podía participar, lo deprimía. Así que le daba lo mismo no verlos.

Y por las noches, se conectaba a la misma hora todos los días para charlar con Nadia.

Sus conversaciones se habían vuelto la mejor parte de su día y cuando se despedían, se quedaba pensando por horas en ella.

Cada cosa nueva que descubría, más le gustaba. Nadia era sensible y con un corazón enorme. Si bien era muy dulce, también había tenido oportunidad de conocer otras facetas de su carácter y le parecía una chica interesante e impulsiva. Se estaba enganchando rapidísimo, y se moría por estar con ella.

No le había vuelto a insistir con encontrarse, y no pensaba presionarla. Le había prometido paciencia y eso estaba haciendo. Quería que fuera ella la que sugiriera dar el siguiente paso.

Las cosas estaban bien encaminadas. Hacía dos días había empezado a contarle cosas de su hija. Y él sabía que no debía ser fácil y valoraba esa muestra de confianza que estaba dándole. No iba a echarlo a perder por sus ansias de tenerla cerca.

Nunca había estado en una situación parecida, y tenía que ser cuidadoso.

¿Debería sentirse raro de que la chica que le gustaba fuera mamá? Porque no era el caso. Tal vez hasta le gustaba más por eso.

Como todas las noches, la saludó y tras contarse como había sido el día de cada uno, ella le dijo.

**Nadia:** Agos me estuvo preguntando quién era el chico que me había venido a visitar.

El contuvo la respiración. Le preocupaba lo que pensara la pequeña de él. Si le caía mal, no tendría chance con su madre, eso era obvio.

**Mirco:** Y... ¿Qué le dijiste?

**Nadia:** Le dije que era un amigo, con el que había salido a pasear. Se quedó callada mirándome un rato y me preguntó si ibas a volver. Le dije que no sabía.

**Mirco:** Si es por mí, dejame que agarro las llaves del auto y en diez minutos te estoy tocando timbre.

Se rieron.

**Nadia:** No, en casa no.

Ninguno escribía.

**Nadia:** Me entendés, ¿no? Es la casa de Agostina. Es raro.

El se apuró en contestar.

**Mirco:** Si, claro que entiendo. No tenés que justificarte, bonita.

**Nadia:** En casa no... Pero me encantaría volver a salir a pasear con vos, otro día.

Ese era el momento que había estado esperando. Ella estaba dándole la señal para avanzar. Sonriendo, pero tratando de contenerse un poco le contestó.

**Mirco:** Te quiero invitar a cenar. El jueves, ¿podés? – estaba eufórico.

La respuesta se hizo esperar un poco, pero cuando la leyó, casi pega un grito. Casi como si acabara de marcar un gol.

**Nadia:** Si, si puedo.

Faltaban dos días. Dos días que se volverían eternos. Pero se encargaría de pensar hasta en el último detalle para que esa noche fuera perfecta. Quedaron en acordar los detalles después, y en que él pasaría a recogerla, pero no se bajaría del auto.

Querían evitar más preguntas de su hija, para la tranquilidad de Nadia.

Fue raro verse al en la escuela al día siguiente, y al otro también. Los dos sabían que saldrían, y estaban ansiosos por hacerlo, pero debían disimular.

El sonreía como un tonto. Era poco probable que otros no se hubieran

dado cuenta de la energía que se formaba cada vez que ellos se miraban. Ni que decir si tenían que hablarse en público...

—Hoy se portó muy bien, Simón. — dijo sonriendo mientras le alcanzaba la bolsita a su sobrino.

El sonrió mirando fugazmente al niño y clavando los ojos en los de ella hasta que la hizo sonrojarse.

—Ojalá se portara igual en casa. — dijo como para interrumpir ese momento que en cualquier momento atraería miradas suspicaces.

—En casa del tío Mirco, te tenés que portar igual. — susurró al pequeño.

El se mordió el labio para no reírse. Eso del tío Mirco, le había causado algo de gracia. Ella nunca le había dicho así.

—Habla todo el día de vos. — le aclaró ella riendo.

Asintió divertido.

—Espero que cosas buenas... — contestó, levantando apenas la comisura izquierda de su boca.

Se rieron.

Si, estaban coqueteando en medio de la salita del jardín con todos los niños y sus padres ahí presentes.

Simón tiró de su mano con insistencia y eso lo sacó del trance en el que estaba por mirar fijo los hermosos ojos verdes de Nadia.

—Nos vamos. — anunció. Esa misma noche era su cita, y aunque no podía decirlo a los cuatro vientos, no iba a irse de ahí sin hacer aunque sea una pequeña mención para volver a verla sonrojarse. Era tan linda cuando lo hacía. —Nos vemos, seño Nany. — le guiñó un ojo antes de darse vuelta.

Un gesto casi imperceptible, que había sido solo para ella y que nadie más había alcanzado a ver. Y que valió la pena el arriesgarse, porque ella, nerviosa se había vuelto a poner roja y había vuelto a sonreír hasta que se le marcaran los hoyuelos de las mejillas.

Se fue caminando como en una nube. Podría haber abrazado a su sobrino en ese momento. Como agradecimiento, porque gracias a él, tenía la oportunidad de salir esa noche con esa chica tan hermosa. Gracias a que iba a ese jardín, y gracias a Vale también, que no tenía tiempo de buscarlo. Sonrió.

Estuvo listo y en la puerta de su casa como media hora antes, pero no le pareció buena idea quedar como un desesperado, así que se quedó en el auto

haciendo tiempo.

Llamó a su amiga Flor, que le comentó como le estaba yendo con Nico. Esos dos se habían reconciliado y estaban mejor que nunca. Le pidió encarecidamente que no le contara tantos detalles, pero ella se reía y no le hacía caso. Así era la morocha.

Quería casarse rápido, y estaban organizando una fiesta pequeña para los más cercanos, con ayuda de Vale. Si era la mitad de lo que había sido su boda, iba a ser impresionante.

Puso los ojos en blanco cuando su amiga le preguntó si iba a llevar a alguien.

—No sé, morocha. Falta mucho todavía. — contestó haciéndose el distraído porque no le había contado a nadie de lo ocurrido con Nadia. Pero en realidad, ya se imaginaba como sería ir acompañado por ella. Presentarla a sus más queridos. Estaría obviamente preciosa como siempre. Les caería bien a sus dos mejores amigas, no había dudas de eso. Sonrió.

—No falta tanto. — le advirtió. —Si todavía no tenés con quien ir, podés ser el encargado de hacer de niñero para los nenes de Vale... — se burló. — Así ella puede bailar, y estar en la fiesta tranquila.

—Andate a la mierda. — le dijo con una risotada. Escuchó como su amiga le contestaba entre carcajadas. —Me voy, te dejo hablando boludeces sola. — se despidió.

—¿A dónde vas? ¿Salís? — le preguntó. —¿Con una chica? ¿La conozco? ¿Es con esa chica que tanto te gustaba?

Cortó antes de responderle.

Nadia había salido y estaba parada a su lado golpeándole la ventanilla con los nudillos.

Le sonrió sin intentar disimular su emoción y destrabó la puerta para que pudiera subirse del lado del acompañante.

Llevaba dos días asegurándose de que todo sería perfecto. Había hecho reservaciones en uno de los restaurantes más exclusivos de Buenos Aires. No había ido nunca, pero se lo había recomendado Jamie, el esposo de Vale, así que sería elegante y de lo mejor.

De ahí, irían al club que siempre frecuentaba a tomar algo. Quería que Nadia lo pasara bien, quería llegar a conocerla mejor. Había esperado tanto por salir con ella...

Apenas llegaron, se dio cuenta de por qué el modelito estaba encantado con ese lugar.

Todo era dorado, de maderas oscuras y mármol. Sonrió con ironía. Parecía un museo.

Ya había visitado sitios parecidos en su viaje a Italia y los odiaba. Pero se suponía que era de los más prestigiosos y la comida tenía que ser excelente. Así que suspiró y siguió al mesero que los acompañaba a la mesa.

Por lo menos, Nadia parecía impresionada. Miraba para todos lados con los ojos abiertos de par en par sin decir una palabra. Estaba preciosa.

Al salir del auto se había sacado el abrigo, dejando a la vista un vestido color lila que destacaba lo mejor de ella. Sonrió pensando que su amiga Flor hubiera dicho que no era lila, era “lavanda”. Sinceramente no entendía la diferencia. Lo único que sabía es que le calzaba como un guante y no podía dejar de mirar sus curvas.

Se había maquillado apenas. Solo un poco oscureciendo las pestañas y un brillo en los labios. No le hacía falta más.

El cabello, a diferencia de cómo siempre la veía en la guardería, estaba suelto, ondulado de manera casi salvaje y sujeto hacia un costado. Le daban ganas de pasar los dedos para comprobar si era tan suave como parecía.

Ojalá estuvieran cenando solos en su casa, pensó. Su imaginación voló...

El mesero empezó a recitar como un robot los platos especiales de esa noche y todo sonaba rarísimo. La miró. Estaba igual de perdida, y parecía intimidada. Se había sonrojado y se rascaba el cuello nerviosa.

Interrumpiendo al muchacho que no se callaba, le dijo que iban a ver la carta y después lo llamaban.

—No tengo idea que acaba de decir. — dijo haciéndolos reír a los dos. — Pidamos algo que suene a comida.

Ella asintió y se concentró en el menú frunciendo el ceño.

—Nada suena a comida. — dijo después de un rato conteniendo la risa.

Se echó a reír. Tenía razón. ¿A dónde la había traído?

—¿Comes carne? — preguntó viendo que hacían un platillo que él ya había probado en otra ocasión. Estaba casi seguro de que le había gustado, y de todas maneras era lo único que sabría pronunciar y no quedar como un idiota en frente de la chica y el mesero.

Nadia dudó por un segundo, pero después asintió y sonrió. Obviamente contenta de que ya supieran que iban a comer.

Decidido esperó a que el muchacho volviera, y le entregó las cartas, pidiéndole lo que había elegido, y eso sí, el mejor vino que tenían. Con eso al menos, no se equivocaría.

El chico se fue, felicitándolo antes por su elección. El sonrió, y le siguió la corriente.

La charla, como siempre sucedía entre ellos, se dio sola. Le resultaba tan fácil hablar y entrar en confianza con ella. Se reía de sus ocurrencias y la miraba como un tonto cuando sonreía.

Hablaron de sus familias.

Se enteró de que Nadia no se hablaba con sus padres. No se habían tomado bien su embarazo, y cuando ella se mudó a Buenos Aires, dejaron prácticamente de tener contacto.

No tenía hermanos, pero sí amigos que ocupaban ese lugar en su vida.

El venía de una familia numerosa, y eso a ella parecía encantarle. Quería saberlo todo.

Era perfecto.

Al menos hasta que trajeron los platos.

¿Qué era eso?

A simple vista parecía una pequeña florcita de carne muy roja, y puras plantitas adornándola. Oía raro... y no quería ni pensar que eso que decoraba en un costado era caramelo derretido.

Se calzó su mejor sonrisa y no hizo ningún comentario.

Ella le devolvió la sonrisa y cortó la comida para llevársela a la boca. No le quedaba otra, así que imitó sus acciones y se arrepintió.

Tendría que haber hecho caso a sus instintos. Estaba asqueroso. No, no exageraba. Era dulce, o ácido. Todavía no se decidía. Los ojos le lloraban y quería escupirlo disimuladamente. Qué horror. En su vida había probado algo peor.

Tenía que ser fuerte y tragarlo. El podía. Tal vez con el vino...

Levantó la mirada de su plato y vio que Nadia estaba en la misma. Masticaba con una mano en su boca y gesto de disgusto.

Mierda.

Cuando fue capaz de hablar, le susurró.

—Perdón. Esto es un asco. – vio que ella asentía, llenándose la boca de vino, sin duda para quitarse el mal sabor.

—¿Qué es? – preguntó mientras lo analizaba con su tenedor.

—¿La verdad? No sé. – le confesó con gesto de disculpas. —Podemos pedir otra cosa. – sugirió.

—No, está bien. No te hagas problema – le sonrió amable. —No tengo hambre.

El asintió. No la culpaba. No volvería a arriesgarse a pedir otra cosa. Podía sentir como su mal humor iba en aumento. Lo más sencillo hubiera sido invitarla a su casa y cocinarle algo. Diez veces más rico, y más cómodo para ambos.

La situación era horrible.

—¿Siempre venís a comer acá? – quiso saber.

Genial. Y ahora quedaría aun peor.

Se mordió el labio y contestó con todo el bochorno del mundo.

—No. – reconoció. —Es la primera vez que vengo. – ella sonrió. —Y la última.

Se imaginó todo tipo de respuestas y comentarios posibles que cualquier otra chica le hubiera hecho en su lugar, y todas lo mortificaron. Coty se hubiera indignado. Seguramente le hubiera pedido que la lleve a otro lugar o a su casa. Flor se hubiera reído, y se hubiera burlado de él por meses. No le costaba pensar las cargadas y las tomadas de pelo de su amiga.

Pero Nadia, a diferencia de ellas, se rió y le dijo.

—Me alegro. – parecía aliviada.

—Me lo recomendaron. – dijo ahora con más seguridad. —Quería que fuera el lugar perfecto...

Ella lo interrumpió, acercando su mano y tomando la suya.

—Gracias. – le sonrió. —Fue muy lindo de tu parte. – el contacto de su piel ahí donde seguía tocándolo le quemaba. Su pulso se había disparado. Le devolvió la sonrisa como pudo y le dijo.

—Vamos a tomar algo. – quería tenerla más cerca y sobre todo quería salir de este lugar cuanto antes.

Como era de esperarse, el club estaba lleno de gente, pero apenas lo vieron llegar, haciéndoles seña, los dejaron pasar.

Se encaminaron directamente al VIP, en donde recibieron las mismas atenciones que en la entrada. Sonrió. Ahora sí, se sentía más cómodo.

De hecho se sentía como un pez en el agua. Aquí lo conocían y conocía a casi todos. Hasta tenía abierta una cuenta, eso si lo dejaban pagar algo de lo que consumía. Para los dueños, que él se presentara con el resto de su equipo era una excelente publicidad.

Nadia parecía impresionada, y algo inhibida por la presencia de algún que otro famoso.

Para que se sintiera mejor, se acercó más a ella y la tomó por la cintura guiñándole un ojo.

—Si querés podemos ir a otro lado... – sugirió.

Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—No. Acá estamos bien. Se nota que acá te conocen y tenés muchos amigos. – miró a su alrededor. —Amigas, en realidad. – agregó conteniendo la risa.

El se fijó a donde estaba mirando, y efectivamente estaba lleno de chicas. Mierda. Ni siquiera había pensado en eso.

A partir de ese momento, la noche se volvió su peor pesadilla. Fue un desfile de mujeres con las que había estado, saludándolo e insinuándosele descaradamente, mientras él estaba casi abrazado a Nadia.

Gracias a Dios, ella se reía y se lo tomaba con humor.

—¡Mir! – esa voz. Se dio vuelta de golpe para encontrarse de frente con Mica. Una modelo que era muy amiga de su ex novia Coty, y de sus amigas Flor y Vale. —¿Cómo estás, lindo? – lo saludó con dos besos.

Si, además era otra de sus conquistas.

Una noche, después de haber terminado la relación que tenía con su amiga, se encontraron en una fiesta de un productor de moda, y una cosa llevó a la otra...

Nadia miraba la escena apretando los labios.

—Hola, Mica. – respondió como pudo. —Ella es Nadia. – se saludaron algo incómodas.

—Pensé que te iba a encontrar con Flor. – comentó levantando una ceja.



—Me enteré por Coty que estaban saliendo desde hace unos meses. — rió coqueta. —Bien calladito se lo tenían. — la quería matar.

—¿Coty te dijo qué? — negó con la cabeza nervioso. —Flor es mi amiga. Soy amigo de su novio también.

La otra se rió sin creerle.

—Si, claro. — respondió con ironía. —Te dejo, bonito. Me voy con mis amigas. — miró a Nadia de arriba abajo y después lo volvió a mirar. — Llamame cuando quieras y nos ponemos al día.

Se fue por donde vino, moviendo la cadera. El todavía no reaccionaba.

## Capítulo 18

Sintió a su lado que Nadia se reía.

—Wow. – exclamó.

No podía creer su mala suerte.

—Perdón. – se disculpó. —Ella es una amiga... – se quiso explicar, pero lo interrumpió.

—Este lugar no es mejor que el anterior. – lo miró pensativa. —Tengo una idea.

Sonrió y lo tomó de la mano guiándolo a la salida.

—Ahora me toca a mí. – dijo misteriosa.

Sin decirle nada, tomó las llaves de su auto y lo condujo por la ciudad mientras él la miraba perplejo. No podía creer que no se hubiera puesto como loca ante lo que había vivido en el club.

Ya había sido testigo de lo poco que le importaba lo que otros decían o hacían, y aunque Mica había sido de lo más desagradable, no le movía un pelo.

Después de la noche de mierda que estaban teniendo, ella parecía divertida y su sonrisa lo deslumbraba.

Estacionaron en una calle transitada en donde llegaba música de un pequeño bar lleno de gente. La mayoría estaba afuera, aprovechando el buen clima. El ambiente era relajado y sonaba rock nacional. La Renga, para ser más precisos.

Sonrió.

Desde la adolescencia no pisaba un sitio así.

Nadia lo tomó de la mano y fueron directo al interior del bar, hasta las mesas del fondo.

Parecía que la conocían bien, porque iba saludando a todos mientras caminaban y eso le gustó. No se sentía insegura de que la vieran con él. Todo lo contrario.

Se pararon en una de las mesas más grandes, en donde había un par de personas. Sin perder el tiempo lo fue presentando a sus amigos.

—A Caro ya la conoces. – hizo señas a su amiga de pelo corto quien lo

recibió con una sonrisa, encantada. —Y ellos son Máximo y Daniela. — agregó Nadia. —Mis mejores amigos.

El chico lo miraba curioso. Era alto, grandote. Tenía el cabello rubio y los ojos verdes. Le hizo gracia pensar que parecía el hermano mellizo de Nadia.

Y la chica, Daniela, era bajita, de cabello castaño y ojos marrones. A simple vista le había dado la impresión de ser muy tímida y tranquilita. Hasta que abrió la boca.

—Y vos sos el morocho divino que jugaba en Newell's, y ahora se pasó a Huracán. — dijo levantando las cejas. —Que cagada lo de tu pierna... ¿Ya estás mejor? ¿Vas a poder seguir jugando?

Divertido contestó sin perderse como Nadia la fulminaba con la mirada por indiscreta.

—Estoy mejor, gracias. — se rió. —En unos meses espero seguir jugando.

—Se llama Mirco. — dijo Nadia indicándole que se sentara y negando con la cabeza molesta con su amiga.

—Lo tendrían que haber expulsado al pelotudo ese que te hizo semejante plancha. — dijo la otra sin inmutarse. Dio un trago largo a su cerveza terminándosela y se ofreció a ir a la barra. —¿Quieren unas birras?

Todos asintieron y cuando se fue, Nadia se acercó a su oído y le dijo:

—Así como la ves, es maestra de escuela primaria. — miró de nuevo a la barra, en donde la chica petisa se reía y hacía bromas con el camarero.

Se rió y la miró entornando los ojos.

—Ya no me sorprendo de nada, señor Nany. — ella se rió y él no pudo hacer más que quedarse mirándola como un bobo.

La noche había mejorado de repente, y su mal humor se había esfumado por completo. Sus amigos eran geniales. Se estaba divirtiendo de verdad. No pararon de hacer chistes, contarse anécdotas y disfrutar de la música que a diferencia del local en donde habían estado momentos antes, dejaba conversar y escuchar al otro.

Y lo mejor de todo, era ver a una Nadia tan relajada y contenta. Estaba conociéndola y no podía negarlo. Cada vez le gustaba más.

Le llamaba la atención la dinámica de ese grupo tan particular. Le contaron que se habían conocido en la escuela donde la mayoría daba clases. Nadia había tenido que dejar ese trabajo porque le quedaba muy lejos y se

gastaba el sueldo en transporte.

Máximo era profesor de música, y también tocaba en una banda a veces en ese mismo bar. Si cualquiera de sus dos mejores amigas hubieran estado presentes en ese momento, se hubieran cansado de decir lo apuesto que era. Vale probablemente insistiría en hacerle fotos. El chico parecía un modelo. Y aunque no le gustó, se dio cuenta que también miraba a Nadia de manera especial.

Se notaba que le gustaba. Pero disimulaba, y se conformaba solo con su amistad. No podía evitar sentir un poco de compasión. Bien sabía lo horrible que era ocupar ese lugar.

Daniela, era seño de segundo grado y era todo un personaje. Nunca había escuchado a una chica decir tantas malas palabras, ni hablar de fútbol con esa pasión. Estaba impresionado. A pesar de su falta de feminidad, había algo en ella que atraía. Más allá de que era muy bonita, también tenía una personalidad divertida y alegre. Le cayó bien de inmediato.

Y Caro, era como la hermana de Nadia. Se comunicaban sin hablarse, solo con la mirada. Se notaba que su amistad era una de las cosas más importantes que tenía. Vivía con ella y Agostina desde hacía años. Eran una familia.

Le gustaba saber que Nadia tenía a alguien que la cuidara y estuviera ahí para ella. Estaba encaprichada, según ella, con su jefe. Y este no parecía para nada interesado. Cosa que la tenía sufriendo desde hacía un tiempo.

Salía, se divertía, pero nunca iba más allá de eso.

Cuando se fue al baño, Nadia le había contado que el dueño del bar, Pablo, que era el hermano de Daniela, estaba enamorado de Caro desde hacía años, pero nunca había pasado nada entre ellos.

El tenía fama de mujeriego, y eso le molestaba a su amiga, a pesar de que admitía que un poquito le gustaba.

Miró disimuladamente a la barra y se dio cuenta que ese tal Pablo miraba cada tanto a su mesa. Seguramente preguntándose quien era el nuevo, y si estaba con la chica que le gustaba o había ido con alguien más.

¿Qué pasaba con los hombres últimamente? Negó con la cabeza frustrado.

Lo único que tenía claro es que él no se conformaría nunca más con la amistad de la chica que le gustaba. Dolía demasiado.

Por lo menos ese dolor, le había dejado infinidad de enseñanzas.

La música iba desde Los Redondos, Divididos, Ataque 77, Intoxicados y algunas canciones viejas de Los Piojos. Nadia, que parecía saberse la letra de todo lo que sonaba, tarareaba bajito y bailaba en el lugar sonriendo. Cada tanto, le hablaba al oído para contarle en los recitales que había estado, y lo hacía reír con sus anécdotas.

—Una vez fui a ver a la Bersuit en Córdoba... – dijo recordando. —Con mi grupo de amigos del colegio. – suspiró. —Hace mucho que no sé de ellos.

El asintió.

—Yo no me hablo más con ninguno. – se rió. —Es que me mudé tantas veces para jugar al fútbol... que es imposible. – se encogió de hombros. —Además uno se va distanciando con el tiempo.

—Si... – contestó pensativa. —El tiempo y la distancia...

Se mordió el labio y aunque ese gesto le había parecido una de las cosas más *sexys* del mundo, también lo hizo sentir curiosidad. ¿Qué estaría pensando? ¿De qué se habría acordado? ¿Estaría pensando en el papá de Agustina?

Y de repente, unos celos irracionales lo invadieron. No sabía nada de él, pero algo le decía que era una parte enorme en la vida de Nadia.

Claramente no podía preguntarle aun. Era parte de darle tiempo, y ganarse su confianza. Pero es que ni siquiera estaba seguro de que era algo que iba a querer indagar.

Justo en ese momento Nadia lo miró curiosa, con los ojos algo entornados.

—¿Pasa algo? – quiso saber.

Y fue ahí que se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño y tenía los puños apretados. Compuso su mejor sonrisa y se acercó a su oído para responderle.

—No, bonita. Nada. – ella le sonrió también y sin timidez alguna, le dio un beso en la mejilla. Y ya no podía pensar en nada más. La rodeó con un brazo por la cintura y le devolvió el beso muy suave. Tardándose en ese contacto, mucho más de lo necesario.

Sintió como se sentaba más derecha.

—Tendríamos que irnos ya. – tomó rápido su cartera y lo dejó con la boca abierta. —Mañana tengo que levantarme temprano. – le explicó para suavizar semejante corte.

Asintiendo resignado, sacó dinero de la billetera y se apuró a seguirla por el bar mientras ella caminaba hacia la salida.

¿Qué había hecho?

Incómodo, y sin decir una palabra, la llevó a su casa, repasando en su mente segundo a segundo de esa noche. Él pensó que la estaban pasando genial. El la estaba pasando genial.

Estaba empezando a frustrarse con esta chica rara. En un momento estaba contenta, le sonreía lo besaba, y de repente se ponía tensa y se escapaba. Pensó que habían quedado clarísimas sus intenciones la última vez.

Y una cosa es que se tomaran las cosas con calma, y otra... era que jugaran con él. Se estaba enfureciendo Y tal vez se estaba haciendo problemas en donde no los había.

Se tenía que levantar temprano, era cierto.

Si. Era por eso.

Suspiró y trató de relajarse. No pensaba arruinarse una de las mejores noches que había tenido en muchísimo tiempo.

Llegaron, y se estacionó a unos veinte metros de la puerta de la casa de Nadia porque había un par de autos más adelante. De todas maneras tenía pensado acompañarla.

Cuando se estaba por desprender el cinturón, ella lo frenó.

—La pasé muy bien hoy, Mir. — se acercó otra vez a su rostro, y le dio otro beso en la mejilla. —Mañana hablamos.

Sin poder reaccionar con rapidez, vio como ella se bajaba del lado del acompañante y se alejaba.

¿Qué mierda...?

Se bajó también, dando un portazo y la persiguió casi resoplando por la vereda. La tomó por el brazo, y la obligó a darse vuelta.

Ella se sobresaltó y lo miró conteniendo la respiración.

—¿Mañana hablamos? — dijo casi sin aliento mirándola a los ojos, del todo confundido, buscando la razón de su rechazo.

No le contestó.

Indignado, tiró de su agarre y la hizo chocar contra su pecho.

—¿Qué hice mal? — susurró en su rostro. Su respiración se había agitado,

y Nadia parecía estar igual. —¿Qué estoy haciendo mal con vos? — ya no sabía si se lo estaba diciendo a ella o él mismo.

—Mirco, no... — puso una de sus manos entre ellos para separarse. —Te dije que necesitaba tiempo.

Tomó aire duro por la nariz y cerró los ojos.

—No te entiendo. Siempre te me escapas... — con eso último la miró. Parecía angustiada.

—Yo te avisé. — dijo resignada. —No sé si puedo...

La interrumpió, sabiendo lo que iba a decir.

—No, Nadia. No. — no pensaba volver atrás. —Perdoname. Te dije que te iba a esperar.

La soltó a regañadientes. Aun sabiendo que apenas se alejara un centímetro, ella podía huir como siempre hacía. La impotencia que sentía, no la había sentido nunca.

—Es que de verdad, me confundís. — se rascó la nuca. Sabía que no debía seguir insistiendo por esa noche, pero estaba demasiado molesto.

—Ya sé. — reconoció sin mirarlo. —No quiero darte una idea... y después... — se mordió los labios. —Yo también estoy confundida.

—¿Qué te confunde? — estaba jugando con fuego, pero no le importó. Volvió sobre sus pasos y la tomó en brazos nuevamente. —¿No sabes si te gusto? — la miró directo a los ojos y después a la boca. Su respiración se había agitado. Sonrió más seguro, y volvió a preguntar. —¿No sabes si querés estar conmigo? — esta vez acercó su boca y rozó sus labios mientras hablaba. —¿No sabés si tenés ganas de darme un beso? — la sintió temblar bajo sus manos. Ahora la besó apenas con apenas un toque, haciendo que sus alientos se mezclaran. Ella cerró los ojos y gimió. —¿No sabés si conmigo la pasarías bien? — se tomó su tiempo en recorrerle la espalda con la yema de sus dedos mientras ella se estremecía. —Porque yo creo que si. — le dijo pegando a boca a su oído. —Yo creo que te gustaría... — las manos de Nadia se tensaron en su camisa, pero estrujándole la tela, ya no lo alejaba. —Y creo que... además... — le mordió el lóbulo de la oreja, y la escuchó jadear. —... tenés ganas.

Se quedó quieto por un momento, disfrutando de esa conexión que había sentido desde la primera vez. Contó hasta diez, y haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, la soltó.

Estaba sonrojada y tan afectada como esperaba. Con una media sonrisa la miró a los ojos.

—Vas a tener todo el tiempo que te haga falta, pecas. — murmuró a un centímetro de su rostro. Ella no podía ni responder. Le encantaba dejarla así.

Imitando lo que ella había hecho antes, se acercó a su mejilla y la besó, para después terminar de alejarse.

Se subió al auto y se marchó, absolutamente seguro de que ella se había quedado pensando lo mismo que él.

Sonrió. Había sido una buena noche. Mucho mejor de lo que se imaginaba.

\*\*\*\*

Entró a su casa casi tropezando con sus pies. Sentía las rodillas como si estuvieran hechas de gelatina. El corazón le iba a mil por hora.

Todavía sentía que la piel le ardía, ahí en donde él la había tocado. Eran momentos como ese, en que ella se olvidaba por qué era que tenía que mantener la distancia.

Cerró los ojos y se dejó caer al piso.

Realmente no quería seguir resistiéndose.

Mirco le gustaba. Demasiado. Le hacía sentir todo tipo de cosas, que hacía años no sentía.

Su sonrisa sincera, y esos ojos oscuros le aflojaban todas las articulaciones.

Pero no podía ser. No podía todavía. Si se dejaba llevar, después sería demasiado tarde. Cuando él se enterara de la verdad, ¿Qué pensaría de ella? Un frío helado le recorrió la columna y ahí se quedó.

Le había dicho “pecas”. Así es como sus amigos le decían. Así es como Vale le decía.

No podía seguir así.

Tendría que encontrar el momento para contarle la verdad y que pasara lo que tuviera que pasar.

Su celular sonó, volviéndola a la realidad.

Contuvo el aire. Era de él . Era de Mirco.

*“Te morís de ganas...”*

Se rió nerviosa y se tapó la cara con las manos. No tenía sentido, porque ni él ni nadie la estaba mirando, pero se puso roja como un tomate.

Claro que tenía ganas...



\*\*\*\*

Al otro día, su amiga Vale lo llamó temprano para decirle que empezaría su licencia, y que Sonya ya volvía a trabajar para ellos. Así que ya no tendría que encargarse de los niños.

Mierda.

Estuvo a punto de decirle que iba a ir de todas formas a buscar a Simón, pero entonces hubiera sido muy sospechoso y aun no sabía como debía proceder. Tenía ganas de decirle a su amiga de Nadia, pero ella le había insistido en que no contara nada.

No podía perder su trabajo en un descuido, y él no pensaba agregar una cosa más a la lista de razones que ella se ponía, para mantenerse alejada.

Pero de todas maneras tenía ganas de hablar con la rubia del tema. Por suerte, le había dicho que a la tarde irían a visitarlo.

Así que, con más tiempo libre que de costumbre, hizo compras, salió a caminar y volvió justo a tiempo para cocinar. Resopló. Definitivamente al día le sobraban horas si no estaban sus dos sobrinos. Ya se había acostumbrado a tenerlos en su casa.

Quería escribirle a Nadia. Pero estaría trabajando, así que no podía. Tomó el teléfono y llamó a Flor para ver qué estaba haciendo.

Le contó que había empezado a organizar su boda, y ya estaba harta. Si fuera por Nico, sería una fiesta para los amigos, y después un par de copas en su bar favorito. Era un chico de gustos simples, pero su amiga no. Quería una fiesta con todas las letras. Para ella era importantísimo que lo planearan los mejores, y le nombró una docena de profesionales que aparentemente no podían faltar para el evento. Puso los ojos en blanco. La morocha iba a ser una pesadilla. Vale y Jamie la estaban ayudando, pero con los niños, tampoco tenían mucho tiempo.

Lo más gracioso, es que con cada pelea que tenía la pareja de futuros esposos, amenazaban con cancelarlo todo y separarse. Para después reconciliarse horas después, totalmente arrepentidos y muertos por el otro.

Estaban locos.

No había otra forma de decirlo.

Se enteró de que Ana y Mateo ya habían tenido a su bebé. Una nena. Rosa

le habían puesto. Todos habían pensado lo mismo, pero por supuesto, nadie se los dijo. Rosa era un nombre para señora mayor... no una bebita. Pero al parecer, le venía como anillo al dedo, porque cuando le enviaron fotos de la pequeña, lo entendió todo. Sobre su cabecita preciosa, tenía una capa de cabello anaranjadito como una zanahoria. Era pelirroja.

Les envió felicitaciones y se comprometió para visitarlos en otro momento.

Había charlado con su familia también, pero solo lo suficiente como para no querer volver a llamarlos en un par de semanas. Su madre se preocupaba demasiado, y el hecho de estar viviendo lejos, no ayudaba.

Se habían trasladado a Rosario, porque una de sus primas había tenido un bebé, y no pensaban volver. Según ellos, eran lo más cerca que iban a estar de ser abuelos. No podía culparlos, por más que le molestaran sus reproches.

En rehabilitación le había ido bastante bien. Ya sentía que los músculos le respondían como antes, y de a poco iba adquiriendo confianza. A veces se preguntaba cómo sería el día en el que se reincorporara. Estaba ansioso por volver, pero a la vez, todavía podía escuchar el ruido de su pierna al caer y se estremecía.

El club le había puesto un psicólogo. Se suponía que tenía que ir un par de veces en su recuperación, pero no había tenido ganas y no pensaba tenerlas. Nunca.

Lo que menos quería era seguir dándole vueltas a las cosas.

Quería jugar.

Y a la mierda.

Solo eso. Hablar le hacía mal.

Pero claro, conociendo a su amiga, apenas fueron a visitarlo y pudieron hablar a solas, ese fue el primer tema que quiso abordar.

—¿Y no tenés miedo de que te vuelva a pasar? — abrió los ojos como platos. La pregunta que nadie se atrevería a preguntarle. Sin embargo, ella lo hacía desde la inocencia que la propia preocupación le inspiraba. No tenía ni idea.

—Rubia, si es por el miedo... no podría volver a jugar al fútbol. Nunca más. — ella asintió comprensiva. —Pero, ¿qué voy a hacer si no? No sé hacer otra cosa.

—Te entiendo. Yo no podría dejar mi carrera para siempre. – suspiró. — Aunque si me tomaría un añito sabático.

—Yo no puedo darme ese lujo. – se señaló las piernas. —La vida útil de un jugador es bastante acotada.

—Como los modelos. – se rió. —Jamie está muy ofendido con la marca de ropa interior con la que trabajamos la campaña anterior. Siempre lo llamaban, y esta vez, se decidieron por un chico de 19 años.

Se rieron.

—Tampoco es tan viejo el modelito. – se burló.

—No, pero no es lo mismo 19 que 30. – se siguió riendo su amiga. —Fue un golpe para su ego... todavía no se recupera.

Puso los ojos en blanco.

—Por esas cosas no salgo más con modelos. – comentó muy en serio. La vanidad y la soberbia de algunas, lo sacaban de sus casillas.

—No son todos iguales... – dijo tratando de defender a su marido. — Además Flor...

—Eso fue diferente. – la frenó. —Ella para mí, no es modelo. Es la morocha. – Vale sonrió. —Pero no la metamos en esto, que ahora es prácticamente la esposa de tu hermano.

Ella se rió y comentó como si nada.

—Si no es con modelos... ¿Con quien si saldrías? Me contaste que estabas conociendo a alguien...

Sonrió. Así es como la rubia hacía las preguntas...

—Si, estoy conociendo a una chica muy linda. Muy rara también. – frunció el ceño. —A veces parece que le gusto y que quiere estar conmigo, y al rato, me ignora o desaparece.

—Un poco histérica. – sentenció.

—No. Rara. – se quedó pensativo. —Tiene una hija. – su amiga abrió los ojos más grandes. —De la edad de Ava, capaz un poco más grande.

—Wow.

El asintió.

—Es maestra jardinera, y le encantan los chicos. – todavía no iba a decirle que era la seño de Simón. Estaba más bien, evaluando su reacción. — Es divina... Tiene un grupo de amigos divertidos, y también es de Córdoba. – dijo de repente recordando.

—¿De Córdoba? — preguntó entusiasmada. Con eso se la había ganado.  
—¿Qué edad tiene? Por ahí la conozco. — aplaudió contenta.

—Si, tiene tu edad. — trató de hacer memoria de todas las cosas que le había contado. —Era bailarina, y estuvo viajando de Buenos Aires a Córdoba desde la adolescencia... escucha mucho rock nacional.

Vale desvió sus ojos y perdió la mirada en un punto fijo. Pero no le llamó demasiado la atención, y siguió relatando.

—Es rubia... en realidad tiene el pelo dorado, lleno de rulos y unos ojos verdes hermosos. — volvió a sonreír. —Se le marca un hoyuelo acá abajo. — se tocó la mejilla. —Es alta, con las piernas largas, la piel blanquísima y llena de pecas.

Su amiga seguía quieta, sin decir ni una palabra.

—Le gusta bailar, pero lo hace a su manera. — se rió. —Nadia se llama.

—¡Nadia! — gritó ella.

—Eh... si. Nadia. — comentó sin entender.

La rubia se levantó del sillón y volvió a sentarse. Parecía a punto de estallar. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso la conocía?

—Mir, es ella. — escupió las palabras como pudo. —Nadia era mi mejor amiga. — lo miró como si esperara que comprendiera. —David me engañó con ella.

¿David?

Recuerdos de ella besándolo en el boliche, vinieron a su mente y su estómago se contrajo de manera desagradable.

Ella era quien había hecho sufrir a Vale. Una de las razones para que su amiga se escapara de Córdoba... Una de las razones para que dejara atrás su antigua vida, y sus amistades. El mismo la había consolado en un primer momento.

Había odiado tanto a esa chica... sin conocerla.

El mundo se detuvo.

## Capítulo 19

Su amiga se había ido con los chicos hacía horas, pero él todavía seguía sin poder reaccionar del todo. La cabeza le iba a mil por hora.

Si Nadia era la Nadia de Vale, era imposible que no supiera quien era él. Habían salido en todos los medios de prensa juntos, cuando se los había vinculado en ese estúpido romance años antes. Y tiempo después cuando realmente empezaron a salir.

David estaba al tanto de todo. Desde el primer día sabía, y si en ese momento estaba con Nadia... mierda.

Le había mentado. ¿Por qué?

Estaba furioso.

De repente recordó algo. ¡Claro! Pensó. Esa vez en el boliche cuando ella salió corriendo, Jamie estaba cerca. Lo había visto y sabía que existía la posibilidad de que la descubrieran. Maldijo. Era un lío.

Para colmo de males, no había logrado contarle a Vale que ella era la seño de Simón. Ahora más que nunca debía enterarse. Era gravísimo. Pero es que no había podido ni abrir la boca. Estaba cegado por la ira. Ya le diría después.

Se frotó el rostro con las manos.

¿Cómo había sido tan estúpido?

Después de mucho charlar, la rubia le había contado de su ex amiga. Al verlo tan desencajado, había querido suavizar las cosas, planteándole que era posible que la chica no supiera de su relación con ella, y que no lo había estado engañando como a un tonto. Pero es que ni aun así.

Si su amiga tenía razón, se aliviaba apenas, pero seguía siendo una situación de mierda.

Ella seguía siendo Nadia, la que le había roto el corazón a Vale, después de años de amistad. No podía estar con alguien capaz de algo así. Y había estado nada menos que con David.

Pateó la mesa de la sala.

Dios. David era el padre de Agustina.

Quería matar a alguien.

\*\*\*\*

Llegó del jardín agotada como todos los viernes. Su día había sido horrible.

Al levantarse, se dio cuenta de que el baño estaba inundado. Las malditas cañerías, otra vez. Pensó. La casa en donde vivía, era vieja y tenía miles de problemas, todos que le costaban muchísimo dinero. Y no le sobraba.

Maldijo mientras con mucha paciencia cortaba el agua desde la llave y empezaba a secar antes de que Agustina tuviera que levantarse para ir al colegio.

En el jardín, uno de los niños se enfermó y se la pasó vomitando todo en la salita, haciendo que los demás lloraran y gritaran. Pero pobrecito. Después de todo era muy chiquito y no tenía la culpa.

Lo que no hacía, que no sumara una cosa más a su estrés.

Había estado toda la mañana pensando en que iba a ver a Mirco, pero tampoco. Una chica jovencita, se presentó como la niñera de Simón y le informó que de ahora en más ella lo buscaría. El papá del niño había ido a hablar con la directora y todo. Era oficial

No vería más a Mirco en el jardín. Y aunque le costara admitirlo, la entristecía.

Tal y como parecía, los días que empezaban cruzados, seguían así. Todo le salía al revés.

Y justo cuando estaba pensando en eso, el timbre de la puerta sonó.

David.

Puso los ojos en blanco y lo dejó pasar. Sin dudas todavía las cosas podían ir peores.

—Hola, mi amor. – le dijo dándole un beso en la mejilla.

—Hola. – lo alejó con una mano. —No soy tu amor.

El suspiró y se sentó en un sillón de la sala. Sabía a qué venía.

Quería ver a su hija. Dos días antes la había llamado, y habían hablado civilizadamente. Le pidió disculpas por lo del boliche, diciéndole que estaba borracho. Que había sido muy fuerte verla, y que la extrañaba.

Después de mostrarse lo suficientemente arrepentido, le prometió que nunca más iba a hacer una cosa así y que entendía que lo de ellos había terminado. Le dolía, la estaba pasando mal, pero comprendía.

Más allá de todo, quería tener una relación con Agos, y se había

comprometido a no mezclar las cosas.

Y ahora estaba en su casa, en su sillón, hablando con ella de los horarios de la niña.

La vería sólo los fines de semana. Un día. Y un rato.

La pasaría a buscar, y después de decirle a dónde la llevaría, podía irse con ella, y traerla a un horario puntual.

Y todo esto, si Agostina estaba de acuerdo. Porque nunca la obligaría a pasar tiempo con alguien que ahora, después de tanto tiempo, parecía interesarse por ella.

Tenía mucho que demostrar.

Tenía que ganarse la confianza de las dos. Y él lo sabía.

Le hizo una lista de cosas que comía y cosas que no. Otra con teléfonos importantes de contacto. Su celular, el de Caro, el del bar por las dudas, el del jardín en donde trabajaba, el de su pediatra y otro de su servicio de emergencias.

—Ya que estoy acá, quiero verla aunque sea un ratito. — dijo cauteloso.

—Está en danza. — explicó con paciencia. Ya se lo había dicho.

—Cierto, cierto. — asintió. —¿Me puedo quedar a esperarla? La saludo, charlo un segundo y me voy. — casi rogó.

Ella miró el reloj. Todavía faltaban algunos minutos, no podía ser tan grave.

—Ok. — accedió. —Voy a preparar la merienda. ¿Té? — le preguntó recordando lo que él siempre tomaba.

El asintió con una sonrisa. Contento, sin dudas.

Iba a ser difícil.

La visita de un ratito, se extendió a todo lo que quedaba de la tarde, y la noche.

Agostina quería contarle de todas las cosas que hacía a diario, de los pasos de danza que aprendía, lo que le enseñaban en la escuela y todo tipo de cosas que interesaban o le gustaban. Sin dudas se moría por compartirlas con su papá, y eso le derretía el corazón. No podía negarle eso a la pequeña. Ella no sabía nada. No era consciente de lo mala persona que era su queridísimo padre.

Eso, el idiota de su ex, tenía que agradecerse a ella. Nunca le había

habado a su hija mal de él. Nunca, por más enojada o dolida que se encontraba.

Le hacía gracia verlo ahora tan compenetrado en la conversación. Pero como tantas veces, se guardó su bronca y sonrió por el bien de su pequeña. Hasta se había recomendado a contratar a un profesional para arreglar el problema de plomería que tenían, aunque mientras, le había dejado hecho un arreglo provisorio. Ni idea a dónde había aprendido a hacer eso, pero ahora podían abrir la canilla y todo.

Caro, al enterarse de quien estaba, dijo que se iba al bar. No podía ni verlo y sabía que era mutuo. Lo odiaba con toda su fuerza, y le parecía mejor mantenerse lejos de él, para no armar una escena. Ella también quería lo mejor para Agos.

Abstraída entre tanta charla se había quedado mirando su celular sin darse cuenta. Le parecía rarísimo que Mirco no le hubiera mandado ningún mensaje. Había pasado ya la hora en que siempre conversaban, y nada.

Tenía el chat del Facebook conectado al teléfono, y ni siquiera lo había visto conectarse.

David la sacó de ese estado, tocándole la mano para llamarle la atención.

—Amor, me voy. — ella rápidamente volvió a la realidad y sacó su mano del lugar, poniéndose tensa. —Mañana me tengo que levantar temprano.

—Ok. — se levantó. —Te acompaño a la puerta.

La niña se despidió de él entre abrazos y risas. Y cuando quiso darle un abrazo también a ella, lo frenó.

Esperó a que la pequeña se fuera a su cuarto para decirle.

—No me vuelvas a tocar. — le advirtió. —Y cortala con decirme amor. No soy tu amor.

—Perdón. — tenía la cara como para parecer algo avergonzado. —Me sale por costumbre. No te enojas.

Ella asintió haciéndole poco caso así se iba de una vez. Cosa que hizo, sin protestar al menos. Se había portado bien, casi demasiado bien ese día. No podían culparla por desconfiar.

Aprovechó cuando Agos se durmió para entrar a internet. Nada. Ni un mensaje, ni se había conectado, ni señales de vida. Nada desde la noche



anterior. Le parecía cada vez más raro, y más si recordaba la manera en que se habían despedido.

Se armó de valor y tomando aire, marcó su número. Había sido un impulso. ¿Hacía bien en llamarlo? ¿Qué le iba a decir? Y entonces, cuando estaba por arrepentirse y cortar, escuchó que la atendían.

—¿Hola? – era él. Pero se escuchaba mal. Había mucho ruido de fondo. Sin dudas había salido.

—Hola, Mir. – dijo ella. —¿Cómo estás?

—Bien. – le pareció escuchar una vez femenina al otro lado de la línea que hablaba con él. —Me tengo que ir. – dijo antes de colgar.

Se quedó mirando su teléfono por unos momentos sin saber qué había pasado.

No entendía nada.

Hasta el momento siempre se había mostrado tan interesado, y le había dejado claro más de una vez que quería estar con ella... Había dicho que le gustaba. ¿Entonces?

Confundida y algo triste por el llamado, se fue a acostar.

Trató de convencerse de que él no la había escuchado, o que estaba muy ocupado y que seguramente al otro día la llamaría para contarle qué le pasaba. No podía cambiar tanto de un momento a otro.

Suspiró.

Eso era lo que le había dicho sobre ella. Que cambiaba y lo confundía.

¿Sería que finalmente se había dado cuenta de lo complicada que era y no valía la pena tantas molestias? Se sentía una histérica cada vez que estaba con él.

¿Sería por Agos?

No era fácil salir con una mamá soltera. ¿Qué hombre como Mirco, atractivo, exitoso, deseado por montones de mujeres, iba a querer estar o iniciar una relación con alguien como ella? Que encima tenía una hija.

Porque él le había dicho que no le importaba. Que no cambiaba el hecho de que le gustara, pero del dicho al hecho...

Se quedó mirando al techo hasta que por fin, en medio de la madrugada, se durmió.

\*\*\*\*

No sabía ni por qué la había atendido. Había sido un acto reflejo. Nunca lo había llamado. Tal vez se estaría preguntado porque no se había conectado, o por qué no había tenido noticias suyas en todo el día.

Le molestaba y sabía que era un estúpido por sentir un poquito de culpa. Todavía tenía el pulso acelerado. Había bastado solo con ver el nombre de la chica en la que no podía dejar de pensar en la pantalla de su teléfono, para atenderla.

Sacudió la cabeza. Se tenía que olvidar de ella. No quería seguir enganchándose.

Se tomó lo que quedaba de su trago y se volvió a abrazar a la cintura de quien lo acompañaba.

No había lugar para culpas ni arrepentimientos por esa noche.

\*\*\*\*

El sábado y el domingo habían pasado, y ella seguía sin tener noticias de Mirco. Nada. Se había borrado del planeta. Y ahora que sabía que no lo vería en el jardín, no le quedaba otra que aceptar que había sido bonito mientras había durado.

Encontraría una chica con menos problemas, de su mundo... y tendría hijos. Sus propios hijos con ella. Sintió náuseas.

Nunca tenía puntería para elegir en el amor, pero esta vez se había pasado. Si había alguien menos compatible con ella, ese era él.

Porque además de ser conocido por el jugador exitoso, era un mujeriego y soltero empedernido que siempre estaba con una chica distinta. Y como si eso fuera poco... era el ex de Vale.

Se tapó la cara.

La vida no dejaba de cobrarle por ese error que había cometido tantos años atrás.

\*\*\*\*

Era lunes a la mañana, y ya estaba harto de ella. Se removió en la cama como escapando de sus garras, con ganas de que lo soltara.

¿Cómo había acabado con ella? Ah, sí. Por puro resentimiento.

Ese mismo viernes a la noche, casi sin dudar levantó el teléfono y llamó a quien primero se le vino a la mente.

No era para nada fea, de hecho era preciosa... y lo había estado buscando tanto. Llevado por el enojo que le había causado darse cuenta de quien era la chica de la que se estaba enganando, llamó a Ruth.

A la media hora la tenía en la puerta de su casa, lista para salir, ataviada en un vestido negro ajustado, que dejaba a la vista su más que generoso escote y sus piernas. Se la llevó a un bar alejado, en donde nadie lo pudiera reconocer. Un antro, para más señas.

Hacía mucho que no estaba con una mujer, y se volvió loco.

Tras un par de copas, un poco de tonto, ya la había besado y estaba metiéndole mano por todas partes. Porque vamos a decirlo, ella no mostraba ninguna resistencia. Todo lo contrario, estaba encantada.

Pero fue finalmente, la llamada de Nadia, lo que terminó por convencerlo. Apenas cortó con ella, tomó por la cintura a la bella mujer y se la llevó de vuelta a su departamento.

No habían salido de la cama en todo el fin de semana. Nunca había estado con alguien así. Se notaba que tenía experiencia, y era sin lugar a dudas, y por muy lejos, el mejor sexo que había tenido.

Se había sacado las ganas con todas las letras.

Pero claro, el lunes había llegado y necesitaba que se fuera de una vez.

No los unía nada más que eso que había pasado entre ellos, y aunque lo había pasado genial, no se moría por repetir.

A la mujer le gustaba hablar.

Mucho.

Era un maldito dolor de huevos.

El sonreía y asentía, pero para el domingo a la tarde, tenía ganas de estrangularla. Lo hubiera hecho. Pero claro... entonces la había hecho callar de manera ...efectiva, y se le olvidaba todo.

Cuando la llamó el viernes, no pretendía que fuera a quedarse tanto, pero ella le había dicho que tenían que aprovechar que su hija se quedaba con el padre de la nena...

Ese era otro tema.

Ella le había dicho que estaba separada. Bueno, no era tan así.

Su matrimonio estaban en crisis, y se estaban tomando un tiempo. Pero hasta donde sabía, estaba todavía muy casada. Mierda. No podía creerlo.

Se tapó la cara.

Estaba volviendo a sus viejas costumbres, y aunque al principio dudó por sentirse culpable de usarla, después de charlar un rato, se pudo quedar tranquilo de que no era así.

En todo caso, los dos obtenían algo de esto.

Era una pesadilla, pero no se andaba con sentimentalismos, ni expectativas de ningún tipo. Buscaba un chico joven para divertirse un par de horas, y eso a él, le venía perfecto.

Y ahora la tenía ahí, con él, en la cama enroscada a su cuerpo desnudo y aunque cualquier hombre se hubiera sentido afortunado y satisfecho, Mirco se sentía vacío.

Completamente asqueado de su comportamiento.

Avergonzado.

Y lo peor de todo, que no quería admitir... extrañando a Nadia.

Claramente no había calculado las consecuencias de involucrarse con Ruth. Se había mandado una cagada. Y todo por dejarse llevar por el enojo.

El enojo... y algunas partes de su cuerpo.

Maldijo.

\*\*\*\*

El resto de la semana se pasó volando. Se había repartido entre el trabajo, Agostina, y los plomeros que había contratado su ex. Tenía la casa en ruinas. Habían tenido que levantar el suelo de el baño y parte del pasillo. Cada vez que veía la mugre que estaban haciendo, tenía ganas de llorar.

Caro, se había tenido que tragar sus palabras mezquinas, porque la verdad es que David había ayudado bastante en esos días.

Se había hecho cargo de todos los arreglos por cuenta de su bolsillo, y se había quedado cerca pendiente de si necesitaban algo. Incluso había insistido en buscar a Agos de la escuela o llevarla a danza, pero ella, agradeciéndole, finalmente lo rechazó. No quería incluirlo en la rutina de la niña.

Tenía un historial en escaparse en el momento menos pensado, y no quería mal acostumbrarla.

Aun con todo ese lío y desorden en su casa y su mente, no podía dejar de pensar en Mirco.

Había resistido la tentación de llamarlo casi todos los días. No quería que le contestara como en la noche del viernes. Eso y que no le hubiera

devuelto la llamada le resultaba demasiado humillante. Y no quería estar arrastrándose. Por mucho que le gustara.

Y le gustaba. Mucho.

Ese viernes, ya se había quedado sin opciones y a punto de resignarse a no volver a saber de él, cometió quizá, la peor estupidez que podría habersele ocurrido.

## Capítulo 20

Apenas entró al jardín, y mientras las demás señoras se tomaban un café como era habitual, ella fue a hurtadillas hasta la dirección.

La directora llegaba todos los días cerca de las 9 así que tenía tiempo de sobra. Revolvió las carpetas, hasta encontrar las fichas de salita de dos. Ahí donde estaban las personas autorizadas a buscar a los pequeños. Con el corazón desbocado, anotó los datos de Mirco en su celular, y dejó todo como lo había encontrado.

Esto podía costarle el empleo, lo sabía. Pero ya estaba hecho.

Cerró la puerta a sus espaldas, y como si nada, se fue hasta la cocina con las demás.

Esa tarde estuvo durante horas mirando la dirección que tenía en las manos, sin hacer nada. ¿En qué había pensado? Que solo por saber a donde vivía, iba a ir y tocarle la puerta... ¿Y decirle qué? Era una idiota.

Y de la tristeza, y el desánimo que sentía, también empezó a molestarse. Se había jurado no volver a estar así por un hombre. Y ahí estaba. Aplastada en el sillón, un viernes. Hasta Agos tenía planes. Ese día se quedaba más tiempo a ensayar danza y volvería cansada como para proponerle algún paseo. No podía ser.

Había quedado clarísimo que Mirco ya no quería saber más nada con ella. Si no, no hubiera desaparecido de esa manera.

Ya había dejado pasar muchos días y nada.

Ahora estaba furiosa.

Se había mostrado tan dulce con ella. La había engañado. Se sentía estafada. Odiaba la cobardía, y él no era más que eso.

Un cobarde que no se había atrevido a decirle de frente que ya no quería saber más nada.

Un cagón.

Se levantó con un resoplido, llamó a Celia para que se quedara esa noche en casa y le escribió a su amiga. Se iba a poner el vestido más corto que tenía. Esa noche salían a divertirse.

—Creo que deberías tomar más despacio. — opinó Caro mientras le sacaba el vaso de la mano.

—Nany, mejor vamos a bailar. – dijo Máximo, tomándola de la mano para alejarla de la barra.

Esa noche la habían empezado en el bar, pero tras una previa divertida, decidieron que querían ir a un boliche. Y ahí estaban. Daniela, que se había ofrecido a ser la que manejaba, puso los ojos en blanco al ver el estado de su amiga.

—Lo único que me falta es que del pedo que tenés me vomites el auto. – la señaló. —No me importa lo mucho que te quiero, te dejo en plena ruta. Te voy avisando.

Ella se rió como si fuera graciosísimo y se abrazó más a Máximo, que encantado, bailaba a su lado.

—No tengo ganas de vomitar, Dani. – contestó. —Estoy enojada... quiero olvidarme de todo. Esta semana fue una mierda.

Caro se rió.

—Yo te avisé. Ese pibe tenía pinta de ser como todos. – levantó su vaso en forma de brindis y ella arrebatándoselo , se lo tomó de un trago.

—No importa. – dijo enojada. —Me tendría que haber dicho que ya no quería verme. Idiota.

—Ya fue, Nany. – la animó Máximo. —Olvidate... ahora estás acá con nosotros. – y aprovechó para tomarla de la cintura.

—Y en serio basta de tomar, que te va a hacer mal. – dijo Daniela. —Y Máximo... – lo advirtió con la mirada, ya que había visto perfectamente su intento de avance. —Ojo...

El sacó las manos avergonzado, y sonrió como si no se diera cuenta de nada.

Después de unas horas, ella y su grupo de amigos estaban totalmente borrachos. Entre risas y chistes, habían logrado que los echaran muy educadamente del lugar. En otras circunstancias se hubiera sentido mortificada por eso, pero ahora le daba lo mismo.

Cansada de lo estúpidos que se ponían sus amigos cuando estaban así, Daniela los había subido al auto a la fuerza.

—Shhh. – dijo Nadia llamándoles la atención. —Tengo una idea de a donde podemos ir.

—A tu casa vas a ir, boluda. – dijo Dani.

—Nooo... a casa noo. – dijeron casi a coro.

—Es la última vez que salgo con ustedes. Ok. – suspiró. —¿A dónde quieren ir?

—Te paso la dire... – dijo mirando su celular, tratando de hacer foco en la pantalla brillante con un solo ojo.

Quedaba a unas cuadras, así que no tuvieron problemas en encontrarlo. Un edificio enorme y lujoso con una fuente de agua iluminada en la entrada.

—¿En dónde estamos, Nany? – preguntó su amiga mirando a su alrededor.

—Acá me bajo yo. – contestó decidida. —Acá vive Mirco... le tengo que preguntar unas cositas.

—No te vamos a dejar acá sola. – dijo Caro, que aunque estaba borracha, se daba cuenta de lo que su amiga pretendía.

Todos estuvieron de acuerdo, y cuando Dani estaba a punto de arrancar, ella la frenó.

—Yo me bajo acá. – insistió. —Y después me tomo un taxi.

—¿Estás loca? – dijo su amiga, algo enojada.

—No, Dani. Si no me bajo ahora, y le pregunto... nunca me voy a animar a hacerlo. – miró a la chica con ojos de perrito mojado. —Porfa, espérenme un ratito. ¿Si? Voy y vuelvo.

—No sabés ni siquiera si está acá. – discutió Máximo casi ladrando.

—Si no está, nos vamos. – resolvió.

Daniela, la miró poco convencida, pero asintió. Sabía que su amiga necesitaba esto.

—En media hora te llamo a ese celular, pendeja. – le señaló la entrada y le hizo señas de que se apurara.

Ella sonrió y salió corriendo.

Si tocaba el portero, era poco probable que él la dejara subir. Necesitaba caerle de sorpresa. O al menos así era su plan. Mierda. Estaba más borracha de lo que creía.

Esperó pacientemente detrás de la fuente a que entrara un grupo de jóvenes, que estaban igual o peor que ella, y como si nada, entró haciéndose la distraída. Habían salido de fiesta, y por lo que parecía, pensaban seguirla por horas. Pobres vecinos, pensó.

Tambaleándose, bajó del ascensor, y se despidió de sus nuevos amigos



con abrazos.

Una vez frente a la puerta del departamento, dudó.

Sacudió la cabeza, y aun aturdida por su borrachera, tocó la puerta enérgicamente.

¿Estaría durmiendo? Miró su reloj y se le escapó la risa. No le era posible leer las agujas. Nop. Imposible.

Volvió a tocar.

Esta vez escuchó algo.

Se paró más derecha y esperó mientras sentía los pasos del otro lado de la puerta.

—¿Quién es? – dijo una voz ronca. Ups. Estaba durmiendo.

—Nadia. – contestó ella de lo más tranquilita.

La puerta se abrió despacio, revelando a un Mirco adorablemente dormido, y sorprendido mirándola como si fuera de otro planeta. Y se rió otra vez. Tanto que tuvo que sostenerse del marco para no caerse.

—¿Qué haces... ¿Cómo entraste? – se rascó la cabeza y la miró con atención. Y después le dio un repaso por todo su cuerpo que por poco la prendió fuego. Pero al instante, cambió su gesto a uno más frío. —¿Estás borracha?

—No me cambies de tema. – dijo ella cuando pudo hablar. —Vine a que me digas un par de cosas en la cara. – se señaló el rostro, y luego lo señaló a él casi clavándole el dedo en la mejilla.

El suspiró molesto, y se cruzó de brazos.

—Pasá. – abrió más la puerta para que entrara.

—Gracias. – dijo lo más digna que pudo con la barbilla en alto, abriéndose paso en su departamento en línea recta. Casi. El equilibrio le jugó una mala pasada, y tras doblarse un tobillo, dio unos saltitos tratando de estabilizarse. En vano, porque se topó con la mesita ratona justo en medio de su camino y terminó desparramada en la sala con un estruendo. Por Dios, que torpe. Pensó.

El corrió hasta donde estaba y la ayudó.

—¡Ey! – dijo preocupado ayudándola a sentarse. —¿Estás bien?

Ella asintió y lo miró. Estaba tan lindo con esa cara de recién despertarse... Tenía ganas de llorar. Le dolía la pierna.

—Te cortaste. – miró su pierna y se encontró con sangre. Ahora si

lloraría. —Esperá acá que te curo eso. — ella volvió a asentir. Se sentía una tonta.

En unos minutos, él le había limpiado y curado la herida con mucho cuidado mientras la miraba con el ceño fruncido. Una vez que ya se sintió mejor, levantó la mirada y se encontró con sus ojos oscuros mirándola.

—¿Qué hacés acá, Nadia? — preguntó.

Su pecho se estrujó y las palabras se le agolparon en la garganta. No quería llorar en frente de él. Se tragó las emociones, dispuesta a decirle todo lo que tenía adentro. Mañana se iba a arrepentir de todo, pero que más daba. Ya estaba allí.

—Quería saber... quería que me dijeras. — se puso seria. De repente recordando la bronca que había acumulado esos días, y ahora teniéndolo tan cerca, y siendo tan delicado con ella, se le olvidaba.

—¿Qué querías saber? — preguntó para que siguiera hablando.

—¿Qué pasó que no te gusto más? — él miró el piso y después la volvió a mirar. No le contestó, entonces contraatacó. —¿Qué hice? O te aburríste... O ... ¿Es porque tengo una hija?

Ahora estaba muy enojada. Y las lágrimas ya no se frenaban en sus ojos, si no que caían libres por su rostro.

—Quiero que me lo digas de frente, Mirco. — suspiró. —Me hiciste creer una cosa que no era... me mentiste.

—¿Yo te mentí? — frunció el ceño.

—Me dijiste que no importaba que fuera mamá, o que necesitara tiempo... que me ibas a tener paciencia. ¿Qué pasó? ¿Tan rápido te cansaste de esperarme? — subió la voz.

—No es eso. — dijo tranquilo. Cosa que la irritó aun más. Acá estaba ella, exponiéndose. Abriéndole su corazón, y él se mostraba tan frío. Se indignó.

—¿Entonces? — gritó. — Es porque no soy modelo... ¿Ya estás saliendo con una de las modelitos que tanto te gustan?

Lo vio tensar la mandíbula y respirar profundo. Aunque se notaba que empezaba a perder el control. Entonces presionó un poco más.

—¿Ah? Es eso, ¿no? ¿Con cual de todas? ¿La que vimos esa vez que salimos? — le escupió furiosa.

—No, Nadia. — contestó ahora si exasperado.

Ella le sostenía la mirada furiosa.

—¿Quieres saber por qué? — preguntó mirándola con tanto resentimiento, que se encogió apenas. —¿Quieres que te diga por qué no quiero verte más?

No dijo nada. No podía ni respirar.

—Porque me mentiste. Sé perfectamente quien sos. — el mundo se detuvo. —Sé lo que le hiciste a mi amiga Valentina. Sé lo que le hicieron vos y ese imbécil de tu novio. David.

Ay no. No encontraba su voz para aclararle las cosas. No le salía ni aire por la boca. Ahora entendía por qué no la había vuelto a llamar.

Se había enterado de todo.

Seguramente ahora pensaba que ella era la peor clase de persona en el mundo. No es que esperara que su secreto se pudiera guardar para siempre. Sabía perfectamente que ese día llegaría y se destaparía todo de la peor manera. Ya lo había vivido años atrás. Cuando Valentina se enteró que David la había engañado. Su historia seguía repitiéndose como un ciclo y era hora de cortarlo de una vez por todas.

Se sorprendía un poco de que se había referido a Vale como su amiga... cuando ella pensaba que era su ex novia.

De repente se sentía muy lúcida. Todo el alcohol se había evaporado de su cuerpo.

—¿Qué pretendías conmigo? Eso no entiendo. — dijo encolerizado. —Me estuviste engañando todo este tiempo. Por fin me di cuenta por qué desaparecías siempre... por qué siempre fuiste tan histérica. Te podían descubrir. — negó con la cabeza.

No entendía. Pensaba que ella había estado jugando con él todo ese tiempo. Pensaba que todavía estaba con David.

—No es así, Mirco. — dijo. Su voz apenas un susurro. Las lágrimas le brotaron con rapidez y sollozó. El rostro de él se suavizó apenas y la miró confundido.

Estaba callado. Aprovechó.

—Te quiero contar todo. — se secó las mejillas. —Me gustas de verdad. Eso no tiene nada que ver con... mi pasado. David es mi ex.

Vio duda otra vez en su expresión. Quería escuchar una explicación.

Cuando estaba a punto de hablar, su celular sonó. Su amiga Daniela la estaba llamando.

—Mi amiga me iba a llamar para saber si me habías atendido la puerta o no. — le contó. —Están abajo esperándome en el auto.

Estaba ahí, en su sala, todavía algo borracha, despeinada, hecha un lío y lastimada. Física y sentimentalmente. Se sentía una mierda, y no quería ni pensar en el aspecto patético que estaba ofreciendo.

Levantó apenas la mirada para encontrarse con su rostro lleno de dudas. Después de lo que le pareció una eternidad, asintió y rascándose la barbilla, dijo.

—Decile que te quedas. Que se vayan, y yo más tarde te llevo a tu casa. — ahora parecía más calmado.

Ella asintió y no dudó. Su amiga no se había quedado del todo tranquila cuando la escuchó tan alterada, pero entendió que tenían mucho para hablar. Y después de haberlo conocido en el bar, sabían que no era un loco, y que podían confiar en él.

Colgó y se quedó mirándolo por unos segundos.

—Voy a preparar café así hablamos. — se fue a la cocina, mientras ella trataba de ordenar las ideas en su cabeza. Iba a contarle todo. Ya estaba. No tenía otra opción, y era lo mejor. Todas las cartas sobre la mesa, y que después si quería echarla de su casa a patadas, se iría. Pero por lo menos todo quedaría claro.

El calor de la taza en sus manos, le dio la calma que necesitaba para lograr que la voz saliera de su boca, y después de un leve suspiro, empezó a hablar.

—Conocí a Vale cuando teníamos 6 años. — una punzada de culpa se le clavó en el estómago, pero siguió. —Era como mi hermana... hacíamos todo juntas. No me acuerdo haber pasado ni dos días sin ella... todavía hoy, es la persona que más me conoce en el mundo. — le pareció que él asentía, sin interrumpirla para que continuara. —Cuando empezamos tercer año de la secundaria, ella se puso de novia con David. Como siempre estábamos juntas, él se sumó a nosotras y estábamos siempre los tres juntos. En esa época yo estaba yendo y viniendo desde Córdoba y Buenos Aires, y estaba tan harta de

todo, que mi comportamiento empezó a ser... un poco errático. – se rió recordando. —Era bonita y me gustaba que los chicos me prestaran atención. No hay otra forma de decirlo. Y David... era difícil. Estaba prohibido. Era el novio de mi amiga. – lo miró. Mirco la escuchaba sin hacer ni un solo gesto.

Venía lo peor. Sentía mucha vergüenza, pero todavía más ganas de que Mirco supiera todo, así que siguió.

—Empezó como un juego. Yo lo veía cuando iba a Córdoba y algunas veces incluso estando con Vale. – se mordió el labio. —A él también le gustaba sentirse deseado... y las cosas con ella no estaban muy bien. – se frotó el rostro con las manos. —Para cuando quise darme cuenta, me estaba enamorando de él, y ya no podía hacer nada... Era chica, estúpida, y David me ponía más estúpida. – hizo una pausa. —Una noche, Vale había viajado a Buenos Aires...

—Si, me contó. – comentó muy serio.

Ella tragó saliva con violencia.

—Fue un beso. El me frenó y se fue. Estaba arrepentido y yo me quería morir. – miró el piso. —Por haberle hecho una cosa así a mi hermana del alma, y por el rechazo que había sufrido de la persona que amaba. Me lo callé por vergüenza, y por cobarde. – las lágrimas le pincharon los ojos. —Cuando Vale se enteró, ya era tarde. No nos hablamos más... Al tiempo me enteré que ella lo había buscado a David, lo había perdonado y él ya no la quería. Después se vino a vivir a Buenos Aires, y se encontraron una vez. Lo sé porque él me contó.

El asintió tranquilo.

—Cuando Vale volvió con Jamie, David volvió a Córdoba. A rogarme... Me dijo que me quería y yo caí. – apretó las mandíbulas y no se atrevió a mirar la cara que ponía ante sus palabras. —Al poquito tiempo me enteré de que estaba embarazada. De ahí en más mi relación con él fue un desastre. Fueron siete meses de tortura. Un día estábamos bien, y al otro muy mal. En mi casa, no aceptaban mi situación y tuve que irme. Nos mudamos a un departamento chiquito y nos iba bien... – dijo con la mirada perdida. —Pero cuando peleábamos, se transformaba.

Se le encogió el corazón, y casi como si pudiera volver a sentirlo, su barriga se le retorció de dolor.

—Se empezó a poner violento. – como un acto reflejo, se llevó la mano al vientre. —No podía buscarme un trabajo para irme a vivir sola, porque el

embarazo estaba muy avanzado... y definitivamente, no podía volver a mi casa. Me sentía sola... y no podía hacer nada. – sollozó. —Una noche, volvió a casa algo tomado y ya no me acuerdo por qué, pero empezamos a discutir. Como tantas veces, terminamos en la cama, y al ver que yo no... – las palabras se le quedaban en la garganta. —Que yo no quería, ...forcejamos. Me quiso ahorcar. Yo estaba de siete meses, y tenía mucho miedo por mi bebé. – sacudió la cabeza como si así pudiera sacudirse los recuerdos también. —Me lo pude sacar de encima y escapar por muy poco.

Estaba tan metida en la historia, que no se había dado cuenta de que Mirco se había sentado frente a ella, y la tenía sujeta por las manos mientras ella seguía hablando.

—Tenía una conocida en esa época, Carola... y sin pensarlo fui a su casa a buscarla. Era la única persona con la que podía contar. No tenía ni un centavo. – se rió amargamente. —Ella estaba con otros problemas familiares, y no dudó en ayudarme. Nos tomamos un micro a Buenos Aires con lo puesto. – suspiró. —No sé que hubiera sido de mi y de Agos, sin ella. Es mi familia.

Por fin se animó a mirarlo, y la alivió no ver en sus ojos la bronca que había visto momentos antes. Hasta le pareció ver un poco de compasión.

—Me sentía culpable por todo. Y aunque le escribí un mail a Vale, en una de esas tantas peleas que teníamos con David... nunca tuve el valor de llamarla o ...verla en persona. Sé que fui una mala persona con ella, y que no se lo merecía. Hacerle mal, fue el error de mi vida. – se secó las mejillas. —Y sé que debes pensar que soy un asco de persona. Y también sé que te podría decir que tenía 17 años, que era una pendeja pelotuda... y me había enamorado... pero aun así, me siento una basura. – él todavía no decía nada. —Y me sentiría mucho peor, de no ser porque tuvo que pasar todo esto para que naciera Agos. Que es lo que le da sentido a todo, y lo más importante que tengo en la vida. – se encogió de hombros. —Y de ella no me puedo arrepentir.

Su discurso había terminado, y se sentía agotada. Siempre se sentía así después de remover su pasado. Sabía que él tendría miles de preguntas, así que una vez más, se quedó en silencio mirándolo.

—¿Y qué pasó después? – preguntó. —Con David.

—Se fue por un tiempo del país... después volvió, y otra vez se fue. – se rió. —No se puede contar con él, nunca lo hice. Mis amigos y Agostina son

todo lo que tengo. – se removió incómoda. —Ahora está en Buenos Aires, y dice que tiene ganas de quedarse para ser parte de la vida de su hija... No le creo nada, pero tampoco se la puedo negar. Ella no tiene la culpa de la relación que tienen sus padres. Con el tiempo pudimos salvar un poco las diferencias, y los dos crecimos mucho.

—...Pero es violento. – dijo apretando los dientes.

—Nunca le haría nada a ella. – dijo segura. —Y estoy teniendo todo el cuidado que puedo. – vio que estaba por protestar y le dijo. —Ella se muere por tener un papá... lo quiere.

Resopló algo molesto.

—Y ese beso... – ella lo interrumpió.

—Eso no va a volver a pasar. Me lo prometió. – él asintió y se quedó ahí, callado.

—¿Por qué no me dijiste antes, Nadia? – quiso saber.

—Porque no sabía quien eras... hasta una vez, que después de hablar con tu amigo Diego, te... – se puso roja como un tomate. —Te busqué en Google.

El, que hasta el momento había estado muy serio, se rió apenas y se volvió a rascar la nuca.

—¿Y qué encontraste? – preguntó ahora con un poco de humor.

—Vi en qué equipos habías jugado, de dónde eras... tus novias y amigas con las que te habían sacado fotos. – él levantó apenas las cejas. —Y vi una foto tuya... con Vale. Empecé a leer, de vos, de ella, de Jamie. Está todo en la prensa.

El negó con la cabeza molesto.

—No creas todo lo que lees. – dijo cortante.

—Cuando vi que habías salido con ella, yo... – suspiró. —No quería hacerle lo mismo que le había hecho con David. Aunque ya no seamos amigas. No podía.

—Es complicado... – suspiró. —Pero no hubieras estado haciendo lo mismo esta vez...

Sus palabras en pasado se le clavaron en el corazón.

El ya había tomado una decisión tras escucharla.

Ya era tarde para ellos.





## Capítulo 21

Había sido muy tonta en presentarse así, después de que él la ignorara por días. Y aunque ahora tenía una razón que justificaba sus acciones, no la hacía sentirse mejor.

¿Qué más daba saber por qué la rechazaba? Si lo que realmente le dolía era su rechazo.

Estaba juntando fuerzas para pararse y marcharse, pero él, que todavía sostenía sus manos, la frenó.

—Ya me contaste tu historia... y ahora te mereces escuchar la mía. — ella lo miró desconcertada. ¿No la echaba? No entendía nada.

El tomó aire y comenzó.

—Cuando conocí a Vale, venía de una relación muy fea, con una modelo que me dejó por otro después de casi un año de relación. — se encogió de hombros. —Ella venía de algo parecido y conectamos bastante bien. Nos hicimos amigos. — se rió. —No te voy a mentir, me gustaba mucho. Pero ella estaba en otra... — la miró por un momento. —Me contó de David, de vos... de lo que le había pasado. Sufrió un montón.

Cerró los ojos. Podía imaginarse a su amiga sufriendo, y no le gustaba.

—Después de un tiempo, empezó a recuperarse, conoció a Jamie y yo conocí a mi ex. Coty. — le explicó. —Pero sin darme cuenta, Vale me gustaba cada vez más.

Tomó aire con fuerza. Ahí estaba. Lo que había leído sobre la relación entre ellos. Era verdad después de todo.

—Me enamoré de ella. — confesó.

—Entonces es cierto que salían. — dijo recordando lo que él había dicho al principio.

—No lo fue la primera vez que lo publicaron. Pero si la segunda. — explicó. —Cuando dejó a Jamie, empezamos algo. — alejó la vista pensativo. —Pero seguía enamorada de él, y volvieron a estar juntos. Yo me fui a vivir unos meses a Italia... y lo fui superando de a poco.

—¿Todavía estás... — no quería decir la palabra. Por alguna razón se sentía como una astilla que se le había clavado en el pecho.

—No. Ya no estoy enamorado de Vale. – contestó con algo de pesar. — Pero lo estuve por mucho tiempo.

Ella asintió, sin saber que más hacer.

—Cuando te conocí, estaba en una etapa rara. Estaba saliendo mucho, nada de compromisos, divirtiéndome. – entornó los ojos algo avergonzado. — No sé si me entiendes a lo que me refiero...

—Entiendo. – dijo rápido.

—Estaba cansado y me había dado por vencido. No me interesaba conocer a nadie en serio. – hizo un gesto con la mano, asqueado. —Era todo más de lo mismo. Y entonces... te chocaste conmigo y me tiraste un vaso de Fernet encima.

Se rieron.

—Me pareciste ...hermosa. – sintió que las mejillas se le prendían fuego. —Estuve semanas persiguiéndote. Cada cosa nueva que descubría de vos, me encantaba. Después de años, es la primera vez que tengo ganas de ...empezar algo con alguien. Y resulta que ese alguien, es la chica que le rompió el corazón a Vale. – resopló molesto. —Es injusto.

—A mi me pasa algo parecido. – se rió con ironía. —Después de David, no tuve otras relaciones serias... Me cerré del todo, poniéndola de excusa a Agos, pero la verdad es que no me sentía lista para... salir. Y la primera vez, en casi siete años, que quiero empezar a conocer a alguien... resulta ser otra vez un amor de Vale.

El negó con la cabeza.

—Nunca fui un amor de Vale. – y ahí si, notó un inconfundible pesar en sus palabras. —Ella tuvo, tiene y va a tener un solo amor. Y ese es Jamie.

—Sé cómo se siente eso. – dijo pensando en todas las veces en las que fue consciente de que David nunca iba a dejar de amar a Vale... por más peleas y discusiones. Era su amor.

Se quedaron en silencio por un rato.

—Ya no duele. – comentó él con la mirada perdida.

—Es verdad. – la miró y después de un segundo le sonrió.

—Te estás quedando dormida. – ella sonrió. Tenía razón. Su borrachera estaba llegando a su final, y en cualquier momento se desmayaría.

—Si. – se frotó los ojos, sin recordar que se los había maquillado. Siempre hacía lo mismo. —Debería irme.

El frunció el ceño.

—Si querés... – dudó, mirando para otro lado. —Te podes quedar, es tarde.

No pudo evitar largarse a reír.

—¿En serio me decís? – la miró confundido. —¿Después de todo lo que te conté, querés que me quede?

El lo pensó unos segundos.

—Podríamos empezar de cero... ahora que sabemos como son las cosas. – se encogió de hombros. —El pasado no se puede cambiar.

¿Pero qué significaba eso? ¿La estaba perdonando? ¿Dando otra oportunidad? ¿Quería seguir conociéndola?

Pero como respondiendo a esas dudas, le aclaró.

—Como amigos. – levantó una ceja en un gesto irónico. —Podemos ser amigos.

Tenía algo de gracia.

Antes, se había encargado de dejarle claro que no quería ser su amigo, cuando ella se lo había pedido. Pero ahora, los roles se invertían. ¿Podía ser su amiga?

Sonrió. Si, lo intentaría. Era una buena persona y no hacía más que demostrárselo. Después de todo lo que se había enterado, no la había echado a la calle, por el contrario, la había comprendido y escuchado. Además... el solo verlo ahí, parado frente a ella, con un jogging y una camiseta sin mangas con cara de dormido... tan adorable, le hacía muy difícil el decirle que no. A lo que sea. Simplemente no podía negarse. El pulso se le disparaba y la boca se le secaba.

Evaluó sus opciones. Irse sola en taxi, le daba pavor... y no podía llamar a Dani, aunque se había ofrecido. Ya estaría durmiendo.

—Amigos. – aceptó con un asentimiento. —¿De verdad no te molesta que me quede?

—De verdad. – dijo sonriendo. —Podes quedarte en mi cama y yo acá en la sala.

—No, no hace falta. Yo me quedo acá en el sillón. – le habló casi desesperadamente.

—Este sillón se hace cama y me da lo mismo dormir donde sea. – le señaló el cuarto. —Sos mi amiga, y mi invitada. —insistió en un tono que no

admitía discusiones.

Ella asintió y dio media vuelta, dispuesta a ir a dónde se le indicaba. Pero entonces, se frenó y se acercó a él rápidamente.

—Mir. – lo llamó.

La miró mientras acomodaba el sofá.

—Gracias. – dijo desde el fondo de su corazón.

El le guiñó un ojo, quitándole importancia, y se fueron a dormir. Cada uno por su lado.

Cuando despertó, su primer reflejo fue sobresaltarse. No sabía dónde estaba.

Después de hablar con Mirco, se había ido a dormir.

Muy de a poco, los recuerdos de la noche anterior fueron volviendo a su mente y su corazón, se fue calmando.

Por lo menos hasta que se dio cuenta de que ya no estaba en su habitación. No, no. Estaba en el sillón. Acostada a su lado y abrazándolo con brazos y piernas.

Mierda.

Había algo que él no conocía de ella. *Que vergüenza, por Dios.* Pensó.

Nadia era sonámbula. Y caminar dormida, era algo de lo más común para ella. Pero él no tenía idea. Pensaría que se estaba aprovechando de la situación. Anoche le había dicho que quería que fueran amigos. Se tapó la cara con las manos, a ver si desaparecía.

De verdad, que se la tragara la tierra, ya que estaba.

No tenía por qué enterarse. Podía moverse con cautela y volver a la cama sin que se diera cuenta. Si, eso haría.

Se dio vuelta para verlo por última vez, y se olvidó de lo que estaba haciendo.

Respiraba calmado, y tenía el pelo revuelto. Cosa que en él, era rarísimo. Hizo memoria, pero no. Nunca lo había visto despeinado. Hasta ahora. Sonrió y se acercó más.

Sus pestañas eran tan oscuras como su cabello y esa boca... Estaba tan cerca... No pudo evitar estremecerse al recordar los besos que le había dado alguna vez.

Estiró su mano y le rozó los labios casi imperceptiblemente y suspiró.

Eran tan suaves como los recordaba.

Como si la hubiera sentido, se movió apenas y se rascó donde ella lo había tocado. Seguramente le había hecho cosquillas.

Y como volviendo a la realidad, retomó su escapada tan despacio como le fue posible. Retirando las piernas, y después muy lento, su otro brazo, con el que lo estaba casi abrazando. ¿Cómo mierda había acabado así? Era el colmo.

Giró la cadera y rogó para que no se notara el peso de su cuerpo abandonando el sofá. Pero justo cuando se quedó sobre su lado escuchó como alguien se aclaraba la garganta.

*Ay no.* Se encogió visiblemente y volvió a darse vuelta para enfrentarlo, con una sonrisa de disculpas.

Como se temía, estaba despierto y la miraba. No enojado, ni ofendido, aunque tampoco divertido. Estaba clavándole los ojos, inexpresivo.

Nerviosa, se apuró a aclarar la situación antes de que terminara pensando que era una loca de remate.

—Perdoname. Mil disculpas. Yo no quería... No sabía... — el calor que provenía de su pecho, producto de la vergüenza que sentía, le subía en oleadas por el cuello, hasta las mejillas. La estaba pasando muy mal, ni siquiera podía seguir mirándolo. —Soy sonámbula...

—Shhh. — la hizo callar.

Se miraron por lo que parecía una eternidad, y después, con un movimiento brusco, él la tomó por el rostro y la besó.

Aturdida, y con los ojos todavía abiertos como platos, sintió sus labios, rozando los suyos con urgencia y fue demasiado.

¿Estaría todavía dormido?

Cruzó sus brazos, abrazándolo por la espalda y dejándose ir, cerró por fin los ojos. Entregándose del todo. Era maravilloso. El estremecimiento que había sentido antes, ahora se multiplicaba por mil. Tenía todas las células del cuerpo, pendientes de lo que estaba pasando en sus bocas juntas.

Mirco, era cálido, y aunque el beso iba cada vez ganando más y más violencia, era infinitamente dulce. El era dulce.

Su perfume le inundaba los sentidos, dejándola tonta. No podía ni pensar. Estaba en el cielo.

Gimió acercándose más y él respondió apretándose con un jadeo profundo.

Estaban perdiendo el control y por más que sabía que era conveniente parar, no podía. Quería esto, y lo quería tan malamente que dolía.

Se agarró a su camiseta con las dos manos y estrujó la tela. Nunca se había sentido de esa manera, la desbordaba.

El llevó sus besos hasta su cuello, y en medio de ese abrazo apasionado en el que estaban inmersos, notó que la acariciaba por la espalda, buscando a tientas el cierre de su vestido.

Su cerebro le decía que tenía que frenarlo, su corazón le decía que seguir involucrándose con él, con todo y las consecuencias, la haría sufrir peor de lo que había sufrido con David. Pero sus manos, ya estaban levantándole el bajo de la musculosa por encima de su cabeza.

Y así de rápido, su vestido había desaparecido de la escena también.

\*\*\*\*

No estaba pensando. Se estaba dejando llevar.

Después de la noche, o mejor dicho madrugada que habían pasado. Tras todas las confesiones que se habían hecho, nunca se imaginó que ahora estarían así.

Su piel era suave, y adictiva. Simplemente no podía dejar de besarla.

Los besos empezaban a hacerse más desesperados a medida que su respiración y la de Nadia se iba agitando.

Hubiera frenado. Sabía que esto se contradecía por completo a lo que le había dicho la noche anterior, de ser amigos. Pero no podía.

Y menos, sintiendo como ella, lejos de resistirse, tiraba de la cintura de su pantalón para bajárselo. Gruñó sin poder contenerse y la ayudó con una mano.

No sabía de dónde venía tanto apuro, pero no se detendría a averiguarlo, ya no había manera. Tal vez fuera por temor a que alguno de los dos se arrepintiera.

Lo que estaba claro, es que se había despertado con ella, y ahora que la había tocado, no había vuelta atrás.

No podía creerlo.

Tantas veces la había buscado y perseguido, y ahora estaba ahí, con él.

Entre sus brazos.

\*\*\*\*

A continuación, las cosas sucedieron a toda velocidad. Las manos de Mirco la despojaron de su ropa interior y de un tirón, se bajó la propia también. Le pareció que con el brazo que tenía libre, buscaba algo en la mesita del lado. Pero le costaba concentrarse.

Lo único que podía hacer es ver los músculos de su torso, sus brazos, sus abdominales, tensos con el mismo deseo que ella sentía.

Se colocó encima de ella y respiró entre jadeos mirándola.

—¿Estás segura? – No quería ponerse a dudar. Lo necesitaba. Asintió con la cabeza rápidamente.

—¿Vos? – Tenía que preguntárselo. ¿Y si estaba arrepintiéndose?

El la miró, y lentamente en su boca se dibujó una media sonrisa que la dejó fuera de juego. Imitando lo que ella había hecho, asintió.

Sin perder el contacto visual, tomó el pequeño paquetito, lo abrió entre los dientes y después de colocárselo, entró en ella soltando todo el aire de una vez.

Pegó la frente a la suya en un gesto que le pareció de lo más tierno, muy despacio, como si estuviera saboreando el momento, comenzó a moverse, haciendo que todas sus terminaciones nerviosas explotaran.

Se abrazó a él con fuerza, y lo dejó hacer, totalmente aturdida por todo lo que le hacía sentir. Le costaba mantener los ojos abiertos, era demasiado.

\*\*\*\*

Nunca se hubiera imaginado que iba a sentirse de esa manera. Y eso que ya llevaba un tiempo imaginándose en esa misma situación, y de las maneras más variadas. Pero la realidad, superaba con creces cualquier fantasía que pudiera haber tenido.

El cuerpo de Nadia lo contenía, y lo catapultaba hacia lo más alto. Estaba haciendo todo lo posible para contenerse, pero cada vez se sentía más al límite.

Gruñó, tensándose sin moverse y obligándose a respirar profundamente. Era inútil. Todo en su cuerpo vibraba, y el hecho de que ella no paraba de moverse, entre gemidos, totalmente sumida en el placer, se lo ponía más difícil.

Aceleró sus acometidas, y perdido en los sonidos que Nadia hacía, en

como lo sujetaba cada vez con más fuerza, y en la suavidad de su piel, se dejó ir, apenas escuchando que ella también lo hacía.

Los dos permanecían en silencio, recostados sobre sus espaldas buscando aire.

Con la mente en blanco, y de poco bajando a la tierra, fue consciente de que lo abrazaba de manera cariñosa y se quedaba tendida en su pecho. Le encantó. Ese pequeño detalle, entre tantos otros que lo tenían loco por ella, lo había complacido más que cualquier sesión de sexo con cualquier otra mujer que había conocido.

—Sos hermosa... – le susurró al oído, feliz de estar donde estaba y con quien estaba.

Le acarició la espalda suavemente y sin darse cuenta se quedó dormido.

\*\*\*\*

Abrió los ojos horas después, esta vez sin el susto de antes, al encontrarse acostada en los brazos de Mirco, que la tenían sujeta con fuerza mientras dormía.

Sonrió al recordar lo que habían vivido. No habían hablado, las palabras sobraron. Pasó lo que tenía que pasar. Lo que había estado esperando desde la primera vez que la había besado, si tenía que ser sincera. Había sido perfecto, no le hubiera cambiado ni un solo segundo. Lo había sentido conectado, preso de la misma pasión que a ella la estaba haciendo perder la cabeza. La había adorado.

Su celular sonó de manera estridente, bajándola de la nube rosa en la que se encontraba. Mierda.

Miró rápidamente. Tenía mensajes de Caro. Seguro se había despertado y había notado que ella aun no estaba. ¿Qué le habría dicho a Agos?

Tipeó un mensaje breve en donde le decía que estaba bien y en un rato volvía, y se sentó de golpe para vestirse.

Mirco, al notar sus movimientos bruscos, se despertó con un gruñido y entornando los ojos le preguntó.

—¿Qué pasa? – al ver la urgencia en sus ojos, se alarmó y también se sentó a su lado en la cama.

—No pasa nada, pero... Me tengo que ir. – contestó.



El puso los ojos en blanco y se dejó caer contra los almohadones.

—Me estás cargando... – dijo molesto.

—No te enojés. – pidió agachándose, para darle un beso en la mejilla.

—Siempre te estás escapando, pecas... – comentó con la voz ronca. —

¿Es por tu hija?

Lo pensó. En parte, si.

—Es complicado. – él la miró frunciendo el ceño. Sin dudas cansado de tantas excusas. Así que se sinceró. —Nunca había pasado toda la noche fuera de casa desde que ella nació.

Eso pareció llamar su atención.

—¿Nunca? – levantó las cejas sorprendido.

Negó con la cabeza.

El asintió pensativo, como tratando de comprenderla.

—Entonces... en tu casa... – sugirió con cuidado.

—¡No! – gritó espantada. —Ya te dije que nunca había entrado un hombre a mi casa. Salvo el papá de Agos, y no en esas circunstancias. – mientras terminaba de vestirse, le contó. —*Salí* un par de veces... — hizo énfasis en la palabra “salí” haciéndose entender perfectamente. —Pero nunca me quedaba hasta el otro día.

Sabía que lo había impresionado. Seguramente estaba acostumbrado a otra cosa. Conocía su fama, y las mujeres que frecuentaba tal vez se quedaban a dormir más de una vez, o él lo haría en casa de ellas. La idea la desanimó un poco, pero supo disimularlo.

—Y... – no sabía que decirle. La situación era extraña para él y temió. Temió que al darse cuenta todo lo que conllevaba salir con una persona con las responsabilidades de ella, lo abrumara y ya no le interesara. —¿Te acerco hasta tu casa? – preguntó por decir algo.

—No hace falta. – contestó con una sonrisa. —Es sábado y muy temprano, seguí durmiendo.

—No me molesta. – le sonrió mientras se estiraba. —Podemos ir a desayunar, o algo...

Sus brazos se flexionaban hacia delante, dejando ver lo bien formados que estaban, y lo mucho que le hubiera gustado quedarse la mañana y el resto del día entre ellos... Sujetándola con fuerza en un abrazo. Se le secó la boca y perdió por completo el hilo de la conversación.

Mirco se rió.

—¿Hola? – agitó una mano cerca de su cara para volverla en sí. —¿Te llevo a desayunar y después a tu casa? – insistió sonriendo cuando ella por fin lo miró.

Pestañeó varias veces, reaccionando y asintió.

Después de la mañana que habían tenido, sus ganas, lejos de verse atenuadas, crecían por cada minuto que pasaban cerca.

No sabía que consecuencias iba a tener todo el asunto, pero una cosa estaba clara... se gustaban, y juntos la iban a pasar muy bien.

\*\*\*\*

## Capítulo 22

Desayunaron en un pequeño café cerca de su departamento, mientras hablaban de cualquier cosa mientras que a lo que realmente se dedicaron fue a mirarse.

Se sentía cómodo, y a diferencia de otras veces con otras mujeres, no se sentía para nada vacío. Se sentía feliz. Estaba de excelente humor, y eso para él era bastante raro desde su lesión. Ya ni se acordaba de la pierna. El día parecía de repente prometedor, y tenía ganas de ...no sabía bien de qué. Pero de algo tenía ganas.

La veía hablar con soltura sobre su día a día y no podía evitar sonreír. En el fondo de su mente, sabía perfectamente que iba a ser complicado tener algo con ella después de todo lo que le había contado, pero en ese precisamente ese momento, no podía pensar en ello.

Si le hubieran preguntado, hubiera dicho que Nadia, tenía una personalidad de todos colores. Una suma de gestos, peculiaridades, virtudes y manías que lo tenían todo el día pensando en ella.

Era dulce, amorosa y aunque podía parecer buena y apacible, no lo era del todo. No era perfecta. Y tal vez por eso, le gustaba un poco más.

Le encantó que además, empezaba a compartir con él detalles de su vida como mamá. Le hablaba de Agustina con amor. De sus costumbres, de lo que hacían juntas, y de los planes que tenía para su futuro. Ella era lo más importante que tenía y toda su vida giraba entorno a su bienestar.

Le contó que sus padres tenían mucho dinero, pero que después de la discusión que habían mantenido con ella a raíz de su embarazo, los había excluido por completo y nunca aceptaría un centavo que pudieran ofrecerle. Lo que para ella significó ir de una vida llena de lujos, en la que se había criado, a otra llena de sacrificios y trabajo duro en la que se sentía más feliz.

Mientras cursaba sus estudios para ser maestra de nivel inicial, había tenido toda clase de empleos, de los más variados. Y a él le fascinó ver que no le temía para nada al esfuerzo. El dinero en su vida solo significaba poseer las comodidades que su hija se merecía y su educación. Ella estaba bien como estaba. No le hacía falta nada más.

Hablaba sin rodeos y con entusiasmo que había visto pocas veces. De hecho, solo una vez. Cuando hablaba con su amiga Vale. Tenían algunos puntos

en común, como sus modismos al hablar, y el humor con el que encaraba hasta los temas más serios. Pero además de eso, no tenían otras semejanzas.

Era muy gestual, y las veces que podía dejar de mirar sus impresionantes ojos verdes, se distraía con un pequeño movimiento de cejas, una arruguita en la nariz... ahí en donde empezaban sus pecas, y sus manos expresándolo todo.

No entendía a su amigo Diego. Había estado con ella, y la había dejado ir... ¿Cómo había pasado por alto todas estas cosas? El no quería perderse detalle.

Una hora después, la estaba dejando en la puerta de su casa a regañadientes. Si por él hubiera sido, se quedaban juntos el resto del día. Todavía no había tenido suficiente de ella. No quería volver a separarse. Era inevitable, tenía miedo de tener que buscarla después si desaparecía.

Se despidieron con besos que lo dejaron con gusto a poco, y promesas de hablar más tarde y tal vez volver a verse en lo que quedaba del fin de semana. Sabía que era mucho más de lo que podía esperar, y no la presionaría.

Se fue a su casa, flotando a varios centímetros del piso. No podía creer que después de la charla que había tenido con su amiga Valentina, casi una semana atrás, iba a estar así.

Vale.

Maldijo.

Tenía que decirle quien era la maestra de su hijo. No se podía retrasar más en contarle. Era lo justo. Según ella, las cosas con Nadia ya no estaban tan tirantes después de ese intercambio de correos electrónicos.

Pero de igual manera, era incómodo.

Con un suspiro, marcó el número de su amiga y se dispuso a contarle como eran las cosas.

\*\*\*\*

Sabía que Caro iba a estar del otro lado de la puerta esperándola para que le contara hasta el último detalle, y así fue.

Se sentía tan bien, que su amiga la miró feliz, pero un poco temerosa. No quería que saliera lastimada, y presentía que podía ser el caso. Nunca había visto a Valentina en persona, pero ella había leído las revistas y sabía que era importante para Mirco. Algo le olía mal, y quería prevenirla. Pero no hoy. No cuando estaba tan dichosa. Esperaría.

Entre otras cosas, le contó que David la había llamado y pretendía llevarse a Agos por la tarde al parque. Rodó los ojos. Se estaba pasando...

Pensando en su hija, y lo mejor para ella, aceptó resignada y lo llamó para fijar un horario.

La buscaría por su casa a las 4 de la tarde, y antes de las 8 tenía que traerla de vuelta. Les daba tiempo de jugar, pasear, charlar, merendar, ir y venir. Era un gran voto de confianza, y esperaba que estuviera a la altura de las circunstancias. Por Dios, no quería arrepentirse.

Como se había imaginado, la nena había dado saltos de alegría ante la perspectiva de ver a su papá. La vistió, la peinó bonita y después de darle miles de besos, se despidió de ella mirando fijo a su ex que había llegado más que puntual.

Era una advertencia, y la entendió. Se fue con un asentimiento de cabeza y una media sonrisa en forma de agradecimiento.

En el fondo, le gustaba un poco ver como el idiota de David sonreía cuando veía a la pequeña. Cada día se parecían más físicamente. Los mismos ojos, pensó. Rio para sus adentros cuando la recordaba practicando baile, y hacía sus ejercicios de manera disciplinada.

...La misma seriedad que su padre tenía.

No parecía de su edad.

Con tiempo libre para matar, le escribió a Mirco para saber que estaba haciendo.

*“Estaba pensando en vos, hermosa.”* Nadia se rio. Tenía ganas de verlo, pero no quería parecerle desesperada y asustarlo. Después de todo se habían visto esa mañana. ¿Era demasiado pronto? Se mordió las uñas pensando una respuesta.

*“Y yo en vos.”*

Sonrió nuevamente al ver que no tardaba ni cinco minutos en contestarle.

*“¿Estás ocupada ahora? Quiero verte un rato. Si no, esta noche... podemos comer por ahí, o ver una peli.”*

Si, quería. Quería todo eso. Pero lamentablemente lo de la noche no iba a poder ser. Ya se había quedado a dormir fuera de casa, no podía seguir ausentándose. Si iba a ser algo habitual, tenía que ir de a poco para que Agostina se adaptara.

Frunció el ceño. Realmente no habían hablado de nada. ¿Sería algo

habitual? ¿Estaban... saliendo? No tenía nada claro ahora que lo pensaba. Nunca le había importado, pero ahora parecía desestabilizarla de manera inesperada.

Contestó sin dar más vueltas.

*“Podemos vernos ahora un rato. Esta noche no puedo, me quedo con Agos.”*

A lo que Mirco le respondió que la buscaba en un rato por su casa. Parecía haber comprendido que no pudiera salir por más tiempo. O al menos, eso esperaba.

\*\*\*\*

Sus encuentros, se volvieron cada vez más frecuentes. El estaba pendiente de los momentos que ella tenía libres, y se veían aunque fuera por unas horas.

Se estaban conociendo.

Habían salido a comer un par de veces, a ver alguna película al cine, o simplemente pasear. Se sentía a gusto y lo alegraba notar que estaban avanzando en su relación.

Vale no fue un hueso fácil de roer. Apenas se enteró de que Nadia era la señora de Simón, se enojó con Mirco y discutieron bastante. Le reclamara que no se lo dijera apenas se enteró de quien era, y estaba furiosa. En un ataque de nervios, había amenazado con cambiar al pequeño de guardería, pero por suerte, su marido la había calmado y después de mucho charlar, se dio cuenta de que estaba exagerando. De todas maneras, quería ir a hablar con ella, y encararla, pero él le había rogado a su amiga que no hiciera nada todavía.

No quería que por su culpa se metiera en líos en el trabajo, y que una de las madres fuera a hablar con ella o la directora, porque está casi enemistada con una de las señoras, era por decir algo... “complicado”.

Finalmente, compadeciéndose de él, su amiga le había dado un plazo de tiempo para que aclararan todo el asunto. Ella estaba de licencia y tenían pensado tomarse unas pequeñas vacaciones en familia. Por lo que Simón no iba a asistir a la guardería de todas formas. Ya a su regreso, volverían a hablar.

Nadia, le había dicho que quería verla, y así dejar todo claro. Hacía años que se debían esa charla, y la expectativa la angustiaba, pero era necesario

para todos.

\*\*\*\*

De a poco, Mirco fue acoplándose a su rutina, como había previsto.

Agos ya estaba enterada de que mamá estaba saliendo con alguien, y sabía que cuando no estaba en casa, es porque estaba con él. Había sido cuidadosa, y trataba de hacer coincidir esas salidas, con las de la pequeña y David. Y por el momento, todo parecía funcionar.

Hablaban mucho, se divertían, compartían tiempo en el bar con sus amigos, pero después de esa madrugada en su casa, no habían vuelto a acostarse. Ni hablar de quedarse a pasar la noche.

Al principio, ella había creído que él no quería presionarla, dándose cuenta de que era un paso importante y tenían que ir con cuidado. Pero ahora ya no estaba tan segura. Los días seguían pasando, y empezaba a tener miedo de que ya no la deseara como antes. Ni siquiera había sacado el tema. Y no quería ser ella la que lo hiciera. Y no es que la estuvieran pasando mal, para nada. No podía quejarse. El era atento, y super detallista. Siempre la hacía sentir cómoda y se lo notaba cómodo también.

¿Por qué tenía que buscar el lado negativo? ¿Por qué no podía disfrutar las cosas como eran por ahora? Suspiró contrariada y después de un largo baño se vistió para salir con Mirco. Era viernes a la noche, y Agustina estaba en casa de su papá, porque habían venido sus abuelos.

Caro la veía prepararse mientras sonreía y se alistaba también, seguramente para ir al bar. Esa noche tenía una cita, o algo parecido y había elegido un lugar conocido y de confianza para dicho encuentro.

Se despidió de ella con un besito cuando escuchó que un auto estacionaba en la puerta.

\*\*\*\*

Tomó aire y se relajó, como estaba haciendo últimamente antes de verla.

Había algo que le molestaba, y estaba buscando una manera de solucionarlo. Las cosas con Nadia no habían ido como él quería. Esa primera vez en su departamento, aunque había sido más que memorable, no era como pretendía que fuera. El siempre se había imaginado la ocasión como algo romántico, después de llevarla a comer o mínimo cocinarle algo rico... Pero no.

Se habían precipitado, y no quería que pensara que para él era una más... Ahí, en el sofá de su sala... ni siquiera en su cama. Cada vez que lo recordaba quería darse golpes. Era un bruto.

Y es por eso, que había querido reivindicarse y hacerlo bien esta vez.

Pero entre tanto esperar por el momento perfecto, nunca parecía llegar. No podía ser en una de esas salidas en donde se veían un par de horas, pero tampoco podía pretender que volvieran a pasar la noche tan pronto.

Que lo hubieran hecho en esa oportunidad, era una excepción rara. Tendría que ser muy paciente para que se repitiera.

Pero eso no quería decir que no le estaba costando lo suyo. Nadia era preciosa, y su cercanía se lo ponía todo tan difícil. No podía conformarse con los besos que se daban. Quería más. Mucho más.

Escuchó que abría la puerta de su casa antes de que él tuviera chance de bajarse a tocar el timbre, y entonces la vio. Realmente le dio una repasada. Se había puesto uno de sus vestiditos cortos y ajustados que tanto le gustaba usar, y unos zapatos de tacón altos, dejando así a la vista sus piernas torneadas.

Hizo un gesto de dolor y se acomodó en el asiento tratando de disimular, cuando ella se subió al auto y lo saludó con un besito casto en los labios. *Dios... su perfume.* Pensó. Iba a explotar.

El plan era ir al cine, y después si quedaba tiempo, cenar algo por ahí. Agos volvería para dormir directamente, pero se suponía que ella tenía que estar antes en su casa.

Y mientras charlaban, se dio cuenta. El cine... la oscuridad, ella pegada a él, sentada a su lado... Se arrepintió al instante de haberlo propuesto. Es que le gustaba complicarse más las cosas, ¿o qué? – se dijo.

—Estaba pensando que podemos ir al bar... los sábados el cine se llena de gente y no hay ninguna peli buena en cartelera. —comentó mientras rogaba convencerla.

Ella lo miró y torció la cabeza.

—En realidad estoy super cansada. – sonrió. —La idea de ver una peli me parecía tranquila... en el bar, con mis amigos... ya sabes como son.

Se rieron. Sin dudas comprendía. Sus amigos eran divertidos y casi siempre una salida relajada se convertía en una fiesta.

—Podemos ir a ver una película en casa y pedir algo para cenar. – sugirió planteándose seriamente si era masoquista.



—Me encantaría. — contestó con una sonrisa adorable y ya no había vuelta atrás.

Apenas se subieron al ascensor de camino al departamento, sus planes se fueron al diablo.

Fue solo mirarse, y bastó para que los dos se lanzaran contra el otro, entrelazándose de todas las maneras posibles, besándose desesperadamente.

Entre tirones, abrió la puerta y en un movimiento rápido, la alzó por los muslos subiéndosela a la cadera como si pesara lo que una pluma.

La escuchó gemir cuando su espalda chocó contra la pared y no se pudo contener. Le levantó el vestido hasta la cintura, mientras la acariciaba y de un tirón para nada delicado, arrancó su ropa interior, haciéndola pedazos.

La cabeza le daba vueltas.

Nadia, que a su vez lo buscaba, rozándose con él provocativamente, bajó sus manos y buscó, entre sus cuerpos desprenderle el pantalón a las apuradas. Esto estaba sucediendo y estaba sucediendo ahora mismo.

—No aguanto más. — dijo entre jadeos, sintiendo como lo tocaba.

—Te necesito. — contestó ella entre gemidos. —Ahora...

Sacó protección de su bolsillo y se lo colocó lo más rápido que pudo antes de penetrarla con fuerza. Ambos se quedaron sin aliento por un momento. Era maravilloso.

Nada se podía comparar con esa sensación.

Salió apenas de su cuerpo, acomodándose y volvió a entrar con un gruñido. Una, dos, tres, cuatro veces. Muy despacio, muy profundo.

La vio tirar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos de placer, y lo enloqueció. Sus movimientos se volvieron frenéticos y no pudo parar. La embistió con violencia, arrancándole gritos, gritando él también, unidos en un ritmo constante que los estaba llevando juntos a la cima.

Sujetándola de los muslos, se separó de su rostro apenas para mirarla. Estaban los dos agitados, despeinados, y sudados mientras sus caderas seguían chocándose.

Eran un lío.

Se dejaron ir juntos, entre jadeos incoherentes, todavía moviéndose, calmándose mientras el placer que los había aturdido, empezaba a dispersarse.

Suspiraron un par de veces, recuperando el aire.

—Perdón. — dijo algo culpable. —No era así como quería que se diera. — agregó. —Debes pensar que soy un animal.

Ella se rió.

—Me encantó. —volvió a besarlo. —Me moría de ganas desde la última vez. — confesó con una sonrisa traviesa.

—Mmm... — sin poder contenerse le mordió el labio inferior con fuerza, entre tanto beso. —Sos tan hermosa...

\*\*\*\*

Nadia se sentía en las nubes otra vez.

Mirco la tenía sujeta y la besaba con pasión. Le gustaba demasiado y se alegraba al notar que no había podido resistirse más tiempo. El tenía la misma necesidad. Mmm...que bien se sentía en su cuerpo.

El se movió con algo de cuidado para que pudiera pararse sobre sus pies en el piso, saliendo de ella. Había sido genial.

Podía ser tierno, bueno, divertido, y como amante, sin dudas era un diez. Su manera de moverse, su fuego... su entrega... No había estado con nadie que le hiciera sentir estas cosas que ahora sentía.

¿En qué había estado pensando su ex amiga Valentina, al no querer estar con él? ¿Estaba loca?

\*\*\*\*

Cualquiera podía pensar que debería haberse aguantado, que debería haber esperado... y hacer las cosas bien. Un poquitito de fuerza de voluntad y todo eso. Pero habían sido meses. MESES. De verla, de tenerla cerca, de desearla, de imaginársela entre sus brazos como estaban ahora.

Se acomodó la ropa todavía agitado y la ayudó a vestirse también entre risas.

Sin darse cuenta tenía todavía en sus manos los restos de la ropa interior que había destrozado. *Pero que pedazo de bestia...* pensó.

Le encantó que de parte de ella, no hubiera ningún reproche o reclamo por toda la situación. Lejos de parecer ofendida, se mostraba divertida y muerta de la risa.

Cuando terminaron, volvió a colgarse de su cuello y buscando sus labios, le dio un beso pausado y profundo que le puso la piel de gallina. En ese mismo instante se prometió que la próxima vez, sería especial. Se esforzaría, sería

romántico.

Ella se lo merecía.

\*\*\*\*

Pidieron unas empanadas, y comieron acurrucados en el sillón de la sala, entre besos y risas. Mirco había enchufado su iPod al equipo de música, y de fondo sonaba I'll be waiting de Lenny Kravitz.

—¿A qué hora tenés que volver? – preguntó mirándola a los ojos. Como siempre que se veían, sentía el peso del tiempo que cada vez se les escurría más rápido.

—En un rato. – contestó con pesar.

Asintió resignado.

—¿Mañana? – volvió a preguntar.

—Agos baila en el instituto de danza, y supongo que voy a estar todo el día ocupada hasta la noche que actúe. – se explicó.

—¿El domingo? – insistió.

—El domingo podemos almorzar si querés. – entornó los ojos, pensativa. —Porque a la tarde tengo que preparar las cosas para el lunes. El uniforme de Agos, la merienda del colegio, – enumeró.

—La tarea, lo de plástica... el bolso de danza... – terminó de decir él con una sonrisa, que ya estaba al tanto de su rutina.

Asintió. Sus vidas no eran para nada parecidas, pero la entendía. Al menos, se notaba que hacía el intento. ¿Cómo no iba a estar loquita por él?

—Hablando de eso. ¿Cómo le fue con el paseo a la granja? – quiso saber. Se derretía.

No solo se acordaba de su rutina, también la tenía en cuenta a Agos. Sonrió y le contestó.

—Lo odió. – se rió recordando lo que la niña le había contado. —No le gusta ensuciarse, y odia que los animales estén en granjas y no libres. – negó con la cabeza. —Llegó a casa indignada y se bañó antes de darme un beso.

Mirco se rió a carcajadas.

—Mis sobrinos aman la mugre. – le señaló una de sus paredes cerca de la mesa. —Eso era blanco... ahora hay restos de comida, de lápices, crayones... – sacudió la cabeza. —Se metían a mi cama con las zapatillas a ver los dibujitos.

Se siguieron riendo, mientras compartían anécdotas y experiencias de los chicos.

Era tan distinto a otros hombres con los que había estado. Con ninguno hubiera podido hablar así tan abiertamente de su hija, sin que se asustara y saliera corriendo.

Se interesaba sinceramente, se preocupaba, y se notaba que quería ser parte de todos los aspectos de su vida.

A Mirco los niños le gustaban. Y eso era algo que ella, no podía pasar por alto.

Aunque no era fácil, iban por un buen camino, y cada día se sentía más cómoda, y más...

Más feliz.

## Capítulo 23

Llevaban saliendo dos meses.

Ya no se escondían como antes, y de a poco se dejaban ver de la mano por la calle. No estaba acostumbrada, pero también había tenido un par de encuentros con algún fotógrafo curioso, que se moría por la primicia. Querían saber quien era la nueva chica de García, el jugador de fútbol de primera.

Se habían organizado, y ya había establecido un horario bastante flexible en el que ella se dividía entre su trabajo, su hija, sus amigos, Mirco y todo parecía estar queriendo llegar a un equilibrio que al menos para ella, funcionaba.

Aunque mucho habían querido planear, sus encuentros seguían siendo igual de espontáneos, inesperados y por sobre todo... salvajes. No contaban con tanto tiempo para verse, y el poco que tenían, digamos que lo aprovechaban de lleno.

El le había dicho que hacía mucho que no estaba en pareja, y todas esas cosas románticas nunca se le habían dado bien. De muestra estaba esa cita que habían tenido dos meses atrás. Pero eso a ella no le molestaba. En todo caso, la enternecía cuando cada tanto tenía algún detalle lindo. Se esforzaba.

Pero le gustaban las cosas como estaban. Naturales. Si querían verse un rato a cualquier hora que pudieran solo para *eso*... ¿Qué tenía de malo? O si hacían planes, pero al final terminaban en la cama... Y si estaban yendo de camino al cine o a algún bar, y se desviaban por ahí en el auto buscando un lugar oscuro...

Se gustaban, se deseaban, no podían sacarse las manos de encima. ¿Cuál era el problema?

A medida que pasaba el tiempo, iban dando pequeños pero importantes pasos que los hacía avanzar más y más casilleros en su relación. Así como ella le había presentado a sus amigos, él de a poco le había presentado a algunos suyos. La había presentado como su novia, y desde ese momento, eso eran. Novios.

Le había contado a David de Mirco, para que estuviera al tanto, y aparentemente en un arranque de madurez, lo había aceptado bien, y hasta se había alegrado por ella. Se veían seguido, así que era de lo más conveniente tener un trato cordial.

La buscaba del trabajo, y otros padres, que lo reconocían como el tío de Simón, se iban enterando también al verlos juntos.

Así que no le sorprendía que el próximo paso a dar, era finalmente, hablar con Vale. Ella era una pieza fundamental en la vida de Mirco, y de una vez por todas tenían que arreglar su situación.

El día de dicho encuentro, estaba nerviosa. No. Estaba histérica.

Su novio había querido acompañarla, pero se había negado. Necesitaban hablar a solas. Se lo debían.

Habían quedado en un lugar neutro. Un café conocido de Puerto Madero, que tenía mesitas afuera, y era genial para tener una conversación tranquila.

Se mordió el labio mientras esperaba, retorciéndose las manos, pendiente de cómo pasaban los minutos en el celular.

Estaba a punto de mandarle un mensaje a su chico, cuando escuchó que alguien la saludaba.

—Hola, Nany. – dijo Vale cuando llegó a su lado.

—Val. – se sonrieron por un instante, y como si todos esos años no hubieran pasado, se fundieron en un abrazo cálido que se prolongó más de lo que se podrían haber esperado cualquiera de las dos.

La emoción se le quedó trabada en la garganta y le humedeció los ojos. *Dios, que fuerte.* Pensó.

—Tenemos tantas cosas que hablar. – Vale asintió tranquila y se sentó frente a ella. —Perdón. – empezó a decir. Pero la detuvo negando con la cabeza.

—Te lo dije en ese mail, y te lo digo ahora. Ya te perdoné. Eso fue hace tanto... – hizo un gesto con la mano. —Yo ya no soy la misma.

—Yo tampoco. – dijo aliviada.

—Superemos esto, Nany. – le sonrió. —Quiero saber de vos.

Ahora más tranquilas, mientras merendaban, disfrutaron de una charla como las que mantenían de más pequeñas. El tiempo no había pasado. Eran ellas y por casi dos horas volvieron a tener 17 años.

Nadia le contó todo lo que había pasado desde que ella se había mudado a Buenos Aires. Sus idas y venidas con David, Agustina, todo. Hasta su muy reciente noviazgo con Mirco.

Vale la escuchó, y cuando fue su turno de hablar, también le contó sobre su vida. Jamie, Ava, Simón, y su enorme amistad con Mirco. Ahora entendía

mejor ese vínculo que hacía años se había formado entre esos dos amigos, y aunque tenía que aceptar que a veces le daba un poquito de celos, se alegró de que su amiga hubiera tenido quien estuviera ahí para contenerla. Y se alegró de que su novio tuviera alguien especial como amiga que se preocupaba tanto por él.

Ambas eran mamás, como habían fantaseado de pequeñas, y no paraban de contarse sus experiencias entre risas y algunas lágrimas.

Resulta que Vale tampoco había tenido un primer embarazo fácil.

Había tenido sus idas y venidas con el papá de sus hijos en esa época, y ella podía entenderla en más de un sentido.

Le contó de su separación con David, y no pudieron evitar conmoverse.

Compartieron bromas privadas que tenían, recordando viejas épocas, y rieron hasta llorar rememorando historias de ese pasado en común, de esa amistad que habían tenido.

—Estás hermosa. — le dijo su ex amiga mirándola detenidamente.

—Vos también... el pelo. — señaló su melena rubia casi platino. —Te queda muy bien. Y estás... no sé... re linda.

Vale sonrió radiante y se tocó el vientre.

—Estoy embarazada. — se rió. —Otra vez.

—¡Felicitaciones! — tomó su mano y se la apretó con afecto.

—Gracias. — dijo feliz. —Es muy reciente. No se me nota todavía. De hecho, me enteré hace dos días.

Una cosa llevó a la otra, y se hizo de noche. Intercambiaron teléfonos, mail, direcciones y quedaron para juntar a los chicos y que jugaran mientras ellas seguían poniéndose al día.

No se lo había dicho con tantas palabras, pero le había dado su bendición en cuanto a su relación con Mirco. Y no es que la necesitara, pero ahora era mil veces más sencillo.

Estaba de tan buen humor, que apenas se despidieron, se tomó un taxi directo a la casa de su chico. Tenía ganas de darle un beso.

El portero del edificio ya la conocía, y la dejó pasar con un saludo simpático.

Tocó la puerta y esperó. Cuando la puerta se abrió, se quedó helada.

Ahí estaba él. Pero no estaba solo.

Una mujer. Preciosa.

No podía determinar cuantos años tenía. Probablemente unos cuarenta, pero parecía de muchos menos. Rubia, alta, llena de curvas y ... en ropa interior.

¿Qué carajo... – se dijo.

El parecía agitado, nervioso y con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Nadia, esto no es... – empezó a decir, pero sin darse cuenta ella ya estaba corriendo por las escaleras hacia la salida y nunca escuchó como terminaba la frase.

¿Por qué no había tomado el ascensor? Porque no había podido ni procesar lo que había visto, mucho menos lo que hacía.

Llegó hasta el último piso, y justo cuando estaba por encaminarse a la puerta, dos brazos la encerraron fuertemente y la frenaron.

—No, no. Escuchame, hermosa. – le rogó. —No te vayas. No es lo que pensas.

Ella sentía que le temblaban hasta los cabellos. Tenía el estómago revuelto y se estaba mareando. Maldita sea.

—Mi amor, no sabía que iba a venir. No sé de donde sacó mis llaves y se metió al departamento. – dijo atropelladamente. Le había dicho “mi amor”. Por más conmocionada que estaba, no pudo pasarlo por alto. —Se metió y se puso en pelotas... yo recién entro, escuché un ruido... pensé que me estaban robando. Le estaba diciendo que se vaya.

Se dio vuelta muy despacio para mirarlo a los ojos.

—Creeme, por favor. – le suplicó.

—¿Quién es? – dijo con un hilo de voz.

Cerró los ojos con fuerza.

—Alguien que veía antes... – contestó.

—¿Antes de conocerme? – lo miró a los ojos y no le gustó lo que vio. Se quería ir de ahí.

—Antes de que empezáramos a salir. Te lo juro. – respondió sincero.

—Me quiero ir. – sintió como las lágrimas comenzaban a caerle por las mejillas. Mierda. No quería que la viera llorar. Todavía se sentía horrible por encontrarlo con otra. Aunque le creyera... Era hermosa. Mucho más que ella.



Se sentía una niña, al lado de una mujer de verdad.

—No. — se lamentó. —Si alguien se tiene que ir, es ella.

Y como si con eso la hubieran llamado, bajó del ascensor a su lado y se paró donde ellos estaban. Ahora por lo menos estaba vestida... No por eso era menos intimidante.

—Bueno, lindo. Paso en otro momento. — se inclinó y le estampó un beso en la comisura de la boca. Había apuntado a los labios, pero él se movió rápidamente.

—No, Ruth. — la miró molesto. —Ya lo hablamos. — dijo más bajo. — Ella es Nadia, mi novia. — y agregó entre dientes. —Por favor decile como son las cosas, no me metas en quilombos.

La tal Ruth levantó las cejas y con una sonrisa irónica la miró.

—Wow... novia. — se burló sin que Mirco se diera cuenta. —Perdona, muñeca. No sabía que iban en serio, y como te debe haber dicho él, caí de sorpresa. — rió de manera altanera. —Después charlamos, lindo. — se despidió.

Un par de taconazos más, un portazo y estuvo fuera de su vista.

—No es tan loca como parece. — la excusó entornando los ojos. — Perdoname... odio que la hayas visto así y hayas pensado...

Ella negó con la cabeza y lo tomó por las mejillas para besarlo.

Lo conocía poquito, pero lo suficiente. Le había creído, y confiaba en él.

Miró a la puerta mientras lo abrazaba.

Era en Ruth en quien no confiaba. Se hacía la amable, y se había disculpado... pero sabía que era una falsa.

Para ella era una bruja.

Era Cruella De Vil.

\*\*\*\*

Después de un momento, verdaderamente de mierda, había logrado calmar a Nadia, y habían pasado un lindo rato en su departamento a pesar de cómo empezó todo.

Esa Ruth era un personaje.

Asumía su parte de culpa. Nunca le había contado que estaba en pareja, y solo había querido sorprenderlo.

Todavía se estremecía cuando recordaba la cara de su novia cuando

había abierto esa puerta. Mierda.

Iba a tener que tener cuidado.

Había un par de fantasmas de su pasado que podían jugársela. Sin ir más lejos, Mica, no dejaba de mandarle mensajes provocativos al celular.

A ella si le había contado de Nadia, pero eso no parecía detenerla ni un poco. Siempre sabía como llevar todas las conversaciones a donde quería, y empezaba a ponerlo incómodo.

\*\*\*\*

Sin darse cuenta, había pasado un mes más. Mirco ahora tenía más sesiones de rehabilitación, que combinaba con algunas horas en el gimnasio. De a poco, recuperaba fuerzas y era momento de pensar en comenzar el entrenamiento. Lo que también quería decir que se estaban viendo un poquito menos que antes.

Se pasaba las mañanas en el club, y entre una cosa y otra, las semanas pasaban volando.

Ella estaba con la agenda igual de apretada, porque con los meses de vacaciones que se aproximaban, Agos tenía más tarea y trabajos prácticos para hacer. Le tomaban integraciones, y si bien eran solo con el fin de medir el nivel de los niños en primer grado, ella quería hacer todo perfecto. No aceptaba equivocarse en nada, y le exigía practicar con los números y la escritura. Estaba agotada.

Además de eso, Agos tenía el acto de danza de finalización de etapa y era algo importante. Tenía que ensayar, y prepararse.

Tenía que agradecer que Caro estaba ahí para ayudarla, y mal que le pesara, David también había hecho lo suyo. Había hablado con su maestra de danza, y se había ocupado del vestuario de la niña. Un tema menos por el que preocuparse. Y a él, le hacía bastante ilusión ser parte, así que lo aceptó encantada.

Y Mirco...

Por mucho que les costara encontrar esos momentos, de alguna manera lo lograban. No se había repetido ninguna situación como la vivida con Ruth, ni nada parecido y sus momentos de intimidad, aunque escasos, eran

espectaculares. Valía la pena que muchas veces, estaban una semana sin tocarse, para después tener un par de horas para dedicarse solamente a disfrutar del otro. La intimidad que tenía con él, a veces la abrumaba y llegaba a asustarla. No estaba acostumbrada, pero quería adaptarse. El, cada vez que podía, le hacía notar lo mucho que le gustaba y todo lo que la deseaba. Era como estar de novios en la adolescencia, cuando a veces te dejan salir, y a veces no. La misma adrenalina, y la misma ansiedad.

Su relación, iba cada vez más en serio. Tan así, que después de hablarlo todo ese último mes, habían decidido que había llegado el momento de que conociera formalmente a su hija.

Era un gran paso, pero se sentía lista. El le infundía la confianza que hacía falta para darlo, y además de eso, estaba que se moría por conocerla.

Y Nadia se sentía feliz. Feliz, pero nerviosa. Se sentía como saltar el abismo, y era consciente de que no lo hubiera hecho con nadie más. Solo lo hacía porque se trataba de él.

\*\*\*\*

Se enderezó la camisa por décima, y tomando aire profundamente, tocó el timbre. Estaba tan nervioso, que temía hacer el ridículo. El gran día había llegado.

Iba a conocer a Agostina, como la pareja de su mamá.

La puerta se abrió y lo recibió la sonrisa radiante de su novia, Nadia. Tenía puesta una remera de hombros caídos, un jean doblado en los tobillos y unas chatitas de colores. Al instante se dio cuenta de que iba demasiado vestido.

Había puesto empeño en elegir una camisa y un jean oscuro, que tal vez eran los mejores que tenía.

—Que lindo estás. — dijo ella dándole un rápido beso en los labios.

El se rió por lo bajo.

—Gracias. Vos también, estás preciosa. — le alcanzó una bolsita que contenía el postre favorito de la niña. Cheesecake de frutos rojos.

Cuando le preguntó a Nadia, se había reído por un rato. ¿No podía ser helado? A sus sobrinos los ponía frente a cualquier cosa con azúcar y felices de la vida. Pero la pequeña Agostina además de ser muy especial, era

exigente. Frutos rojos. Ni siquiera eran frutos de estación. Tuvo que recorrer media ciudad, pero lo consiguió.

—¿Estás nervioso? – le susurró abrazándolo por la cintura.

Soltó un poco el aire que sin saberlo estaba conteniendo y la tensión de sus hombros, apenas se aflojó.

—Muy nervioso. – admitió. Ella le sonrió, y enternecida por su confesión, lo tomó del rostro y lo besó lentamente.

—Me encanta que estés acá. – le dijo al oído. —Para mí es muy importante. Lo sabés, ¿no?

El asintió.

—Es por eso que no quiero arruinar... – se señaló y después a ella. —... esto que tenemos, equivocándome esta noche.

—Si quise que la conocieras, es por algo. – volvió a besarlo. —Va a estar todo bien. – lo tranquilizó, inundándole el pecho de calidez y algo más. Algo dulce.

Sonrió despacio agarrándola fuerte por la cintura. Ni sabía que lo sentía, ni que planeaba decírselo, hasta que se lo dijo.

—Te quiero. – el corazón le iba a toda carrera. Se concentró en los ojos de su hermosa chica que ahora brillaban mientras su sonrisa se ensanchaba ocupando todo su rostro.

—Yo también te quiero. – lo abrazó con fuerza, recostándose en su pecho en un abrazo, que le pareció, el más lindo que le habían dado en la vida.

Se lo habían dicho, ya estaba.

No había ni miedo por estar yendo muy de prisa, ni por exponer los sentimientos, ni miedo por salir lastimados. Todo parecía simple a su lado. Natural. Como debía ser.

Volvieron a besarse, sonriendo por lo que acababan de decirse. Les había encantado decirlo, y no podían evitar la emoción de lo que esas palabras significaban.

—Ahora de verdad no quiero arruinar las cosas. – comentó entre risas. —Para mí también es muy importante. – agregó poniéndose serio de repente.

Se quedaron abrazados en silencio mientras los minutos pasaban. Para los dos significaba muchísimo. Estaban arriesgándolo todo, y estar así, en los brazos del otro, los hacía muy de a poco, calmarse.

Escucharon como alguien se aclaraba la garganta a su lado.

Se separaron apenas, cuando Caro entró sonriente para saludarlo.

—Hola, Mir. – le dijo. —Está en su cuarto, recién sale de bañarse. En un ratito se cambia y viene. – les avisó.

Los dos asintieron y se fueron a la sala, tomados de la mano.

\*\*\*\*

Para hacerle las cosas más fáciles y cómodas a la niña, esa noche no estarían solo los tres. Caro también se quedaría. Sería una comida informal, relajada, en donde se lo presentarían como un amigo. Un amigo que salía con mamá.

No hacía falta entrar en detalles, seguramente la pequeña se empezaba a imaginar algunas cosas. Era muy inteligente, y se daba cuenta de que era una ocasión especial. Nunca ningún hombre había entrado en su casa. Sólo su padre, y para verla a ella.

No podía dejar de mirar a Mirco. Estaba ansioso, y se movía con cautela, pero mirándolo todo con curiosidad.

Hasta en esos momentos, de puro nerviosismo, la atraía de manera impresionante. Estaba tan lindo, todo arreglado. Le había puesto esfuerzo, sin dudas demostrando lo mucho que le importaba lo que estaban a punto de hacer. Y ella se derretía.

Cada vez que lo veía tomar aire y acomodarse en el sillón, sonreía involuntariamente. *La está pasando tan mal, pobrecito.* Pensó.

Su amiga, para ponerle onda al asunto, empezó a hablar de cualquier cosa, haciéndolos reír.

Habían estado hablando mucho de esta decisión que habían tomado con su chico, y Caro, estaba feliz de que ella lo fuera. Tenía sus reservas, obviamente. Ya tenían sus costumbres, y traer a un novio a la casa, suponía un cambio enorme.

Pero alguna vez iba a tener que pasar. Y en estos últimos meses, Mirco, había demostrado ser muy buena persona. La cuidaba. Y como acababa de admitir, también la quería.

Su corazón latió desbocado. Había dicho que la quería...

\*\*\*\*

Le parecía que acababa de entrar a una casa de muñecas.

Las paredes tenían un tono pastel que iba perfecto con las cortinitas, y los sillones donde había algún que otro estampado de florcitas.

La mesita ratona, parecía de juguete. De hecho había unas pequeñas tacitas de porcelana miniatura que parecían sacadas de la mansión de Barbie.

Se respiraba un perfume floral muy fresco, que lo hacía pensar en dulces. De esos que vienen en forma de gusanitos de colores.

Se notaba desde lejos que en esa casa vivían tres mujeres. La atmósfera femenina que se respiraba, era evidente, sin que hiciera falta ver los tres abrigos colgados en el perchero, junto con las velitas y adornitos que descansaban en cada rincón.

Tenía miedo de romper algo de puro torpe.

Si hubiera estado un poco más tranquilo, se hubiera puesto de pie, y hubiera ido hasta la pared en dónde colgaban una serie de cuadritos en dónde aparecían las dueñas de casa, seguramente en algún viaje, o alguna ocasión especial.

Si, si hubiera podido, lo hubiera hecho.

Pero tenía el trasero pegado al sillón, y la espalda rígida como el acero.

La pequeña mano de Nadia, lo sujetaba, dándole confianza y él distraídamente, le acariciaba la palma con el pulgar.

Era un gesto que se había vuelto una costumbre. De esos hábitos que llegan a arraigarse tanto, que se hace muy difícil recordar como era la vida antes.

Es que de verdad...

¿Cómo había hecho para estar todo ese tiempo con las personas equivocadas?

Tantos besos vacíos, tantos “te quiero” en vano...

La miró con amor y le sonrió. Estaba preciosa.

Estaba justo recordando la noche en que se habían conocido, cuando escuchó unos pasitos avanzar por el pasillo.

Ahí estaba la hermosa niña rubia que había visto una vez. Ahora que la

veía con más calma, ya no podía negar de quién era hija. Tenía los mismos ojos que su mamá, pero con la forma del ojo de su papá. Era guapísima, y lo miraba a la cara, con tanta intensidad, que casi quiso sonreír. Con gesto seguro y parco, le tendió la mano cuando estuvo parada frente a él.

—Hola. – dijo con su vocecita delicada, pero firme.

—Hola, Agustina. – la saludó con la misma seriedad que ella. —Soy Mirco.

## Capítulo 24

La pequeña se lo quedó mirando por un rato sin decir nada. Lo estaba estudiando con detenimiento.

Nadia, que hasta ese momento estaba en silencio, sonrió y le hizo señas a su hija para que se sentara.

—Mirco es el tío de Simón. – le explicó. —Uno de los nenes de la guardería, que es hijo de Vale. ¿Te acordás que te hablé de ella?

La niña asintió.

—Y Simón tiene una hermana que se llama Ava, y tiene casi tu edad. – comentó él, siguiendo la conversación. —Y en algunos meses van a tener otro hermanito más.

Agos sonrió apenas.

—Mi seño de danza va a tener un bebé también. – le contó.

—¿Vas a danza? – preguntó interesado. Por supuesto, ya sabía que bailaba, pero le pareció una buena oportunidad para que se soltara y entrara en confianza.

Desde esa pregunta, no habían parado de charlar. Ella quiso contarle con lujo de detalle, que cosas sabía hacer, y las veces que había actuado ya con público. Se la notaba apasionada y feliz cuando hablaba del tema. Se preguntó si Nadia, en su momento, habría sido así y sonrió. La niña tenía los mismos gestos. Era adorable.

Sin dudas, con eso del ballet había sumado puntos. Le hacía preguntas y la dejaba explayarse en las respuestas. Cada tanto, de hecho, bromeaba o le hacía algún chiste, y la niña que le había parecido tan seria, se reía encantada.

Le faltaban algunos dientes a su sonrisa porque estaba justo en esa edad en donde empiezan a caerse los primeros de leche. Así que aprovechó y le preguntó si la había visitado el Ratón Perez[2].

Ella alegre y orgullosa le dijo que sí, y le mostró su alcancía, en donde iba recolectando el dinero que le había dejado.

La felicitó y sacando rápidamente su billetera, metió un par de monedas ya que estaba. Le dijo que eran para que siguiera ahorrando y después pudiera comprarse algo lindo.

Agos le agradeció contenta y le contó que estaba guardando dinero para comprarse unas puntas para bailar. Todavía no podía usarlas, porque sus



huesos y músculos no estaban del todo maduros, y necesitaba madurar más físicamente para no correr riesgo. Pero apenas cumpliera los 10, iba a por ellas.

—Pero faltan cuatro años. — dijo sin poder creerse que la niña fuera a esperar tanto para gastarse esas monedas.

—Si, y voy a tener tantos ahorros que además de mis puntas le voy a comprar a mami y a Caro una casa más bonita. — contestó dejándolo mudo.

—Ey, enana. Esta casa es super linda. — dijo la amiga de Nadia. —Tenés habitación para vos sola y es enorme.

—Si, pero se rompe siempre. — le discutió. —Y sale plata arreglarla.

Lo impresionó el que la niña estuviera tan al tanto de la realidad a su alrededor. Nunca se había topado con una persona de su edad con esa mentalidad. Sonrió y le dijo.

—A mi me parece muy buena tu idea de ahorrar todos esos años. — la niña le sonrió. —Y a lo mejor para esa época, cambias de opinión, y te lo gastas en un viaje. ¿No te gustaría ir a Disney, por ejemplo? Y conocer a las princesas... visitar la casa de Mickey...

—¿Cuánto te pensas que le deja Perez? — se rió Caro con los ojos como platos, haciéndolos soltar una carcajada.

Los chistes siguieron hasta que fue hora de cenar, y se trasladaron al comedor. La mesa estaba dispuesta para los cuatro y con la misma decoración que venía viendo en toda la casa. Un pequeño centro de mesa con flores naturales le daban más alegría de la que ya tenía con sus tonos pasteles.

Nadia había cocinado milanesa de calabaza con arroz primavera. Por lo bajo, Caro le había contado que Agos se estaba haciendo vegetariana, y ya casi no comían carne en casa. Automáticamente se acordó de esa primera cita, en dónde había pedido esa aberración que tenía carne vacuna. Muy cruda. Y se maldijo mentalmente. Había metido la pata en tantos niveles que le daba hasta risa.

Ya más relajadas, le contaron que aunque la niña ya ni probaba la carne, ellas por ahí, se daban algún gustito.

Agos negaba con la cabeza de manera reprobatoria. Le parecía un crimen asesinar animales para comérselos. Una crueldad que ahora lo hacía sentirse una basura de persona.

Si el noviazgo prosperaba, y él esperaba que así lo hiciera, iba a tener

que plantearse aflojarle al consumo de hamburguesas, bifes... *oh no*. Las milanesas de su mamá... los asados con los amigos... quiso llorar.

Por lo menos, con el postre había terminado de ganarse a la pequeña, que cuando se enteró que era su favorito sonrió con todas las ganas. Aunque notó también, algo sorprendido, que no se lanzaba al plato como sus sobrinos, a lo bestia. No.

Sus modales en la mesa eran impecables. Como si alguien le hubiera dado clases de protocolo. Las dos amigas parecían tan acostumbradas a su comportamiento, que no les llamaba la atención. Pero él estaba alucinado. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero también había querido ser cuidadoso y educado en su presencia. Es que la mocosa no perdonaba una. Caro había volcado agua en el mantel y por poco la fulmina con la mirada.

¿A quién habría salido así? ¿De quién habría aprendido esas cosas? Nadia tampoco era maleducada, pero no la veía tan estricta.

Después de la sobremesa, la pequeña se excusó diciendo que al otro día tenía ensayo por la mañana y tenía que irse a dormir. Se despidió de él con un abrazo amistoso y un beso. Le había caído bien.

Fue como si acabara de sacarse un peso gigante de los hombros. Ahora sí, se sentía tranquilo.

Correspondió su saludo y le prometió volver a visitarla para que le siguiera contando todas las cosas que había dejado a medias y a preguntarle como iban esos ahorros.

La niña se rió y estuvo de acuerdo.

Caro, al rato, también se fue a dormir, dejándolos solos en la sala.

—¿Se te pasaron los nervios? — preguntó su novia sentándose en su regazo.

El le sonrió.

—Ahora sí. — admitió. —Creo que salió todo bien. ¿No? Parece que no le caí mal. — dijo algo ansioso.

—Le gustaste. — contestó abrazándolo. —Gracias por hacer todo esto.

Le devolvió la sonrisa y la besó.

—Gracias a vos por dejarme. — le acarició la mejilla con dulzura. —Te quiero, hermosa.

Se quedaron disfrutando de ese ratito de intimidad que tenían, y entre

arrumacos, se dijeron lo que sentían por el otro. Habían pasado una barrera importante juntos, y se sentía como desde ese momento todo iba a cambiar entre ellos.

El entendía la seriedad del asunto, y no lo subestimaba. Estaba dispuesto a estar a la altura de lo mucho que Nadia acababa de confiarle, y se comprometía a sentar cabeza con ella y formar parte de la vida de esta madre y su hija, tanto como se lo permitieran.

No fue de un día para el otro, pero con pequeños pasitos fueron logrando hacerle espacio en su rutina. Las semanas siguientes, Mirco las visitó un par de veces más durante la comida, y habían ido una vez también a su departamento.

Mientras tanto, seguía viéndose solo con Nadia cada vez que podían como siempre, y aunque tenían poquito tiempo, ahora era mucho más. Era especial.

Se había enamorado completamente y presentía que a ella también le estaba pasando lo mismo.

Y así como él hacía sacrificios como dejar de comer carne cada vez que lo hacía con ellas, Nadia también ponía de su parte. Ese día había avisado a Caro que salía y no volvería a dormir. Esta vez, después de planearlo, por fin pasaría la noche con él.

Estaba tan contento, que había limpiado su departamento unas cinco veces. Y es que había sido muy necesario, ya que Vale y Jamie habían vuelto de sus vacaciones adelantadas, y sus sobrinos habían ido a visitarlo porque lo extrañaban.

Le habían alegrado la tarde entre anécdotas, chistes y ocurrencias. El cariño que esos dos le daban, le hacían la vida enormemente feliz. Y no podía negar, que con el poquito tiempo que había compartido con ella, Agostina, también le despertaba el mismo sentimiento. Ya le tenía cariño a la niña, y le encantaban todas sus manías de nena grande.

No pudo evitar pensar que si las cosas no funcionaban con su madre, no volvería a verla. Y esa idea le cerraba el pecho de la tristeza.

Había cocinado un menú vegetariano compuesto por pastas y verduras salteadas que había buscado en internet algunas horas antes y el vino era un regalo de su amiga Vale, que traía de un viaje a Mendoza.

Nervioso como estaba, ni se había acordado de su sesión de rehabilitación, aunque tampoco le había importado. Ya arreglaría al día siguiente, y si era necesario se quedaría horas extras.

Nadia había llegado puntual, y estaba hermosa. Su cabello suelto de rulos alborotados tan característico, brillaba y hacía resaltar sus preciosos ojos verdes. Llevaba puesto un vestido azul muy bonito, que se le ajustaba al cuerpo, haciendo que se le secara la garganta.

Se obligó a no mirarle las piernas, porque no quería perder el control como siempre les pasaba. Esta noche haría las cosas bien. Irían despacio. Quería saber de ella, quería que hablaran...

Le sonrió, y tomándola de la cintura, la besó cariñosamente y la invitó a sentarse con él a cenar.

—Estás ...preciosa. – dijo aunque no encontraba las palabras para describirla. Vió que sonreía y le gustó más aun.

—Gracias, vos también estás muy lindo. – lo miró de arriba abajo con atención y se mordió los labios. No debería estarle mirando la boca, pensó.

Suspiró. El quería hacer las cosas bien, pero eso no quería decir que fuera fácil. Quería tomarla en brazos y...

—¿Está rico? – señaló el plato que tenía en frente para distraerse.

—Riquísimo. – opinó dando otro bocado, encantada. —Mmm... la salsa está muy buena. – cerró los ojos disfrutándola y a Mirco se le tensó todo de la cintura para abajo.

Mierda.

Se acomodó un poco en la silla y bebió un poco de vino.

—Estoy tratando de no comer carne. – le comentó sonriente. —Desde hace como dos días... – confesó.

Ella se rió.

—No hace falta que hagas eso. – tomó su mano sobre la mesa. —Pero seguro Agos se va a poner contenta cuando se entere.

—Seguro. – se rió también. —Es tan raro que una nena de su edad tenga las cosas tan claras. El otro día se la pasó contándome de cómo maltratan a los animales que son para el consumo.

—Si, le interesa mucho el tema... Se la pasa preguntando de dónde viene cada cosa que come. – asintió. —Celia, la señora que a veces la cuida, es

vegana... y desde chiquita Agos quiso seguir su ejemplo.

—Es tan seria... — se quedó pensativo mirando a la madre de la niña, curioso.

—¿Tan diferente a mí? — se rió. —Si. Tenemos ojos y narices parecidas, pero lo demás...

El asintió. Quería preguntar si se parecía a David en algo, pero no sabía cómo sacar el tema.

—Y el papá... — antes de que terminara la frase, ella le contestó.

—No se parecen en nada. — se mordió el labio con fuerza. —Bueno, son tercos los dos. Y les gusta el orden. Pero nada más. Agos es sensible, compasiva, muy especial.

—Es una genia. — estuvo de acuerdo. —Muy inteligente además.

—En eso último no se parece a ninguno de sus padres. — se rió.

Forzó una sonrisa, y volvió a mirar su plato. No le gustaba mucho la idea de pensar en Nadia y David como pareja. Mucho menos como padres... juntos. Se sentía celoso, y lo peor era que no tenía nada que decir al respecto.

Ellos dos compartirían de por vida la paternidad de esa niña, y no podía cambiarlo. Era algo que los unía para siempre, y con lo cual él no podía ni empezar a competir.

En esa ecuación, él no entraba.

—¿Te puedo hacer una pregunta? — dijo mirándola.

\*\*\*\*

Se había puesto raro después de que nombrara a su ex, se había dado cuenta al instante. Asintió y se quedó mirándolo.

—Cuando pasó lo de Agos... ¿Lo estaban buscando? ¿Querían tener un bebé? — en su incomodidad, podía darse cuenta de lo mucho que le había costado preguntarlo.

—No. — respondió sin dudar. —Fue un descuido. No fuimos muy responsables, y pasó.

—Y ¿Nunca pensaste en casarte con David? Al principio, antes de que se pelearan. — era muy raro estar hablando de esto justo en ese momento.

—No. — se rió. —No, nunca. Nos fuimos a vivir juntos, pero porque era lo más práctico. Creo que David no cree en el matrimonio de todas maneras.

—¿Y vos? — ahora era aun más extraño.

—Ehm... no sé. — se movió inquieta en su asiento. —Supongo que si, con

la persona indicada. Mi ex, no lo era.

Mirco asintió, visiblemente conforme con sus respuestas. Podría haberle preguntado qué opinaba él del asunto, pero la verdad es que se moría por cambiar de tema. Estaban empezando a sudarle las manos. Se metió un bocado de fideos y mucho vino para pasarlo.

—Pero si encontraras a esa persona... – insistió. —¿Reharías tu vida? Digo, con Agos y todo...

Y entonces Nadia se ahogo.

Literalmente.

Un fideo se le fue por otro lado y empezó a toser y ponerse roja como un tomate mientras trataba de respirar sin escupirlo todo. Rápidamente, su novio se levantó y corrió a su lado para ayudarla. Le levantó los brazos y le masajeó la espalda.

—¿Estás bien? – preocupado le abanicaba la cara con un servilleta. —Te ahogaste horrible. ¿Estás bien?

Ella asintió con los ojos llorosos, todavía incapaz de hablar.

Mirco fue hasta la cocina y le sirvió un vaso con agua natural para que bebiera.

Por suerte, su pequeño percance, había servido para que su chico se olvidara del cuestionario que le estaba haciendo, y ya más relajados, se pusieron a escuchar música en el sillón de la sala.

Tenía puesta una lista de reproducción que tenía un poco de todo. Ed Sheeran cantaba “One”, y la letra le hacía volar todas esas mariposas en la panza que sentía cada vez que estaba con él, así de cerca.

—Perdón si recién me puse un poco intenso. Casi te mato. – se rió acariciándole la mejilla, haciéndola reír también. —Quiero conocerte porque me importás. – la besó muy suavemente. —Porque te quiero.

—Yo también te quiero. – le devolvió el beso. —Y quiero que me conozcas y conocerte. – miró hacia abajo. — Pero no me gusta hablar de... él.

Mirco asintió.

—Entiendo. – la abrazó con cariño por un momento y se volvieron a besar.

Sonaba “Pasos de Cero” de Pablo Alborán, y como cada vez que escuchaba esa canción, le daban ganas de bailar. Como si le hubiera leído el

pensamiento, Mirco se levantó y la tomó de la mano para que se parara también.

Le puso una mano en la parte alta de la espalda y comenzó a moverse con ella al ritmo de la música.

Sonriendo, metió dos o tres pasos que lo sorprendieron. Siempre que habían bailado juntos, ella lo había hecho sin prestar atención a la técnica, pero tenía ganas de demostrarle como podía moverse.

Divertido, la hizo girar y dar vueltitas sujeta de su cintura, y Nadia, encantada, lo miró a los ojos para seguir dejándolo boquiabierto.

Se abrazó a su cuello y movió las caderas pegadas a él, mientras le tarareaba la canción muy bajito casi en los labios.

Sin poder resistirse, se acercó y lo besó muy lentamente. Sujetándolo por la nuca para atraerlo, y disfrutando de cómo tomaba aire con fuerza antes de reaccionar y devolverle el beso con la misma pasión.

Mirco besaba con la misma dedicación que sus manos se paseaban por su cuerpo, acariciándola, y a ella le bastaba con ese breve contacto para prenderse fuego.

Por primera vez desde que se conocían, no tenían ningún apuro, y lo aprovecharon.

Todavía bailando, se desvistieron el uno al otro y se quedaron abrazados en medio de la sala mirándose.

—Sos ...tan bonita. – dijo bajando una de sus manos por el centro de su pecho, hasta el ombligo mientras la miraba embelesado.

Sonrió sonrojándose, y controlando la necesidad que tenía de taparse con las manos para que dejara de mirarla.

La tomó por el rostro y la besó con fuerza gruñendo desde lo más profundo de su garganta. Un sonido que le había puesto la piel de gallina, y le había removido hasta la última de sus células.

Lo abrazó, también acariciándolo, sintiendo que ya no podía más. Lo necesitaba.

Pero él la frenó.

Le tomó las manos y le sonrió.

—Acá no. – la condujo por el pasillo hasta llegar a la habitación, y una vez allí, y con la música de la sala todavía sonando de fondo, la recostó a su lado en la cama con un jadeo y volvió a besarla.

Terminaron de desvestirse, sin prisa, entre caricias delicadas mientras se sostenían la mirada.

Su piel se sentía tan bien en contacto con la suya, que parecían hechos para el otro. Cada toque de él, era en el lugar exacto en donde lo necesitaba. Cerró los ojos por un momento y él bajó apenas besándole el cuello con la misma dulzura.

Siguió camino hasta su pecho, haciéndole cosquillas con su aliento y no pudo evitar gemir. Al escucharla, sonrió y la miró mientras bajaba hasta su pezón. Apenas rozándola con la punta de la lengua, mientras con la otra mano acariciaba más abajo, por su cintura... su cadera, sus muslos...

Ella enredó los dedos en su cabellera oscura, y jadeó de placer, empezándose a retorcer de deseo.

Se movió despacio, colocándose por encima de ella, sostenido con las manos, sin aplastarla.

Sus brazos, se tensaron con el peso de su cuerpo, y no pudo evitar acariciarle los hombros, los bíceps... Estaba en tan buena forma, que era imposible resistirse. Era hermoso y la hacía sentir tantas cosas bonitas...

Se acomodó entre sus piernas y mirándola a los ojos, entró en ella con infinito cuidado. Más del que había tenido siempre. Mucho más.

Ella se abrazó a su espalda, acoplándose a los lentos movimientos de Mirco, suspirando por lo bien que se sentía. La llenaba de besos tiernos, mezclados con otros no tanto. Mucho más apasionados, que la hacían temblar. Era la primera vez que lo hacían de esa manera, y era increíble.

En su mirada, podía notar que para él, también estaba siendo igual de especial. Igual de íntimo. Le estaba haciendo el amor con cada parte de su cuerpo.

Aumentaron la velocidad, mientras se decían todo lo que sentían y se dejaban llevar.

La mañana siguiente, se despertó algo temprano, tal vez por la costumbre que tenía de madrugar, y sonrió. Acostada sobre el pecho de su novio, todo olía a él. La tenía sujeta bien cerca, como si hubiera estado abrazándola antes de quedarse dormido. Era la mejor manera de despertar, sin dudas.

\*\*\*\*





## Capítulo 25

Unos días después, fue a visitar a su amiga Vale para almorzar. Nadia había salido temprano, así que había pasado por la guardería y la había buscado también. Sus sobrinos se abrazaron de su cuello apenas lo vieron y entre gritos y risas, les presentó a su novia. Bueno, a Ava, porque Simón ya la conocía.

No había hecho falta una conversación para romper el hielo como había necesitado él con Agos, ni nada. La chica tenía una conexión inmediata con los niños al ser maestra jardinera. En seguida se cayeron bien y charlaron como si se conocieran de toda la vida. Ava era una pequeña simpática, pero se notaba que además tenía buena química con la chica. Simón, que había visto a su seño un ratito antes, estaba emocionado de que ahora fuera a quedarse a comer en su casa... aunque ninguno sabía si el nene entendía algo realmente de lo que estaba sucediendo.

—Bueno, le voy a decir a Gerard que ya podemos ir pasando a comer. — dijo Vale, cuando terminaron todos los saludos.

Como Nadia estaba muy compenetrada charlando con los chicos, él siguió a su amiga a la cocina.

—¿Y? ¿Cómo anda esa panza? — le preguntó.

—Todavía no tengo. — se rió aplastándose la camisa para mostrarle la barriga. —Pero si es como mi segundo embarazo, en un par de semanas voy a ser un elefante.

—Callate. — se rió. —Nunca fuiste un elefante. Eras una modelo, rubia.

Su amiga se rió y lo empujó cariñosamente.

—Hablando de modelos... — dijo rascándose la nariz para tapar su sonrisa pícaro. —¿Cómo están las cosas con mi amiga Nany?

—Tu amiga Nany no es modelo. — comentó.

—Pero parece. — tenía esa miradita cómplice que él tanto conocía. —Es muy linda.

—Es hermosa. — contestó. —Y las cosas están... — suspiró. —Mejor imposible. Me encanta, de verdad.

—Aw, Mir. — dijo enternecida. —A mí me encanta que estés así. Nunca te había visto tan... — no terminó la frase, pero su amigo la había entendido.

—Si, ya sé. — sonrió sintiendo como su corazón daba un vuelco al hablar

de su chica. —Espero que todo siga así de bien.

—Si, seguro que si. — le respondió su amiga y después, algo emocionada, lo abrazó.

La envolvió con delicadeza y sonrió ante la sensación cálida que su amiga siempre le había hecho sentir, solo que ahora podía disfrutarlo sin dolor.

—Vale, Simón dice que quiere ir al baño con vos. — escuchó que decían a sus espaldas. Nadia había entrado. Se separaron sonrientes, mientras su amiga se iba tras su hijo y él se quedaba en la cocina con su novia.

Se acercó a ella, y tomándola de la cintura le dio un besito en los labios.

—Estás muy linda hoy. — le susurró.

Ella hizo una sonrisa forzada y le esquivó la mirada.

—¿Todo bien? — preguntó entornando los ojos, mirándola atentamente.

Asintió algo dubitativa y se mordió los labios. Iba a seguir insistiendo, porque la notaba rara, pero entonces su celular empezó a sonar.

—Hola, Caro. — contestó alejándose un poquito de él. —No, estoy con Mirco, comiendo en lo de Vale.

Hizo señas para que le mandara saludos, pero ella no hacía ni caso. Se había quedado pálida y congelada en el lugar.

—¿¿Qué?! — gritó. —¿Cómo? ¿Qué te dijeron? — se tapó la boca y se fue a sentar en la silla que más cerca estaba. —¿Pero es que no entiendo cómo pudo pasar una cosa así! Caro, por Dios. — ahora su gesto era de terror.

¿Qué había sucedido para que estuviera así? Asustado se sentó a su lado esperando que terminara la conversación, para poder preguntarle.

—Ahora lo llamo. — dijo al borde de las lágrimas, desesperada.

—Ey. — le acarició la mejilla. —¿Qué pasa, hermosa?

—David. — contestó casi sin aliento.

Sin entender, volvió a preguntar.

—¿Qué pasó con David? — Nadia se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro buscando entre sus contactos del celular. Sus manos no paraban de temblar.

—Se llevó a Agos. — dijo casi susurrando.

—¿¿Qué?! — y ahora los dos estaban igual de desesperados.

Sentía como si le acabaran de vaciar un balde de agua helada en la cabeza.

—Se la llevó de la escuela. Dijo que por ser su papá lo dejaron... — masculló.

—Pero ¿Cómo se la van a dar? — preguntó a los gritos. —Sin una autorización tuya...

—No me atiende el teléfono. — dijo ella ignorándolo.

—Que hijo de puta. — gruñó apretando las mandíbulas. —Lo voy a matar, te lo juro.

Vale, que había escuchado los gritos, entró en la cocina preocupada.

—¿Qué pasó? — los miró primero a uno y después al otro, pero en el estado de shock en el que estaban, ninguno se hacía entender muy bien.

—Bueno, vamos a hacer esto. — dijo queriendo tranquilizarlos. —Nadia, vos tomá mi celular, y vas a intentar llamarlo desde otro número que no sea el tuyo para ver si te atiende. Yo lo voy a llamar a Jamie y vos Mir, vení conmigo un segundito.

Una vez solos, su amiga le habló.

—Calmate, morocho. — le pidió queriendo relajarlo. —Estás poniendo más nerviosa a Nany y es peor.

—Pero es que Vale, ese idiota tiene a la nena. — le explicaba desencajado. —Mirá si se la lleva lejos... mirá si la saca del país. — el corazón se le estrujaba imaginándolo. —Mirá si le hace algo...

—No pensemos así. — dijo Vale. —Seamos positivos. Es su papá, no creo que le haga nada.

Asintió, poco convencido, y volvió a donde estaba su novia hablando por teléfono.

David le había contestado, y le había dicho que él tenía tanto derecho sobre la pequeña como ella, y que no había hecho nada malo. Que era su hija, y si quería, se la llevaba a vivir a su casa.

Hecha un mar de lágrimas, le había gritado, insultado, y discutido sin éxito. Cuando vio que no iba a lograr nada, había optado por rogarle con todas sus fuerzas que por favor se la devolviera. Pero nada, su ex no daba el brazo a torcer.

Cansado de tanta negociación, se fue a buscar el auto. Las cosas se iban a solucionar en persona. Y si tenía que matarlo a golpes, lo mataría. Nunca había estado tan seguro de algo en toda su vida.

Jamie, que acababa de llegar del trabajo por el llamado de su mujer,

pidió acompañarlo y en un segundo las dos mujeres también se estaban subiendo a la parte de atrás del vehículo. Ava y Simón se quedarían con Gerard, que de paso, estaría pendiente de cualquier novedad.

Tocaron el timbre del departamento en donde se estaba quedando David, y esperaron.

Después de un par de intentos, los atendió con mala cara. Al ver la cantidad de gente que había llevado su ex novia, retrocedió apenas... pero cuando se dio cuenta de quienes eran, se congeló sin poder creerlo.

Su otra ex, Valentina, con su marido Jamie y su mejor amigo Mirco. ¿Qué hacían todos ellos ahí? Y ¿Desde cuándo esas dos se habían amigado? No entendía nada, y se reflejaba perfectamente en el rostro de bobo que le había quedado.

—Dame a mi hija. – dijo Nadia sin poder contenerse.

—Es mi hija también. – retrucó.

—¿Ahora te acordás? – lo increpó Mirco. —Trae a la nena ahora, flaco, porque si no, me vas a conocer.

—Y a vos ¿Qué mierda te importa? – se cruzó de brazos. —Agos quiere estar acá.

Después de eso, fue todo un borrón. Jamie lo sostenía del pecho detrás de su cuerpo para que no matara al idiota de David, y Vale sostenía a Nadia que quería golpearlo también.

—De verdad, ¿Qué hacen todos estos en mi casa? – se rió. —¿Qué pasa, Vale? ¿Ya perdonaste a tu amiga por lo que te hizo?

El marido de su amiga, cansado de las estupideces que el chico decía, y controlándose para no desfigurarle la cara a patadas, dijo.

—¿Qué querés David? – soltó a Mirco apenas, viendo que ahora no se resistía a su agarre. —Decí qué es lo que querés. Nadie te cree este arranque de “padre del año”. ¿Es plata? ¿Eso querés? Decinos cuanto y desaparece de una vez.

Se hizo un silencio en la sala y después de una sonrisa ladina por parte del padre de la niña, todos cayeron en la cuenta de que Jamie tenía razón. Era eso lo que pretendía. Dinero.

—¿Cuánto? – repitió Mirco, dispuesto a darle el doble de lo que pidiera para que los dejara en paz, y les devolviera a Agostina lo más rápido posible.

Tras una negociación que duró un buen rato, David, se había

comprometido a dejar de molestar y borrarse de la vida de la pequeña a cambio de una buena suma. Se lo liberaba de cualquier responsabilidad económica de ahora en más, y Nadia no hacía la denuncia policial que tenía pensado hacerle por lo sucedido esa tarde. Se había enterado que su ex había empezado a salir con un jugador de fútbol conocido, y había visto la oportunidad para sacarle un provecho.

Mirco no podía creer, que ese hombre fuera tan miserable. No se daba cuenta de la hija maravillosa que tenía, y de lo afortunado que había sido de ser su padre. ¿Cómo podía a cambio de dinero aceptar no verla más? Obviamente iba a ser para bien de la niña, pero aun así. Si alguien venía y le ofrecía dinero para no ver más a Agos, o a cualquiera de sus seres más queridos, la respuesta era simple. Ni loco.

Toda la preocupación que había vivido su novia, el mal rato que le había hecho pasar...Y todo se solucionaba con un cheque. Sintió asco. Un asco profundo por lo ruin, calculador y asquerosamente frío que era ese idiota.

Sintió mucha pena por Agos también. Después de todo era su padre. No le entraba en la cabeza nada de lo que había sucedido. Ojalá ella nunca se enterara de nada de todo esto.

—Te voy a devolver el dinero. — dijo su novia, avergonzada, sin mirarlo.

—No hace falta, Nany. — le contestó abrazándola.

—Si. — lo interrumpió. —Si hace falta. — lo miró con los ojos llorosos.  
—Gracias.

Negó con la cabeza y la abrazó más fuerte. Jamie y Vale, se fueron al auto, mientras ellos en la sala, esperaban a Agos. Se había ido a dormir la siesta y no tenía idea de nada, gracias a Dios.

Se la llevaron de esa casa a las apuradas, y cuando regresaron a lo de su amiga, la nena se la pasó jugando con Ava y Simón. Totalmente ajena al infierno que acababan de pasar todos.

Sin perder tiempo, Nadia se había comunicado con la escuela de su hija y se había hecho escuchar como correspondía. Lo que había pasado era demasiado grave, y podría haber tenido consecuencias terribles. Se disculparon repetidas veces, y prometieron tener más cuidado de ahora en más, pero eso no le sacaba la bronca.

Se habían quedado un rato y después se fueron a la casa de su novia. Lo habían invitado a comer, pero él se daba cuenta que estaba cansada por el día

que había tenido, y no estaba de buen humor. Así que se despidió y se fue a su departamento.

Tenía dos llamadas perdidas de Ruth, que eligió ignorar, y un mensaje de Diego, su compañero de equipo. Quería salir a bailar.

Puso los ojos en blanco, y respondió rápidamente que estaba con sueño, y sinceramente no tenía ganas. Su amigo estaba al tanto de su noviazgo, y hacía días que lo presionaba para irse de copas. Quería volver a las andadas... Seguramente se habría peleado con su ex...

Menos ganas le daban.

Estaba a punto de poner el celular en silencio, por si Diego se ponía pesado, cuando le llegó un mensaje de ella.

*“Gracias por lo de hoy. Te quiero.”* Sonrió. Le encantaba pensar que por más que tuviera mil cosas en la cabeza, él formaba parte de esos pensamientos.

Se apuró en contestarle.

*“No tenés que agradecerme. Sabés que Agos es muy importante para mí también. Te quiero más.”* – se frenó por un momento, dándose cuenta de que hacía pocas horas se habían visto, pero ya la extrañaba. Ojalá pudiera dormir con ella entre sus brazos...

Con esa imagen que lo llenaba de esperanza, se fue quedando dormido de a poco.

Una semana después, era el cumpleaños de Simón. Vale había organizado todo para realizarlo en la casa de campo que habían comprado con Jamie hacía unos años. Tenían caballos y era un lugar muy bonito.

El había ido una vez, para un cumpleaños de Ava y la había pasado genial. Los chicos se habían divertido, y habían jugado todo el día. Mientras que los adultos, habían disfrutado de un asado al aire libre.

Todavía no tenía detalles, pero suponía que esta vez, los planes eran parecidos.

Al reconciliarse con su ex amiga, Nadia también estaba invitada, así que irían juntos, con Agos, a pasar todo ese fin de semana.

Sus sobrinos estaban emocionadísimos de que su nueva compañera de juegos asistiría. Apenas se habían bajado del auto, y ya estaba corriendo con

ellos rumbo a los establos.

Vale, los había recibido y les había mostrado la habitación que les tocaba y no tan disimuladamente, los había dejado solos para que se acomodaran. Entre risas, desempacaron los pequeños bolsos que habían llevado, y se habían unido a los anfitriones en la cocina.

Estaban esperando algo así como 20 niños, y hacían falta un par de preparaciones. Gerard el asistente, y su sobrina Sonya, acompañaban a la gente del catering a las mesas del jardín y de vez en cuando, vigilaban a los pequeños para que no se hicieran daño.

Los abuelos del cumpleaños, eran los que estaban enseñándoles a andar a caballo, con mucha paciencia y cuidado. Por lo menos hasta que llegaron Flor y Nico, para alborotarlos.

Cuando se acercaba la hora de comer, vió como los esposos de sus amigas, empezaban a preparar el fuego para el asado.

—¿Podrán hacer algunas verduras asadas también? – sugirió.

Mateo, que acababa de llegar con Ana, y Rosita lo miró entornando los ojos con un gesto burlón.

—¿Haciendo dieta, morocho? – se saludaron con dos palmadas en la espaldas como siempre hacían.

—Si, algo así. – explicó. —Agos es vegetariana, y con Nadia estamos tratando de comer menos carne.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y lo miraron como si le hubiera crecido otra cabeza. ¿Qué les pasaba? Se preguntó.

—¿Vos? Tratando de no comer carne... – Flor lo miró extrañada, frunciendo el ceño. —Pero te encanta la carne, Mir.

Nadia, que estaba sentada a su lado se movió un poco incómoda y le dijo casi en susurros.

—Comé asado si querés. – sonrió cariñosa. —Y por nosotras no se hagan problema... Le traje unas hamburguesas de soja a Agos, y yo como lo que haya.

—Nada de problema... – dijo Vale animándola. —No van a comer carne si no quieren. Ahora voy a buscar las verduras.

Aunque por supuesto, Mateo y Nico se habían burlado lo suficiente, el ambiente se había distendido entre bromas y risas. Pero su amiga, la morocha, todavía parecía ensimismada. Lo miraba raro a él y a su novia. Le estaba



dando vueltas a algo, y sabía que tarde o temprano se enteraría.

—Mir. — Agos se acercó a él y le hizo señas para hablarle al oído, así que se agachó. —¿Me acompañas a pasear en el caballo de los abuelos de Ava? No quiero ir con ellos. — miró a donde estaban los otros niños divirtiéndose.

Le había parecido raro que no le preguntara a su madre, pero de todas maneras, no pudo evitar responder casi instantáneamente.

—Claro, vamos. — se la llevó de la mano hasta el establo mientras charlaban.

—Ava me contó que antes eras el novio de su mamá. — se aclaró la garganta y como pudo le contestó.

—No, no éramos novios. Siempre fuimos buenos amigos. — la nena lo miró levantando la ceja de manera suspicaz. Dios. A veces era demasiado inteligente para su edad, pensó.

—¿Y con tu otra amiga? Flor... — se rió y entornó los ojos. —Porque Simón me contó que una vez...

La frenó antes de que pudiera seguir hablando.

—Es mi mejor amiga también. — no podía creer que una enana que no tenía ni 10 años, lo arrinconara así. Ni la prensa lo hacía sentir tan intimidado. Estaba sudando como loco.

—Soy chiquita, pero me doy cuenta de algunas cosas. — le comentó. —Y mi papá también tenía muchas amigas. — apretó su pequeña boquita en un gesto que quería ser severo... pero que a él le había parecido adorable.

—Yo no... — dudó rascándose la nuca. —Yo no soy como tu papá. — la ayudó a subirse al caballo, y la distrajo con el paseo, porque no pensaba seguir hablando del tema. No le correspondía ponerse a hablar mal de quien era su padre. Por más bronca que le tuviera, nunca dejaría de serlo.

Pensaba que el asunto estaba olvidado, porque se habían divertido mientras rodeaban los alrededores, pero no. La niña lo descolocó con una sola frase.

—Espero que no seas como mi papá. — lo miró algo entristecida. —El siempre se tiene que ir, y no quiero que te vayas... mi mamá está muy contenta cuando vos estás.

Se le había hecho un nudo apretado en la garganta y el corazón le había dado un vuelco. No sabía por qué, pero tenía una necesidad enorme de abrazar a la pequeña y hacerla sonreír.

—No me voy a ir. – le prometió. —Y yo también estoy contento cuando estoy con tu mamá. – la miró con una sonrisa. —Y con vos también.

La niña, que se caracterizaba principalmente por ser seria, y distinta a las demás de su edad, le devolvió el gesto, y para su sorpresa, lo abrazó con cariño. Se quedó muy quieto, sin saber como actuar.

La pequeña se le había metido en el corazón y sabía que pasara lo que pasara, cumpliría la promesa que le había hecho.

El día fue pasando, entre juegos y comida. Mucha comida. Vale había exagerado, y aunque todos habían comido hasta reventar, había sobrado como para veinte personas.

Había aguantado estoicamente que todos comieran asado a su lado y no se había tentado ni una sola vez. Nadia lo miraba con una mezcla de ternura y lástima que lo hacían partirse de la risa.

—De verdad, no me molesta. – le había dicho.

—Pero te encanta el asado. – le susurraba. —No quiero que te prives de comer lo que te gusta.

—Amor... – le acarició la mejilla con delicadeza y tomó su mano. — Para vos y Agos es importante. – se rió. —Además después de la charla que me dio el otro día sobre el ganado vacuno, no gracias. Un poco de verduras no me van a hacer mal.

Ella se rió con él.

—Si, a mí y a Caro también nos dio la misma. – se mordió los labios. — Se encariñó mucho con vos. Agos, digo.– lo miró pensativa.

—Y yo con ella. – le contestó casi al instante. —Es muy importante para mí la enana. La adoro.

Nadia no le respondió, pero apretó más el agarre de sus manos mientras lo miraba a los ojos.

Estaban en una burbuja ellos dos solos, totalmente ajenos a las conversaciones de la mesa. Compartiendo la intimidad que de a poco habían logrado, lejos de todo. Lejos de los gritos de los más chicos, las risas y bromas de sus padres, lejos de esa majestuosa casa y sus establos. Realmente pensaba que esto podía funcionar. La miraba y no tenía dudas de eso. No parecía existir otra opción.

Tan lejos estaban que ni se habían percatado de como Flor, su amiga, los

miraba frunciendo el ceño, totalmente molesta.

A la hora de dormir se habían acomodado para que las niñas durmieran en una habitación, Simón, en una que estaba junto a la de sus padres, y ellos, en otra del otro lado del pasillo. Ana y Mateo no se habían quedado a pasar la noche porque Rosita dormía en su cuna y les parecía mucho para la pequeña. Nico y Flor, habían insistido en reservar un hotel. Claro, Vale había puesto el grito en el cielo.

Y es que la rubia podía ser muy insistente.

Además, nadie iba a contradecirla tan sensible como estaba en su estado.

Aunque él a veces pensaba que exageraba, y lo usaba en su ventaja, para que la dejaran salirse con la suya.

Estaban en la única habitación que daba al jardín, porque tanto niño, los empezaba a poner nerviosos, y después de un día intenso entre ellos, necesitaban paz. De más estaba decir que ninguno había cambiado su opinión. Nunca serían padres.

Y él pensaba que menos aún después de ese fin de semana.

Se acomodó al lado de Nadia abrazándola por la cintura sintiéndose tan bien, que le parecía mentira. Eran raras las ocasiones en las que podían pasar la noche juntos, y le parecía increíble. Casi demasiado bueno para ser cierto.

La tormenta que se había desatado fuera, era perfecta para lo que tenía en mente. Con una sonrisa, le acarició la mejilla y comenzó a besarle el cuello como tanto le gustaba. Nadia pasó las manos por su espalda levantándole la remera y arqueando la espalda, se pegó más a él. Su cuerpo parecía estar hecho a su medida. Amaba como se movían juntos. Como si se conocieran desde siempre.

Sin perder tiempo, se colocó encima de ella y tiró del ruedo de su camiseta para desvestirla también, sintiendo que se prendía fuego. Pero justo cuando logró sacársela, escucharon gritos del otro lado de la puerta.

—¡Mami! – Agos. La sangre se le congeló de golpe.

Asustados, se pusieron la ropa como pudieron y salieron a su encuentro en segundos.

La pequeña estaba en el pasillo con la cara llena de lágrimas, abrazada a su osito. Sonrió al reconocer que era uno que le había regalado él. Estaba angustiada, pero al menos no parecía correr peligro, así que de a poco, tomó

aire para calmarse.

—¿Qué pasa mi amor? – preguntó su mamá agachándose frente a ella.

—Tengo miedo, hay truenos. – Nadia la abrazaba reconfortándola, mientras él le sacaba las lagrimitas. Francamente, podía entenderla. De chico, no era fanático de las tormentas eléctricas. Para nada.

Solía pasarse a la cama de sus padres, y entendía que Agos quisiera hacer lo mismo. Era comprensible.

Resignado a que sus planes de esa noche acababan de irse de paseo, le habló muy bajito.

—¿Quieres dormir con mami? – la niña por supuesto asintió desesperada.  
—Me voy a dormir a la sala.

—No, Mir. – se apuró a decir. —Me voy yo con ella al cuarto de las nenas.

Se negó decidido, y sin dejarla discutir, buscó una de las frazadas del guardarropas y se encaminó a uno de los sillones.

Su novia se había llevado a Agos en brazos, por suerte, ya más tranquilita.

Acomodándose entre los almohadones, se tapó hasta la cabeza y se durmió.

## Capítulo 26

\*\*\*\*

Hacía mucho que Agos no se pasaba a su cama llorando. Si, podía deberse a la tormenta, pero de igual manera era raro.

Había escuchado truenos mucho más fuertes, y había seguido durmiendo sin problemas.

No pudo evitar pensar que su padre tenía algo que ver. Lo maldijo para sus adentros y la abrazó más fuerte. Ya había consultado con su psicólogo una vez. Justo cuando David se había ido sin despedirse hacía dos años, la pequeña tuvo fiebre tres días seguidos. Después de estudios clínicos, todos habían coincidido a que era debido a un cuadro de estrés.

Estrés.

A los cuatro años.

Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Para sacárselo de la cabeza, pensó en Mirco y sonrió. Era obvio que se había encariñado con su hija. Lo había visto enloquecer cuando su ex se la había llevado, y hacía un rato se lo notaba preocupado de verdad al verla llorar.

Eso la hacía pensar.

Si seguían juntos, su vida iba a cambiar. Demasiado. ¿Estaría listo para tanto? Porque si no funcionaban como pareja no sería solo ella la que quedaría destruida.

Agos lo adoraba.

Una presión se apoderó de su pecho y se le hizo difícil respirar. No sería nada fácil.

El era joven, y querría seguir haciendo la vida que llevaba antes de conocerla. ¿Qué le estaba pidiendo? ¿Qué pretendía? Por Dios, pero si ya ni siquiera comía carne por ellas. Tomó aire con fuerza, pero era inútil, no llegaba a sus pulmones.

La manera en la que la había besado y tocado... gruñó frustrada. Si, los dos se habían quedado con ganas de más.

¿Y si eso se repetía?

Ella tenía una hija, y era su prioridad. ¿Dónde quedaban ellos como pareja?

Con el pulso latiendo en sus oídos, cerró fuerte los ojos, y se obligó a descansar. Eran temas demasiado pesados para tratar antes de dormir. Solo lograría volverse loca.

La respiración de Agos la fue calmando, hasta que el sueño se apoderó de ella.

Amaneció algo encandilada por la luz que entraba desde los ventanales. La lluvia había cesado, y ahora brillaba el sol en un cielo limpio y azul. La casa de su amiga, era realmente preciosa.

Sonriendo, se movió para su costado, esperando encontrar a Agos, pero no. No estaba.

Confundida, la buscó en el baño y tampoco. Entornó los ojos temiendo que la pequeña se hubiera levantado más temprano y hubiera estado despertando a los demás o haciendo lío. En puntas de pie, caminó por los pasillos, pero todo parecía en silencio.

Todos dormían. Seguramente había vuelto al cuarto con Ava.

Pasó por la sala y por poco el corazón se le derritió.

Mirco dormía en el sillón, de perfil, porque Agostina se le había dormido al lado ocupando todo el espacio. Estaba abrazándolo como abrazaba a su osito.

Mierda. Iba a ser más difícil de lo que pensaba. La sensación de falta de aire, la volvió a abrumar y casi en un ataque de pánico tropezó con una mesita que ni había visto, llena de adornitos de arcilla. Obviamente con su torpeza tan característica, había hecho un escándalo terrible. Maldijo por lo bajo, pasándose la mano por la pantorrilla, que acababa de reventarse, de paso.

Alertado por el ruido, su novio abrió los ojos y la miró.

—Soy yo, no te asustes. — señaló la mesita que casi había tirado. —Casi me mato... lo normal. — se encogió de hombros.

El sacudió la cabeza riendo.

—¿Estás bien? — preguntó al ver que se había hecho daño.

—Si, no es nada. — le sonrió.

Ya más despierto, se movió en el sillón, y se sorprendió cuando vio a la niña a su lado. Debió pasarse cuando él ya estaba dormido, porque no parecía estar al tanto.

La miró con ternura y le acarició la cabecita.

—Me parece que es sonámbula como su mamá. — los dos se rieron recordando aquella vez...

—Perdón. — dijo un poco incómoda. —No me di cuenta de que se levantaba.

El negó con la cabeza, todavía mirando a Agos.

—No me pidas perdón. No me molesta. Además... — ahora la estaba mirando a los ojos, con esa media sonrisa que lo hacía irresistible. —Me tengo que acostumbrar... si lo nuestro sigue así de bien...

Podía sentir literalmente como la sangre abandonaba su cabeza dejándola liviana e inestable. ¿Qué estaba diciéndole? Que fuerte. Mirco no siguió hablando. De hecho, pareció arrepentirse lo que casi había dicho.

Claramente estaba viendo un futuro juntos. ¿Estaba lista para eso? Para dejar de ser ella, Caro y Agos... Para ser ella, Agos y... ¿Mirco?

El estómago se le retorció de manera desagradable.

Interrumpiendo el momento incómodo que estaban pasando, Simón pasó corriendo sacándose la ropa a los tirones.

—No, mamiii... — lloraba.

—Te tenés que bañar. — decía Vale que corría por detrás tratando de alcanzarlo. —No sé cómo hacés con 15 de estos, Nany. Yo no puedo con dos. — le dijo entre risas.

—Pero nadie te mandó a encargarse un tercero. — se burló su amigo.

—No escupas para arriba, morocho. — le contesto levantando una ceja. — Ya te va a tocar a vos.

Si hubiera podido encontrar su voz, seguramente hubiera gritado, y fuerte.

*¿Ves, Mirco? — pensó ella. — Esto es lo que te depara si seguís por ese camino. No sabés ni en lo que te estás metiendo.*

Sin saber que decir ni que hacer, se fue a la habitación corriendo casi como lo había hecho el pequeño Simón.

\*\*\*\*

Nadia había salido corriendo como si hubiera visto un fantasma.

No era tonto. Sabía que la había asustado con sus palabras. Quiso darse la cabeza contra la pared. ¿Por qué había sido tan bocón? Siempre tan impulsivo... y ella siempre huyendo. Porque si bien era pronto para ese tipo de charlas, eran dos personas adultas. Y se querían. Mucho. ¿Por qué hacía

cosas como esas? A veces tenía la sensación de que se le escapaba por entre los dedos, y odiaba sentirse así.

Ya tendría que haberse ganado su confianza después de tanto tiempo.  
¿Qué estaba haciendo mal?

Tarde o temprano, las cosas habían vuelto a la normalidad.

Ellos seguían juntos, y los meses seguían pasando. A pesar de las inseguridades que pudiera tener acerca de su relación, tenía que reconocer que era la mejor que había tenido. De hecho, podía decir con total sinceridad que este último tiempo, había sido el mejor de su vida.

Sentía que finalmente había encontrado a la persona con la que quería estar.

Nadia, que al principio le había parecido una chica rara, era ahora lo más bonito de sus días.

Conocerla, lo tenía constantemente divertido. No podía decir que con ella llegaría a aburrirse. Nunca.

A medida que de a poco, fue quedándose a dormir en su casa, fue descubriendo más de su rutina y más le gustaba.

Ahora sabía, por ejemplo, que tomaba 4 tazas de café al día, como mínimo. No le gustaba la oscuridad, y como costumbre, dejaba la luz del baño encendida. Había comenzado a hacerlo para que Agos no tuviera miedo de noche, pero ahora ella también la necesitaba.

Tenía un tatuaje pequeñito a un costado de la cadera. Eran unos bigotitos, naricita y orejas de gato. No se lo había visto, hasta hacía pocas semanas. Es que era de verdad, muy chiquito. Y quedaba camuflado entre sus lunares.

Se lo había hecho después de que Lola, su mascota, muriera cuando ella tenía 17 años. Era tierno, si. Pero además de eso, era terriblemente atractivo.

Si no se lo veía con atención, era fácil pasárselo por alto, pero claro... ahora que sabía que estaba allí, se había obsesionado. Se había vuelto uno de sus lugares favoritos de su piel, y siempre que estaban en la cama, se tomaba su tiempo para besarlo. Era una de las cosas más sexys que había visto.

A diferencia de la mayoría de las personas que conocía, se despertaba siempre de excelente humor. Ponía música y bailoteaba por toda la casa mientras se cambiaba, cocinaba el desayuno y la preparaba a Agos para la escuela.



Era preciosa y lo hacía sonreír desde temprano. Era imposible no contagiarse de tanta alegría.

Ese día en particular, se había levantado con la canción “Stitches” de Shawn Mendes, y todavía vestida con su pijama, que consistía en un short de algodón pequeñito y un top con tirantes rosa. Se había anudado el cabello en un moño y mientras abría las cortinas de par en par, comenzó a estirarse al lado de la cama donde brillaba el sol.

El, que no siempre estaba tan energético a las 8, la miraba como bobo. Le había quedado como costumbre, desde sus épocas de bailarina, y siempre hacía algunos ejercicios de elongación.

Sonrió pensando que ya a esas alturas de su noviazgo, podía dar fe de lo flexible que era. Se removió en la cama tratando de pensar en otra cosa, porque empezaba a alterarse y en minutos tendrían que ir a desayunar en la cocina con Caro y Agos.

Pero justo entonces Nadia, todavía cantando la canción que sonaba, se tomó una pierna y la levantó a la altura de la cabeza.

Ok. Era momento de una ducha.

Fría.

Se desperezó todavía sintiéndose un poco incómodo con su atuendo. Ahora usaba pijama. Toda una novedad para él, que por lo general dormía desnudo. Obviamente eso había tenido que cambiar ahora que se quedaba con Nadia, porque ella no vivía sola. Tenía que ponerse unos pantalones de gimnasia y una camiseta que ya tenían su lugar en un cajón del vestidor de su novia.

Eso, sin embargo, no quería decir que se pasara toda la noche vestido.

Después de cenar, se quedaban un rato en la sala mirando televisión, hasta que Agos se iba a dormir, y ellos como si nada, se cambiaban para acostarse también y esperaban a no escuchar más ruidos.

Claro, tenían que ser cuidadosos y sumamente silenciosos... pero hasta ahora, funcionaba.

Eso era otra cosa a la que había tenido que habituarse. A tener sexo, pendiente de que en cualquier momento, y si tenía mala suerte, podían ser interrumpidos por llamados de la niña, o si tenía mucha mala suerte, podía abrirse la puerta de la habitación y...

No había sucedido en todos esos días, pero siempre estaba la posibilidad. No quería ni imaginárselo.

Agos nunca entraba al cuarto de su mamá sin golpear la puerta, y rara vez se despertaba a mitad de la noche. Pero saber que podía pasar, los hacía estar atentos. Para ella era algo nuevo también.

Nunca había llevado a ningún hombre a casa, y mucho menos en esas circunstancias. Así que los dos se estaban adaptando.

Si, era incómodo.

Si, era estresante.

Pero valía la pena cada segundo.

Estaba distraído, justamente recordando la noche anterior, cuando sintió que su chica lo abrazaba por la cintura y lo atraía casi a tirones para que se uniera a él bailando.

Se rió y trató de seguirle la corriente, aunque estaba muy dormido y no podía coordinar todavía los dos pies sin caerse. Con una carcajada, Nadia lo hizo dar una vueltita y saltó a sus brazos.

Aunque había perdido un poco el equilibrio, no pesaba nada, así que ajustó su abrazo y siguió bailando con ella a cuestas como si nada.

Ella se sujetó con fuerza con las piernas alrededor de su cadera y tomándolo del cuello, lo besó. Sentía su piel calentita por el sol a través de la ropa, en contacto con su cuerpo y se tensó por completo. Su perfume, mezclado con sus besos insistentes, lo estaban volviendo loco. Caminó unos metros y la apoyó contra la pared, bajando las manos hasta sus muslos desnudos.

La vió separarse apenas para suspirar y cerrar los ojos al sentir su erección rozándola justo entre sus piernas.

Como desde la primera vez, les bastaba así de poco, para perder por absoluto el control.

Entre jadeos, le besó el cuello, saboreando su piel, que empezaba a erizarse de placer y supo que no iba a poder resistirlo. Sus manos forcejearon para bajarle el short y la ropa interior de un solo y certero movimiento, mientras ella hacía lo mismo con su pantalón.

Lo tomó entre sus manos con firmeza, y tuvo que morderle el labio con fuerza para no gemir. En pocos minutos, había pasado de un jugueteo tonto, a estar así. Deseándose con urgencia. Su cadera empezó a moverse, buscando fricción, buscándolo a él de manera desesperada y no la hizo esperar.

Tomándola de la nuca para que lo mirara, y con la otra mano por debajo

de su trasero, se acomodó donde necesitaba y muy despacio, y entre besos, se hundió en su cuerpo.

Quería gruñir, gritar, gemir, pero no lo hizo. En lugar de eso, tomó aire y lo soltó con violencia, invadido por la sensación de sentirla rodeándolo como tanto le gustaba.

Nadia había echado su cabeza hacia atrás, quedándose muy quieta disfrutándolo, llenándose de él. Era preciosa... la chica más sexy con la que había estado. Y solo verla sentir tanto placer, lo llevaba al extremo.

Necesitaba moverse, pero si lo hacía, la intensidad de lo que estaba sintiendo, lo harían acabar mucho antes de lo que pretendía. Se retiró con delicadeza, tomándose su tiempo para ver como ella respiraba con dificultad, entre ronroneos.

Le acarició las mejillas y como pudo, le susurró.

—Te quiero. — ella le sonrió y volvió a buscar su boca para besarla.

—Yo te quiero más. — respondió antes de menearse, y hacer que aumentaran el ritmo de los movimientos.

Si hubiera sido por él, se hubieran quedado por horas así... bueno, tal vez no horas... pero un buen rato.

Pero no se podía.

No tenían tiempo.

Se aceleraron entre pequeños gruñidos que ya no podían evitar y entrelazados se dejaron ir a la vez de manera brutal.

Sin poder seguir de pie, se dejó caer al piso con cuidado, y le acarició la espalda con cariño mientras los dos intentaban respirar con normalidad.

Desde hacía unas semanas, y debido a que las cosas iban cada vez más en serio, habían dejado de cuidarse con preservativos. Nadia tomaba pastillas de todas maneras, y ninguno dudaba de que el otro estuviera con otras personas. Se querían y se tenían confianza.

No se acordaba de si alguna vez había estado así con alguna ex. Creía que no. Con Coty, una vez, no se habían cuidado... pero había sido solo eso. Un descuido. Y no se había repetido.

Ahora estaba tranquilo.

No había hablado del tema con su chica, sabía que era muy pronto, pero la verdad es que no le preocupaba demasiado si el destino les daba una sorpresa. El quería una familia, se sentía preparado, y con ella, se sentía...

correcto.

Mucho más que correcto.

Pero consciente de que aun debían tener esa charla, y otras más, por ahora disfrutaba el momento que estaban viviendo sin confesárselo.

Después de bañarse a las apuradas, empezaron a prepararse cada uno para su día.

Agos todavía dormía, así que Nadia tuvo que despertarla, y hacer que se alistara para la escuela mientras se preparaba ella para el trabajo. Aprovechando que estaba en su casa, las llevaba en el auto así se ahorran tiempo y llegaban temprano. El luego tendría que desviarse un poco, para llegar a su sesión de fisioterapia.

La niña lo saludó con un abrazo apenas lo vio y para que su novia no tuviera que andar desesperada contra el reloj, se ofreció a revisar que llevara todo en la mochila, entre esas cosas, la merienda para el día.

Así, las semanas transcurrían a toda velocidad, y cuando quiso darse cuenta, el tiempo de recuperación había llegado a su final.

Tenía que hacerse una cantidad ridícula de exámenes médicos, y pruebas físicas que aseguraran que podía volver a entrenar sin riesgos, y solo así, podía ponerse a prueba en la cancha, para ver si estaba listo para volver a jugar.

Estaba nervioso.

No quería aceptar lo asustado que lo tenía toda la situación.

Si la pierna no se le había curado bien, y tenían que operarlo, sería terrible. Significaba quedarse afuera de todos los torneos que jugaba el club ese año. Era el peor escenario posible.

Bueno, ese y que le dijeran que la lesión era más grave y que ni siquiera pudiera volver a ju...

No quería ni pensarlo.

En el club habían empezado a ponerse ansiosos también. Era uno de los delanteros más importantes que tenían, y acercándose a los partidos finales, querían contar con él. Su coach lo llamaba casi a diario, haciéndose el preocupado por su salud, y de paso, para preguntar cuando lo tendrían de vuelta.

Sus compañeros, trataban el tema con humor, pero los conocía. Sabía la

seriedad del asunto.

Lo necesitaban de vuelta cuanto antes.

Nadia, al verlo tan angustiado, había pedido permiso en la guardería para faltar el día de su consulta para poder acompañarlo. Y aunque él le había insistido en que no era necesario, lo cierto es que si lo era. Quería que estuviera ahí, sosteniéndole la mano.

El doctor que trabajaba para el club, lo atendió a primera hora, y comenzó con los estudios. Eran como las cinco de la tarde, y él seguía ahí, con ganas de matar gente. ¿Hasta cuando lo iban a torturar? Su chica, estaba ahí, firme. Siempre esperándolo mientras lo paseaban de un consultorio al otro. Dándole fuerzas con sus besos y sus sonrisas luminosas. Sin ella se hubiera desmoronado, estaba seguro.

Cuando su médico lo llamó, parecía tener buenas noticias. Se sentó del otro lado del escritorio y esperó su comentario.

—Bueno, García. — dijo con una sonrisa. —La pierna está totalmente recuperada.

Soltó el aire de su cuerpo como si se hubiera desinflado de golpe.

—Lo único que nos llamó la atención es que has bajado de peso. — él lo miró extrañado. —Y es raro, porque los jugadores tienden a subir un poquito cuando están sin entrenar. ¿Has estado sufriendo de mucho estrés?

—No. — contestó pensativo. —De hecho me siento muy bien últimamente. — Nadia se le vino a la cabeza y casi no había podido evitar sonreír como bobo.

—¿Cambiaste la dieta? ¿Has estado comiendo mal? — Y de repente se dio cuenta.

—Ahhh. — asintió lentamente. —Si, cambié un poco mi régimen. Dejé de comer carne, estoy llevando una dieta vegetariana.

Al principio, la había evitado en presencia de su novia, y claro, Agos. Pero a medida que pasaba el tiempo, estando solo, tampoco tenía necesidad, y terminó por dejarla definitivamente.

El doctor lo miró casi como si esperara que fuera una broma.

—No es chiste. — aclaró antes de que se lo preguntara.

—Y dejaste de comer carnes de un día para el otro. — asintió. —¿Es algo permanente? ¿Lo consultaste con algún profesional? ¿Estás yendo a un

nutricionista?

No contestó.

El hombre había puesto los ojos en blanco.

—García, esas cosas se hablan. – soltó la carpeta que tenía en la mano.  
—Sos un deportista. Tu alimentación es algo fundamental, y que suprimas la carne no es un detalle más. Necesitás reemplazar adecuadamente lo que antes consumías.

—Ok. – respondió, casi un susurro.

—Te tengo que derivar a un nutricionista. – lo miró frunciendo el ceño.  
—¿Carnes blancas tampoco? – insistió.

—Ningún animal. – aclaró.

El doctor suspiró con fuerza, casi resoplando, claramente en desacuerdo y escribió la orden para la derivación. No iba a ponerse a discutir con él su nueva forma de vida. La pequeña Agostina lo había llevado por un camino, pero solo se lo había indicado. La decisión final había sido suya, y no se arrepentía.

Le parecía cruel comerse a otros seres vivos. Fin del asunto.

Y si a ese medicucho le molestaba tanto, se podía ir a la mierda.

Forzó una sonrisa y recibió el papel que le tendía, apurado por levantarse e irse de allí cuanto antes. Entre tanto papeleo, también le habían firmado el alta.

Estaba listo para volver a la cancha.

Feliz por la noticia, había invitado a Nadia y a Agos a comer afuera. Quería festejar, y lo quería hacer en compañía de ellas. De nadie más.

## Capítulo 27

Dos días después, ya estaba en el club, listo para empezar a entrenar. La nutricionista que lo atendía, le había dado una dieta estricta para que mantuviera el peso y sobre todo, no le faltaran energías, que por estos días iba a necesitar.

Sus compañeros lo habían recibido con los brazos abiertos. Estaban felices de tenerlo de vuelta, y pretendían que para el próximo partido ya se reincorporara entre los titulares.

Pero el director técnico, había dejado claro que después de tantos meses de no tener actividad, hacerlo jugar era arriesgado y no quería exponerlo a que se hiciera daño nuevamente. Era prudente esperar un poco.

Frustrado, había discutido hasta el cansancio.

—No los noventa minutos, pero un rato... – insistía. —Necesito volver a jugar.

—Lo que necesitas, lo va a determinar el preparador físico y el resto del cuerpo técnico cuando te vea entrenar. – contestó cortante.

Sabiendo que era una batalla perdida de antemano, porque su coach no lo soportaba, resopló y se calló la boca. Tendría que demostrarles a todos que podía volver a ponerse la camiseta para que no les quedara alternativa.

En la situación que estaban, en pleno campeonato, no pasaría mucho tiempo hasta que de verdad lo necesitaran.

Con tanto ejercicio y entrenamiento, apenas le quedaba vida fuera del club. Ya no tenía tiempo de invitar a Nadia a salir, o prepararle una comida en su casa, así que estaban haciendo esfuerzos extra para verse.

Ahora pasaban casi todas las noches juntos, tanto en su departamento como en casa de ella, y aunque no tenían citas románticas, por lo menos, estaban juntos.

Le gustaba la estabilidad que le daba esta especie de convivencia. Lo hacía pensar en que tal vez, podría hacer de esto algo permanente.

Amaba dormir con ella en brazos. El calorcito y el perfume de su piel a la mañana, no se comparaba con nada. Como así también los chistes a la hora del desayuno con Agos, y las costumbres de esas dos, que estaban de a poco, incorporándose en su rutina.

Se había familiarizado con temas como la danza, la comida vegetariana, y la educación preescolar. Nadia le contaba de sus pequeños alumnetos, y se llevaba tantas veces trabajo a casa, que ya era algo normal para él. Era divertido ver como ella dibujaba o cortaba figuras de animalitos, o hacía diferentes manualidades para llevarles. Era una apasionada de lo que hacía, y se notaba que era muy buena en ello también.

Agos, ya había entrado en confianza con él, y le contaba absolutamente todo lo que hacía. No había detalle en su vida del que no estuviera enterado. Era una niña super interesante, de la que nunca dejaba de sorprenderse.

Y además de eso, ahora le mostraba un aspecto nuevo que empezaba a conocer y le encantaba. Podía ser muy cariñosa con las personas que quería... y se sentía honrado de que lo hubiera sumado a ese grupo tan selecto que básicamente incluía a su mamá, a Caro, y a Celia, la señora que solía ser su niñera.

Le preocupaba a veces, como se tomaría que su papá no estuviera presente. La pequeña no había preguntado ni una sola vez por David. En la mirada se le notaba que entendía más de la situación, de lo que le habían explicado... y mucho más de lo que decía saber. Y realmente le dolía en el alma que ella, tan chiquita como era, tuviera que aceptar esa realidad que le había tocado.

La quería más, si es que era posible, por esa razón.

Una de esas noches, decidió despejarse un poco de tanto entrenamiento, y fue a buscar a Nadia para salir un rato.

Después de pensar a qué lugares podía llevarla, finalmente se decidió por el bar. Allí los dos se sentían cómodos, y la pasaban bien. No necesitaba de un restaurante lujoso, ni de una cita para impresionarla. Ella no era como las demás mujeres con las que había estado.

Su mesa de siempre, parecía estar reservada para ellos, en un lugar privilegiado frente al escenario. Esa noche había show y algunas bandas locales iban a tocar, así que no se perderían de nada.

—¿Esa es Caro? – le preguntó señalando a su amiga, que estaba en la barra pidiéndose algo para tomar.

—Sí, es ella. – se rió. —¿La llamo para que se siente con nosotros?

El vió que la chica estaba charlando con Pablo, el dueño del lugar, y se reían animados haciéndose ojitos.



—Después. – le guiñó un ojo. —Dejalos un rato que hablen, que se los ve bien.

Nadia lucía contrariada.

—No le gusta Pablo. – la miró levantando una ceja. —Ok, le gusta... pero no quiere estar con él.

—Porque estuvo con muchas chicas. – ella asintió como si fuera obvio. —Pero Caro le gusta en serio, me parece. Le tendría que dar una oportunidad.

Ella se quedó mirándolo.

—Si, capaz tenés razón. – sonrió y se acercó más para darle un beso cariñoso.

El le tomó el rostro, devolviéndole el beso encantado, sintiendo el perfume de su piel, y la suavidad de sus labios.

—Te quiero. – dijo apenas se separaron. Ella le susurró que ella también abrazándolo.

Interrumpiendo ese momento que estaban teniendo, el micrófono se acopló, y todos miraron el escenario con cara de dolor.

—Muchas gracias por venir. – Máximo, el amigo de las chicas, que ahora veía a su novia y le sonreía como un idiota. —La primera canción es, muy especial... – dejó de escucharlo, porque el muchacho no le caía bien, desde hacía un tiempo, y todo lo que decía, le sentaba igual de pesado.

Se pegó más a ella y susurrándole cosas lindas, le besó el cuello. Su amigo rubio no iba a arruinarles la noche.

En eso estaba, hasta que la letra de la canción le llamó la atención. Hablaba de una chica de grandes ojos verdes, de la que estaba enamorado. Una chica, que no era suya, pero él siempre seguiría enamorado... mientras miraba, justamente, a... ¿Qué carajo? ¿Estaba mirando a su novia? Apretó la mandíbula y le clavó los ojos al cantante.

—“*I’m falling in love for the las time, I’m falling in love, forever and ever...*” – ladraba.

—Que lindo canta. – opinó ella emocionada.

Puso los ojos en blanco y se calló lo que de verdad pensaba, porque no quería discutir, pero no se perdió ni un segundo del recital, de paso echando dardos venenosos con la mirada al estúpido que seguía ladrando aquella canción.

Cuando terminó, se acercó a la mesa, totalmente extasiado de que Nadia hubiera ido a verlo, sin poder ocultar la ilusión que eso le hacía. Su chica le sonreía, sinceramente, pero como lo hubiera hecho una buena amiga, una hermana. Sin doble intención, sin la atracción con la que lo miraba a él.

Ok, tal vez, le había dado un poco de pena el muchacho. Todo nervioso, trabándose al hablar. Dios... ¿Así se había visto él cuando hablaba con Vale años atrás? Pobrecillo. Tan desesperado por un poquito de atención, era doloroso de presenciar.

Su lado celoso no lo había dejado ver que no tenía por qué sentirse amenazado por el rubio cantante. Nadia estaba con él y lo quería. No debía ser tan inmaduro.

—Me voy a pedir una cerveza. — dijo dándoles un rato a solas para que se pusieran al día. Sabía que hacía mucho que ella no venía al bar, y tendría cosas que hablar con Maxi después de todo...

En la barra, Caro, se había puesto a hablar con un chico tatuado que nunca antes había visto, mientras Pablo la observaba algo decaído.

—¿Qué onda? — preguntó cuando se estaba terminando su cerveza. — ¿Por qué no la invitas a salir en vez de mirarla tanto?

El dueño del lugar suspiró, mientras dejaba de preparar el trago que estaba haciendo.

—No es tan fácil. — limpió una mancha invisible de la mesada. —Ella no tiene una opinión muy positiva de mí.

—¿Se equivoca? — quiso saber entornando los ojos.

—Si. — contestó casi molesto. —En realidad, no tanto. Yo antes salía con muchas chicas a la vez, pero ahora no...

—Y quieres estar con ella. — adivinó.

—No quiero estar con nadie más. — confesó.

Mirco asintió, comprendiéndolo.

—Dejame a mí. — el otro lo miró espantado, pero él le hizo señas con una mano de que no se hiciera problemas, levantando un pulgar mientras volvía a su mesa. —Mañana buscate a alguien que te reemplace a la noche.

Maxi, se despidió de ellos y se fue a charlar con el resto de su banda, dejándolos solos otra vez.

—Mañana vamos a la fiesta de los chicos del plantel en casa de Diego.

¿No? – dijo como si nada. —Decile a Caro que venga.

Ella lo miró curiosa y después se rió negando con la cabeza, porque lo conocía, y sospechaba que algo se tenía planeado.

—Ok. – contestó. —Pero ahora, vamos a tu casa que Celia se queda con Agos hasta mañana. – le susurró al oído mientras le dejaba besitos húmedos.

No hizo falta decir más. Salieron de allí a las apuradas, sin perder ni un minuto.

La noche siguiente, fue a buscar a Pablo antes de pasar por las chicas, y fueron juntos a la casa de su compañero. Entre tragos y música, se habían divertido como nunca. El dueño del bar, resultó ser muy simpático, y se llevaron de maravilla desde el comienzo.

Al final, las cosas habían salido mejor de lo que imaginaba. Caro, había bailado con él y se habían besado en un rincón cuando pensaba que ellos no veían. Esa noche, el muchacho tendría suerte, estaba seguro.

Con Nadia se fueron temprano, porque él tenía partido en dos días, y aunque iba a estar en el banco, tenía que estar listo para salir a jugar, por las dudas.

\*\*\*\*

El día del partido, se había levantado temprano por la ansiedad. Sabía lo importante que era para Mirco, aunque no lo jugara, era su vuelta oficial. Hacía dos días que no lo veía, desde la fiesta de Diego, y lo extrañaba.

Puso música y se fue a bañar para relajarse un poco.

Iba a darle una sorpresa a su novio, y estaría presente en la cancha, con Agos. Sabía que le encantaría verlas allí, presentes, para él, y tal vez lo ayudaría a sentirse un poco más apoyado.

La prensa estaba como loca con la noticia de su reincorporación, y sabía que eso lo ponía todavía peor.

Se quedó pensando qué más podía hacer para hacerlo sentir mejor, y entonces se le ocurrió algo...

\*\*\*\*

El calentamiento, fue como siempre, intenso, como antes de cualquier otro partido, y aunque se sentía nervioso, tenía que aceptar que había echado

de menos ese sentimiento. Esa adrenalina.

Una vez cambiado y listo en el banco de suplentes, trató de relajarse y observar el juego. Los primeros minutos, no fueron tan difíciles.

Había visto en la platea a su chica con su hija y las dos llevaban la camiseta del Globo mientras alentaban, lo que lo hizo sonreír porque Nadia era de Boca, no de Huracán. Les mandó un beso y se volvió a sentar.

Pero después del primer tiempo, las cosas se complicaron. Argentinos Juniors, su rival, acababa de anotar un tanto y el estadio entero estaba en llamas. Desde la popular estaban gritando para que entrara a jugar y él estaba desesperado por hacerlo. Si le hubiera quedado alguna uña, se la hubiera comido. En vez de eso, estaba dándole patadas al césped mirando a su coach, esperando que este le diera el visto bueno.

Veinte minutos le quedaban al encuentro, y por Dios, era una tortura. Sus compañeros, estaban dejando la vida en las jugadas, pero no bastaba. Había que llegar al gol.

Casi como si le pesara, su director técnico le gritó.

—García, andá a correr. — dijo entre dientes. — Vas a entrar.

Con alivio, se levantó, y se sacó el chaleco para reemplazarlo por la camiseta titular. Corrió y estiró apenas un rato, porque ante una falta que acababan de hacerle a Diego, quedaban con uno menos. Lo necesitaban. Ya.

Después de señas, y de que el árbitro lo dejara, esperó a que Diego saliera, para poder entrar. Se saludaron con una palmada en la espalda y él, corrió a su lugar, sintiéndose como en casa.

Ni por un segundo pensó en su pierna.

Volvía a ser él.

No había hecho goles, pero si había participado para la jugada del gol. Ese que había puesto el partido 1-1, empatándolo, y se sentía genial. La hinchada festejaba, lo aplaudía, y él, no podía pedir más.

A la salida, Nadia lo esperaba, hermosa, recibéndolo con un beso que hizo que ese día fuera del todo perfecto.

Sus compañeros iban a comer todos juntos, pero él no quiso sumarse. Prefería ir con su chica, a pesar de que todos se cansaron de burlarse en los vestuarios. Le importaba poco lo que pensarán... y además, valió la pena.

Después de una comida buenisima que ella misma le había preparado,

Caro se ofreció a quedarse con Agos, mientras ellos se volvían a su departamento.

Una vez allí, Nadia abrió una botella de vino y le alcanzó una copa. Tomó la suya y se fue hasta el equipo de música, buscando una canción. Cuando la encontró, le sonrió de manera inocente, entornando esos ojos verdes preciosos que tenía. Sonaba “Powerful” de Major Lazer y Ellie Goulding, un tema que muchas veces habían escuchado estando juntos.

El ritmo era lento, sensual y lo envolvía, de manera agradable y se dejó llevar.

Bebió un poco de vino, mientras ella se le acercaba y empujándolo suavemente de los hombros, lo sentó en una de las sillas de la sala sin mediar palabra.

Esto pintaba bien...

Cuando estuvo sentado, se dio vuelta dándole la espalda y caminó muy despacio hacia la música mirándolo cada tanto sobre su hombro. Se frenó de golpe y con un giro sexy, que lo dejó con la boca abierta, se soltó el cabello, liberando esos rulos dorados que tanto le gustaban y en un vaivén de caderas, fue bajando hasta el piso, para volver a subir al compás de la melodía.

Quería tocarla, quería levantarse de su lugar y tomarla en brazos... pero a la vez, también quería ver cómo seguía esta rutina de baile que estaba presenciando con la garganta seca.

Su chica, ahora, se desprendió apenas el cierre del vestido que tenía y sin quitárselo, volvió a girar, de la misma forma en que lo había hecho aquella vez que le había demostrado sus dotes como bailarina en la fiesta de Diego.

Yendo hasta donde él estaba, le apoyó las manos en las rodillas, y con los ojos ardiendo, le acarició los muslos hacia arriba, haciéndolo gemir. Todavía bailando, lentamente, le desprendió los botones de la camisa y le bajó el pantalón hasta las rodillas, quedando en ropa interior.

—Quedate acá. — le susurró rozándole el lóbulo de la oreja con sus labios.

¿Cómo iba a decirle que no?

Ella se fue, casi desfilando de la sala, dejándolo tan tenso que le dolía.

Cuando apareció, el corazón le dio palpitó violento, como alguna otra parte de su anatomía...

Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba puesta una de sus camisetas

titulares, la cual le llegaba apenas tapándole parte de los muslos, haciéndola ver increíblemente ...caliente. Se mordió los labios, sonriéndole mientras la miraba con detenimiento.

¿Sabía ella que esta era una de sus fantasías? ¿Se lo había dicho? Seguramente no, pero ese era el nivel de conexión que tenían. Parecía leerle la mente.

Encantada al ver su reacción, siguió con su danza, hasta quedar frente a él. Tomando el ruedo de la remera, jugó con ella, mostrando y escondiendo, dejándole ver de a poquito, su pequeña pieza de lencería, antes de volver a darse vuelta y agacharse doblándose al medio, dándole unas vistas increíbles.

Las manos se le fueron solas.

Una a cada lado de su trasero, que ahora quedaba expuesto, y moviéndose con la canción. Con una risita ella lo agarró y entrelazando los dedos con los suyos, se enderezó meneándose y cayó sentada en su regazo, haciéndolo gruñir.

Estirando los brazos como en cruz, se contoneó encima de él, rozándose en círculos de manera deliciosa, mientras apoyaba su cabeza en su hombro con los ojos cerrados. Ella estaba disfrutándolo tanto como él.

Con un jadeo se tensó más, y su erección, se agitó ansiosa por más... mucho más...

Arqueando la espalda, Nadia se llevó las manos de él hacia el estómago, y subiendo, se cubrió con ellas los pechos, con un gemido tan sensual que sintió que iba a explotar.

Sin poder seguir aguantando, la sujetó por la cintura y la hizo voltearse. Ahora sus largas piernas, habían quedado de cada lado de las suyas, sentándose a horcajadas. Totalmente hipnotizado por tenerla así de cerca, la besó con tanto deseo que ambos luchaban por recuperar el aliento.

Pasó uno de sus pulgares por el elástico de su pequeñísima ropa interior y sin pensar en nada, tiró de él hasta sentir que cedía haciendo ruido de costuras rotas. Si, le había roto otra de sus bragas. Pero como de costumbre, a ella no parecía importarle. Todo lo contrario. Sonrió echando la cabeza hacia atrás, absolutamente encantada.

Vio que empezaba a levantarse la camiseta, y la frenó.

—Dejate la puesta. — le pidió con la voz ronca.

La necesitaba ahora, así, no podía resistirlo... y si tenía que ser sincero, también quería verla moverse encima de su cuerpo, con la casaca de su equipo. ¿Era raro?

A ninguno de los dos pareció importarle.

Volvieron a besarse desesperadamente, acariciándose, totalmente perdidos en el otro.

Ella, que lo miraba mordiéndose los labios comenzó a moverse, ansiosa, suspirando en su regazo. Tomó el elástico de su bóxer y lo bajó, liberándolo.

Por lo general, era él era el que tomaba la iniciativa, y este cambio era de lo más interesante. Excitado como estaba, la dejó hacer recostándose sobre la silla, mirando sus ojos, para no perderse detalle. Quería saber hasta dónde era capaz de llegar... y por suerte, no tuvo que esperar para descubrirlo.

Nadia, lo acarició con firmeza, arriba y abajo, viendo como apretaba las mandíbulas y jadeaba alucinado. Se agarró a sus caderas, para acercarla, pero ella las levantó y fue a su encuentro. Muy delicadamente, se deslizó hacia abajo, llenándose de él con un gemido.

Maldijo entre dientes, reforzando el agarre.

Eso había sido espectacular.

Lo envolvió con sus piernas y juntos, se acoplaron en un ritmo rápido y constante, dejándose llevar por lo mucho que se necesitaban, y por la urgencia que tenían.

Alcanzaron el placer no mucho después, entre jadeos de ella, y un rugido de él que había sido un desahogo ante el momento intenso que acababan de compartir.

Todavía unidos como estaban, se fueron a la habitación, en donde repitieron un par de veces más esa noche, hasta que por fin se durmieron abrazados, y totalmente agotados.

## Capítulo 28

A la mañana siguiente, cuando se despertó, ella todavía dormía recostada sobre su pecho, luciendo relajada. Sonrió, acariciándole el cabello mientras la observaba. Era una visión a la que podría acostumbrarse. A la que quería acostumbrarse.

Así, tranquila como se la veía, sabía que apenas abriera los ojos, se convertiría en pura energía. Con música de fondo, bailarían por todo el lugar, llenándolo de luz.

Extrañaba horrores eso cuando no dormían juntos.

La besó con cariño en la frente, estirando de a poco los músculos de sus brazos y piernas. Estaba un poco adolorido por el partido del día anterior. Todavía tenía que habituarse al entrenamiento a diario, y siempre jugar le resultaba desgastante. Nada que un buen masaje de su fisio, no pudiera solucionar.

Estaba moviendo los pies, cuando Nadia se despertó.

Se acurrucó en su cuello, y dejándole miles de besitos, susurró.

—Buen día, amor. – la miró toda despeinada con los ojos hinchados y le sonrió con ganas.

—Buen día. – le besó la punta de la nariz. —Estás preciosa.

Ella se rió y le devolvió el beso.

Se sentó a su lado, cruzándose de piernas como los indios y estiró los brazos sobre la cabeza. Aun tenía la camiseta de su equipo puesta.

—Me encanta como te queda. – le dijo tirando de la tela.

—Me di cuenta. – contestó ella de manera sugerente, mientras se agachaba apenas para darle un beso tierno.

—Anoche, cumpliste una de mis fantasías... ¿Sabías? – pasó sus manos por debajo, acariciando su piel desnuda.

—¿De verdad? – preguntó con una sonrisita pícaro.

—Mmm... si. – la tomó en brazos y la volteó en la cama hasta dejarla sobre su espalda, colocándose por encima. —Además... – dijo recordando. —No sabía que podías bailar así.

Ella se rió.

—Sabías que era bailarina. – contestó antes de darle un beso en los



labios.

—Bueno, sí. —reconoció. —Y todos los días te veo bailar, pero no como anoche...

—¿Y te gustó? —preguntó coqueta.

—Me encantó. — susurró con la voz ronca, mientras la besaba en el cuello.

—Nunca lo había hecho, para nadie. — él se separó apenas de ella para mirarla. Le encantaba ser el primero, y se aseguraría de ser el único. Sonrió conforme con sus pensamientos, y poniendo fin a esa conversación, la tomó del cuello y la besó mientras se hacía lugar entre sus piernas.

Iba a ser el único en muchas cosas. De ahora en más, ella sería suya, y él, suyo.

Algunos días después, se celebraba la boda de Flor y Nico, y como era de esperar, era uno de los primeros en asistir. Su amiga le había pedido que llegara temprano porque sabía que iba a estar histérica de los nervios, y lo iba a necesitar. Así que buscó a Nadia y a Agos antes del mediodía y las llevó con él.

Vale ya estaba allí con su familia, así que la hija de su novia se fue a jugar con Ava y Simón apenas se bajó del auto. Nadia, que no conocía a muchos de los asistentes, se quedó a su lado, y cada tanto cruzaba alguna palabra con su amiga y su marido, Jamie.

La ceremonia sería a la tarde, así que iban a tener que tener paciencia. Había organizadores por todas partes. La morocha se había tomado el evento muy en serio, porque por lo que se podía ver hasta ese momento, sería algo impresionante.

Cientos de flores, adornaban el lugar. Una casa quinta que quedaba algo alejada de la ciudad, que contaba con canchas de tenis, y por lo menos dos piscinas.

Había tanta gente trabajando, que era intimidante. Casi como si estar parado allí, haciendo nada, fuera un estorbo. Todos parecían tener un rol que desempeñar, menos ellos.

Cerca de las tres de la tarde, Flor salió a saludarlos, todavía vestida con jean y remerita. Se la notaba relajada, teniendo en cuenta las circunstancias. Tal vez demasiado.

—Hola, morocho. – lo saludó colgándose de su cuello en un abrazo. — Que lindo que te queda el traje. Casi no pareces jugador de fútbol. – agregó arrugando la nariz, haciéndose la graciosa.

—Pobre Nico, la que le espera. – contestó él, haciéndola reír. Con una carcajada se tambaleó un poco para los costados, pero rápidamente, la sujetó por los hombros, para que nadie lo notara.

La familia de ambos lados había empezado a llegar, y quería evitar que su amiga pasara vergüenza.

Levantando una ceja, se la llevó a donde nadie la veía y le susurró.

—¿Estas... borracha, morocha? – ella se le quedó mirando muy seria, antes de volver a reírse.

—Shhh. – dijo con el dedo índice sobre su boca. —Con Nico nos tomamos unas copitas de nada, para los nervios.

—¿Unas copitas de nada? – preguntó hablando aun más bajo.

—Bueno, – contestó arrastrando las palabras. —Es que antes de eso me había tomado una pastillita para relajarme.

—¡¿Pastillita?! – gritó.

—Shhh. – lo calló su amiga.

—Estas loca. – preocupado, la llevó adentro donde le dio una taza de café bien cargado. —Tendríamos que llamar a un médico.

—Estoy bien. – repitió por décima vez, entre risas. —¿Vos estás bien? – la miró sin entender. Dios, no podía casarse en ese estado. Tendría que hablar con alguien. Solo faltaban unas pocas horas para la boda.

—Yo no soy el que se casa, morocha. Pero si, estoy bien. – escribió un mensaje rápido a Nadia diciéndole donde estaba y que en un rato volvía con ella.

—Pero te vas a casar. – se rió. —Lo veo... y quiero saber si estás bien... si es lo que querés. Nadie te preguntó. – hacía gestos con las manos para todos lados sin sentido.

—Nadie me preguntó qué cosa. – estaba haciendo un esfuerzo para no reírse también. —Mirate como estás... que desastre que sos.

—Nadie te preguntó si era esto lo que querías. – comentó seria. —Hasta hace unos meses eras un soltero que salía con veinte modelos, se divertía con sus amigos, ahora ni siquiera podés comer lo que querés. De repente, estás haciendo vida de casado, sin estarlo. – señaló. —Y sos padre de una nena de

seis años que apenas conoces. ¡No te dejan comer carne! – gritó exasperada.  
—No me gusta ver que manejen así, morocho. Con Coty pasó algo parecido cuando volviste de Italia, y con Vale, mejor no me hagas ni hablar.

—Ey. – la cortó. —No hables sin saber como son las cosas, morocha.

—Vos sabes que siempre te dije las cosas de frente. – se cruzó de brazos.  
—Y esta situación es más de lo mismo. Te manipulan. Te usan, se aburren y te dejan tirado.

Resopló molesto con su amiga. Que estuviera borracha no le daba derecho a decir todas estas cosas que estaba diciendo.

—No te quiero ver sufrir. – concluyó.

\*\*\*\*

Nadia, que había entrado buscando a Agos para abrirla, se quedó congelada en el lugar. Al escuchar la conversación, no había podido hacer otra cosa que congelarse ahí. Todas las cosas que se había estado diciendo ella misma, ahora Flor, se las estaba haciendo ver a Mirco.

Tenía razón. En todo. Salvo por la parte en que lo estaba usando. Eso no era verdad. Sentía cosas por él, pero temía no poder darle lo que quería, lo que esperaba. Tenía miedo de que no funcionara, y ahora se daba cuenta de que si todo salía mal, estaría siendo muy injusta.

El había cambiado todo por ellas. Por ella y por su hija también. Había sacrificado sus costumbres, su rutina, hasta su manera de comer. ¿Qué estaba haciendo de su vida? ¿Lo estaba manipulando?

La panza se le retorció y los ojos le picaron por contener las lágrimas. Se tapó la boca para no hacer ningún ruido y salió corriendo para que no la vieran llorar.

\*\*\*\*

—Basta, Flor. – la hizo callar. —No es así. A mí nadie me obliga a nada. Yo tomo las decisiones en mi vida, y si. Muchas veces me equivoqué, pero me hago cargo.

—Pero... – lo quiso interrumpir, pero no la dejó.

—No. – negó con la cabeza. —Nadia es lo más lindo que me pasó... Soy yo el que quiere formar una familia con ella. El que entró en su vida, para complicársela toda y revolucionársela. Esa nena de seis años que decís, es una de las personas más hermosas y más inteligentes que conozco. Ojalá fuera su papá. No tenés idea... – dijo ahora más molesto. —Me siento feliz cuando

estoy con ellas, las quiero, ojalá como mi amiga pudieras verlo y alegrarte por mí.

Flor se quedó callada mirándolo y meditando lo que le había dicho.

—Ay no. — el mentón le tembló. —Ay no, perdón. Perdoname. — se tapó el rostro. —Tenés razón, soy una idiota, una mala amiga. Si me decís que sos feliz, claro que me alegro. Aunque no me la banque... — se abrazó a su cintura, aunque él, todavía enojado, no se movió. —No sabía nada.

—No. — contestó todavía haciéndose el duro, aunque en el fondo, ya la había perdonado. —Y si no como carne es porque yo no quiero. — su amiga se rió.

—Te quiero, Mir. — la abrazó sin poder seguir conteniéndose. —De verdad espero que dejes de tener esa mala suerte de mierda que siempre tenés en el amor.

—Yo también. — respondió entre risas mientras la mecía en su abrazo.

\*\*\*\*

Quería irse. Quería salir corriendo de allí, y desaparecer, pero no correspondía. Era la boda de alguien más, y no podía arruinarla. Además, si lo que terminaba decidiendo era alejarse de la vida de Mirco, tendría que hacerlo después de una larga charla. Se lo debía. Era lo menos que podía hacer.

Y ese día, no era el más indicado. El corazón se le estaba partiendo en pedazos. No sabía como haría para seguir sin él. Lo quería. Y justamente por eso, no podía seguir arrastrándolo a una vida que no era para él. Que él no había elegido.

Se merecía mucho más, y confiaba en que lo tendría.

Bebió el contenido de la copa que acababan de darle de un solo trago y suspiró. Se esforzaría para que no se le notara lo desecha que se sentía, lo que durara esa noche.

Sintió como los brazos fuertes de su novio la envolvían por la cintura desde atrás y una vez más, ocultando el dolor, se apoyó contra su pecho mientras él le besaba suavemente el cuello.

—Estas hermosa. — sus manos la acariciaban con delicadeza, abrazándola. —Sos hermosa. — se corrigió.

En respuesta, ella se abrazó más a él en silencio, devolviéndole los besos, con el mismo cariño. Le parecía increíble como había llegado a quererlo en tan poco tiempo. La idea de extrañarlo, le estrujaba el alma, y cada pequeño gesto de su parte, solo la hacían sufrir más.

Se propuso disfrutar de ese día, sabiendo que sería uno de los últimos a su lado y se olvidó de todo, perdiéndose en sus labios.

La ceremonia había sido linda. Los novios, aunque evidentemente borrachos los dos, habían podido decir los votos y casarse a pesar de todo, y habían bailado una canción romántica frente a todos mientras se miraban con amor.

Ella estaba preciosa. El vestido blanco le marcaba su silueta perfecta, y su cabello oscuro y sedoso estaba adornado con algunas florcitas. Pero era lo que sentía por su novio, lo que la hacía todavía más bonita. Era el brillo de sus ojos, lo que la hacía verse radiante.

Nadia pensó con algo de melancolía, que nunca tendría algo así.

Mirco, que no había dejado de abrazarla y decirle cosas lindas al oído, la tomó de la cintura para bailar junto con el resto de la gente.

La pareja de recién casados había bailado Thinking Out Loud de Ed Sheeran, y ahora sonaba Photograph del mismo cantante. Se aferró a los brazos de su chico, dejándose llevar por la letra por un momento cerró los ojos. Quiso dejarse ese instante para siempre. Congelado, en su memoria como decía la canción.

Mirco besó su cuello y después hundió su rostro allí oliendo su perfume.

—Te quiero, Nany. — le dijo en un susurro. —Conocerte fue lo más lindo que me pasó.

Conteniendo las lágrimas, cruzó sus brazos abrazándolo más fuerte, aunciéndose al ritmo de la música.

—Yo también te quiero, Mir. — respondió con un hilo de voz.

Separándose apenas, le rozó la mejilla con los nudillos mirándola a los ojos.

—Todos los días me enamoro un poco más de vos. — besó sus labios con dulzura. —Sé que por ahí no lo demuestro... — se rió apenas. —O que a veces soy un poco bruto, y vos te merecés mucho más... pero te juro... — la sujetó del rostro. —Te juro que nunca te voy a lastimar, y que siempre voy a estar a

tu lado.

*Ouch.*

Su corazón se rompió un poco más.

Incapaz de seguir conteniéndose, sintió como las lágrimas que había estado aguantando, caían por sus mejillas.

—Sé que no me vas a lastimar. — dijo, acariciándolo también. Quería decirle que temía ser ella quien lo lastimara a él, pero no lo hizo. —Sos muy bueno conmigo.

Secó sus lágrimas frunciendo el ceño.

—No llores, hermosa. — sacando la fortaleza de donde no tenía, forzó una sonrisa que le pesó un mundo.

—Me decís esas cosas, y pretendes que no lllore. — le sonrió con ternura.

—No lo dije para que te sintieras mal. — contestó angustiado.

—No me siento mal. — mintió. —Me emocioné un poquito, y encima ya estaba un poco sensible por el casamiento de tus amigos. — dijo medio riéndose para quitarle importancia.

El puso los ojos en blanco con una media sonrisa.

—¿Te conmoviste con esos dos? — señaló a los recién casados, que se tambaleaban bailando entre ellos. —Yo estaba más preocupado por que ninguno hiciera un papelón. En un momento pensé que Flor iba a descomponerse. — se rieron. —Y que iba a empezar a vomitar a toda la primera fila como la nena del exorcista.

—Estaba un poco pálida, si. — reconoció.

—Creeme que la he visto así, y no hubiera sido lindo. — los dos se rieron y siguieron bailando. Olvidándose del momento triste que ella había tenido.

Cuando los pies no soportaron más los tacones altos que llevaba puestos, se fue a sentar. Estaba agotada físicamente, y emocionalmente hecha un lío. Necesitaba un poco de distancia para no desmoronarse. Seguir bailando con su novio, solo la ponía peor.

Miró hacia donde todos los invitados seguían bailando, justo para ver como su amiga Vale, con su avanzado embarazo, se abrazaba a su esposo de manera amorosa y él con cara de enamorado, la mecía delicadamente. Se veían perfectos juntos, y sonrió. La vida había sido justa con su amiga, y se merecía el presente que le había tocado después de lo mucho que había

sufrido.

Sus hijos, bailaban por allí, imitando a los adultos y riendo como niños que eran ante cualquier cosa.

Agos, que hasta ese momento había estado jugando con ellos, ahora estaba charlando con Mirco animadamente. De verdad se había encariñado con él. *Dios, eso lo haría todo más difícil.* Pensó. Tal vez nunca debería haber permitido que eso ocurriera.

Estaba pensando eso, cuando su novio, después de una carcajada por algo que había dicho su pequeña, la tomó de las manos y se la llevó a bailar.

Las rodillas le temblaron ante semejante visión.

Agostina era una nena especial. Ella la amaba y estaba más que acostumbrada a que aunque era amorosa con su mamá y su tía Caro, no solía demostrar afecto a nadie más. Con nadie tenía la confianza.

Y ahora estaba allí, bailando con Mirco, y mirándolo como... Mirándolo como había mirado alguna vez a David.

El pecho comenzó a cerrársele al entender.

Las cosas habían ido demasiado lejos. ¿Cómo no se había dado cuenta?

\*\*\*\*

—Ava me contó que a último momento agregaron un menú vegetariano. — le comentó. —¿Vos les pediste?

Miró a la niña sonriente.

—Claro, así teníamos qué comer. No nos íbamos a morir de hambre. — la pequeña asintió conforme.

—¿Te está costando mucho acostumbrarte? — le preguntó.

—No tanto como pensé. — confesó. —Además me está ayudando a mejorar mis habilidades como cocinero. Estoy aprendiendo nuevas recetas, cuando quieras te enseño.

Agos asintió.

—Gracias. — él la miró curioso. —Sé que un poco lo haces por mi, y por mi mamá. Es lindo. — se encogió de hombros. —Cuando volví a ver a mi papá, lo primero que le dije fue que era vegetariana. — sonrió con picardía. — Cuando nos vimos por segunda vez, me llevó a McDonald's.

Sin poder evitarlo, se miraron y se rieron a carcajadas.

—Podés decirlo adelante mío, no es que yo no lo sepa. — le aclaró en

tono confidente. —Sé que mi papá es un idiota. Pero no le digas a mi mamá que te lo dije... No quiero ponerla triste.

Después de que el corazón se le estrujara, tragó el nudo de emociones y le contestó.

—Podes decirle lo que quieras a tu mamá. Ella lo único que quiere es que seas feliz. — Agos hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Además estoy segura de que aunque no lo hablemos, ella también sabe lo idiota que es. — se rió.

—Seguramente. — reconoció él contagiándose de las risas. —A veces pareces más grande de lo que sos, enana.

—Me lo dicen mucho. — respondió contenta consigo misma.

Cuando se cansaron de bailar, se llevó a Agos a la mesa donde estaba su mamá, así buscaban algo para tomar. Estaba algo cansado, y sentía las piernas después del partido. No le convenía pasarse, ni sobre exigirse.

Se acercaron a la mesa y se sentaron.

—No sé ustedes, pero yo ya tengo ganas de volver a casa. — dijo recostándose en la silla. —Me están matando las rodillas, y acá la pequeña tiene escuela mañana.

—Si, y hay que preparar la mochila, y el uniforme... — enumeró su novia. —Y yo tengo que preparar unas canciones para la guardería.

—Las llevo, entonces. — se enderezó en el asiento y buscó las llaves del auto en los bolsillos.

\*\*\*\*

—Quedate en casa. — le dijo antes de pensarlo. —Estas muy cansado... así haces un solo viaje.

—Dale. — dijo sonriendo, feliz de haber sido invitado.

Era consciente de que estaba complicando las cosas, pero necesitaba tenerlo esa noche.

Tarde o temprano iba a tener que separarse de él, pero todavía no estaba lista para soltarlo.

Algo le decía que nunca lo estaría...

\*\*\*\*



## Capítulo 29

Hacía días que se quedaba en casa de Nadia a dormir. Y lo que era mejor, es que ella lo invitaba todas las noches. Mejor dicho, no lo dejaba irse. Y él, encantado.

No había nada que le gustara más que amanecer a su lado.

Esa mañana, se dio vuelta aun con los ojos cerrados, y la buscó para abrazarla cariñosamente, pero no la encontró. No escuchó música tampoco, lo que le pareció más raro.

Abrió los ojos, se sentó en la cama y agudizando sus sentidos, para escucharla, y cuando lo hizo, se asustó.

—La madre que lo parió. – su novia gritaba enfurecida.

Alarmado, se levantó y a las corridas se fue a ver qué había pasado.

En el pasillo, por poco se desnucó al resbalar con un charco gigante de agua que salía del baño. Recuperando el equilibrio, abrió la puerta y se encontró con su chica agachada con un secador de piso y miles de toallas y trapos desparramados por todas partes.

—¿Qué... – comenzó a preguntar, pero ella lo interrumpió.

—Las cañerías, otra vez. – dijo entre dientes mientras cerraba la llave del agua.

Recordaba que le había contado sobre las refacciones que había tenido que hacer hacía unos meses. El lugar era un caos. Agua mojándolo todo... No había que ser plomero para darse cuenta de que en breve empezaría a filtrarse humedad en las habitaciones del lado.

—¿Puedo mirar? – señaló el caño que parecía ser el causante de todo, debajo del lavabo.

—Si, igual voy a tener que llamar para que lo solucionen. – se tapó los ojos, frustrada. —No me voy a poder bañar para ir trabajar.

—Podemos ir a casa, y en un segundo te das una ducha. – sugirió.

Pero ella sin levantar la mirada, negó con la cabeza y se fue maldiciendo hasta la cocina.

—Gracias, amor. Pero no hago tiempo. – escuchó como golpeaba las puertas de las alacenas mientras preparaba el desayuno.

No quería molestarla más de lo que estaba. Se notaba que no quería enojarse con él, y le estaba costando. Estaba de mal humor, la entendía. En su

lugar, hubiera gritado a medio mundo y probablemente hubiera destruido el sistema de cañerías con baño incluido.

Todo lo que le dijera para ayudarla, sería empeorar la situación. Así que, sin decir nada, terminó de preparar el desayuno y despertó a Agos para que se cambiara.

Después de un rato, Nadia que parecía haberse calmado un poco, se fue a la guardería. Caro llevaría a la pequeña a la escuela porque entraba más tarde, y le quedaba de paso. Y él, se quedaría mirando el baño y llamaría al plomero.

Por lo menos ya no había agua por todas partes, pero el diagnóstico del profesional no fue nada alentador.

—Y, es que las cañerías son viejas. — comentó encogiéndose de hombros. —Lo que tendrían que hacer es cambiar todo de raíz, y eso significa tener que romper paredes y pisos otra vez.

—Y es mucho lío, ¿No? — preguntó.

—Si fuera usted, me mudaría. — admitió. —Lo que le va a costar la obra, no se justifica para el estado general de la casa. Es muy antigua, y no estoy seguro de que aguante.

—Y el arreglo de ahora... — dijo.

—Va a durar lo que duró el de antes. — respondió resignado. —Unos meses, hasta que de nuevo se les inunde todo.

Mierda.

Horas después, cuando estuvo de vuelta en su casa, se puso a pensar y averiguar, hasta que encontró la solución. Ahora solo tenía que pensar como se lo planteaba a su chica...

Como todo viernes a la noche que no estaba concentrado ni preparándose para ningún partido, saldrían a cenar ellos dos solos. Quería disfrutar el fin de semana a pleno, ya que no había fútbol por un feriado nacional.

Habían ido al cine, y después se habían quedado comiendo por ahí en una pizzería que estaba cerca. No le gustaba llamar demasiado la atención, porque sabía que era una figura pública, pero tampoco tenían ganas de meterse a un restaurante elegante, porque no era el estilo de ninguno. Así que después de hablar con la gente del lugar, les reservaron una mesa alejada del resto, que

tenía vista a la terraza.

La noche estaba un poco fresca, pero todavía agradable para estar al aire libre, así que aprovecharon.

La comida estaba riquísima, y Nadia, que aunque esa mañana se había levantado un poco molesta, ahora parecía divertida y sonreía haciéndole algún comentario de la película que acababan de ver, estaba más hermosa que nunca. Tenía el cabello recogido en una cola alta y un vestido mangas largas que se ajustaba a su cintura y dejaba visible toda la espalda. No podía verle las piernas porque quedaban justo debajo de la mesa, pero sabía que se veían preciosas con el largo de la falda. Se movió incómodo en la silla, imaginando impaciente el momento en el que llegaran a su departamento al final de la cita.

—Y estaba pensando, que puedo aprovechar las vacaciones para hacer los arreglos que hacen falta. — le comentó cuando cambiaron de tema. —Hoy hablé con Vale y me recomendó otro plomero que trabaja muy bien. A lo mejor no me sale tan caro como creía.

Tomó un poco de vino para darse coraje y habló.

—O, podemos aprovechar las vacaciones para buscar una casa más grande... — Nadia lo miró sin entender. —Digo, para vos, Agos... para mí. ¿N-no te ...gustaría?

—¿Qué? — se había puesto pálida, y su rostro no reflejaba ninguna emoción. Solo estaba allí sentada mirándolo, paralizada.

—Si, amor. — le tomó la mano por encima de la mesa. Estaba helada. — De todas maneras pasamos muchas noches de la semana juntos, y Agos me quiere. Yo la adoro... y a vos, te amo. Nos llevamos bien. Podría funcionar. Estaríamos cómodos, tiene sentido.

No decía nada, así que él continuó diciendo.

—Te ahorrarías los arreglos. — le sonrió. —Y-yo... yo en realidad ya estuve buscando por mi cuenta, y vi un par de lugares que me gustaron. Pero no quería decidirme sin que vos antes...

—No. — lo frenó en seco. —¿Qué...? Es mucho. Demasiado.

—¿Qué es demasiado? — preguntó con el corazón a mil por hora. No le gustaba como lo estaba mirando.

—Es demasiado rápido. — negó con la cabeza de manera frenética. —Es ridículo. ¿Por qué nos mudaríamos los tres juntos?

—¿Por qué? — frunció el ceño. —Porque nos queremos, y porque es lógico pensar que si nos esta yendo tan bien juntos, en un futuro...

—No. – repitió. —Te estás adelantando. Perdoname Mirco, pero no. No puedo dejar sola a Caro. Ella y Agos son mi familia.

Eso le dolió.

El de alguna forma, ya se sentía parte de esa familia... No la entendía.

—No la dejarías sola. – dijo con la voz un poco más baja. —Si es ella el problema, puede vivir con nosotros. Entiendo que la sientas como tu hermana y que...

—No me estás entendiendo. – lo interrumpió. —Desde un principio te dije como eran las cosas. Que hayas entrado a casa ya era un gran paso, y desde ahí, te fuiste tomando todo tipo de atribuciones... ¿Cómo vas a ponerte a buscar una casa? ¿Con qué derecho...?

Se quedó con la boca abierta sin saber qué contestar. Se sentía como si acabaran de pegarle una patada en el estómago. No tenía ni aire.

El rechazo de Nadia le dolía en el alma.

Después de todas las veces que se había equivocado anteriormente, seguía abriéndose al amor, y ahí estaba. Otra vez en la misma situación. Expuesto, y herido. Apretó las mandíbulas sintiendo que la garganta le apretaba por la angustia.

Había entendido todo mal.

Pensó que a ella le pasaba lo mismo que a él. Pensó que estaba enamorada como lo estaba él. Pensó que estaban en la misma página. Pero no. El había avanzado varios casilleros en esos meses, creyendo que todo era diferente. Ilusionándose con cambiar una realidad, que fue clarísima desde un comienzo. Tenía razón, ella le había advertido.

Quiso contestarle, pero no pudo. Simplemente se quedó mirándola sin saber que decir.

—Perdón. – dijo tras ver que no reaccionaba. —No quise sonar tan dura, perdón.

—No, está bien. – contestó mirando hacia otro lado. Se disculpaba por sus modos, pero no por lo que había dicho. —Está bien, entiendo. Disculpame vos a mí. No quise tomarme atribuciones que no me correspondían.

Por un instante, le pareció que ella quería decirle algo, pero después se arrepintió y diciéndole que estaba cansada, pidió que la llevara a su casa para descansar.

No era el final que había planeado para esa noche, pero ahora le parecía

lo mejor. Necesitaba distancia, y prefería estar solo para pensar.

Para pensar, y de paso maldecir a sus anchas, probablemente pateando todo lo que tuviera a su alcance.

\*\*\*\*

Todavía no se creía lo que había dicho. Se sentía una bruja.

Había visto en los ojos de Mirco, como sus palabras lo lastimaban, y aun así, no se disculpó ni retractó.

A la larga, era mejor así.

Ya demasiado egoísta estaba siendo al no terminar de raíz con esa relación. Le costaba dejarlo. Esa era la verdad.

Lo quería, y le costaba horrores.

Todos los días se decía que iba a empezar a alejarse de a poco para que él no sufriera, pero no podía. La desgarraba por dentro. Se preguntaba todo el tiempo si estaba haciendo bien. ¿Realmente no podían hacerlo funcionar?

Pero después lo veía ayudando a Agos con la tarea, quedándose en su casa un sábado a la noche, en lugar de salir con sus amigos, y rechazando las invitaciones a asados porque aunque estaba muy convencido de su nueva dieta vegetariana, sabía que extrañaba la carne, y mucho. Su amiga Flor tenía razón. Lo estaba cambiando.

No temía un reproche por su parte, porque sabía que no lo tendría. Le asustaban sus propias reacciones, sus miedos. No estaba segura de poder estar a la altura de tanto compromiso.

Y él estaba sacrificando tanto, que se sentía en deuda...

El aire le faltaba cada vez que le mencionaba el futuro, irse a vivir juntos, más niños...

Dios...

Lo amaba, pero no podía con tanto.

\*\*\*\*

Como era de esperarse, después de tener algunos días para pensar, la cabeza de Mirco estaba que explotaba. Había acumulado tanta impotencia y bronca, que su humor era terrible. Flor, le había dicho que desde un principio no le agradaba Nadia y que se esperaba algo así. Y Vale estaba sorprendida, y algo molesta porque no le gustaba ver a su amigo en ese estado. Diego y sus compañeros del plantel, habían querido llevárselo de copas para olvidarse de los problemas, y ya estaban pensando que amigas y conocidas presentarle...

En resumen, nadie le había sido de ayuda.

Tomando por primera vez en la vida una decisión madura, buscó a su novia para que charlaran con todas las cartas sobre la mesa.

Pero tampoco había servido.

Se habían estado peleando como nunca antes lo habían hecho. Los dos tenían una visión diferente, y no estaban llegando a nada. De repente ese futuro que se había imaginado, empezaba a esfumarse.

Se daba cuenta de que si seguía con esa discusión, se dirían cosas que no pensaban realmente, y se harían un daño irreparable. A pesar de todo, no quería perderla... así que se vio haciendo algo que pensaba que nunca iba a hacer.

—Necesitamos un tiempo para pensar. – dijo muy seguro. —Un tiempo para estar convencidos de lo qué estamos haciendo.

—Me parece bien. – respondió ella algo triste.

—Yo sé lo que quiero, Nany. – le aclaró. —Y ya lo sabés. – se mordió los labios conteniendo la bronca que sentía por estar tomando esa decisión. Le iba a doler estar separado de ella, y de Agos. —Espero que quieras lo mismo...

Sin nada más que agregar, se despidió de ella con un beso en la mejilla y el corazón en pedazos.

Camino a su casa estuvo a punto de arrepentirse miles de veces y rogarle que no le hiciera caso, y que siguieran como estaban, pero no lo hizo.

Era lo mejor. Para ambos.

Tomó aire con fuerza, y con determinación, siguió con su vida.

\*\*\*\*

Habían pasado un par de semanas, y cada vez se sentía peor. Nada estaba saliendo como ella pretendía. Estaba sufriendo, y no podía ni imaginarse cómo seguir sin él.

Caro se había enojado, y le había dicho de todo. Pensaba que estaba cometiendo un error terrible.

—Lo querés. – casi gritó. —No seas tan cabeza dura.

—Justamente por eso. – contestó con lágrimas en los ojos. —No sé si puedo darle todo lo que quiere... lo voy a lastimar.

—Es grande, Nany. – dijo su amiga con los brazos cruzados. —Sabe lo

que hace... no mientas. No es por eso que querés terminar con él.

Nadia la miró frunciendo el ceño.

—Sí, es por eso. — discutió.

—No. — dijo la otra. —Es por miedo. Te morís de miedo.

Su pulso se disparó.

—¿Miedo? — preguntó.

—Sí, miedo. — la miró a los ojos. —Miedo a que te vuelvan a dejar. El no es David.

No pudo responder. Se tapó la cara y lloró desahogándose. Caro tenía razón. En el fondo, lo que más le asustaba, era que la vida que Mirco llevaba con ella y su hija, dejara de ser suficiente y se cansara. De que otra vez le sucediera como con su ex.

No podría con su rechazo.

Los días que siguieron, la pasó fatal.

No tenía hambre, no quería dormir, y no estaba rindiendo en el trabajo. Los niños le drenaban las energías, y cuando llegaba a su casa, lo único que quería era llorar.

Fingía fortaleza por Agos, pero ella conocía a su mamá. Estaba al tanto de todo sin necesidad de que le contaran nada.

Le partía el corazón, ver como la niña, tan pequeñita, quería hacer que se sintiera mejor. Le llevaba la comida a la habitación, y muchas noches, se despertaba con ella abrazándola.

Con solo seis años, se preocupaba, y la quería cuidar.

Esto estaba muy mal.

La madre tiene que cuidar de sus hijos, y no al revés.

Estaba siendo egoísta, y le pondría un punto final.

Se levantó ese sábado, como hacía mucho que no lo hacía. Puso música a todo volumen, y mientras bailaba, se cambió para preparar el desayuno. Había pasado por cosas peores, por Dios.

Caro, la miraba desde la barra de la cocina sin decir nada. Sabía que le extrañaba este repentino cambio de humor, y estaría esperando que Agos no estuviera presente para hacerle algún comentario, pero no le importaba.

—Mamá, no hace falta que me lleves hoy a danza. — dijo la pequeña mirando a su tía, preocupada. —Caro me lleva, le queda de paso. ¿No?

—Si, Nany. — se apuró a decir la otra. —La llevo yo, vos quedate y descansa que es sábado.

—No hace falta, yo te puedo llevar mi amor. — contestó decidida. — Desayunamos y salimos.

Con el mismo brío, terminó de prepararse, y se subió al auto de su amiga con Agos camino al instituto de danza.

Trató de buscar conversación para distraerse, pero justo cuando estaba en eso, en la radio, empezó a sonar Ed Sheeran. Mierda.

Photograph.

La canción que había bailado con Mirco. Ahogó un sollozo en una especie de tos y sintió que se le acalabraba la garganta por reprimir las lágrimas.

—¿Por qué no lo llamás? — preguntó Agos mientras miraba por la ventanilla.

—¿Ah? —se hizo la distraída.

—A Mir. — ahora se dio vuelta y la enfrentó con sus enormes ojos verdes. —Lo extrañas, estás triste.

Negó con la cabeza.

—Es complicado, mi amor. — contestó.

—No, es fácil. — le discutió. —Cuando están juntos, están felices. Y ahora están los dos tristes. Llamalo y vuelvan a estar como antes.

Sonrió por la inocencia de la niña. Ojalá todo fuera así de simple. Ojalá pudiera verlo así. Como no decía nada, siguió hablando.

—Aunque sea charlen. — se cruzó de brazos. —Vuelvan a ser amigos. Mirco es bueno.

Se quedó en silencio pensando. Si, lo extrañaba horrores. Quería saber cómo estaba, quería verlo. Quería tocarlo... abrazarlo... oler el perfume de su cuello.

Sin pensar en lo que hacía, dejó a Agos en danza y siguió manejando. Pero no hacia su casa.

Se bajó del auto y se apuró a tocar portero.

—Mirco, soy Nadia. ¿Me abrís? — se golpeó la frente porque había sido impulsiva. Como siempre. Y como siempre, podía salirle mal.

No obtuvo respuesta.



Estaba a punto de marcharse, cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Le estaba abriendo desde el departamento.

Suspirando, entró y casi corrió hasta el ascensor.

¿Qué pensaba decir? ¿Qué pensaba hacer? Ni ella sabía.

Tan bien que se había levantando...

Cuando llegó al piso, se paró frente a la puerta y nerviosa, la golpeó, esperando.

La llave se movió y sintió que las rodillas le fallaban. Ya había hecho algo así una vez, ya había caído de sorpresa antes de que empezaran a salir, pero estaba borracha. Se tapó la cara lamentándose. Le vendría genial una copa en ese momento.

—Hola. – retrocedió unos pasos sin darse cuenta. No era a quien esperaba ver. Pies descalzos, piernas eternas y hermosas... apenas una camiseta cubriéndola, toda despeinada, pero aun podía aparecer en la portada de una revista de moda. El estómago le dio un vuelco.

—Hola. – respondió con la boca seca. Flor, su supuesta amiga, parecía que había pasado la noche con él. Mierda... era preciosa.

—Estas buscándolo al morocho. – no era una pregunta, era una afirmación. Se puso una mano en la cintura levantándose apenas el ruedo de lo que llevaba puesto. La odió. Era perfecta.

—Si, lo estaba buscando. – dijo muy bajito. —P-pero ya me voy. – tartamudeó.

—Me parece bien. – contestó la otra con una media sonrisa.

## Capítulo 30

Tropezó bajando por las escaleras, porque el ascensor tardaba demasiado en venir. Se subió al auto, maldiciéndose por impulsiva, pero también por idiota.

¿Qué se pensaba? ¿Qué Mirco la iba a esperar sentado? Estúpida. Había sido muy estúpida.

Secándose los ojos torpemente, tomó aire por la nariz y se dirigió a su casa, dando por terminada toda esa absurda historia. Era lo mejor.

Un mes.

Pasó un mes desde que fue a buscarlo. Treinta días sin siquiera saber de él. La había llamado hasta el cansancio, había pasado por su casa, y hasta había preguntado por ella en el bar. Todos sus amigos sabían lo que tenían que decir.

No quería saber nada de Mirco.

Lo estaba ignorando.

Se había enterado que Vale había tenido una niña, y la habían llamado Olivia. Tenía pendiente ir a conocerla, pero necesitaba tiempo. No podía arriesgarse a encontrarlo...

Todavía no podía creerse la escena que había visto. Si, es cierto. A veces se preguntaba si tal vez hubiera malinterpretado la situación. A lo mejor había una explicación lógica para que Flor, su amiga y su ex... amante, estuviera en su departamento semidesnuda. Y eso no era lo único...

Por más esfuerzos que hacía a diario, alguna vez se encontró con su rostro en una revista... o en algún programa de chimentos. Siempre con sus compañeros de equipo, de fiesta... con las chicas más lindas del país. Le sentaba como una patada en el estómago, pero por otro lado, eran esas cosas las que no la dejaban flaquear.

Ellos eran distintos, tenían distintos intereses... aspiraban a cosas diferentes.

Si alguna vez se quisieron, fue un error.

El finalmente estaba viviendo como se suponía que tenía que hacerlo.

Y ella seguiría adelante como lo había hecho todos esos años. Tenía la

fortaleza, y no se hundiría. Ya no.

Ese día en particular, no podía ni siquiera darse el lujo de pensar en el asunto. Tenía cosas más importantes. Agos, tenía el evento anual de danza por el que había estado ensayando meses. Estaba nerviosa y estresada desde la noche anterior, y apenas había dormido.

Caro y todos sus amigos habían asistido para darle fuerzas, y ocupaban la primera fila del salón, pero éste, estaba lleno. Familiares y conocidos de todas las niñas que bailaban, se habían reunido y reinaba la misma expectativa que en una obra real.

Cuando las luces se apagaron, quiso llorar.

La llenaba de emoción y orgullo su pequeña. Ahí, tan chiquita, y tan talentosa.

Su cabello rubiecito atado en un moño en lo alto de su cabeza, bien tirante, y adornado con una tiara brillante que hacía juego con su tutú. Estaba preciosa.

Pensó por un momento, que si su papá la viera allí, se arrepentiría de ser el maldito que era... y la valoraría como se merece.

Un par de pasos, saltitos y piruetas después, se había comprado el auditorio entero. Todos estaban deslumbrados por esta niñita que se movía como una bailarina profesional, derrochando gracia y sobre todo dulzura.

Le siguieron otras compañeritas, y después cerraron con un baile en donde todas participaban. Ya a esa altura, ella, Caro y su amiga Dani, estaban hechas un mar de lágrimas. No podían más. Maxi, que se había sentado a su lado, la abrazaba y se reía de su estado.

Las luces se encendieron de repente y todas las alumnas hicieron una reverencia mientras la gente estallaba en aplausos. Todos de pie.

Agos, que hasta ese instante había sostenido su gesto serio y profesional, al verlos en la primera fila, sonrió y saludó con su mano, rompiendo con toda la solemnidad que pretendía su maestra, y todas las otras bailarinas se contagiaron, gritando a sus familiares, emocionadas. Todos se rieron. Después de todo, tenían seis años.

A los cinco minutos, todo se había salido de control, y las niñas terminaron por bajarse del escenario a las corridas.

Rápidamente se abrazó a su hija mientras la felicitaba, aguantándose el

llanto que nuevamente le apretaba la garganta.

Maxi, y los chicos, le habían comprado un ramo de florcitas de colores, como se acostumbraba y se lo dieron después de alzarla entre todos y revollearla por el aire.

Ella y Caro, le habían comprado una cadenita de plata con un zapatito en punta de danza que era delicado y fino. Justo como a su hija le gustaría.

Contenta, y después de saludar a todos, se fue a los camerinos, en donde todas sus compañeritas y amiguitas estaban festejando, mientras los grandes, pasaban a otro salón.

Allí era donde originalmente se tenían que reunir con las artistas del espectáculo. Una vez estuvieran cambiadas, y listas para que sus padres les sacaran un millón de fotos.

Mientras la esperaban, se quedaron charlando mientras la gente del catering servía jugos, y bocaditos.

Estaba distraída, cuando en el fondo, le pareció ver a alguien... y casi suelta el vaso que tenía en la mano.

No estaba segura. ¿Era él?

Si.

Mirco.

Ahí parado.

Con una camisa gris que se le ajustaba en todos los lugares correctos, y un jean que le caía por la cintura, secándole la boca. Parecía estar buscando a alguien con la mirada. Mierda.

Sus ojos hicieron contacto y el mundo se detuvo. Se dijeron mil palabras sin hablar en dos segundos, y ninguna de ellas, le hizo bien. Lo vio fruncir el ceño y todo su cuerpo tembló.

Se llevó una mano a la boca y sin decirle nada a nadie, se escabulló entre la multitud, lista para huir.

Llegaría al auto, y desde ahí, le escribiría a sus amigos para que la encontraran cuando saliera Agos.

Si, eso haría.

Había sorteado todo el salón dando una vuelta, cuando sintió que la tomaban del brazo. No tuvo tiempo ni de reaccionar, ni resistirse. Todo sucedió demasiado rápido.

Abrió los ojos, para encontrarse con la mirada oscura de la que se había enamorado.

Mirco...

Su corazón destrozado, parecía que de a poco, volvía a latir con normalidad.

Se encontraban en una de las salas de ensayo vacías a oscuras, con los ojos clavados en el otro... peleando con el orgullo. Ninguno se decía nada.

Con uno de los arrebatos que lo caracterizaba, resopló y rompió el hielo.

—No te vayas. Tenemos que hablar. — su voz era ronca... y la hacía temblar todavía más.

—Yo no tengo nada más que decirte. — contestó bajando la mirada, cortando esa conexión que le ponía la piel de gallina.

—Pero yo si, así que te pido que por favor me escuches. — gruñó. —Caro me contó que habías ido a mi casa...

—No quiero hablar de eso. — la panza le dolía de solo recordarlo. —No sé ni siquiera qué hacés acá.

—¿Qué hago acá? Agos me invitó... no me lo iba a perder por nada del mundo. — dijo indignado. —Nany... — suavizó su tono y se quedó callado, esperando que ella lo mirara. Lo hizo apenas, para que todo terminara de una vez. Quería salir de allí, huir. —Nany... — repitió. —Escuchame, y si después de que hable me odias y ya no me querés, te dejo ir.

Asintió apenas. Esto le iba a doler, lo sabía. Si le confesaba que estaba saliendo con Flor, se iba a desmoronar.

—Yo no estaba en mi casa, Nany. — lo miró sin entender. —Flor y Nico se están por mudar a una casa más grande y vendieron el departamento en donde estaban viviendo. Se quedaron en casa porque les quedaba cerca, y más cómodo... — por un segundo dejó de escucharlo. La cabeza le daba vueltas. Entonces... ¿El no estaba saliendo con su amiga?

—¿No estabas en tu casa? — preguntó con un hilo de voz.

—No. — miró el piso y le contestó. —Compré la casa que había visto cuando pasó lo de las cañerías en la tuya... te iba a sorprender, pero después todo se complicó...

Sintió que se mareaba, y él, dándose cuenta, le acercó una silla en donde se desmoronó, respirando con dificultad.

—Y todas esas chicas de las revistas... — susurró.

—Diego. — Mirco puso los ojos en blanco. —No salí con ninguna. Mirame, Nany. — tomó su rostro con suavidad. —Sabes que no podría estar con nadie más.

—Pensé que... — no podía ni hablar. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos, nublándole la visión.

—Me imagino. — le acarició la mejilla suspirando. —Te extrañé...

—No lo hagas más difícil, Mir. — dijo alejándose apenas de su alcance. —Esto no está bien... Vos sos joven, soltero, exitoso... lindo... — suspiró. — Necesitas...

—No. — la frenó enojado. —Se acabó. No creas saber lo que necesito. No me subestimes, hermosa. No soy un pendejo tonto que no sabe lo que quiere, o que se deja manipular. Sé lo que quiero. — su tono firme, le hizo abrir mucho los ojos. —Te quiero a vos. La quiero a Agos. Las quiero conmigo.

—Eso decís ahora... — dijo casi sin aliento.

—No sigas poniendo excusas por mi. — le aclaró. —Estoy enamorado de vos, y adoro vivir con ustedes. Me encantaría que fuéramos una familia, Nany. No quiero otra cosa.

No contestó. No podía. Tenía un nudo en el pecho.

—Bueno. — dijo él poniendo distancia. —Quería decirte que me cansé de estar lejos. Ya sé que nos habíamos pedido un tiempo, — la frenó antes de que hablara. —Pero no puedo más. Me hace mal.

—Mir. — sollozó.

—Pero si vos me seguís queriendo lejos, voy a estarlo. Muy lejos. — se aclaró la garganta y se pasó una mano por el cabello. Lo llevaba peinado como siempre, perfecto. —Me ofrecieron el pase a un equipo de España.

—¿Qué? — no podía ser... ¿Se iba?

—No contesté todavía. — se volvió a acercar, pero esta vez sin tocarla. —Yo todavía quiero que arreglemos esto... y voy a esperarte todo lo que pueda. Todo lo que me dejen, desde el club. — por todo lo decidido que había parecido hablándole hasta entonces, ahora parecía más bien, inseguro, asustado. Temía su respuesta. —Nadia, quiero que lo pienses bien.

—¿Cuándo... — no quería ni decir las palabras. —¿Cuándo te irías?

—Tengo que contestar en cinco días. — se encogió de hombros.

—No podés rechazar una oferta así. — comentó con pesar, mientras algunas lágrimas caían por sus mejillas. —Sería muy bueno para tu carrera.

El se rió sin ganas.

—Me conoces. — la miró con intensidad. —Por vos dejaría todo. Les diría que no, y me quedaría acá. Vos me importas más.

Cerró los ojos con fuerza sintiendo que las fuerzas la abandonaban. No podía dejar que sacrificara semejante oportunidad, y después se arrepintiera. La odiaría para siempre.

—Yo no puedo tomar esa decisión, Mirco. — lo miró molesta. —Es tu vida.

—Nunca pensé que le iba a decir esto a nadie. — tomó sus manos. —Vos me hacés más feliz que mi carrera. Más que el fútbol.

Sonrió mostrándole esos hoyuelos tan sexys que la enloquecían, y sin poder evitarlo, ella también lo hizo. Apenas.

—Nany, ya sabés que soy capaz de quedarme y hacer lo que me pidas... — acercando su rostro un poco más, rozó sus labios, despertando toda esa cantidad de mariposas que hacía días dormían y creía muertas. —Pero tengo una condición.

—¿Qué condición? — preguntó mientras respiraba de su aliento.

Como si no pudiera seguir resistiéndose, la sujetó de la nuca, y buscando su boca, la besó como nunca antes. Con fuerza y desesperación. Digno de un beso de reencuentro, con todas las letras. Pegándose a su cuerpo, y perdiéndose en él.

Ella sintió que flotaba.

Se agarró a sus hombros, y suspiró, mientras sus besos llenaban el ambiente de jadeos, y deseo.

Lo había extrañado tanto...

Segundos después, recobrando el control, Mirco se separó apenas y le susurró.

—Mi amor... — le robó otro beso, saboreándola, y siguió hablando. —Si me quedo, voy por todo. No más dudas, no más miedos. Te quiero conmigo, y para siempre. Pensalo ¿Ok?

Asintió despacio mientras miraba sus labios, rosados y húmedos de haberla besado.

—Te amo. — le dijo al oído, con la voz quebrada, acariciándole la mejilla.

Sin poder hablar, ni contestarle, vio como se apartaba de su lado, y se

marchaba.

Cinco días.

\*\*\*\*

Cinco días.

De los cuales ya habían pasado tres. No es que esperara que Nadia fuera a buscarlo al día siguiente... pero el tiempo seguía pasando y su representante al menos, querría una respuesta.

Era una oportunidad importante, y era una decisión que cambiaría su vida. De una u otra manera, todo iba a cambiar.

Estaba que caminaba por las paredes.

No se caracterizaba por ser una persona paciente. Nada de eso. Y la ansiedad, lo estaba matando. Todavía no sabía de donde había sacado la fortaleza para hacerse el duro con ella, y decirle como si nada que le daba esos días para pensarlo. Se moría de ganas por ir corriendo a su encuentro, y tirarle la puerta abajo si era necesario. Es que ¿Qué tanto tenía que pensar?

Sentía cosas por él, lo sabía. Lo había confirmado en ese último beso. Si seguía poniéndole peros a la relación, no era porque no lo quisiera...

Se tapó el rostro con las manos, lleno de impotencia.

Ya había hecho todo lo que estaba a su alcance. Habían hablado y discutido hasta el cansancio. Ya había dejado su punto de vista muy claro, y sus intenciones más aún.

Ahora dependía de ella.

Suspirando, cerró los ojos y trotó en el lugar, listo para empezar el entrenamiento. Al menos tendría la cabeza ocupada en otra cosa mientras hiciera ejercicio.

\*\*\*\*

Era sábado, y a pesar de que no tenía ganas ni de levantarse de la cama, sus amigos habían insistido en que saliera con ellos a bailar. Se suponía que iban a tomar algo primero en el bar, y eso era lo que estaban haciendo ahora.

Caro estaba saliendo con Pablo, el dueño del lugar, así que tenían algunos beneficios, como una mesa reservada y tragos gratis o a mitad de precio. Había que aprovechar.

Daniela se había tomado todo, y no le importaba lo que hiciera su



hermano Pablo. Ella quería levantarle el humor a Nadia como fuera. Y claro, pensaba que ahogándola en alcohol, lo obtendría.

Unas horas y tragos después, ya no se sentía tan abrumada. Casi como si la presión que tenía en el pecho se aflojara apenas, dejándola solo con la confusión de su borrachera. Casi como si ese no fuera el último día que tenía para responderle a Mirco, y estaba llegando a su fin.

Mareada como estaba, se fue a sentar en un rincón para cerrar apenas los ojos por un momento.

—¿Qué estás haciendo, Nany? – era su amiga Caro. Levantó la cabeza y la miró. Parecía enojada.

—Me sentía un poco mal y me vine a descansar un ratito. – se puso las palmas de las manos en las mejillas, refrescándoselas.

—No, estúpida. – pero ¿Qué le pasaba? Se quiso reír, pero su amiga no tenía cara de estar bromeando. —¿Qué haces acá todavía? Tendrías que ir a buscarlo. Ya. Antes de que sea tarde.

—Caro... – empezó a decir, pero la interrumpió.

—Si, tenés miedo. – asintió. —Miedo a perderlo... y te vas a arriesgar a nunca saber si pudo haber funcionado.

—¿Y Agos? – susurró. —Si terminamos mal... ¿Cómo se lo va a tomar ella?

—Nany... – se rió sin ganas. —Tu hija es una nena inteligente. A veces me parece que mucho más que vos.

—Eso seguro. – contestó haciéndolas reír.

—No tengas miedo de ser feliz. – dijo antes de abrazarla.

—Igual ya es tarde, Caro. – suspiró. —Seguramente ya contestó al club...

—Contestaba mañana. – dijo la otra.

—Seguramente ya está con otra chica. – discutió de manera infantil porque ya se había quedado sin excusas.

—Nadia. – la regaño. Sabía que era poco probable. No. Era imposible, lo conocía.

Tomó aire, asumiéndolo.

Estaba haciendo las cosas mal, y tenía que remediarlo antes de que de verdad fuera demasiado tarde.

—Bueno, pero antes, necesito tomar un trago más. – dijo volviéndose a la

barra.

—Uno fuerte. — la animó su amiga y se rieron.

Un trago, dos... seis, daba lo mismo.

Maxi que había estado mirándola, se le sentó al lado y la abrazó por los hombros.

—¿Te llevo a tu casa, Nany? — se apartó un poco para poder mirarlo al rostro. Estaba confundida. ¿Qué hora era? —O si no te sentís bien, podés quedarte en la mía. Mañana te llevo. — se ofreció.

Negó con la cabeza. Se suponía que tenía que estar en otro lugar. ¿En donde? Los ojos de su amigo eran claros, verdes transparentes, y sus pupilas parecían girar. Era confuso, y no ayudaba que se le acercara tanto. No podía hacer foco.

—Dale, no te puedo dejar que te vayas así como estás. — le puso un mechón de cabello por detrás de la oreja de manera cariñosa. —Caro se fue con Pablo.

—Yo debería... — si, eso. Debía hacer algo. Algo importante. —Voy a llamarla, así le aviso.

Maxi se paró de su asiento para dejarla pasar y ella se tambaleó hasta la salida para poder hablar lejos del ruido y la música del bar.

Tocó la pantalla de su celular sin mirarlo y se lo llevó al oído.

Podía estar borracha, pero hasta su subconsciente le decía lo que tenía que hacer.

—¿Amor? — escuchó del otro lado de la línea y las rodillas le fallaron.

## Capítulo 31

Una música estridente la hizo pegar un salto.

—Shhh... – lo escuchó decir mientras apagaba la alarma de su celular, maldiciendo.

Se movió con cautela, porque la cabeza se le reventaba, para encontrarse con un par de ojos oscuros que la miraban divertidos.

—Perdón, no te quise despertar. – dijo Mirco mientras la abrazaba un poco más.

Movió sus músculos entumecidos, para darse cuenta de que efectivamente, había dormido con él. Abrazada a su pecho, con fuerza. Se tomó unos segundos para cerrar los ojos otra vez, y disfrutar de su perfume. Era perfecto, y lo había extrañado tanto, que ahora quería ponerse a llorar.

Escondió el rostro en su cuello, mientras él le acariciaba la espalda haciéndola ronronear. Se quería quedar así para siempre.

Pero la tranquilidad le duró poco.

Alarmada se sentó en la cama con la sábana tapándole el pecho. ¿Habían pasado la noche juntos...? Las pastillas. En ese mes que habían dejado de verse, alguna dosis se le había olvidado. Mierda.

Lo miró espantada.

—¿Anoche...? – como si le hubiera leído la mente, se apuró para contestarle.

—No. – negó rápido. —No pasó nada, amor. – lo miró algo curiosa. — Hoy tengo partido, no puedo. – explicó.

—Ah... – asintió más relajada.

Después de recuperarse de la lesión, estaba tomándose muy en serio las recomendaciones de su entrenador y cumplía con todas las reglas al pie de la letra. Por eso, desde que había vuelto a la cancha, reservaban todas las ganas para la noche después de que jugara.

Tenía sentido, entonces, que aunque habían estado semanas separados, solo se pasaran la velada durmiendo haciendo cucharita. Pero... ¿Por qué estaba desnuda? Se miró nuevamente como comprobándolo y lo vio reír.

—Vos te sacaste todo. – no pudo evitar reírse también. —Estando dormida...

—Soy sonámbula. – le recordó.

—No me estoy quejando. — dijo levantando las manos. —Aunque me la pusiste muy difícil. — le besó la punta de la nariz, rozándole la cintura con la yema de los dedos.

—Te extrañé. — susurró apoyándole las manos en el pecho y plantándole un besito justo del lado del corazón.

—Y yo. — pasó sus brazos envolviéndola. —Tenemos que hablar porque anoche no pudimos.

Sonrió recordando vagamente como después de cortar la llamada, su chico había ido a buscarla al bar. Sin poder decirle nada, se había quedado dormida en el auto... y desde eso, hasta esa mañana.

—Si. — se apartó para mirarlo. —Yo también te quiero, lo sabes... y te quiero conmigo, pero...

Tensó levemente los hombros, pero no dijo nada. Esperó a que ella terminara de hablar.

—No quiero hacerte elegir entre tu carrera o estar conmigo. — confesó.

—No lo estás haciendo. — la miró a los ojos. —Esa elección no tuve que hacerla, no existe. Vos... sos todo, *todo* para mí. No me está yendo tan mal acá en Argentina... — se rió. —Quedarme no va a perjudicar mi carrera tampoco.

—¿No? — preguntó apenas sonriendo.

—No. — le aseguró. —Tengo mucho más de lo que necesito. — hizo un gesto despectivo con la mano. —Esas cosas nunca me importaron, pero quedate tranquila, que podríamos vivir muy bien así me retirara ahora.

Se dejó caer en la cama casi desplomándose mientras pensaba en ese “podríamos vivir muy bien...”.

—Nany. — dijo llamando su atención, mientras se recostaba a su lado y la miraba. —Sé que es mucho para esta hora de la mañana, pero quiero que charlemos.

—¿Por qué me querés, Mir? — lo miró a los ojos sin entender.

—¿Qué? — se sorprendió.

—¿Por qué, si podés estar hasta con la chica más linda, que no tenga ni hijos ni problemas como cañerías rotas en su casa... o un ex medio loco? — susurró. —O alguna que no tenga nunca ninguna duda. Que no tenga miedo, y hasta te pueda seguir a Europa si te vas.

De alguna manera en esa pregunta encerraba toda la cuestión. Y la respuesta, era lo que estaba esperando para animarse a más.

Mirco sonrió y se paró de la cama, confundiéndola.

—Porque me enamoré de vos. — se encogió de hombros, mientras iba hasta su guardarropas. Cuando volvió, no estaba vestido, pero tenía algo en las manos. —Y sos la chica más linda de todas. — dijo antes de besarla con dulzura.

Ella, emocionada y con los ojos un poco húmedos, se abrazó a su cuello y le devolvió el beso, encantada.

—No es la manera más romántica. — comentó sobre sus labios. —Pero ya me conoces... — sonrió. Sacó lo que llevaba escondido en sus manos y se lo mostró. —¿Esto hace que tengas menos miedo?

Se quedó con la boca abierta mientras miraba a su chico, con un... anillo. Un anillo precioso, con la piedra más hermosa y también más enorme que había visto en su vida.

—¿Qué es esto? — estaba en shock, claramente.

—La peor propuesta del mundo. — se rió rascándose la nuca como hacía siempre que se ponía nervioso. —No me contestes ahora. Te conozco, y te estás volviendo loca, y la cabeza te está dando vueltas.

—Mirco... — dijo sin aliento.

—Me contestas más tarde. — la besó rápidamente. —Ahora tengo un partido, estoy llegando tarde al entrenamiento y quiero que vayas a verme.

Sin dejarla decir nada más, se puso en marcha y empezó a prepararse para irse al club. Estaba muda.

El tiempo se había detenido, y ella no entendía nada. El tenía razón, estaba enloqueciendo de a poco. Por Dios. ¿Acababa de suceder? ¿Le había pedido matrimonio?

Se quedó dando vueltas un rato más antes de ducharse, vestirse y marcharse a casa.

Se despidieron como cualquier otro día, y quedaron en verse en la cancha directamente. No hablaron más del anillo, ni de las mil cosas que tenían pendientes. Sabía que era porque ahora Mirco necesitaba tener todo su cuerpo y su mente en la pelota. Y así sería.

\*\*\*\*

Entró al vestuario con el estómago revuelto. Mierda. Tendría que haber esperado para mostrarle el anillo. No podía creerse lo que había hecho.

Al fin la tenía de nuevo a su lado, y con esto estaba arriesgándolo todo. Se tapó el rostro con las manos y se dio cuenta de que estaba sudando como loco. Genial.

Diego, que estaba a su lado, estirándose las medias, lo miró preocupado.

—¿Estás bien, morocho? – preguntó con los ojos entornados. —¿Es la pierna? ¿Te duele? – se asustó.

—No, no. – lo tranquilizó. —La pierna está perfecta. – susurró casi para sí mismo. —Es mi cabeza...

En ese momento entró el director técnico dando gritos de aliento y las últimas indicaciones tácticas antes del juego. Nunca en toda su carrera había tenido tanto miedo antes de salir como ese día.

Saltó un par de veces en el lugar y se obligó a entrar en calor como el resto de sus compañeros. Era un encuentro importante, esos puntos servirían para clasificar al club entre los mejores del torneo y aunque no era un clásico, había mucha especulación porque se enfrentaba a su antiguo equipo.

En pocas palabras, todos los ojos estaban puestos en él, y eso podía manejarlo. Era solo un par de ojos que lo estarían mirando los que le interesaban. Unos ojos verdes que lo ponían a temblar.

Y mucho más después de lo de esa mañana.

Su amigo, que lo vio todavía muy distraído, pasó por su lado camino a la cancha y le dio unas palmadas para motivarlo y volverlo a la realidad.

Minutos después, el silbato había sonado y ya se habían hecho los primeros pases del partido.

Ni idea cómo lo había conseguido, pero ya había llegado al arco contrario dos veces, y casi había convertido. Al parecer, el estrés estaba beneficiándolo.

Los gritos de la tribuna, se mezclaban con los de sus compañeros, y él lo único que podía escuchar era su respiración y los latidos de su corazón desbocado. *Tendría que haber esperado...* – no dejaba de decirse. Ciego como estaba, tomó posesión de la pelota y en un par de amagues, la pateó con toda la fuerza y perforó la red del arco rival.

La cancha se vino abajo con el festejo del gol, y entre gritos y festejos con sus compañeros que lo abrazaban torpemente, miró directo al palco, donde sabía la encontraría.

Su cabello suelto sobresalía y desde la distancia era inconfundible. Su chica.

Estaba saltando, alentándolo orgullosa, con alegría y amor. Esa sensación no se podía comparar con nada, la amaba tanto que ya ni le importaba si ganaban o perdían. Con esa sonrisa ya tenía más que suficiente. La señaló tirándole un beso, haciéndole saber todo eso que estaba pasándole por el corazón.

Ella levantó una mano y se señaló la otra.

Al principio no comprendió, porque no lograba verla bien desde lejos. Se acercó un poco para ver que se estaba tocando el dedo anular y asintiendo.

Lo dejó con la boca abierta mirándola como un tonto. Desesperado, buscó en sus ojos confirmación de lo que estaba entendiendo. Por ahí, la adrenalina le estaba haciendo ver cosas...

Pero ella seguía allí, asintiendo y mostrándole el brillante anillo que ese día le había dado.

Probablemente el festejo de su respuesta fue más efusivo que el del tanto que acababa de marcar para Huracán, porque sus compañeros y su hinchada no sabía muy bien qué había sucedido. Estaba que explotaba de felicidad, y se lo notaba.

No tenía ojos para nadie más.

Estaban a un par de metros de distancia y separados por el enrejado, pero daba igual. Con la mirada estaban conectados y teniendo la conversación privada más bonita del mundo.

Le había dicho que **si**.

El resto del partido, se le había hecho eterno.

Milagrosamente Newell's, no había podido empatarlos, pero había estado muy cerca. Es que El Globo, estaba jugando con uno menos.

Mirco quería, pero no podía bajarse de la nube en la que estaba subido. No veía el momento de que sonara el silbato y poder salir corriendo a abrazarla.

Su coach lo regañaba desde el banco, pero él ni lo escuchaba. Bueno, nunca lo hacía... pero ese día, mucho menos.

Cuando por fin pudo abandonar el campo de juego, se dio una ducha relámpago y sin quedarse a festejar con el plantel, tomó sus cosas y desapareció. Nadia lo estaba esperando en el estacionamiento privado del

club con ojos pícaros, y una media sonrisa adorable. No se dijeron nada.

Corrió hasta donde se encontraba, y alzándola desde la cintura, la envolvió en un abrazo fuerte, casi desesperado que le llenó el pecho de emociones.

Tomó su mano y fue besándole dedo a dedo, hasta llegar al del anillo. La miró a los ojos y le sonrió.

Se sentía como si hubiera estado buscándola toda la vida, y ahora ahí estaba.

Ahí estaban.

Necesitaba decir las palabras. Necesitaba sentirlo, saber que era real.

—¿Te querés casar conmigo, Nany? – susurró mirándola con amor.

—Si. – contestó ella, con los ojos vidriosos. —Si que quiero.

Se rieron entre lágrimas y sellaron un beso que acababan de comprometerse.

\*\*\*\*

No había tenido que pensarlo demasiado. Los ojos de su novio al darle el anillo, y sus palabras, le habían despejado todas las dudas. Le encantó sorprenderlo en la cancha mientras jugaba, mostrándole que ya lo llevaba en el dedo.

Había tomado una buena decisión y no se arrepentía. Tal vez le había costado tomarla, pero ahora estaba feliz.

Esa misma noche, le contaron a Agos la noticia. Según le había dicho su novio, ese tipo de noticias se filtraba muy rápido, y no quería que se enterara por algún comentario indiscreto en la escuela o en el instituto de danza.

Conocía poco el mundo en el que se movían los deportistas, pero podía imaginarse que todo el mundo terminaría enterándose tarde o temprano. Aunque si se ponía a pensar, ellos llevaban meses juntos y nadie nunca la había molestado demasiado.

Si, había visto alguna foto de lejos de algún paparazzi, pero estaba casi segura de que aun no conocían su nombre... Pensarían que era una chica más con la que Mirco salía. Nada raro.



Sonrió, dándose cuenta de que la insistencia de él, provenía de la ansiedad por contarle a todo el mundo que se habían comprometido, porque era algo que lo tenía como loco.

Su hija se lo había tomado estupendamente, y eso le había sacado un peso enorme de encima. No era una novedad, ella lo adoraba, y además estaba convencida de que hacía a su mamá muy feliz. La emoción de la niña había hecho que su chico se derritiera, y no había podido disimularlo.

El soñaba con una familia, y ahora de a poco, la estaban formando.

Caro, se había puesto a festejarlo a los gritos. Incluso había sugerido salir al bar y contárselo al resto de sus amigos, pero era tarde y había sido un día muy intenso, lo dejarían para otra noche. Ahora solo querían estar tranquilos, esperar a que la pequeña se fuera a dormir, y encerrarse en la habitación para poder estar solos, y como más les gustaba.

Una semana después, todavía estaban como en una nube. Ninguno de los dos parecía creérselo. Ya se lo habían contado a casi todos sus conocidos y más allegados, pero aun así, les parecía estar soñando.

Todos habían demostrado la misma felicidad por la noticia, y se alegraban sinceramente porque sabían que la pareja se quería. Sus amigos del bar, conocían a Mirco, y les caía excelentemente bien. Sobre todo a Pablo, quien según decía, tenía que agradecerle que Caro le hubiera dado bola.

Daniela, había bromeado con empezar a planear la despedida de soltera, y aunque su novio había hecho mala cara por las cosas que su amiga tenía en mente, se había resignado que era la tradición, y tendría que aguantarse. El por su parte, tendría su despedida con los chicos del plantel, Mateo, Jamie y Nico, así que no podía quejarse.

Había hablado y conocido a sus suegros, y le habían caído genial. La mamá de Mirco, estaba como ellos. No podía creerlo. Era una mujer cariñosa, que no dudó en incluirla en la familia casi automáticamente, a ella y a Agos. A quien se notaba, ya consideraba como su nieta. La mimaba, y había prometido ponerse a aprender a cocinar platillos vegetarianos para cuando la pequeña los visitara.

Y después de que su chico le insistiera hasta el cansancio, había llamado a sus padres en Córdoba, y les había anunciado que se casaba. Se habían sorprendido y emocionado al escuchar su voz, pero la conversación no había

ido mucho más allá de eso. Si, la habían felicitado, y se habían entusiasmado al enterarse de que Mirco era un futbolista famoso, pero se habían comportado igual de fríos que siempre.

Había demasiado en el pasado, y ellos nunca habían querido solucionarlo. Eran orgullosos, y pertenecían a una alta sociedad que no era compatible con la realidad de su hija. Le habían dado la espalda en el momento más importante de su vida, y ni siquiera después de enterarse del episodio de violencia que había vivido con su ex, se habían preocupado.

Ignoraron a su nieta, y eso no tenía perdón.

Vivían en una burbuja, de la que por suerte, ella ya no era parte.

De todas maneras, no le faltaba afecto. Su nueva familia era genial, sus amigos siempre la acompañaban, su hija era la razón de su vida, y ahora estaba Mirco. Que la mimaba día y noche, y la tenía como una reina.

Había una sola excepción.

Flor, la amiga de su novio, no parecía estar muy feliz con el casamiento. Había hecho mala cara cuando lo había escuchado, y aunque frente a ella no había dicho nada, había escuchado sin querer, como discutía con su amigo diciéndole que era una mala idea. Desde ese momento, la relación entre los dos amigos, había quedado un poco tirante, lo que la llenaba de culpa.

La podía llegar a entender... Ella lo cuidaba, porque se preocupaba por él... no quería que se pelearan. Así que, un día, cuando Mirco se fue a su entrenamiento, le mandó un mensaje para reunirse y hablar.

Les pareció conveniente, hacerlo en un café que quedaba cerca del puerto. El clima se prestaba, y de paso les quedaba bastante cerca de las dos.

En las casi dos horas que había durado su encuentro, no habían logrado mucho. Eran muy diferentes, y sentía que no importara lo que dijera, ella no iba a cambiar de opinión. Nadia seguiría siendo la chica que hizo sufrir a su mejor amiga, y ahora quería jugar con su mejor amigo.

No le tenía confianza, y no pensaba darle una oportunidad.

Al principio le había molestado, y había tenido muchas ganas de mandarla a la mierda. Estaba poniendo la mejor actitud, y estaba teniendo la mejor predisposición, y la otra no parecía querer dar el brazo a torcer. Era imposible.

Y lo peor de todo, es que sospechaba, que entre todos los motivos que tenía para odiarla, eran los celos los que la estaban cegando. Esa chica, estaba celosa de su amigo, era clarísimo.

Pero bueno, iba a tener que aprender a vivir con ellos, porque se iban a casar con su morocho. Punto.

Para no discutir, le pidió que por lo menos, mantuvieran una relación cordial. Por Mirco.

Flor, algo reacia, accedió, poniendo fin a esa incómoda reunión.

Se levantó cada una por su lado, y se encaminaron a la salida del café. Estaban cruzando la puerta, cuando un ejército de periodistas, fotógrafos, noteros y paparazzis, las atacaron. Por unos segundos, quedaron encandiladas por las luces del flash de las cámaras y no supieron que hacer.

Pero después el griterío, se hizo insoportable, y como estaban solas, empezaron a empujar para hacerse espacio y escaparon juntas hasta el estacionamiento más cercano, donde ella había dejado el auto de Caro.

Apenas la zona se despejó, la dejó en su casa y ella se pudo ir a la de Mirco tranquila.

La noticia de la boda, finalmente se había filtrado, y la prensa lo quería saber todo. Su celular no paraba de sonar, y se preguntaba cómo diablos tenían el número. Ella no se lo daba a casi nadie.

Al llegar, su novio se indignó. Odiaba que estuviera pasando por eso, y le prometió que se encargaría de solucionarlo cuanto antes. Mientras tanto, tendría que esconderse, y por nada del mundo hacerse ver con Agos.

No quería que la involucraran en nada.

De hecho, lo primero que había hecho su novio al llamar a su abogado, era pedirle que por favor amenazara a todos los medios. Ni una foto de la pequeña, porque era menor. Quedaba totalmente prohibido.

Ellos... se las irían arreglando.

Sería un gran cambio para ella, pero que venía en el paquete de casarse con Mirco García, el delantero que jugaba en la primera categoría del fútbol argentino.

\*\*\*\*

## Capítulo 32

Después de unas semanas, la prensa parecía haber aflojado un poco su asedio. Nany había tenido que faltar algunos días a la guardería, y Agos, al colegio, pero finalmente todo se había solucionado.

Había tomado todas las medidas, para prevenir que la pequeña pudiera verse afectada. Incluso, había hecho algo que en toda su carrera nunca había hecho. Había hablado para los programas de la tarde.

Contó que estaba enamorado, muy contento, y también que iba a casarse. Solo así, había logrado que dejaran de molestarlos.

Como ella no era una figura pública, no había mucho que pudieran preguntarle, pero de todas maneras lo habían hecho. Al enterarse que era amiga de Vale desde la infancia, las especulaciones fueron miles, y él había temido que ante la presión de los periodistas, pudiera angustiarse y recordar cosas que le dolían... Pero no.

Decidió hacer una entrevista con una de las revistas más importantes del país, con la ayuda de Jamie y claro, su esposa... contestando las preguntas que ella quería.

También le habían hecho unas fotos muy bonitas, que lo habían vuelto loco. Ahora que era conocida, tenía seguidores en las redes sociales, y claro, miles de hombres que le decían de todo.

Pero por más celoso que se ponía, se las aguantaba. El la había metido en ese mundo, y él tendría que cuidarla también.

Además era hermosa, tenía que resignarse a que de ahora en más fuera el centro de las miradas. No podía culparlos... mientras a Nadia no le molestara, no había problemas.

Algunos días después de que todo el revuelo en los medios se calmara, decidieron que era tiempo de mudarse juntos. La casa nueva estaba casi lista, pero le faltaban algunos detalles. Cuando la había ido a ver por primera vez, se había asegurado de que tuviera un jardín en donde Agos pudiera jugar, o tener una mascota, porque sabía que amaba a los animales. Tendría una habitación enorme para ella sola, y habría un cuarto de juegos en donde podía tener todos sus juguetes.

Por supuesto, quería otras habitaciones de las mismas características, para seguir agrandando la familia en un futuro. Por ahora serían cuartos de

invitados, y espacios para guardar o archivar cosas. Sus trofeos, por ejemplo.

Todavía no llegaba a un acuerdo con su futura mujer de donde irían a parar.

Eso era lo único por lo que habían tenido alguna que otra discusión, porque por todo lo demás, estaban felices. La habitación que compartían era enorme, y estaba pensada para ella. Tenía un ventanal al jardín, donde sabía que iba a hacer sus ejercicios matutinos... Ya podía imaginársela...

Y claro, también tenía un guardarropas gigante, especialmente diseñado por el diseñador que había hecho el de su amiga Vale.

Sonrió porque cuando Nadia lo había visto, se había quedado con los ojos como platos, y después se había puesto a reír a carcajadas, diciendo que ni en un millón de años iba a tener suficiente ropa como para llenarlo.

Era una mujer de gustos sencillos, y eso era algo que lo enamoraba todavía más.

Al final, los dos habían puesto más interés en amoblar y decorar el espacio de Agos, que el suyo propio. Era rosa y estaba hecha con temática de bailarina clásica. Había fotos de su espectáculo enmarcadas, y hasta un perchero con tutú. Todo en tules color pastel. La niña amaba su lugar, decía que no iba a querer salir nunca de allí.

Lo que le dio una idea para sorprenderlas...

Allí donde él pensaba instalar algunas máquinas para hacer su gimnasio, hizo instalar espejos y barras en todas las paredes, y un piso especial para crear un estudio de danza.

El se las arreglaba en el cuarto chico del lado, de todas formas tenía que ir al club a entrenar a diario.

Las llevó sin decirles nada y cuando encendió las luces, no lo podían creer.

Agos, gritó emocionada y sin esperar, se fue corriendo a practicar poses y posturas mirándose con una sonrisa de oreja a oreja.

Y su chica, lo abrazó por el cuello y le dio un beso, susurrándole que lo quería.

—¿Cuándo hiciste esto? – preguntó con la voz un poquito quebrada.

—Yo no hice nada. – contestó abrazándola de la cintura. —Desde hace unas semanas, está lleno de gente trabajando. ¿Te gusta?

Ella sonrió y volvió a besarlo.

—¿Qué te parece? – se acercó más para susurrarle al oído. —Cuando estemos solos te cuento lo mucho que me gusta... – le rozó el lóbulo de la oreja, y tras atraparlo entre sus labios, lo mordió despacito.

Levantó una ceja, y se la llevó disimuladamente a los empujones por el pasillo. Entre risas, y chocándose con cajas y bolsas que aun no habían desempacado, llegaron a la que ahora era su habitación y cerraron la puerta. Con seguro.

Una tarde, Caro, la amiga de Nany, Vale, Ana y Daniela fueron a visitarlos. Según decían, querían ayudar a planificar la boda.

Para ser sinceros, se hubiera inventado una excusa para irse a cualquier lugar que no fuera ese, pero no podía. Veía a su chica muy abrumada con todo el asunto, y tenía que quedarse a ayudar aunque fuera una tortura.

Flor, quien era la que mejor organizaba eventos de todas las personas que conocía, no había asistido. El ya había vuelto a hablarse con ella, y las cosas de a poco iban volviendo a la normalidad, pero a nadie le pareció una buena idea. Ninguna de las dos se sentiría cómoda.

Habían llegado con infinidad de catálogos y revistas, con millones de opciones, y antes de que empezaran a hablar, ya se sentía agobiado.

—Me parece que tendrían que aprovechar el jardín, y llenarlo de flores. – opinó Vale.

—Y el vestido debería tener cola... y corsé – dijo Caro. —Y tu ramo tiene que tener flores con los colores de la decoración.

—¡Eso! – opinó Ana. —¿Ya saben cuántos son los invitados? Porque el patio les puede quedar chico, y capaz sería mejor montar la mitad de la fiesta acá... en la sala, y en...

En algún momento habían empezado a hablar todas juntas. No sabía si se estaban escuchando entre sí, porque todas lo hacían al mismo volumen.

Miró a su novia, que estaba desorientada en silencio, moviendo la cabeza de un lado al otro, porque todas querían llamar su atención. Sonrió. La estaban enloqueciendo. Estaba a punto de hacerlas callar, pero vio que una de ellas tomaba la palabra.

—¿Y? – quiso saber Daniela. —¿Cómo querés tu fiesta?

Bueno... pensó él. Por fin a alguien parecía importarle lo que ella

opinaba.

—Sencilla. – dijo en voz baja y con gesto de disculpa. —No sé si estás de acuerdo, Mir. – lo miró en busca de apoyo. —Me gustaría invitar nada más a nuestros amigos y tu familia.

—Me encantaría. – dijo sonriendo.

—Y no quiero un gran vestido tampoco. – se tocó las puntas del pelo, nerviosa. —Siempre me gustó la onda hippy, con unas sandalias bajitas... y el pelo casi suelto.

—¿Qué? – gritó Caro. —Te casas una vez, Nadia. – dijo frustrada tapándose la cara.

—A mí me parece genial. – comentó Vale con ternura. —Te veo con un ramo de flores naturales, y con una decoración “eco chic”. – hizo comillas con los dedos y su amiga se rió.

—Eso es lo que quiero. – lo volvió a mirar buscando aprobación y él con cara de tonto asintió.

Le hubiera dado todo lo que pidiera, así fuera casarse en Las Vegas como habían hecho Mateo y Ana... pero amaba lo que estaban proponiendo. Esa era la boda ideal para ellos. Simple, natural, y dulce como la novia. Sonrió satisfecho.

—Vas a estar preciosa, te pongas lo que te pongas. – le susurró, olvidándose de que no estaban solos.

—Bueno... – dijo Daniela poniendo los ojos en blanco cuando su chica, en respuesta, lo besó tomándolo de las mejillas. —Esperen a que nos vayamos para eso. – bromeó haciéndolos reír.

Tenía que confesar que desde que habían empezado a hablar de la boda, se había puesto inquieto. Las grandes fiestas, no eran su estilo. La organización sería una pesadilla, y él lo único que quería era casarse con la mujer que amaba. Nada más le parecía tan importante.

Por eso, después de esa conversación, se había quedado más tranquilo. Era una prueba más de que a su lado sería feliz. Querían exactamente lo mismo.

Sería una ceremonia pequeña, pero se aseguraría de que tuviera lo mejor.

\*\*\*\*

Su despedida de soltera, había sido una locura. Al menos, lo que recordaba. Sus amigas se encargaron de llevarla de paseo por todos los boliches de la zona, dándole de probar cuanto vaso se les cruzaba por el camino.

Habían bailado, festejado y derrapado como nunca.

Vale, que hacía muy poquito había sido mamá, se había ido temprano deseándole lo mejor. Y Flor, con quien aun no tenía la mejor relación, solo se quedó para el primer brindis.

Algunas de sus compañeras de trabajo, habían comprado unas tiaras con velos de cotillón espantosas, y Caro, muerta de risa se había cansado de tomarles millones de fotos. Ninguna que pudiera ser publicada, ni siquiera mostrada. Es más, tal vez se encargaría de buscar esa cámara y borrarlas antes de que alguien más las viera. Eran maestras de nivel inicial, no podían dar esa imagen. Por más chistosa que fuera.

Mirco, había vuelto a casa casi a la misma hora que ella, apestando a alcohol y con una boa de plumas en el cuello. No quería preguntar, y no lo haría.

Lo único que deseaba ahora, era una ducha caliente y dormirse las horas que quedaban hasta que tuviera que prepararse para el casamiento, abrazada a su novio y futuro marido.

Por suerte, Agos, se había quedado en casa de Caro con Celia esa noche. Y se encargaría de que al día siguiente estuviera perfecta, porque a ella se le haría imposible cuidarla.

Venían a peinarla, maquillarla, arreglarle las uñas, hacerle fotos... y si bien sentía todavía los efectos de su borrachera, no podía dejar de sonreír.

Se sentía feliz.

\*\*\*\*

Les había hecho un día hermoso. El sol calentaba apenas lo necesario, y el cielo se veía despejado de principio a fin. La noche anterior había visto unas nubes, y se calló la boca porque no quería poner nerviosa a su novia.

Si llovía, tenían que mudar todo adentro... Y eso hubiera sido una pesadilla.

Por suerte, el clima era ideal.



Miraba el jardín y no podía creerlo. Nunca olvidaría como estaba ambientado ese día tan especial para ellos. No se consideraba particularmente romántico, pero tenía que admitir que ver como había quedado todo en conjunto, las flores, y las decoraciones rústicas, lo emocionaban un poco. Todo le recordaba a ella, era perfecto. Y muy íntimo...

Había asistido poca gente. Solo la más importante para ellos.

Obviamente, el menú no incluía carnes ni preparados con ningún animal. Las invitaciones habían sido impresas en papel especial reciclado. De la mejor empresa del país, si. Pero de todas maneras, ecológicas.

Agos llevaba puesto un vestido muy bonito color crema que ella misma había elegido. Con zapatitos de bailarina y una coronita de flores silvestres. Era un angelito.

Fue verla caminar hasta el altar, portando los anillos de lo más alegre, para sentirse lleno de orgullo. Muy pronto serían una familia, y esa pequeña princesa, sería su hija. Porque así lo sentía.

Había pasado por muchas cosas desde que estaba en la panza de su mamá, pero de ahora en adelante, él se encargaría de hacer lo que fuera para verla feliz.

La niña lo miró y guiñándole un ojo, le entregó la bandejita de a Mateo, el padrino. Quien cada dos por tres, lo hacía reír, susurrándole alguna pavada, tal vez para que resistiera los nervios y se aflojara un poco.

Caro, la madrina de la boda, no había dejado de llorar. Tenía la nariz que parecía un tomate. Sonrió pensando lo mucho que insultaría al ver las fotos después.

Pero definitivamente, si había algo que realmente jamás olvidaría, sería aquello que sintió al ver a Nadia caminando, lista para unirse para siempre a él.

El vestido liviano que llevaba, se le pegaba al cuerpo hasta la cintura, totalmente bordado en diseños elaborados pero sutiles, con escote en la espalda y que caía con movimiento hasta los pies.

Su cabello brillaba bajo el sol, semi recogido con florcitas puestas cada tanto sobre una tranza fina que terminaba en su coronilla.

Se había quedado sin habla.

No recordaba ni sus votos, ni lo que les habían dicho, ni nada antes del beso. Un beso que había durado un poco más de lo acostumbrado y que había

terminado con silbidos por parte de los idiotas de sus compañeros de plantel.

Nadia, con los ojos vidriosos, le había susurrado que era feliz, poniéndole la piel de gallina y también un nudo en la garganta.

—Te amo. — le dijo antes de volver a besarla y que todo el mundo aplaudiera.

Desde que sus ojos se habían encontrado, todo había desaparecido. Todo había dejado de existir.

Cada momento desde aquella primera vez, en el boliche... Todo se proyectaba en su cabeza como una película, que hacía ese día más real.

Se estaba casando. Con Nadia, su chica rara. Con Nany. Esa mujer preciosa, que era amante, amiga, seño de jardín, una excelente bailarina, y todavía mejor mamá.

¿Cómo es que había tenido tanta suerte?

Miró la primera fila, en donde se encontraban sus dos mejores amigas. La rubia y la morocha. Y les sonrió, por dentro agradeciéndoles por ser parte de su vida.

Todo tenía sentido ahora.

La música que había sonado durante todo el tiempo, era un repaso por toda la relación. Cada momento, hasta los tristes, para que ellos los bailaran juntos uno a uno, y de alguna manera, dando paso a una nueva etapa llena de nuevos recuerdos.

Llena de nuevas experiencias.

Mucho mejores y más llenas de amor.

Ella había elegido un tema en especial. Photograph de Ed Sheeran, porque decía que los describía. A ellos y a su historia. Se abrazó a su cuello y mientras se mecían entre los invitados, le dijo todo aquello que decía esa canción tan especial en su letra.

Abrazado a su cintura, se dejó llevar...

*“Amar puede curar,  
amar puede remendar tu alma,  
y es la única cosa que conozco.  
Juro que será más fácil,*

*recuérdalo con cada pedazo de ti,  
y es la única cosa que nos llevamos cuando morimos.  
Guardamos este amor en una fotografía,  
construimos estos recuerdos para nosotros mismos,  
en donde nuestros ojos nunca se cierran,  
los corazones nunca se rompieron,  
y los momentos quedan quietos, congelados para siempre.*

*Así que puedes guardarme en el bolsillo  
de tus vaqueros rasgados,  
abrazarme hasta que nuestras miradas se encuentren,  
nunca estarás sola.  
Y si me haces daño,  
bueno, está bien cariño, solo palabras que se disipan.  
Dentro de estas páginas, puedes guardarme,  
y nunca te dejaré partir,  
espérame a que vuelva a casa.”*

\*\*\*\*

La luna de miel se les había pasado volando. Había sido corta porque ambos tenían compromisos a los que regresar. Como el torneo de fútbol, o las clases de la guardería.

Agos, estaba en casa de Caro y a veces se iba donde Vale, a jugar con Ava y Simón. La pequeña Olivia no se enteraba de nada, y a su amiga le venía genial que sus niños estuvieran entretenidos así podía cuidarla, hasta que llegara Jamie.

Mientras ellos, recién casados, pasaban una semana en México.

Regresaban felices, descansados, más enamorados que nunca y hasta bronceados.

Bueno, él por lo menos. Su versión de bronceado se traducía a dos millones de nuevas pecas sobre su piel sonrosada en contraste con su cabello dorado por tanto sol.

Mirco le decía que le encantaba ese look, de hecho se lo demostraba casi

a cada rato...

No habían podido sacarse las manos de encima.

Volver a la realidad les resultaría terrible. Allí eran libres, y sin rutina, solo se pasaban las horas disfrutándose. Sonrió recordando como una tarde, su esposo le había hecho un masaje en la sombra de una playa alejada y tras unos mimos, y susurros cariñosos, habían hecho el amor a la orilla del mar. No había nadie, pero igual se había sentido emocionante.

Lo miró a su lado en el asiento del avión, y se mordió los labios. Su piel ahora morena, con su cabello oscuro y despeinado relajadamente lo hacían guapísimo.

Llevaba casada y deleitándose con su cuerpo desde hacía una semana y cada vez se sentía más atraída. Había tenido que verlo todos los días sin camiseta por el calor, y por las noches, con menos prendas aún... ¿Cómo había tenido tanta suerte?

\*\*\*\*

—No me mires así. — le dijo con una sonrisa pícara. —Yo quería quedarme más tiempo.

—Y yo... — se lamentó. —Pero tenemos que volver. Tenemos una vida ocupada que nos espera.

—No me hagas acordar, que me dan ganas de ir a buscar a Agos y quedarnos a vivir los tres en la playa. — se rieron.

Se venían meses de entrenamiento y partidos decisivos, en los que estaría muy ausente, y en los que tendría que tener poquísimo sexo si quería rendir bien en la cancha.

—Después de la final, podemos hacer otro viaje. — sugirió ella. —Agos va a estar de vacaciones.

Se sentía bien planificar así. Como una familia.

—Me las llevo a donde quieran. — aceptó contento. —Le preguntemos apenas la veamos.

La habían pasado muy bien, pero también habían extrañado horrores a su pequeña. Se comunicaban con ella a diario, y le habían comprado infinidad de regalos.

Pero ahora no podían esperar para volver a verla.



## Fin

\*\*\*\*

La final del torneo, se jugó en la cancha local.

Era raro para el equipo llegar a esas instancias, sinceramente, hacía años que no sucedía. Era un hecho histórico. El equipo rival, era el favorito para ganar, pero los fanáticos del Globo, no perdían la fe.

Su marido, llevaba semanas... en realidad, meses entrenando, y sabía que estaba nervioso.

Ella había intentado relajado por todos los medios...

Si, habían hecho trampa, y habían hecho el amor casi todas las noches, sin importarles las recomendaciones técnicas. Y si llegaba a jugar mal, se sentiría terriblemente culpable.

Aunque eso no le borraba la sonrisa a ninguno de los dos.

El encuentro, había comenzado bastante movido.

Ambos equipos jugaban por lo mismo y estaban poniendo todo en la cancha.

La hinchada alentaba cada vez que su esposo tocaba la pelota y eso, hacía que se sintiera sumamente orgullosa.

Después de varios intentos, el equipo contrario, había logrado hacer un gol. Más que nada por un descuido del arquero, y todos a su alrededor se quedaron callados. No podía ser, maldijo a los gritos.

Los minutos seguían pasando, y después de casi dejarse el cuerpo, Diego, lo había empatado.

Gracias, Dios.

Respiró con algo de alivio, haciendo fuerza para que su chico metiera el tanto para hacer la diferencia.

Y ahí estaba él, corriendo concentrado, haciendo pases, y amagues, despistando a sus contrincantes y dejándolos a todos impresionados.

Todo parecía indicar que se acercaba al arco.

Logró pasar con agilidad a uno de los defensores que lo marcaban, pero con el segundo no tuvo la misma suerte. El jugador había frenado su avance con una patada violenta que lo había barrido y hecho volar cayendo desarmado, con un grito de dolor.

Nadia se puso de pie con la sangre helada. ¿Estaba bien? ¿Era la rodilla? ¡Que alguien lo ayudara!

Desesperada y a punto de llorar, vio como el árbitro indicaba que había sido una falta en el área. Era penal.

Todos festejaron, pero a ella le importaba una mierda. Mirco sentía dolor, y era como estar sintiéndolo también mientras lo miraba sufrir.

Sorprendiéndola, se incorporó rengueando, haciendo señas de que él ejecutaría el penal.

Su coach lo miró dudando por un momento, pero después accedió.

Antes de patear, su esposo la buscó en la tribuna y le lanzó un beso, devolviéndole apenas los colores al rostro. Había querido tranquilizarla.

Emocionada, susurró para que le leyera en sus labios un “Te amo”, y cruzó los dedos para que tuviera suerte.

El tomó carrera y pateó haciendo que el balón se elevara para esquivar al arquero y clavarse justo en el ángulo, casi perforando la red.

La gente gritó con él ese gol, como si no hubiera mañana. Le quedaban dos minutos al partido. Ya estaba.

Habían ganado.

Los compañeros lo abrazaban para festejar el tanto, pero él se separó de todos y tomó la pelota entre sus manos, volviendo a buscarla entre la multitud. Sabía lo que iba a hacer, pero igual su corazón se desbocó.

Con una sonrisa enamorada se la llevó bajo la camiseta y se la puso sobre la barriga, susurrándole él también que la amaba.

Era su manera de contarle al resto del mundo, porque sus más allegados ya conocían la noticia.

Iban a ser padres, y ya no aguantaba guardarse el secreto. Desde que se habían enterado, había querido salir a gritarlo. Pero se había contenido hasta ese día.

Inmediatamente todos los que estaban cerca la empezaron a felicitar.

\*\*\*\*

Sus compañeros lo abrazaban y palmeaban en la espalda alegrándose por él, mientras el técnico lo miraba con una sonrisa y los ojos entornados. Sabía que había hecho trampa con lo de las relaciones sexuales a los días previos a

los partidos. Pero qué esperaba. Estaba recién casado, por Dios. Se rió con gesto cómplice, encogiéndose de hombros.

Los días que siguieron al partido, los aprovechó para disfrutar. Se habían tomado dos semanas de vacaciones, y se habían ido a la costa con su familia.

Agos, los había llevado de un lado a otro. Quería hacer de todo, y aunque ellos preferían quedarse tirados en la playa, le hicieron caso. La querían contenta.

Nadia apenas estaba de dos meses y dos semanas de embarazo y no tenía panza. De todas formas, su hija había empezado a interesarse. Estaba un poco celosa por la llegada de ese hermanito o hermanita, y no se había emocionado demasiado cuando le contaron.

El, que ya había visto como habían reaccionado los hijos de Vale con la bebé, tenía una leve idea de lo que podían hacer. Trataron de integrarla en todo lo que tuviera que ver con el embarazo. Iba a ir a todas las ecografías, y a hacer compras para la nueva habitación.

Le contaron que se convertiría en hermana mayor, y que tendría a quien enseñarle todo lo que sabía. Tendría con quien jugar y a quien mimar.

Como él imaginaba, Agos había demostrado madurez y comprensión, tomándose el tema muy en serio.

Ahora estaba contenta y al verse incluida en lo que ocurría, sugería posibles nombres... y ya hasta había decidido que quería que fuera una niña.

El, que estaba impresionado con su pequeña, se había dedicado a malcriarla. Para que no pensara que iban a prestarle menos atención, la había sacado de paseo, al cine, al parque, a visitar a sus padres... y hasta se había aguantado toda una obra de ballet en el teatro.

La primera que veía, y no era exactamente el tipo de espectáculos a los que estaba acostumbrado, pero estaba claro que por Agos, hacía cualquier cosa.

Esa pequeña lo tenía embobado.

A medida que a Nany le fue creciendo la panza, los medios volvieron a la carga.

—Si tengo que volver a salir a hablar, salgo. — dijo decidido. —No quiero que te estén acosando hasta cuando vas al trabajo.



—Ya se van a cansar. – contestó abrazándolo. —No te gusta aparecer en esos programas.

La abrazó por la cintura y le apoyó las manos en la barriga, con cariño.

—No van a dejar de joder hasta que no les demos lo que quieren. – comentó derrotado antes de agacharse y plantar un beso en donde tenía las manos.

—Puedo hacer otra nota para una revista. – sugirió.

—No. – la cortó interrumpiéndola. —Si alguno tiene que hacer algún sacrificio, dejame a mí. Los quiero lejos de todo esto. A vos y a mi hijo.

No, no conocían el sexo de su bebé. Ninguno había querido, pero él estaba convencido de que era un varón.

Las peleas por la elección del nombre, los había hecho enojarse con el otro y estar sin hablarse.

Casi toda una tarde...

Pero después no pudieron más y se reconciliaron pidiéndose disculpas. Ya pensarían en como llamarlo o llamarla, una vez que naciera.

Se inclinó para besarla, suspirando y dejando que como siempre hacía, lo abrazara por el cuello. Sus manos, la acariciaban con pasión disfrutando de todas esas nuevas curvas que lo ponían tanto...

—Mmm... Mir. – dijo ella casi en un gemido y tiró de su cabello, besándolo más profundo.

Se empezaron a mover hacia atrás, buscando a tientas la cama, y justo cuando estaban a punto de dejarse caer los dos, la panza de Nadia se movió de manera impresionante... haciéndolos estallar en carcajadas. Por como estaban pegados sus cuerpos, él también lo había sentido a la perfección sobre su abdomen. El bebé se acomodaba y estiraba ya con falta de espacio. Solo faltaban poco menos de dos meses para conocerlo.

—No quiere que le haga mimos a mami. – dijo con voz ronca. —¿Estás celoso, campeón? – susurró en su barriga.

—Estuvo durmiendo todo el día. – contestó ella entre risas. —Escucha tu voz y se despierta.

Enternecido, se inclinó para llenarla de besos, a ella y a su bebé.

—¿Me extrañaste mientras entrenaba? – siguió diciéndole. —Cuando salgas de ahí, vamos a jugar juntos al fútbol todo el día.

Nadia puso los ojos en blanco, acariciando su vientre también.

—Puede ser una nena. – discutió porque le gustaba hacerlo enfadar.

—Es un futuro futbolista. – concluyó. —Las patadas que te da a la madrugada son la prueba de eso.

—O es sonámbula como su mamá. – él la miró frunciendo el ceño.

—Es un nene. – insistió caprichoso.

Sin seguir con esa discusión, ella susurró que era muy tierno y lo acercó para que siguieran besándose y volvieran a lo que estaban antes de ser interrumpidos.

Todo el mundo le había dicho que esos meses, se le pasarían rapidísimo, y que después se lamentaría por no haber aprovechado de su libertad cuando todavía podía dormir la noche entera, pero se equivocaban.

Los días se le hacían eternos cuando estaba en el Club.

Quería volver a casa temprano todos los días, pero a veces se le hacía imposible. Nadia estaba hermosa.

Si ya le gustaba su mujer, ahora, con nueve meses de embarazo, lo dejaba sin palabras.

De todas maneras, no podía mimarla tanto como le hubiera gustado, porque tenía muchas molestias.

Su niño era grande, y no la dejaba dormir ni comer tranquila. Los tobillos se le hinchaban, y se quejaba de muchos dolores de espalda. Estaba de un humor muy particular. Muy raro en ella.

En él, hubiera sido normal, pero Nadia era la de buen carácter. Positiva, alegre, simpática. Ahora le hablaba, y ella le ladraba algo en respuesta. No era fácil, quería entenderla. Seguramente estaría muy incómoda.

Cuando estaba en casa, se la pasaba con Agos jugando, ayudándola con la tarea, o haciendo cualquier cosa “para no molestar a mamá”.

Así fue como un día, de la nada, se levantó y escuchó que su mujer había puesto música, como en las viejas épocas. Y cuando se levantó, la vio bailando mientras preparaba el desayuno y limpiaba media casa.

—Amor. – le susurró con cautela, abrazándola por la panza. —No deberías estar haciendo esfuerzos, dejame que te ayudo. – dijo y le alcanzó el

frasco de galletas del estante alto para que no se estirara.

—No pasa nada. – comentó agitada. —Quiero seguir ordenando la sala. Voy a cortar el pasto también.

—¿Cómo vas a ponerte a cortar el pasto? – preguntó molesto y con los ojos muy abiertos. —Hace un calor horrible, te vas a quemar la piel.

—Me pongo protector solar. – hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—No seas cabeza dura, Nany. – la miró muy serio, esperando insultos. Nunca llegaron, y sonrió. —Hoy estás diferente.

Ella lo miró sonriendo y le besó el cuello con mimo.

—Y vos estás muy lindo. – susurró.

Le devolvió los besos encantado, aprovechando esos instantes de tener a su esposa de vuelta. La había extrañado, a decir verdad.

—Si te sentís bien, podemos salir a pasear con Agos. – propuso. Cualquier cosa para que no cortara el pasto ella sola. —Podemos comer algo rico, y después tomar helado.

—Mmm... si. – respondió ronroneando y mordiendo su cuello.

Mejor se iban rápido. Se estaba poniendo muy... “cariñoso”, y sabía que a esas alturas del embarazo ya no podían hacer casi nada, porque era imposible. Por más ganas que tuvieran, ella se sentía incómoda... y él no era tan bruto.

Pero nunca llegaron a probar ese helado.

Estaban preparándose para salir, cuando Nadia empezó a sentir algunas molestias en la cintura, que terminaron en terribles contracciones.

Muerto de miedo, había subido a Agos y a su mujer al auto, dirigiéndose al hospital.

En camino, la pequeña había llamado a Caro, quien se quedaría con ella mientras ellos entraban a la sala de parto.

Nadia había estado genial.

Había soportado horas de dolor, hasta que el idiota del obstetra se había decidido a hacerle una maldita cesárea.

No estaba orgulloso de la cantidad de insultos y amenazas que había

soltado a ese hombre, y a las enfermeras de turno... pero bueno, no podía ver a su esposa sufriendo de esa manera. Lo descomponía.

Para colmo, ella no estaba nerviosa. No maldecía, ni se la agarraba con nadie. Ni siquiera con él, que en definitiva era la razón por la que ahora estaba allí, y en esas circunstancias.

De hecho, lo había calmado cuando había empezado a putear.

Su chica rara, era muy especial.

Y la amaba cada día más por eso.

Después de unas horas, estaban en una habitación con las luces bajas, porque el pequeño Leonel García, se acababa de dormir.

Tenía razón. Era un varón.

Uno enorme, de casi cuatro kilos, que todo rosadito y precioso como su mamá, tenía los ojos negros y profundos de su papá.

Era la cosa más bonita que había visto.

Su mujer lo miraba con ternura.

—Es precioso. — acarició una de las manitas que asomaban de la mantita que habían usado para arroparlo.

—Si. Por suerte se parece a su mamá. — contestó.

Ella se rió.

—Mir, es igual a vos. — él también se rió. No podía discutirse, el parecido era innegable. Aunque también veía a Nadia en su pequeñito.

La puerta se golpeó en un estruendo y gritos del otro lado los sobresaltaron.

—¿Se puede? — preguntó ya adentro, Caro.

—Shhh... — la hicieron callar entre los dos.

—Oy, pero que cosita más linda. — dijo tapándose la boca.

Uno a uno, todos sus amigos, fueron entrando en la habitación para conocer al bebé.

—Al final te saliste con la tuya, morocho. — comentó Vale, negando con la cabeza. —¿Leonel?

Ana los miró sin entender.

—Como Messi. — explicó Mateo, su marido.

—No te puedo creer, Mirco. — dijo Flor, regañándolo.

—Ey, no. – se defendió. —Messi es Lionel. Y mi hijo se llama Leonel. – marcó mucho la diferencia mientras pronunciaba, y todos se rieron.

—Es lo mismo. – dijo Agos, acariciando a su hermanito.

—No, no es lo mismo. – insistió. —Yo le quería poner Lionel...

—Y yo le dije que se deje de joder. – interrumpió Nadia haciéndolos reír más fuerte.

Daba igual, pensó él. De todas maneras su sobrenombre, sería “Lío”.

Se iba a ganar miles de broncas con su esposa... si, señor.

\*\*\*\*

El pequeño Leonel, llevaba cinco días de vida, y ya era socio de Huracán. Puso los ojos en blanco.

De verdad, tenía carnet y una camiseta de su tamaño. Era increíble.

Nunca había visto a Mirco así.

En realidad, nunca había visto a un papá así. Estaba baboso por su bebito, y se notaba que no podía más de la felicidad.

Siempre había querido tener hijos. Y ahora de repente, tenía dos. Agos y Lío, eran la luz de sus ojos.

—¿Te sentís mejor? – le preguntó preocupado.

Los dolores de entuerto, en este segundo embarazo, habían sido espantosos. Pero al menos, ahora sabía de qué se trataba.

En el primero había estado tan sola, que cuando le agarraron, pensó que se estaba muriendo. La pobre de Caro, la había llevado al hospital, asustada, con la pequeña Agos en brazos.

—Si, amor. – contestó cambiando de pecho a Lío antes de que se volviera a dormir.

Más tranquilo, asintió y se metió a su lado de la cama, gateando. La abrazó hasta que quedaran entrelazados con el bebé entre ellos. Amaban estar así.

## Un poco más

*Dos años después...*

Hacía algunos días que habían regresado del viaje, y ya tenían ganas de volverse a ir.

Habían pasado las mejores vacaciones en Disney. Agos, por fin se había dado el gusto de conocer a todos los personajes que tanto amaba, y se había subido a cuanto juego había podido.

Su hermanito, era muy pequeño todavía, y no podía hacer ni la mitad de las cosas que había para hacer, pero se la pasaba en grande viendo a su hermana tan feliz, o estando en brazos cuando se cansaba de caminar. Lo que era muy raro, porque Lío tenía muchísimas energías.

Se despertaba con mamá todos los días a seguirla en sus pasos de baile, y le quedaban siempre ganas de salir a patear su pequeña pelota por todo el jardín cuando estaban en casa.

Su mujer y él, si que estaban cansados. Y con los pies llenos de ampollas.

Lo consolaba pensar que tendría unas cuantas semanas para recuperarse antes de volver a la cancha.

Lo habían convocado para jugar en la selección argentina, y estaba tan contento y tan nervioso, que cada vez que lo recordaba, le entraban ganas de reírse... o vomitar.

Su esposa, estaba dando clases de danza para niñas, en su estudio privado, porque la vida pública que ahora tenía al estar casada con un futbolista conocido, no la dejaba volver a la guardería.

Después de darse cuenta de que el asedio de la prensa y los absurdos rumores e historias que se inventaban alrededor de su vida, empezaban a incomodar a algunos padres, ella sola había presentado su renuncia.

Pero por suerte, ese cambio de rumbo, la había hecho reencontrarse con su pasión, y se sentía mucho más feliz. Ni ella se había dado cuenta lo mucho que había extrañado bailar. Se sentía plena.

Caro, seguía saliendo con Pablo, parecían ir en serio y quererse de verdad. Se alegraba por ellos, porque le gustaba la pareja que hacían desde el principio. Estaban viviendo en la antigua casa que compartía con Nadia, y les

iba muy bien.

Vale y Jamie, por fin habían disminuido las horas de trabajo, y aunque seguían muy presentes como dueños de la productora, ahora delegaban más y disfrutaban con sus hijos.

Ana y Mateo, se habían propuesto viajar por todo el mundo antes de que Rosita tuviera que empezar la escuela primaria. Así que prácticamente, habían cargado con ella desde que tenía meses, y se la habían llevado a conocerlo todo.

Flor y Nico, después de un año de casados, se habían divorciado. Pese a todas las insistencias de sus amigos, no habían querido dar el brazo a torcer. Habían firmado los papeles.

No tenía sentido, porque de todas formas seguían juntos.

Eran un par de locos.

Decían que haberlo hecho legal, lo había arruinado. Se querían demasiado, por eso se divorciaban... pero seguían enamorados y viviendo juntos como un par de novios adolescentes. No crecerían nunca, estaba visto.

David, en cambio, daba muestras de haber madurado. Se había conseguido un trabajo serio en Córdoba, y le estaba pasando dinero religiosamente todos los meses para Agos, aunque Nadia, le había dicho que no lo necesitaban.

Era su manera de hacer las pases con su consciencia, o vaya a saber qué.

Ni ellos, ni su hija pensaban ya en él, así que daba igual.

Eran una familia, y una muy feliz.

—La próxima vez le podríamos comprar algo sin baterías. — dijo su esposa viendo como su hijo golpeaba un Mickey, haciéndolo sonar a bocinazos contra el piso, violentamente.

Si ella no decía nada, ni lo hubiera notado. Estaba tan aturdido que ni lo escuchaba.

—Lío. — llamó su atención. —No le pegues a Mickey, le duele. — el niño puso cara de lástima y se abrazó a su muñeco, arrepentido.

*A papá, le duele. Pensó. La cabeza, le duele.*

Su mujer se aguantaba la risa, ocultando la cara en su cuello. Estaban enroscados en el sillón, viendo una película... aunque mucho no la veían.

Solo se la pasaban descansando abrazados, mimándose y robándose besos cada vez que podían.

Aunque ahora estaban exhaustos, habían hecho bien.

La principal razón para haber viajado en esa época del año, había sido aprovechar la previa a la copa del mundo. No solían irse de vacaciones en temporada alta, cuando lo hacía todo el mundo. Porque al ser conocidos, no los dejaban ni caminar.

Pero esta vez, habían tenido que hacer la excepción, porque además del mundial había otro motivo.

Y uno bastante importante, que ya no querían posponer.

Estaban decididos a buscarle un hermanito o hermanita para Agos y Lío, cuanto antes.

Por fin iba a tener esa familia grande con la que siempre había soñado.

FIN



## Agradecimientos:

A quienes son el motivo de que esta historia se escribiera. Un grupo de Facebook creado por mis queridas lectoras que se llama “**Queremos la historia de Mirco.. y vos?**”:

*Yaqueline Meza Cofre, Fernanda Diaz, Yamila Bianqueri, Laly Quint, Adriana Rodriguez, Sabrina Pasquale, Nancy Rz, Odessa Oropeza, Gandy Cavill, Sole Casagrande, Maricela Hernandez, Catalina Arceo, Janin Davila, Gabriela García, Lorena Del Valle Fuentes, Gladys Issa de Sarkis, Beth Faria, Patricia Ruiz Santabibiana, Biviana Ossa, Vanessa Grande, Ivonne Vazquez Martinez, Erika Ortega Santana, Katia Gutierrez, Oneyda Carolina Rodas, Diana Cortez, Mariam Pintos Aguilera, Fátima Marlene, Yesii Tamaro, Alicia Parra Martinez, Pamela Cuchi, Celia Hdez, Alba Aguana, Megan Gonzalez, Monica Rodriguez Martin, Adrys Analy, Emy Lugo, Florencia Bellesi Tomicich, Maria T. Rivera Reyes, Celines Rodriguez Juan Gonzalez, Lau Rojas V. Author, Ella Misma, Chessca Guerra Navarro, Gabriela Ramirez, Katy Villatoro, Andy Arambula, Lucia Tevez, Julieta Dell Arciprete, Enzo Alberto Alarcon Diaz, Lissette Guzmán, Zaira Valdez, Alizon Huerta, Florencia Pfeifer, Soledad Bompezzi, Liz Vasquez, Virginia Della Nave, Aroneth Solórzano, Mey Gonzalez, Nilda Soledad Molinas, Elinné Lutzléyniz, Jacqueline Cruz, Maria de los Angeles, Athenea Franco Campanario, Zoar Gavarrete, Jacqueline Fernanda Silvestre Linares, Norma Flores, María Jesús Agüero, Ariadna Rodriguez, Franchesca Quiroz Lira, Gaby Diaz, Haiget RH, Luisana Leon, Malu Gzz, Camila Andrea Zamorano Rivas, Valentina Ignacia Schulze López, Lulú Hernández Arévalo, Alessandra Marangolo, Kandida R. Gutierrez Torrent, Miriam Chávez, Sheyla Balcazar, Jonha Perez, VerónicayCarlos CaleroPérez VázquezBarbero, Pilarcita Rodriguez, Yulianna Labarca, Graciela Duarte, Dallys Adriana Cantillo, Anzor Nuñez Huaman, Isabel Ahumada, Xoana Ramirez, Mariposa Rosada, Marie Daniela Edghill, Roxana Adriana Acosta, Francia Quiceno, Evangelina L. Iannello, Rochy Meza Contreras, Liliana Castillo, Jadyetu Fuku Abdu, Tina Rosales, Mica Wieliky, Gino Alarcón Díaz, Ana Maria Piedras Fernandez, Laura Valencia, Loreto Veloso, Carmen González, Diana Castillo, Maria Del Pilar Ors Bolaños, Rafaelina M Nuñez Lima, Veronica Sagredo Lopez, Asier Muñoz Gil, Zaida Zavala, Verito Romo, Yanina Arrieta, Adyax Chavez, M Encarnación Prieto Ramón, Claudia*

*Muñoz Najar, Nan Alvarado, Elisabet Puyuelo Llausas, MJ Ruz Pérez, Mile Acida Acida.*

¡Los quiero! Y no puedo más que decirles GRACIAS. Por leerme y acompañarme en cada libro nuevo que escribo.

También un agradecimiento especial a las **Divinas Lectoras**, a las **Zorras Literarias** y a **Las Chicas de los Libros**, maravillosos grupos también en las redes sociales que están SIEMPRE que las necesito.

A mis amigos de la vida, virtuales y cercanos, que también son incondicionales.

¡Un saludo cariñoso y nos estamos leyendo!

**Por último aprovecho para invitarlos a que den “Me gusta” a la página de la historia en donde van a encontrar fotos, videos, booktrailers y gente muy copada que opina y deja sus mensajes:**

<https://www.facebook.com/pages/Y-ahora-no-s%C3%A9-c%C3%B3mo-Encontrarte/803724869725947?fref=ts>

**Y ya que estoy, también mi página web en donde pueden encontrar mis otras novelas:**

<http://www.nsluna.com/>

### **Sobre la autora:**

Soy Argentina, de la provincia de Córdoba.

Hace 10 años que escribo novelas, pero desde hace muy poco he decidido compartirlas, porque antes, lo había hecho solo para mí.

Soy autora de libros de ficción románticos, fantásticos, fan-fictions y novelas eróticas en castellano y en inglés.

Desde que tengo memoria, me obsesionó leer. Al punto de pasarme la noche entera sin dormir, para terminar un libro que estaba interesante.

\*\*\*

Además de eso, me dedico a la moda, que es otra de mis pasiones, en donde me dedico a la producción y comunicación de marcas.

Muchas gracias por leerme y espero lo disfruten.

\*\*\*

N. S. LUNA

## Otras obras de la Autora:

### Trilogía Escapándome: Disponible también en Amazon

- 1 – ESCAPANDOME – N. S. Luna – Marcel Maidana Ediciones
- 2 – ENCONTRANDOTE – N. S. Luna – Marcel Maidana Ediciones
- 3 – ENCONTRANDONOS – N. S. Luna – Marcel Maidana Ediciones



Novela Romántica

**Y también está disponible la edición especial a precio promocional que contiene los tres libros: Exclusiva de la Editorial Marcel Maidana Ediciones.**

ESCAPANDOME – TRILOGIA COMPLETA – N. S. Luna – Marcel Maidana Ediciones



Link para comprar y descargar:

<http://www.nsluna.com/tienda>

**Perla rosada: Disponible en Amazon**



Novela Romántica – Erótica

**Y el especial: Perla Rosada: San Valentín**



Novela Romántica – Erótica

**Divina : Disponible en Amazon**



Novela Romántica - Juvenil

---

[1] Pijamada.

[2] Ratón Perez. El Ratoncito Pérez es un personaje de leyenda muy popular entre los niños españoles e hispanoamericanos. Al igual que el hada de los dientes de los países de habla inglesa, cuando a un niño se le cae un diente lo coloca debajo de la almohada mientras duerme y, según la tradición, este personaje se lo cambia por un pequeño regalo o por monedas. (Wikipedia)



## Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)